
3 1761 08171715 9

HISTORIA

de

GRANDES HOMBRES ARGENTINOS



PRINTED IN ARGENTINE

Imprenta LOPEZ — PERU 666 — Buenos Aires

HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

Esta edición especial publicada en homenaje al gran libertador de América por W. M. Jackson inc., es copia fiel de la segunda edición publicada por el autor y editada por Félix Lajouane, en el año 1890.



MONUMENTO DE SAN MARTIN
ERIGIDO EN HONOR A SU MEMORIA EN LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES
Escultura de Carrier-Belleuse

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUD-AMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser,
y si no no serás nada,
(Máxima de San Martín).

EDICIÓN ESPECIAL

TOMO QUINTO



BUENOS AIRES

NEW YORK
MÉXICO
CARACAS
MONTEVIDEO
RÍO DE JANEIRO
HABANA
BOGOTÁ
PUERTO RICO

HISTORIA DE SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUD-AMERICANA

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO PRIMERO

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA

AÑOS 1815-1817

Carácter de la revolución venezolana. — Paralelo de la revolución argentina y venezolana. — La evolución sud-americana. — Segunda insurrección de Margarita. — La insurrección de Casanare. — Aparición de Páez. — Su retrato. — Combate de Mata-de-la-miel. — Formación del ejército del Apure. — Condensación de las guerrillas independientes al oriente de Venezuela. — Odisea de Bolívar en las Antillas. — Alejandro Petión. — Luis Brión. — Expedición de los Cayos de San Luis. — Bolívar es nombrado jefe supremo de Venezuela. — Desembarca con la expedición en Carúpano. — Se reembarca y dirígese á Ocumare. — Su fuga de Ocumare abandonando la expedición. — Los expedicionarios abandonados nombran por jefe á Mac-Gregor. — Su célebre marcha al través de Venezuela. — Bolívar en Bonaire. — Su segunda deposición y proscripción. — Su genio superior. — Los ejércitos de la insurrección venezolana. — Batalla de Quebrada-Honda. — Mac-Gregor ocupa Barcelona. — Batalla del Playón de Juncal. — Páez sitia á San Fernando. — Sitio de Cumaná por Mariño. — Los realistas evacuan Margarita. — Piar conquista la Guayana. — El Orinoco base natural de operaciones. — Pone sitio á Angostura. — Triste papel de Bolívar en esta campaña. — Planes al aire de Bolívar. — Derrota de Clarines. — Caída de Barcelona. — Bolívar toma el Orinoco como base de operaciones. — Nueva faz de la guerra. — Famosa acción de las Mucuritas. — Morillo marcha contra Margarita. — La Torre marcha en socorro de la Guayana. — Batalla de San Félix. — El «congresillo de Cariaco». — Reveses de Mariño en Paria. — Aparición de Sucre. — — El capitán Antonio Díaz. — Brión penetra con la flotilla independiente en el Orinoco. — La Torre evacúa la Guayana. — Conjuración de Piar. — Juicio y muerte de Piar. — Destierro de Mariño. — Bolívar afirma su autoridad.

I

En ninguna de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, la guerra por su emancipación fué más porfiada, más heroica ni más trágica que en Venezuela. La primera

en dar la señal de la revolución, en declarar su independencia y proclamar la república, cayó dos veces, luchando con sus propios elementos y contra los más numerosos ejércitos de la metrópoli, y resurgió por la tercera vez guerreando sin tregua, hasta alcanzar el triunfo final. Venezuela representa en el hemisferio norte el mismo papel que las provincias del Río de la Plata en el sud, con la diferencia de la noble caída que puso á prueba su fortaleza. Ella fué el núcleo que condensó los elementos revolucionarios del norte y le dió su nervio militar, á la vez que su base política, creando una nueva fuerza expansiva que se haría sentir en toda la América del sud por el vehículo de sus soldados. Libertó á Nueva Granada esclavizada, como las Provincias del Plata á Chile, sin lo cual ni en el sud ni en el norte la condensación de sus respectivas fuerzas era posible. Así como las armas argentinas, dieron la señal de la guerra ofensiva atravesando los Andes meridionales, Venezuela la inició al trasmontar los Andes ecuatoriales, cruzando los ejércitos colombianos de mar á mar como los argentinos para converger al punto estratégico de la campaña libertadora del continente. Las Provincias del Plata, formaron la liga guerrera de la República Argentina, Chile y el Perú. Venezuela creó á Colombia, reuniéndose en cuerpo de nación con Nueva Granada y Quito. Los argentinos dieron á la América el genio de San Martín. Venezuela le dió el genio de Bolívar. Los dos pueblos y los dos libertadores, núcleo, nervio y pensamiento de la condensación de sus elementos revolucionarios en los dos hemisferios, siguen opuestos caminos en dirección constante, se atraen, y concurren á la batalla final, efectuando su conjunción en el centro del continente. Tal es la grande evolución que va á iniciarse.

Después de la derrota de Urica y de la catástrofe de Maturín, los últimos restos del ejército republicano del oriente se habían esparcido en guerrillas en las márgenes y nacientes del Orinoco y llanos de Barcelona, mientras la in-

surrección se mantenía indómita en los llanos de Casanare (véase capítulo XXXIX, § VI).

La Margarita, fué la primera en dar la señal de la nueva insurrección general así que Morillo emprendió su campaña contra Nueva Granada. Nombrado gobernador de la isla el teniente coronel Joaquín Urreistieta, quiso dar un golpe de autoridad ordenando la prisión de Arismendi. Los isleños se levantaron como un hombre en número de 1.500 hombres. Despechado el gobernador mandó que no se diera cuartel á los insurrectos y se permitiese el saqueo libre á la tropa, incendiando el pueblo de San Juan y la Villa del Norte, de conformidad á las indicaciones de Morillo y á las instrucciones de Moxó que le prevenía «fusilar irre» misiblemente sin forma de proceso ni consideración hu» mana alguna, á los que auxiliasen ó siguiesen á los insur» gentes con armas ó sin ellas» (1). Los insurgentes aceptaron el duelo á muerte. Arismendi tomó posesión de la parte septentrional de la isla, asaltó la casa fuerte de la Villa del Norte y pasó á cuchillo la guarnición de 200 hombres que la defendía. Tomó en seguida la ofensiva; atacó los castillos de Pampatar y Porlamar, y aunque rechazado, puso sitio al gobernador en la Asunción, capital de Margarita, encerrándolo en el castillo de Santa Rosa (noviembre de 1815). El ejército de la isla se elevó al número de cuatro mil trescientos infantes y doscientos de caballería, mal armados, pero decididos á mantener alzada la bandera de la independencia, que ya no se abatiría jamás en su estrecho territorio.

En los llanos de Casanare, la insurrección tomó cuerpo y consistencia, acaudillada por el famoso José Antonio Páez, cuya aparición hemos señalado, como la del Aquiles de la revolución venezolana. (V. cap. XXXIX, § VI). Era Páez

(1) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. II, pág. 314.

natural de Barinas, contaba á la sazón veinte y seis años de edad, y había hecho la campaña de la reconquista de Venezuela, señalándose por su valor como soldado de segunda fila. Trasladado á los llanos de Casanare después de la derrota de La Puerta y la retirada de Urdaneta, se reveló el gran caudillo, y pronto ocupó el primer puesto, que sus mismos enemigos reconocieron á su costa ser el que le correspondía. Era un criollo genuino, de raza caucasiana con mezcla de sangre nativa. De fuerza hercúlea, domador de potros y nadador infatigable, diestro en el manejo de la lanza, la espada y el puñal, era el primero en los combates y se imponía á todos por su energía personal y por su elevación moral. Cuando alguno de sus soldados cometía alguna falta ó manifestaba disgusto por sus providencias, lo desafiaba á duelo singular, dejándole la elección de las armas, y aceptase ó no, lo vencía física ó moralmente. Sujeto á ataques epilépticos cuando se exaltaba su sistema nervioso, era un poseído en la pelea, y después de atravesar con su lanza hasta cuarenta enemigos, caía postrado en tierra como muerto. Audaz en sus empresas, y reflexivo en sus combinaciones originales, poseía á la par del ardor del guerrero el golpe de vista del general de caballería, y tan temerario en la acción como astuto en su preparación, siempre fué vencedor por sus propias inspiraciones. Era el ídolo de sus soldados, que le llamaban «el tío» ó «el compadre» y se familiarizaba con ellos algunas veces, empinando la *tapara* ó calabaza — el ánfora primitiva de los llaneros, — colmada de agua ó de aguardiente, ó mezclándose á sus danzas populares, en que representaba el papel de un borracho, en medio de frenéticos aplausos. De cinco pies y nueve pulgadas inglesas de altura, ágil y musculoso aunque algo grueso, su rostro de contornos redondeados, sombreado por cabellos negros y crespos con un espeso bigote (sin patillas ni sotabarba) que lo acentuaba, era simpático y varonil. De temperamento sanguíneo, tenía un

nativo instinto moral que gobernaba sus acciones. Hijo de la naturaleza, criado en medio de los feroces llaneros que dominaba con su fuerza física y su voluntad superior, su índole era generosa, su carácter caballeresco y humano, y su inteligencia muy superior á su instrucción, pues entonces no sabía leer ni escribir (2). Era en suma, una pobre cabeza política, con iluminaciones heroicas, manso en la paz, terrible en el combate, que se dejaba gobernar en el triunfo y dominaba á todos en el peligro. Su traje era una blusa de paño azul, polainas de llanero, la manta echada á la espalda sujeta con un broche de plata sobre el pecho, un chambergo á lo mosquetero con el ala de adelante doblada con una cucarda venezolana prendida por una presilla de oro, al cinto una espada toledana y una larga lanza que nunca dejaba de la mano en campaña, y que era su estandarte al frente de su tienda de campaña, que era un toldo de cueros.

II

El primer combate que mandó Páez en jefe, siendo aún simple capitán, lo elevó de un golpe al rango de primer general de caballería de la América y le dió el dominio de los llanos del Apure.

Hallábase la división de Casanare acampada en el pueblo del Guadalito sobre la márgen izquierda del Arauca, cuan-

---

(2) Algunos de los rasgos de este retrato son tomados de uno que el mismo general Páez reconoce como auténtico en su «Auto-biografía», t. I, pág. 142, y se encuentra en un libro publicado en Londres en 1828: «Recollections of a service of three years during the war of extermination in the republics of Venezuela and Colombia». — Habiendo conocido personalmente al héroe, hemos podido copiarlo al natural, combinando los elementos físicos y morales de su personalidad.

do se anunció la marcha del gobernador español de Barinas, el coronel Francisco López, á la cabeza de 1.100 jinetes y 300 infantes con un cañón. El jefe republicano como intimidado, reunió una junta de guerra, y propuso la retirada. Como todos guardaran silencio, Páez manifestó, que había ofrecido defender al pueblo del Guadalito, y que sin desobedecer las órdenes que se le diesen, suplicaba se le permitiese quedarse con un escuadrón para hacer frente al enemigo. Apoyado por todos los oficiales, el jefe, airado, les dijo: «Pues que los mande el comandante Páez, y síganme » los que quieran á Casanare». Y se retiró al sud del Arauca con el estado mayor, una compañía de infantería y otra de dragones, dejando á Páez en Guadalito con sólo 500 hombres de caballería.

Páez salió en busca del enemigo, decidido á batirlo donde lo encontrase. A los 20 kilómetros, en el punto llamado Mata-de-la-miel, sobre las nacientes del Apure, avistó la división española, con la caballería apoyada sus alas en dos pequeños bosques y en éstos oculta su infantería (16 de febrero de 1816). En el reconocimiento que practicó Páez en persona, le mataron el caballo de un balazo. Iba ya á anochecer, y algunos le indicaron que sería prudente suspender el ataque. Él contestó que la oscuridad sería tan grande para unos como para otros, y con voz de mando dirigió á su tropa la proclama más original, que, como él mismo lo decía, jamás ocurrió á general alguno: «Compa» ñeros: me han matado mi caballo. Si no están resueltos » á vengar ahora mismo su muerte, yo la vengaré solo y » me lanzaré á perecer entre las filas enemigas». Sabían que era hombre de cumplir. Todos contestaron con entusiasmo, que irían con él á donde los llevase.

Formados los republicanos en dos líneas escalonadas (3),

---

(3) Restrepo en su «Hist.», etc., dice en «tres columnas» lo que no tiene sentido táctico, tratándose de cargas de caballería; pero Páez en su

atacaron la posición española. Recibidos con fuego de cañón y fusilería, cargó á fondo la primera línea, y arrolló las dos terceras partes de la caballería enemiga, poniéndola en fuga. En la carga de la segunda línea, fué herido el caballo de Páez; el animal espantado reventó las cinchas con sus corcovos y arrojó al suelo el jinete con la silla entre las piernas. Al levantarse, vió que su segunda línea había sido rechazada. Montó en el primer caballo que encontró, contuvo á los fugitivos, los hizo volver las caras, y reanimados con su presencia y su ejemplo, los llevó á revienta-cincha, hasta llevarse por delante los últimos 400 hombres de caballería enemiga que permanecían formados. Mientras los republicanos perseguían á los dispersos, la infantería española emprendió su retirada internándose en los bosques del Apure. Más de 400 muertos y 200 prisioneros fueron los trofeos de esta brillante jornada (4). El vencedor trató con generosidad á los vencidos, y todos ellos se alistaron voluntariamente bajo la bandera republicana. Esta victoria señaló al héroe (5).

Desde entonces, los llaneros que habían seguido á Antoñanzas, Boves y Morales, quedaron ganados para la causa de la independencia. Páez, su vínculo de unión, aclamado poco después jefe de los llanos formó el famoso ejército del oriente ó del Apure, que es la denominación con que ha pasado á la historia. Al recibirse del mando, arengó á sus tropas, les aseguró que procuraría corresponder á la confianza que en él depositaban, y que fiasen ante todo en la Divina Providencia, pero que mientras tanto, él iba á lle-

---

«Auto-biografía», dice en «dos líneas», formación que responde á las peripecias del combate.

(4) Páez en su «Auto-biografía», da exageradamente 500 prisioneros, contando tal vez los habitantes de la comarca que enroló en sus filas.

(5) Véase «Auto-biografía del general J. A. Páez», comparado con Montenegro, Restrepo y Baralt y Díaz.

varlos aquel mismo día al encuentro del enemigo (setiembre de 1816). Invadió la provincia de Barinas.

Al mismo tiempo que el ejército del Apure se formaba, las guerrillas de Monagas, Saraza y Cedeño se condensaban en el alto Orinoco y los llanos bajos del oriente, formando divisiones hasta de 1.500 hombres reunidos. Alarmado el gobernador de la Guayana, destacó una fuerte columna contra Cedeño, la que fué completamente derrotada (8 de marzo de 1816). Una segunda expedición de 1.500 hombres, embarcada en una escuadrilla que remontó el Orinoco, no tuvo mejor suerte, viéndose obligada al fin á reconcentrarse con sus restos á la ciudad de Angostura, capital de la Guayana.

Tales fueron las alarmantes noticias que obligaron á Morillo á abandonar el teatro de la Nueva Granada y á trasladarse á Venezuela con el grueso de su ejército.

III

La insurrección que había resurgido en el Orinoco, el Apure y los llanos bajos, se extendió por las costas de Barlovento, promovida por los emigrados del oriente de Venezuela, sobre la base de la isla de Margarita que le daba un sólido punto de apoyo. La tercera y última guerra á muerte de Venezuela iba á comenzar. Aquí comienza también la nueva odisèa de Bolívar.

Después de su retirada de Cartagena, Bolívar habíase aislado en la Jamaica, donde se ocupó en escribir el manifiesto y la memoria de que hemos dado cuenta, buscando nuevos medios para volver á trabajar por la independencia de su patria. Esta sombra que vagaba por los contornos de Venezuela, perturbaba la tranquilidad de sus dominadores. Se dijo en aquella época, que el capitán general Moxó, por

medio de un español que se trasladara á Kingston, con el designio de asesinarlo, compró á un esclavo que acompañaba al Libertador en su destierro. El asesino penetró una noche en su habitación, que estaba á oscuras; se dirigió á su hamaca, y dió dos puñaladas á un hombre que allí dormía, dejándole muerto. Era un pobre emigrado llamado Amestoy, que sabedor de que Bolívar no dormiría aquella noche en su posada, había ocupado su lugar. El esclavo confesó su intención y su delito, y fué ahorcado; pero no se adelantó nada respecto de sus cómplices (6).

De la Jamaica, trasladóse Bolívar á la isla de Santo Domingo, recibiendo en el tránsito la noticia de la caída de Cartagena, de donde tardíamente había sido llamado para tomar el mando de la plaza. Gobernaba en Haití como presidente de la República de los negros americanos, el famoso mulato Alejandro Petión, que ha sido comparado con Wáshington, hombre de un talento notable, fundador de la independencia y legislador de su tierra natal. Ardiente partidario de la emancipación hispano-americana, simpatizó con Bolívar, y le suministró el armamento necesario para emprender una expedición, haciéndole abrir un crédito para los gastos por medio de la casa del acaudalado comerciante inglés Roberto Southerland. Allí se encontró también con un holandés, rico armador de Curaçao, llamado Luis Brión, quien apasionado por la persona y los proyectos del Liber-

---

(6) Díaz, que á la sazón se hallaba en Caracas al lado de Moxó como consejero privado, en sus «Recuerdos de la revolución de Caracas», se desentiende de la imputación hecha al capitán general de Venezuela, y dice en su página 99: «El mulato Luis, esclavo de Bolívar, estaba ganado (yo no sé por quién) para asesinarlo». — Restrepo dice con su acostumbrada circunspección: «Un español europeo, pagado, según se dijo en aquella » época, por el capitán general Moxó, aunque no sabemos con qué funda» mento se le atribuye este crimen, se trasladó á Kingston con el designio » de asesinar á Bolívar». («Hist. de la Revol. de Colombia», t. I, pág. 338).

tador, puso á sus órdenes una escuadrilla de siete goletas armadas en guerra con 3.500 fusiles, ofreciéndole generosamente su vida y toda su fortuna para el logro de su empresa.

En el puerto de los Cayos de San Luis, que ha dado su nombre á esta famosa expedición, empezaron á hacerse sus primeros aprestos á principios de 1816. Habíanse reunido allí los salvados de Cartagena y porción de jefes y oficiales granadinos y venezolanos, entre ellos, Piar, Mariño, Bermúdez, Mariano Montilla, Carlos Soublette, el coronel inglés Gregorio Mac Gregor que había servido con Miranda, Ducoudray-Holstein y el granadino Francisco Antonio Zea, notable hombre civil que tenía el merecido renombre de sabio. Reinaba una gran anarquía entre los emigrados: muchos no querían reconocer la autoridad de Bolívar. Fué necesario que Petión interpusiese su influencia y que Brión declarase que sólo al Libertador confiaría sus elementos de guerra, para que fuese aceptado como jefe de las fuerzas expedicionarias, hasta tanto que pisando territorio venezolano se designase el que debía gobernarlos. Montilla, que había provocado á un duelo á Bolívar, y Bermúdez que encabezaba la oposición, fueron excluídos de la expedición.

El 30 de marzo de 1816 zarpó la escuadrilla, mandada por Brión con el título de almirante de Venezuela, llevando á su bordo como 300 hombres que el libertador compararía luego con los 300 de Leonidas, como comparara con las Cruzadas de Jerusalén su reconquista de Venezuela. Al llegar á la Margarita en los primeros días de mayo (1816), la escuadrilla se encontró con dos buques de guerra españoles, el bergantín *Intrépido* y la goleta *Rita*, que fueron tomados por Brión al abordaje, después de una resistencia vigorosa en que perdieron las tres cuartas partes de su tripulación. El comandante de la *Rita* murió en el combate, y el del *Intrépido*, Rafael Iglesias, se disparó dos pistoletazos cuando vió que la resistencia era inútil, para no caer

vivo en manos de los independientes. La expedición desembarcó en el puerto de Juan Griego. Los españoles se reconcentraron en Pampatar y Porlamar, donde se resistieron á las tentativas que hizo Bolívar para rendirlos. De acuerdo el jefe expedicionario con Arismendi, reuniéronse los jefes y oficiales republicanos y los habitantes de la isla en la iglesia de la Villa del Norte con el objeto de nombrar, según lo convenido, el jefe supremo de la república que iba á restaurarse. No podía faltar en tal ocasión una renuncia anticipada del único designado para ocupar este puesto, contando como contaba con el voto de sus compañeros, y habiéndose propiciado el poderoso apoyo de Arismendi para asegurar la unanimidad. Declaró que «no aceptaría el mando porque el ejercicio de un poder » absoluto en medio de rivalidades, era peligroso para la » independencia en aquellas circunstancias, y que estaba » dispuesto á obedecer al que se nombrara». Era lo mismo que pedir el poder que reclamaba, y de que fué investido con el título de «Jefe supremo», sin limitación alguna, y sin más condición que hacer cuanto creyese conveniente para la salvación de la patria (7 de mayo). Mariño fué nombrado segundo jefe. En posesión del mando, dirigió una proclama á los venezolanos (8 de mayo) anunciando que «el congreso nacional sería nuevamente instalado, autori» zando á los pueblos libres á nombrar sus diputados sin » otra convocación, confiándoles las mismas facultades sobe» ranas que en la primera época de la república» (7).

La expedición, reforzada con cuatro buques margariteños tomó tierra en el puerto de Carúpano en la costa de Paria. Se apoderó de dos buques de guerra enemigos y del fuerte artillado que abandonaron los españoles, estableciendo allí Bolívar su cuartel general (1.° de junio de 1816).

---

(7) «Docs. para la Hist. del Libertador», t. V, núm. 1001, § I y IV

IV

La fama había abultado el número de los expedicionarios; decíase que formaban un ejército de tres mil hombres que el presidente Petión había puesto á disposición de Bolívar. En vez de aprovecharse del estupor que causó su atrevido desembarco, y ponerse en campaña para reunirse á las guerrillas del oriente, que sólo necesitaban un jefe para sostener con sistema y unidad la guerra de partidarios, limitóse á desprender á Piar hacia Maturín, y á Mariño para que tomase posesión de Güiría en el promedio de la península. Él permaneció en Carúpano, dando pomposos boletines, expidiendo decretos en que declaraba la libertad de los esclavos en cumplimiento de su promesa á Petión, y llamó á los habitantes del país á las armas, sin que nadie se le reuniese. En seguida convocó una asamblea popular de los habitantes del lugar, haciendo declarar por medio de ella y de la municipalidad, que «el gobierno de la república era *uno* y *central*». De este modo quedó abolido el sistema federativo en Venezuela. En esto perdió lastimosamente un mes de tiempo precioso. A los veinte días sus avanzadas eran sorprendidas, estaba sitiado por tierra con una división de 1.300 hombres, y la escuadrilla española reforzada amenazaba cortarle su retirada por agua. Pidió auxilio á Mariño que había aprovechado mejor su tiempo, quien le envió un grueso refuerzo, con lo que pudo reunir 600 hombres. Propuso á Brión saliese á batir la fuerza marítima del enemigo; pero los corsarios se negaron á arriesgar sus buques en un combate desigual y sin objeto. Desde entonces se vió que Bolívar no tenía plan ni resolución hecha. Entretanto las guerrillas de Ce-

deño, Monagas y Saraza lo proclamaban general en jefe, reclamando su presencia. Piar reunía una poderosa división en Maturín, y Mariño con otra no menos fuerte se atrincheraba en Güiría. Sólo el Libertador permanecía en la inacción y en la impotencia.

Bolívar, perdido en Carúpano, reembarcóse en su escuadrilla. En vez de adoptar el plan de campaña que aconsejaba Piar, que era tomar por base de operaciones el Orinoco, ocupando la Guayana, se dirigió al norte y desembarcó con su pequeña división en el puerto de Ocumare, entre Caracas y Puerto Cabello (5 de julio de 1816). Esta extraña resolución, que da una muestra de la inexperiencia estratégica del general, sólo tiene una explicación, y era su preocupación constante de ocupar á Caracas, su ciudad natal, que le haría perder tres campañas más, y que por entonces era su único objetivo militar. Aun ocupada Caracas, era la derrota segura, en un país agotado, no dispuesto á la insurrección, y ocupado por cinco mil enemigos, de manera que esto no le daba en el mejor caso sino la misma situación que había tenido después de la derrota de La Puerta. Su conducta poco valerosa en esta ocasión, hizo más deplorable este grave error, con daño de su fama y de su causa.

En Ocumare como en Carúpano, malgastó su tiempo en vanas proclamas, llamando al pueblo de Caracas á las armas y anunciar que marchaba á la cabeza de un poderoso ejército de las tres armas para darle libertad, repitiendo lo que ya había dicho, aleccionado por la experiencia, que «había cesado la guerra á muerte». Los jefes que le acompañaban eran de opinión de avanzar rápidamente hasta Valencia, y dominar los valles de Aragua, á fin de atraer á sí las guerrillas patriotas de los llanos y formar un ejército. Bolívar, sin decidirse por la ofensiva franca que era la única salvación posible, ni por la defensiva inerte, que era la conservación estéril, adoptó un singular

plan espectante, que era la perdición. Desprendió á Soublette con el grueso de su fuerza con orden de atravesar la cordillera de la costa, ocupar el desfiladero de la Cabrera, y fortificarse en este punto. Con otro destacamento, se extendió por la costa, hacia el sud para reclutar soldados. Él permaneció mientras tanto en el puerto, con una corta guarnición haciendo desembarcar el parque y una imprenta, regalo de Petión, que consideraba su arma más poderosa. El almirante Brión se hizo á la mar con parte de los corsarios, con el objeto de emprender un crucero, dejando á disposición de Bolívar un bergantín armado en guerra y dos goletas mercantes.

El mismo día que Bolívar desembarcaba en Ocumare, llegaba Morales á Valencia con la división que en auxilio de Venezuela había desprendido Morillo después de la rendición de Cartagena. Atacado Soublette por las fuerzas superiores que mandaba Morales, al pie de la cuesta de Ocumare, los republicanos se replegaron á una posición más fuerte, á fin de mantener francas sus comunicaciones con el puerto (10 de julio). Aquí se reunió Bolívar á Soublette con 150 hombres recientemente reclutados. Atacado nuevamente por Morales, que trepó con singular arrojo las alturas, fué hecho pedazos después de tres horas de fuego, dejando en el campo 300 fusiles y como 200 hombres muertos, heridos y prisioneros (13 de julio). El general dispuso que Soublette sostuviese la retirada en los desfiladeros de la montaña con un grupo que había permanecido hecho, y que Mac Gregor con el resto de la fuerza se dirigiese á Choroní al sud de Ocumare, mientras él personalmente hacía reembarcar el parque en Ocumare!

V

La noche del 14 de julio (1816) sorprendió al Libertador en la ocupación de hacer reembarcar su armamento y municiones. En vez de hacerlo en el bergantín de guerra, que era de la república, lo verificó en las dos goletas mercantes. Aun quedaban 1.000 fusiles y la imprenta por reembarcar. En tal circunstancia, llegó un ayudante de campo de Bolívar, quien le informó que la vanguardia de Soublette sorprendida, se replegaba apresuradamente á Choroní y el enemigo entraba en Ocumare. El pavor se difundió en el puerto. Unos se arrojaron al agua para ganar las embarcaciones, otros se dispersaron en los campos. Bolívar fué uno de los primeros en embarcarse, sin averiguar la verdad de la noticia, ni dictar disposición alguna, abandonando en la playa, no sólo las armas y la imprenta, sino hasta sus heridos y demás que le acompañaban. Poco después llegaba un emisario de Soublette participando que se sostenía firme en sus posiciones; pero ya el bergantín había picado amarras y héchose á la vela, seguido de las dos goletas.

Toda la noche permanecieron las embarcaciones frente al puerto. Al día siguiente (16 de julio), observando que las goletas se dirigían á Bonaire, pequeña isla holandesa inmediata á Curaçao, resolvió Bolívar seguir sus aguas en vez de buscar la incorporación con sus compañeros. Por segunda vez representaba el Libertador el triste papel de ir en seguimiento de un tesoro, abandonando sus soldados en el peligro y con ellos el honor. Al arribar á Bonaire (8), los capitanes de los buques pretendieron despojarlo

(8) Algunos escritores, confundiendo á Bonaire con Buenos Aires, han dicho que Bolívar se refugió en este último punto después de su derrota de Ocumare!

de sus armas, como anteriormente Bianchi de su tesoro. Afortunadamente, llegó allí Brión con su escuadrilla, de regreso de su crucero, y juntos se dirigieron á Choroní. Allí supo que la división abandonada á su suerte, se había internado, buscando su salvación en los valles de Aragua. De regreso nuevamente á Bonaire, se encontró con Bermúdez, excluído de la expedición, y ambos jefes, aunque en desacuerdo, resolvieron dirigirse á Güiría en busca de Mariño que se sostenía en la península de Paria (9).

Reunidos Soublette y Mac Gregor en Choroní, infundieron aliento á sus soldados. Nombrado el intrépido Mac Gregor jefe de los restos de la expedición, permaneció dos días en descanso á la espera de su general (15 y 16 de julio). Entonces decidieron los jefes en junta de guerra lanzarse al interior del país, para buscar su salvación en los llanos. El 17 se puso en marcha la abandonada columna en número de 600 infantes y 30 dragones. Al atravesar la cordillera del litoral, derrotó un destacamento realista que intentó cerrarle el paso, entró á Victoria dispersando su guarnición, derrotó más adelante otro destacamento mandado por el bárbaro Rosete, y atravesó el río Guarico á la salida de los llanos, donde le alcanzó un escuadrón de las guerrillas de Saraza que venía en su busca (1.° de agosto de 1816). Reunidas ambas fuerzas, se encontraron con una división realista de 1.200 hombres en la Quebrada Honda (2 de agosto). Trabada la pelea, la victoria quedó por los republicanos. Al día siguiente (3 de agosto) los abandonados en Ocumare se incorporaban á las divisiones de Saraza y Monagas y eran dueños de los llanos de Barcelona, mientras Cedeño se sostenía en el alto Orinoco.

---

(9) Todos los historiadores, sin exceptuar los más admiradores de Bolívar, están contestes, así respecto de estos y de los anteriores incidentes, como de los que se relatarán más adelante en esta desairada campaña del Libertador.

Esta fué la base del ejército que se llamó después «Ejército del Centro», que unido al del Apure decidió de los destinos de Venezuela. Mac Gregor fué reconocido general en jefe del ejército del centro.

¿Qué era del Libertador? Reunido con sus armas, como en la anterior campaña con su tesoro, arribó á Güiría en compañía de Bermúdez (16 de agosto). La población se amotinó contra él, la tropa de Mariño se negó á ponerse bajo sus órdenes, la isla de Margarita desconoció su autoridad, y apostrofado públicamente por Bermúdez de cobarde desertor, que había abandonado á sus soldados en peligro, quien llegó hasta desenvainar la espada contra él, vióse obligado á reembarcarse en medio de amenazas y rechiflas. Bolívar regresó á Haití, como antes se retirara degradado de Carúpano, desprestigiado hasta ante su admirador el almirante Brión, y fué fríamente recibido por el presidente Petión. Los pueblos lo renegaban y dudaban de él. Empero, éste era el hombre, no sólo de la revolución colombiana, sino también de la emancipación sudamericana. A pesar de sus errores y de sus derrotas, de su inexperiencia militar como estratégico y como táctico, de su pueril vanidad teatral y de su ambición personal, era el único que poseía las cualidades del hombre superior para levantarse sobre el nivel ordinario domando la fortuna rebelde, dar unidad militar y política á Venezuela, dominar á sus groseros caudillos cautivando hasta sus émulos, condensar los elementos revolucionarios del norte del continente, organizar un gobierno, fundar una nación guerrera que sería una fuerza americana eficiente y hacerla concurrir compacta al sud del ecuador, completando la gran campaña continental concebida é iniciada por San Martín en el hemisferio opuesto. Su preponderancia no es la obra del acaso. Su grandeza es real. Era con todas sus deficiencias y flaquezas, el genio de la revolución del norte, animado por el fuego sagrado de la libertad y el

patriotismo, con grandes ideales americanos que se dilatarían. Aleccionado en la severa escuela de la adversidad, reaparecerá necesariamente en la escena, llamado por los mismos que en estos días tan tristes para él, lo ultrajaban y lo proscribían. Y como él lo había dicho y de él se ha dicho, merecería el título de LIBERTADOR, porque «sus ser-
» vicios fueron los más grandes que un ciudadano puede
» prestar á sus conciudadanos, y ante los ojos de un juez
» imparcial, sus proporciones son mayores si se examina
» el país en que figuraba y los recursos de que podía dis-
» poner» (10). La historia le debe esta justicia, al pasar la esponja por esta ingloriosa página de su vida.

VI

Mariño fué nombrado general del ejército y Bermúdez segundo jefe; pero su autoridad no se extendía más allá de la península de Paria. La revolución tenía además otros tres ejércitos en campaña; el de Apure formado por Páez, y el del Centro, formado por la división de Mac Gregor, unida á las guerrillas de Saraza y Monagas; y el de Maturín con Piar, que obraba de acuerdo con Cedeño sobre el Orinoco. Además, el ejército de Arismendi en Margarita. El ejército del centro, después del combate de Quebrada Honda, había alcanzado grandes ventajas. Una fuerte división al mando del comandante español López, que ocupaba la villa de Aragua, salió al encuentro del ejército de Mac Gregor, que se había puesto en marcha sobre Barcelona, después de ocupar los llanos (6 de setiembre). La batalla

---

(10) Gervinus: «Hist. du XIX siècle», t. VII, pág. 63.

fué reñida. Las cargas de la caballería llanera de Saraza y Monagas y una impetuosa carga á la bayoneta por Mac Gregor en persona, la decidieron. Morales dejó en el campo un cañón, 500 muertos, 300 prisioneros y 300 fusiles y carabinas. Los independientes se posesionaron de Aragua y ocuparon Barcelona, evacuada por los realistas después de saquearla y degollar una parte de su población (setiembre 12). López, que después de los sucesos de Ocumare, habíase trasladado al oriente, ocupó casi simultáneamente la posición de Aragua, con 3.000 hombres de infantería y caballería. Mac Gregor se puso de acuerdo con Arismendi, Mariño y Piar, solicitando su auxilio para resistir el ataque. Piar, que había acudido con sus tropas al sitio de Cumaná, se trasladó inmediatamente á Barcelona y tomó el mando en jefe. Bajo su dirección se montaron cuatro piezas, se organizaron nuevos batallones, se completó el armamento de caballería, y se marchó en busca del enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en el Playón del Juncal á inmediaciones de Barcelona. Al cabo de dos horas, la victoria se declaró por los independientes con una formidable carga á la bayoneta conducida por Mac Gregor, y sostenida por el fuego de artillería, arma de que carecían los realistas (27 de setiembre). Morales dejó en el campo 300 muertos, 400 prisioneros y 500 fusiles. Después de esta victoria, Mac Gregor se retiró á Margarita, enfermo y fatigado, en desacuerdo con Piar, que era de un carácter dominador y violento en el mando.

Páez, á quien dejamos antes en marcha sobre el enemigo, completaba la conquista de los llanos de oriente entre el Orinoco y el Apure. El coronel Francisco López, gobernador de Barinas, vencido en Mata-de-la-miel, salió de nuevo á su encuentro con una columna de 1.700 jinetes y 400 infantes, y pretendió sostener la línea del Arauca. El general republicano por medio de atrevidos y bien combinados golpes de mano y algunos combates parciales, le

arrebató todas sus caballadas, obligándole á replegarse á la línea del Apure (octubre de 1816). Entonces Páez meditó apoderarse de San Fernando, llave de los llanos en la conjunción del Apure y el Portuguesa, con comunicación fluvial con el Orinoco. Los realistas habían retirado todas las embarcaciones, y dominaban el río con cuatro flecheras y siete lanchas armadas en guerra, sostenidas por 400 hombres (11). Una partida de ocho hombres mandada por un oficial llamado Peña, á quien Páez como castigo de una falta le impuso ir á hacerse matar por el enemigo, atravesó el río en una canoa á las doce del día é introdujo el desorden en el campamento realista, muriendo el jefe español en los encuentros que se siguieron (6 y 7 de noviembre). Dueños los republicanos de siete lanchas, salvaron el obstáculo, y pusieron sitio á San Fernando (diciembre 1816). En tales circunstancias, supo Páez la marcha de la Torre y Morillo desde Nueva Granada en dirección á los llanos regados por el Arauca y el Apure.

Mientras el ejército del centro triunfaba en Barcelona y el de los altos llanos de oriente en el Apure, el ejército de la costa mandado por Mariño y Bermúdez, ponía sitio a Cumaná, en combinación con las fuerzas marítimas de Margarita (setiembre). La guarnición española estrechada, se disponía á evacuar la plaza. Las fuerzas realistas que en número de 1.000 hombres se mantenían en Margarita, acudieron en su auxilio, evacuando la isla, y obligaron á Mariño á desistir del sitio (noviembre de 1816).

Tal era el estado de la guerra al finalizar el año de 1816, tres meses después de la deposición de Bolívar en Carúpano. A pesar de las ventajas alcanzadas, los independien-

---

(11) Se llama flechera en Venezuela por su rápida marcha, una especie de lancha de poco calado, que se maneja á vela y remo, algunas de las cuales pueden montar uno ó dos cañones, y que manejadas por los marineros venezolanos, se hicieron célebres en esta guerra.

tes comprendían que sin una dirección que diese cohesión á sus elementos dispersos, todo era efímero. Así, el ejército del centro donde predominaban los partidarios del Libertador, fué el primero en reclamar su regreso, decididamente apoyado por Arismendi. Bolívar fué llamado otra vez á ponerse á la cabeza de los independientes. Ayudado por Brión y eficazmente auxiliado por Petión, organizó una tercera expedición (21 de diciembre de 1816) y tocando en Margarita de paso, arribó á Barcelona, á tiempo que llegaba allí Arismendi con su columna de auxilio.

VII

Al desembarcar Bolívar en Barcelona, la guerra había cambiado de aspecto. El ejército del centro ya no existía. Piar había tenido la grande inspiración de la campaña, que decidiría por acción directa de la suerte de Venezuela y Nueva Granada, y por acción refleja de la del resto de la América del Sud. El general negro había comprendido que las hostilidades á lo largo de la costa y las correrías de los llaneros en el interior, no tenían consistencia ni prometían resultados sin una sólida base de operaciones. Desde un principio había señalado el Orinoco como la línea que al efecto debía ocuparse, y la Guayana como base; pero el Libertador, sin plan de campaña fijo, no tenía más objetivo que la ciudad de Caracas, y revoloteaba alrededor de ella por el sud y por el norte, como una mariposa en torno de la luz, á riesgo de chamuscarse las alas, como sucedió. Piar, con más alcance estratégico que Bolívar, así que se vió dueño de un ejército regularmente organizado después del triunfo del Playón del Juncal, perseverando siempre en su idea, meditó trasladar la guerra al Orinoco

y posesionarse de la Guayana, ocupada por los españoles desde la primera guerra de Venezuela.

El Orinoco y la Guayana era la base natural de operaciones de la revolución venezolana, o más bien dicho la única. Todos lo veían, menos Bolívar, ofuscado por la atracción fantasmagórica de Caracas. La había visto Cedeño con su grosero instinto de guerrillero, al sostenerse en el Alto Orinoco, derrotando las fuertes columnas realistas que intentaron desalojarlo de sus inexpugnables posiciones. La había visto claramente Morillo desde Nueva Granada al diseminarse las guerrillas en los llanos de oriente. «Perdida la provincia de Guayana, decía, Cara-» cas y Santa Fe de Bogotá están en peligro porque los » ríos del Orinoco, Apure y Meta, son mucho más nave-» gables de lo que yo pensaba, y si los rebeldes nos cortan » la comunicación con Margarita, interceptando la remisión » de ganados, obligarán á su guarnición á rendirse sin » batirse. Si Bolívar ó algún otro jefe de estimación entre » ellos tomase el mando de las guerrillas, podrán obrar » vigorosamente. Si la Guayana es tomada, las dificulta-» des para retomarla serán mayores, y quedarán muy pocas » esperanzas para las tropas del rey» (12). Esto es lo que había visto y vió claro Piar, y esto lo que hizo al salvar por inspiración la revolución venezolana, y hacer abandonar á Bolívar sus vueltas y revueltas estériles alrededor del fantasma de Caracas. Basta echar una ojeada sobre el mapa de Venezuela, comparándolo con la historia, seguir á lo largo de los ríos de oriente las operaciones de los ejércitos republicanos durante la guerra de la independencia, para que la demostración se imponga á los ojos. El Orinoco al norte, al fondo de Venezuela, es una base de operaciones inexpugnable, y es á la vez que una línea de

---

(12) Ofi. de Morillo al ministro de guerra de España, de 6 de marzo de 1816, en Mompox, cit.

operaciones y de defensa, una vía fluvial en comunicación con el exterior por el mar, que penetra al interior del país. Situado por consecuencia un ejército en la Guayana, con su frente, su espalda, sus flancos y sus comunicaciones aseguradas, la defensa de la isla de Margarita se liga con sus operaciones por mar, el ejército del Apure avanzado es su vanguardia, los llanos del centro quedan dominados por él, y el enemigo es vulnerable por todo su frente y sus dos flancos, amagando á la vez la Nueva Granada por su frontera, por lo que, razón tenía Morillo al decir, que perdida la Guayana, estaban en peligro de perderse Caracas y Bogotá, y una vez perdida, no había esperanza para las armas españolas.

Guiado por estas luces, Piar se puso en marcha desde Barcelona á la cabeza de 1.500 hombres de las tres armas, dejando en la ciudad una corta guarnición y encomendó á las guerrillas de Monagas y Saraza la defensa de su campaña (8 de octubre de 1816). En el alto Orinoco al norte, se reunió con la división de Cedeño, quien se sometió á su autoridad, y acordaron conquistar la provincia de Guayana. Los realistas dominaban las aguas con una fuerte escuadrilla y estaban fortificados en Angostura, capital de de la provincia y en la Guayana Vieja. Tenían ocupado el Cauca, río caudaloso que se derrama en el Orinoco por su margen derecha, y era por el sud la línea de defensa del enemigo, dominada por tres flecheras y dos lanchas cañoneras, sostenidas por 500 infantes y 300 jinetes. El general republicano, mandó construir ligeras embarcaciones de madera de ceiba cortada en los bosques; con una de ellas se apoderó de dos lanchas del enemigo, y efectuó el pasaje á viva fuerza. La artillería abrió sus fuegos para proteger la atrevida operación; dos compañías de infantería tomaron tierra en la margen opuesta, al mismo tiempo que un grueso destacamento desembarcado fuera de la vista del enemigo lo tomaba por el flanco, y Cedeño con sus

escuadrones se lanzaba á nado acuchillando á caballo á las tripulaciones de las cañoneras y cargaba sobre su campamento, que puso en dispersión (31 de diciembre 1816).

Piar avanzó sobre Angostura. La plaza estaba defendida además de su guarnición y sus fortificaciones, por dos buques mayores de guerra, por tres goletas y cuatro cañoneras que combinaban sus fuegos con ella. Los republicanos fueron rechazados en el asalto que intentaron para tomarla. Este descalabro no desanimó á Piar, y le sugirió una idea salvadora, que sería decisiva en las futuras campañas por las consecuencias que tuvo. Resolvió apoderarse de las misiones de Coroní, país rico en hombres y en recursos, y establecerse en ellas, para amagar Angostura por la espalda, privándola de sus subsistencias, á la vez que abría nuevas comunicaciones con el oriente por el bajo Orinoco. Los españoles que conocían la importancia de esta posición, habían guarnecido y fortificado la línea del río Coroní, sobre su margen derecha; pero estas dificultades fueron superadas. Los republicanos ocuparon las cuarenta y siete misiones que regían los frailes catalanes de la orden de capuchinos, de los cuales veinte y dos fueron degollados por el oficial á quien se confió su custodia, hecho bárbaro no reprimido por el general, que sin embargo consolidó su popularidad, porque las víctimas eran muy odiadas por los neófitos indígenas. Piar estableció una administración regular en las misiones, que fué más tarde muy útil para la provisión de los ejércitos independientes en granos y ganados (febrero de 1817). En seguida, dió cuenta á Bolívar de las ventajas alcanzadas y de la posición que ocupaba. Estos hechos levantaron la fama de Piar sobre la de todos los generales venezolanos, eclipsando la del mismo Bolívar que tan triste papel había representado en el curso de la campaña.

VIII

Todos habían hecho algo, menos Bolívar. Arismendi había insurreccionado la Margarita. Mariño había dominado la península de Paria, formado un ejército y puesto sitio á Cumaná. Páez había organizado el ejército del Apure y asegurado el dominio de los llanos altos. Cedeño se había sostenido en el alto Orinoco, y Monagas y Saraza mantenido el fuego de la insurrección en el centro del país. Mac Gregor y Soublette habían salvado la columna por él abandonada en Ocumare, y atravesando el territorio de Venezuela, conquistado Barcelona y el dominio de los llanos bajos. Piar había formado un ejército en Maturín, salvado á Barcelona y conquistado la Guayana, dando al ejército su base natural de operaciones. En ninguna de estas empresas tuvo participación directa ni indirecta Bolívar. Su mando en jefe, su dirección como general había sido no sólo nula, sino funesta, cuando no vergonzosa. Al asumir por segunda vez el mando, era moralmente otro hombre, más grave, más reflexivo y más dueño de sí mismo; pero militarmente no había aprendido todavía lo bastante como general estratégico. Sin ideas maduradas ni propósito determinado, y pensando que la audacia, que fía el éxito al destino, era una inspiración, improvisaba planes al aire y acometía empresas sin proporcionar los medios á las resistencias, y le aconteció lo que al que se empeña en romper un muro de piedra con la cabeza: se rompió él mismo la cabeza (13).

---

(13) Uno de los más entusiastas admiradores de Bolívar, en la «Historia de Colombia», que le dedicó (t. II, pág. 374), reconoce esto mismo con

Apenas desembarcado en Barcelona, anunció en una proclama que iba á invadir la provincia de Caracas para darle libertad (8 de enero de 1817). Con este propósito temerario, formó una columna de 600 hombres sobre la base de los auxiliadores margariteños conducidos por Arismendi, y veinte y cuatro horas después se puso en campaña. Una división avanzada se había establecido y fortificado sobre la línea del río Unare al sud de Barcelona, en observación de la plaza en el punto denominado «Clarines», rodeado de bosques. Bolívar, sin practicar un reconocimiento, atacó de frente las trincheras. Empeñado el fuego, cuarenta jinetes cayeron de improviso por retaguardia de los asaltantes y los desbarataron totalmente. Todos perecieron.

Estaba otra vez perdido el Libertador, y más perdido que en Carúpano. En tal situación, lo único que se le ocurrió, fué dirigirse á Piar y Cedeño, indicándoles que abandonasen la empresa de la Guayana, — que era su salvación, — por cuanto no había llegado la oportunidad de tomarla, y ser por otra parte imposible dominar la navegación del Orinoco; y concluía, que Cumaná era la base natural de las operaciones (14). La consecuencia de esta maniobra — imposible por otra parte — era descubrir su flanco izquierdo. — Escribió á Páez aconsejándole vagamente que se uniese á Saraza, lo que si algo significaba era perder el dominio de los llanos bajos ó altos, según el punto donde operasen su reconcentración (15). A Monagas, le prevenía que se reuniese á Saraza y Páez, y cubriese á Barcelona por ser el punto que más importaba sostener «donde estaba resuelto, — son sus palabras —

---

otras palabras. «La desgracia, dice, perseguía al Libertador en todas sus » empresas, que acometía, ciertamente, sin los medios y recursos necesarios».

(14) Ofi. de Bolívar á Piar y Cedeño de 10 de enero de 1817. («Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 1870-1871-1174).

(15) Ofi. de Bolívar á Páez en «Documentos», cit. núm. 1168 y 1175.

» á sepultarse entre sus cenizas y escombros» (16). Todo esto no tenía sentido militar, y si alguno tenía, sólo puede explicarse por su pueril preocupación de ocupar Caracas, que era una operación fantástica, dado caso fuese posible la soñada concentración de las fuerzas del norte de la Guayana, de las nacientes del Apure y de los llanos bajos en torno de Barcelona sitiada, cuando el enemigo condensaba sobre la plaza el grueso de sus fuerzas y Morillo ocupaba con 4.000 hombres la línea del Unare interceptando el camino de Caracas, y La Torre en combinación con Calzada ocupaba los llanos altos.

Encerrado Bolívar en Barcelona con 600 hombres bisoños y con amenaza de ser atacado por fuerzas superiores, á la vez que la marina española preponderante en la costa de Barlovento bloqueaba el puerto, se fortificó en el convento de franciscanos de la ciudad, que era una verdadera ciudadela. Aconsejado por la inminencia del peligro, propuso á Mariño reunir sus dos fuerzas para batir al enemigo, asegurándole que él se sostendría á la espera á todo trance en el convento. Mariño no trepidó. En el acto se puso en marcha en auxilio del Libertador con toda su fuerza disponible, que alcanzaba á 1.200 hombres, dejando guarnecida la costa de Cumaná. Reunidos los dos rivales, se reconciliaron, y Mariño reconoció á Bolívar como jefe supremo. Las dos divisiones se pusieron en campaña, sumando un total como de 2.000 hombres, pero aun así reunidos, apenas si podían hacer frente al enemigo. Las operaciones giraban en el círculo vicioso, por no decir en el vacío, por falta de una cabeza ó de un plan, y sobre todo, por falta de una base. Bolívar improvisó entonces un nuevo plan, que no valía más que los anteriores. Resolvió trasladar el teatro de la guerra al interior, concentrando en los llanos

(16) Ofi. de Bolívar á Saraza y Monagas en «Documentos», cit., números 1169, 1172 y 1173.

bajos todas las partidas dispersas en la provincia, y les señaló Aragua, — el sitio de su anterior derrota en 1812, — como punto de reunión. Barcelona, se sostendría con una guarnición como de 700 hombres.

Mientras tanto, el Libertador, se dirigía á la Guayana á fin de persuadir á Piar de concurrir al plan, y marchar sobre Caracas con todas las fuerzas independientes reunidas en los llanos bajos. Era un plan espectante, que dependía de dos contingencias: que el enemigo, que estaba encima con fuerzas superiores, diese tiempo, y que Piar concurriese con su ejército desde el último extremo del territorio. En el mejor caso, era perder las comunicaciones de la costa, y con enemigos por los cuatro vientos, como nave batida por las olas y las velas aferradas, emprender una campaña sin rumbo fijo, cuyo objetivo lejano, — Caracas, — prometía menos por el momento que la permanencia en el oriente, y era en definitiva una derrota segura. Esto por lo que respecta á las probabilidades remotas. En el hecho, sucedió lo que necesariamente tenía que suceder, y estaba al alcance de la más vulgar previsión. Barcelona atacada, fué rendida á viva fuerza (7 de abril de 1817). La guarnición en número de 700 hombres, fué degollada desde el primero hasta el último soldado, y á más, 300 enfermos, ancianos y mujeres, perdiendo 20 piezas de artillería y 1.000 fusiles. Mariño, sin fuerzas para contrarrestar al enemigo en campo abierto, no pudo amparar la plaza, y desistió de internarse en los llanos, retrogradando á la península de Paria, donde había establecido su dominio. La anarquía se introdujo en el ejército. Mariño volvió á declararse independiente. Bermúdez, Saraza, Monagas y Arismendi, con sus respectivas divisiones, que reunidas alcanzaban á 500 hombres, resolvieron esperar en los llanos de Barcelona las órdenes de Bolívar.

El Libertador llegó á Guayana con sólo quince oficiales, y se encontró con Piar á inmediaciones de Angostura.

El general negro era dueño de todo el país y tenía sitiadas sus dos plazas fuertes con esperanzas de rendirlas. Su comportamiento fué noble y patriótico. A pesar del escozor que debió sentir al verse arrebatar los laureles de una campaña que él sólo había llevado á cabo, contrariando al mismo Bolívar, que no alcanzaba á comprender su trascendencia, se puso á sus órdenes. Informóle de la situación preponderante del ejército de Páez en el Apure, y le demostró que la Guayana era la verdadera y única base de operaciones. Dominada la navegación del Orinoco, — lo que no era difícil con la escuadrilla de Brión unida á la de Margarita, — quedaban expeditas las comunicaciones con las Antillas para recibir auxilios del exterior, y por medio de sus ríos tributarios que penetraban al corazón del país, se ligaban todas las operaciones fluviales y terrestres, con una barrera por delante y una comarca poblada y bien establecida á la espalda, lo que daba una completa seguridad para organizar á la defensiva un ejército sin renunciar á la ofensiva en los altos llanos, apoyando el flanco derecho avanzado en la península de Paria con el dominio de su golfo y el izquierdo en el Apure con una puerta abierta en los Andes sobre las fronteras de Nueva Granada para invadirla por Casanare. Era, pues, la base ideal de la guerra. La venda que hasta entonces había cubierto los ojos de Bolívar, cayó. Por la primera vez, vió claro en el teatro de la guerra. Inmediatamente desistió de sus inconsistentes planes anteriores, y acordó con Piar tomar por base de operaciones la Guayana. En consecuencia, reconcentró en Angostura las divisiones de Bermúdez, Arismendi y Saraza, y dejó á Monagas en los llanos de Barcelona, para que cubriese su frente, hostilizando al enemigo con incursiones frecuentes de guerrilla (abril 1817). La revolución venezolana estaba militarmente salvada, gracias á Piar!

IX

La guerra cambiaba de faz, y se metodizaba por una y otra parte. La base de operaciones de los realistas era el occidente, dueños de las costas de Sotavento desde Coro hasta las de Barlovento en Cumaná, con el ejército de Caracas fuerte de cerca de 5.000 hombres avanzado sobre los llanos bajos de Barcelona. La zona de operaciones del ejército de Morillo, eran los llanos altos, con las fronteras de Nueva Granada por base y su flanco izquierdo cubierto por el ejército de Caracas. Este era el teatro elegido por el general en jefe español para abrir la nueva campaña. Al efecto, las divisiones de La Torre y Calzada, fuertes de 4.000 hombres de tropas selectas, con 1.500 de caballería llanera, se habían reconcentrado en Guadalito, sobre el Apure, obligando á Páez á levantar el sitio de San Fernando (enero de 1817). El general republicano del Apure, concibió el proyecto de atraer al invasor á su terreno, y derrotarlo sin combatir con su caballería irregular. Con tal objeto, desprendió una pequeña columna volante, con orden de hacerse perseguir hasta el punto por él elegido para librar la acción que meditaba. La Torre, que suponía á Páez muy débil, y le daba cuando más 300 hombres, cayó en el lazo. Púsose en marcha con todo su ejército, y el 28 de enero al penetrar en una sabana extendida, llamada de las Mucuritas, se encontró con la división de Páez, fuerte de 1.100 hombres armados tan sólo de lanzas, de palos de albarico, cortados en los bosques de los llanos. El general español formó su infantería en columna cerrada, cubriendo las alas y la retaguardia con su caballería. Páez, dividió su fuerza en dos columnas ligeras de ataque y una más gruesa de reserva, con el propósito de separar a la

caballería enemiga de la infantería, y cargó por los flancos, esquivando los fuegos de los batallones. La maniobra surtió el efecto calculado. Los escuadrones realistas, fiados en la superioridad numérica, se comprometieron desordenadamente en la persecución de los que al parecer huían. Repentinamente, los fugitivos volvieron caras, según sus instrucciones, y apoyados por su reserva, dispersaron toda la caballería enemiga. Páez, que tenía cincuenta hombres apostados en torno de la sabana, mandó dar fuego á las altas pajas secas que la cubrían. El fuego cundió rápidamente en toda la llanura. En medio del humo del incendio, la caballería llanera llevó catorce cargas sucesivas sobre la infantería española, que formó cuadro para resistir. El círculo de fuego se estrechaba por momentos. La columna iba á perecer quemada. Por fortuna, encontró un gran pantano, donde se refugió con el fango hasta la cintura, y así pudo salvarse (17). Este famoso hecho de armas, que afirmó el crédito de Páez y el predominio militar de los llaneros en su terreno, lo hizo dueño de la zona entre el Arauca y el Apure, y lo puso en aptitud de invadir la

(17) Hemos seguido el texto de los historiadores españoles, confirmado por el testimonio de los jefes realistas. Torrente, en su «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. II, pág. 322, aunque supone exageradamente que la fuerza de Páez constaba de 3.000 hombres, dice lo siguiente: «La Torre se halló » con 3.000 caballos, que al mando del esforzado Páez venían á galope sobre » sus tropas. El batallón Cachari, formando con celeridad un cuadro impe- » netrable, sufrió 14 cargas consecutivas. Al ver Páez la obstinación de » los realistas, pegó fuego á la paja y hierba de aquellas llanuras, cuyo » incendio propagado con rapidez eléctrica, envolvió instantáneamente á las » tropas del rey, y amenazaba su completa sofocación, cuando el general » La Torre tomó el único expediente que se le ofrecía, que fué el de entrar » con todos sus soldados en un gran pantano que casualmente halló á sus » inmediaciones. Los torbellinos de humo que cubrieron bien pronto aquella » posición, favorecieron su movimiento, y por esta feliz ocurrencia conser- » varon su vida aquellos esforzados guerreros con el fango hasta la cintura». — Morillo, en sus «Mémoires», pág. 97, dice: «Un cuerpo de tres mil jinetes » mandados por Páez, atacó á La Torre en las Mucuritas al pasar el Apure. » Catorce cargas consecutivas contra mis fatigados batallones, me hicieron » ver que no era una gavilla poco numerosa de cobardes, con la que tenía » que habérmelas, como me habían informado».

provincia de Barinas amenazando la de Caracas. Páez completó su gloriosa campaña poniéndose voluntariamente á órdenes de Bolívar, con la sola condición de mantener con su ejército el territorio por él conquistado.

Morillo, que comprendía, como se ha visto, la importancia de la posesión de la Guayana, desprendió á La Torre con una fuerte división en su auxilio. En vez de apoyar este avance y dominar los llanos altos, mientras el ejército de Caracas dominaba los llanos bajos hasta Cumaná, el general en jefe español resolvió dirigirse con 3.000 hombres á la Margarita, volviendo á su punto de partida al tiempo de arribar con su expedición á las costas americanas. Desde este día, vese que ya Morillo no domina el teatro de la guerra, y en presencia de las primeras dificultades serias que lo rodean, se muestra lo que era, un general vulgar, que ha perdido las más elementales nociones militares (18).

La Torre se embarcó en San Fernando, descendió al Apure, penetró al Orinoco dominado por la escuadrilla sutil de los españoles, y llegó sin obstáculos á Angostura. Piar, después de levantar el sitio de esta ciudad, habíase concentrado en las misiones de Coroní. La Torre se puso en campaña con el intento de quitárselas. Su plan era

---

(18) Es el mismo Morillo, quien se pinta en esta situación de prueba. En sus «Memorias», pág. 98, dice: «La isla Margarita estaba ocupada por »el enemigo; las provincias de Cumaná y Barcelona estaban en gran »parte perdidas; casi toda la inmensa extensión situada entre el Arauca »y el Apure estaba ocupada por el cuerpo que había atacado al general »La Torre; Piar había invadido la Guayana. En tan crítica como ines»perada posición, envié socorros á la Guayana á las órdenes del general »La Torre y yo me dispuse a atacar la raíz del mal. Poco tiempo después »me encontraba con fuerzas suficientes en el pérfido suelo de Margarita». Á cualquier general se le hubiera ocurrido, que la raíz del mal estaba allí donde había mayores obstáculos que vencer, que la empresa á la isla de Margarita era la más fácil, y no decidía la campaña, y que escollando, como escolló en ella, gastó estérilmente sus fuerzas, y perdió la única oportunidad que se le presentaba de establecer de nuevo su predominio militar en Venezuela.

atraer á Piar á la margen izquierda del caudaloso Coroní, con falsas maniobras, hacerle inutilizar sus caballos, contramarchar rápidamente á la Angostura, embarcar allí sus fuerzas é introducirse por la Guayana vieja á las misiones desguarnecidas, ocupándolas. El general negro penetró el intento del enemigo, y se propuso burlarlo. Se trasladó á la margen izquierda del río, dejando sus caballadas de refresco listas en la margen derecha y se adelantó hasta cerca de Angostura. En la noche, hizo encender grandes fogatas que dejó ardiendo, y se replegó rápidamente á sus antiguas posiciones. La Torre, engañado, se lanzó á su empresa según la había concebido, con 1.600 infantes y 200 jinetes bien armados y disciplinados. Piar lo esperó con 500 fusileros, 500 flecheros indígenas, 400 hombres de caballería y 800 indios de las misiones armados de picas, que colocó en segunda fila. Los dos ejércitos se encontraron en San Félix el 11 de abril de 1817. Los españoles formados en tres columnas con las alas cubiertas por su caballería, avanzaron á paso de ataque y armas á discreción. Piar los recibió con una descarga de fusilería y una nube de flechas, y cerrando sus alas, en semicírculo, envolvió su ala izquierda, inutilizando los fuegos de la infantería enemiga que cargó cuerpo á cuerpo á pica y bayoneta. Fué un combate homérico al arma blanca. Los españoles fueron todos pasados á cuchillo. Sólo escaparon diez y siete hombres, entre ellos La Torre. El vencedor hizo matar 300 prisioneros tomados, perdonando á los criollos, que engrosaron sus filas. Cuando Bolívar regresó de los llanos con los últimos 500 hombres que le habían permanecido fieles, y que por el acuerdo anterior con Piar se salvaron de ser destruídos por Morillo en su marcha sobre Margarita, encontróse dueño de la Guayana y al frente de una fuerza respetable. Este fué el núcleo del ejército que mantuvo la tercera guerra de Venezuela, y le dió el triunfo final, gracias siempre á Piar!

X

La autoridad de Bolívar empezó á afirmarse. Piar y Bermúdez, su antiguos enemigos, se le habían plegado. Las guerrillas de Saraza, Monagas y Cedeño estaban á sus órdenes. Páez le prestaba obediencia. Sólo Mariño pretendía disputarle el mando supremo, comprometiendo la causa de la revolución en presencia del enemigo. Contaba con un ejército de 2.000 hombres y era dueño de la península de Paria desde las bocas de Drago hasta Carúpano, y dominaba el Golfo Triste con una pequeña escuadrilla. Poseído de una ambición insana y mal aconsejado por el famoso tribuno Cortés Madariaga, demócrata exagerado, que pretendía dirigir la revolución con fórmulas legales y reminiscencias de Grecia y Roma, convocó un simulacro de congreso, conocido en la historia con la denominación de «Congresillo de Cariaco», por su insignificancia y por el lugar en que se reuniera, el cual asumió la representación soberana de la nación y declaró reinstalada la república federal de Venezuela (8 de mayo de 1817). Componíanlo unos cuantos empleados, figurando entre los más caracterizados, el intendente del ejército Francisco Antonio Zea y el almirante Luis Brión. Eligieron una junta que desempeñase el poder ejecutivo, de la que formaba parte Bolívar, y Mariño fué nombrado «generalísimo». El objeto, era anular la autoridad suprema de que estaba investido el Libertador. Morillo dió cuenta de esta farsa parlamentaria. En marcha á su expedición contra Margarita, atacó y tomó los puertos de Cariaco, Carúpano y Güiría, y echó á pique la escuadrilla patriota del Golfo Triste, apoderándose de nuevo de toda la península de Paria. Las fuerzas de Mariño fueron en gran parte destruídas, y sus prisioneros fusilados. Las di-

visiones que escaparon á la derrota, negaron obediencia al nuevo generalísimo, y resolvieron incorporarse al Libertador en Guayana, encabezadas por Urdaneta y por el coronel Antonio José Sucre, nombre que llenará la más gloriosa de las páginas de la emancipación sud-americana. Mariño se retiró á Maturín con el esqueleto de su ejército.

Empero, mientras los independientes no tuviesen el dominio absoluto de la navegación del Orinoco, la posesión de la Guayana era efímera. Bolívar intentó con tal objeto de organizar una escuadrilla de flecheras; pero las fuerzas sutiles de los españoles eran muy superiores, y todos sus trabajos fueron vanos. Afortunadamente acudió en su auxilio Brión, que en Haití lo había puesto á flote y lo salvara en sus trances más apurados. El almirante puso á sus órdenes una flotilla, compuesta de cinco bergantines y algunas goletas, reforzada con cinco flecheras margariteñas al mando del capitán Antonio Díaz, mulato como Piar, hombre feroz y de un valor probado. Una parte de la escuadrilla española sostenía las dos plazas fuertes de la Guayana á la sazón sitiadas, — Angostura y la Guayana Vieja, — y la otra cerraba las bocas del Orinoco, al amparo de las fortalezas que las defendían. Brión hizo explorar las bocas del gran río en las cinco flecheras de Díaz. Sorprendidas en uno de sus canales, por diez y seis flecheras realistas, éstas se apoderaron de dos de las embarcaciones republicanas. Díaz, con las tres flecheras restantes, empeñó un sangriento combate al abordaje, recuperó sus dos embarcaciones perdidas, tomó otras dos del enemigo, echando á pique cinco de ellas, y obligó á los realistas á retirarse espantados ante tanto arrojo. Franqueado el paso, Brión forzó las fortificaciones á velas desplegadas, y remontó el Orinoco. Bolívar hizo construir una batería de costa, para proteger sus operaciones.

El general La Torre, al saber el avance de la flotilla de Brión, hallándose muy escaso de víveres, desesperó de soste-

nerse en Angostura, y se trasladó á la Guayana Vieja con 300 hombres útiles y los enfermos. Su situación no mejoró. Vióse al fin obligado á evacuar también la Guayana Vieja, después de comer hasta los últimos cueros, embarcándose en su escuadrilla con los restos de su ejército, compuesto de 600 hombres y descender el río haciéndose á la mar con treinta y dos velas. Los independientes quedaron de este modo dueños de todo el territorio de la Guayana y de la navegación del Orinoco. Poco después, el héroe de la conquista de la Guayana, moría en un patíbulo en el teatro de sus glorias.

Piar, que en el fondo de su alma altiva, guardaba rencor contra Bolívar por haberlo suplantado en la empresa de la Guayana, no obstante someterse á él, fué uno de los que más simpatizó con las tendencias del congresillo de Cariaco, y conspiró de acuerdo con Mariño, en el sentido de formar una junta de guerra que limitase la autoridad absoluta de Bolívar, con el objeto de apoderarse del mando en jefe, consiguiendo ganar á sus ideas á Arismendi, que era un ambicioso sin cabeza. El Libertador sofocó prudentemente esta tentativa de sedición, limitándose á consejos y amonestaciones privadas, que restablecieron la quietud. Piar, alarmado, solicitó una licencia para ausentarse, dando por pretexto sus enfermedades. Retirado en la villa de Upata, continuó sus trabajos disolventes. Bolívar le escribió amistosamente, llamándolo á la concordia. Piar no confió en estas seducciones, porque conocía el odio que Bolívar le profesaba, y fugó á Maturín, donde se puso de acuerdo con Mariño para asumir una actitud independiente. La situación era peligrosa para el Libertador. Las tropas de la Guayana eran adictas á Piar en su mayor parte, y compuestas de hombres de color, era de temerse una sublevación de raza, proyecto que se atribuía al general negro. Bolívar ordenó al general Cedeño, el compañero de Piar en la conquista de la Guayana, que lo prendiese. El hecho sólo de mandar prender á un general

que se decía rebelado, prueba, que si el peligro era real, no era inminente. Piar, abandonado por sus compañeros, y seducido por las falaces promesas de Cedeño, según parece, no hizo resistencia, y fué arrestado. Conducido á la Angostura, fué procesado. Un consejo de guerra presidido por Brión, que de antemano tenía formulada la sentencia, lo condenó unánimemente á muerte (15 de octubre de 1817) y á ser degradado por los crímenes de inobediencia, sedición, conspiración y deserción. Bolívar confirmó el fallo, dispensando la degradación, que era un lujo de crueldad, que deshonraba á los jueces y al sacrificador. Piar fué fusilado en la plaza mayor de Angostura, en presencia de todo el ejército formado (16 de octubre de 1817). El vencedor de San Félix murió con intrepidez como había vivido. Pidió por única gracia mandar su propia ejecución. No se le concedió. Al marchar al suplicio exclamó: «Con que no » se me permite mandar mi ejecución!». Desde este momento se encerró en un sombrío silencio. Oyó leer su sentencia con desprecio, con una mano en el bolsillo, golpeando el suelo con el pie derecho, y mirando á su alrededor. Por dos veces se arrancó el pañuelo con que le vendaron los ojos. Se descubrió el pecho y recibió la descarga que puso fin á su gloriosa vida, con la serenidad que había mostrado en los combates. Su muerte afirmó la autoridad todavía vacilante de Bolívar. Si no fué un acto justo, fué quizás un acto necesario, que sofocó la guerra civil en germen, que traía aparejada la disolución del ejército (19).

Quedaba todavía Mariño en armas. Éste se mantenía disi-

---

(19) El mismo Bolívar ha calificado así la ejecución de Piar, como un acto más bien necesario que justo. En el «Diario de Bucaramanga» por el coronel La Croix se ponen en boca de Bolívar estas palabras: «La muerte » de Piar fué una necesidad política, y salvó al país, porque sin ella iba » á empezar la guerra civil de las castas. Fué un golpe de Estado que » aterró á los rebeldes y aseguró mi autoridad. Nunca ha habido una » muerte más útil, más política». Pág. 120-121.

dente á la cabeza de 400 hombres, en Cumaná. Bolívar comisionó á Bermúdez, el antiguo amigo de Mariño, para que le prendiese al frente de su cuerpo de tropas, como había encargado á Cedeño el arresto de Piar. Mariño, abandonado por los suyos, fué desterrado por empeños de Bermúdez. Bolívar quedó imperante y sin émulos. Su autoridad no estaba todavía bien consolidada, como luego se verá.

CAPÍTULO XLII

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA (*continuación*)
REORGANIZACIÓN VENEZOLANA

AÑOS 1817-1819

Expedición de Morillo contra Margarita. — Resistencia de los margariteños. — Famosa acción del «Cerro de Matasiete». — Valerosa defensa de «Juan Griego». — Morillo desiste de la empresa de subyugar á Margarita. — — Nueva política del pacificador. — Nuevo aspecto de la guerra. — Armas en balanza. — Los ejércitos beligerantes. — Bolívar apela á la opinión pública. — Bolívar y Pueyrredón, venezolanos y argentinos. — Principio de reforma política. — Bolívar abre la campaña. — Derrota de Saraza en la Hogaza. — Reunión del ejército de Angostura y del Apure. — Extraordinario pasaje del Apure por Páez. — Morillo sorprendido en Calabozo. — Célebre retirada de Morillo. — Acción del Sombrero. — Invasión de Bolívar á los valles de Aragua. — Contrastes que sufre. — Se retira á los llanos. — Batalla de la Puerta ó Semen. — Toma de San Fernando por Páez. —Bolívar al frente de un nuevo ejército. — Retirada de los realistas vencedores. — Acción de Ortiz. — Nuevo plan de Bolívar para invadir á Caracas por el occidente. — Derrota de Páez en Cojedes. — Aventura de Bolívar. — Sorpresa del Rincón de los Toros. — Derrota de Cedeño en el Cerro de los Patos. — Derrota de Morales por Páez en el Guayabal. — Descrédito de Bolívar. — Crítica militar de la campaña. — Bolívar convoca un congreso constituyente. — Su plan constitucional. — Es nombrado presidente de la república. — Se pone en campaña.

I

Dejamos á Morillo en marcha al frente de 3.000 hombres con el objetivo de subyugar la isla de Margarita. (Véase cap. XLI, § IX). El gobierno español daba la mayor importancia á la posesión de esta isla, y como se ha visto, fué la primera operación que en sus instrucciones encargó al gene-

ral expedicionario. La sumisión de Arismendi le había dado su dominio pacífico, pero la tercera insurrección de los isleños, á que se siguió la expedición de los Cayos y la invasión de la Guayana, le hicieron volver á su punto de partida, por considerar, según él mismo lo decía, que «en Margarita estaba la raíz del mal». El gobierno español por su parte, perseverante siempre en su idea, despachó por este mismo tiempo desde la península una expedición de 2.800 hombres al mando del general José Canterac, — el mismo á quien hemos visto figurar en el Perú, — destinada á diferentes puntos de América, con el encargo de apoderarse de paso de la isla rebelde. Canterac se encontró con Morillo en el puerto de Barcelona á tiempo que Bolívar tomaba el Orinoco por base de operaciones. En vez de aprovechar este oportuno auxilio para dar el impulso continental que debía decidir la cuestión, persistió en su resolución, aconsejado por despecho más que por cálculo. Empero, antes de lanzarse á su empresa, se posesionó de la península de Paria, expulsando de ella el ejército de Mariño que hasta entonces la dominaba, en cuya ocasión barrió con sus armas el congresillo de Cariaco, según antes se explicó, con lo que prestó un doble servicio á la causa de la independencia, suprimiendo los obstáculos para la unidad del mando en la persona del Libertador Bolívar.

La estéril isla de Margarita, que hasta de agua potable carecía, estaba arruinada y despoblada, y sus habitantes en esta época apenas alcanzaban á trece mil. La expedición destinada á subyugarla, se componía de tres corbetas de guerra, cinco bergantines, cinco goletas, un falucho, cuatro flecheras y dos cañoneras, con tres mil hombres de desembarco de las mejores tropas españolas. Los margariteños sólo podían oponer á la invasión, 1.300 hombres mal armados, de los cuales doscientos eran de caballería y unos pocos artilleros. Brión que hasta entonces protegía la isla con su flotilla, habíase retirado de sus aguas con el intento de

penetrar en el Orinoco, de manera que la marina de la isla se reducía á tres grandes flecheras y una balandra. Mandaba los insurrectos isleños en ausencia de Arismendi, el general Francisco Esteban Gómez, teniendo por jefe de estado mayor al coronel Joaquín Maneiro. Morillo efectuó su desembarco bajo fuego (17 de julio de 1817). El coronel Maneiro con 450 hombres, favorecido por el terreno, opuso una vigorosa resistencia, causando gran daño á la división de Canterac, quien aseguraba que con sólo presentarse sus tropas vencerían á los insurgentes. El pacificador dirigió una proclama á los margariteños, ofreciéndoles perdón si deponían las armas, y que de lo contrario «no quedarían » cenizas ni aun la memoria de los rebeldes empeñados en » su exterminio» (julio 17). El general Gómez rechazó el perdón, y apercibido á la resistencia fortificó los puntos más ventajosos de la isla, formando en las alturas grandes montones de piedra á falta de municiones (1).

Porlamar, fué el primer punto atacado por todo el ejército expedicionario reunido en combinación con su escuadra. Los independientes imposibilitados de sostener el castillo, lo evacuaron combatiendo, después de clavar su artillería y ponerle fuego (22 de julio de 1817). En seguida se apoderó Morillo del castillo de Pampatar (24 de julio). Los insurrectos se concentraron en la Asunción. Los españoles ocuparon el cerro de Matasiete, que domina la ciudad y sus cercanías, y maniobraron en el sentido de interponerse entre ella y la Villa del Norte. En este punto se trabó la acción que ha hecho famoso el nombre de Matasiete en los fastos venezolanos (31 de julio). Los independientes no alcanzaban á 500 hombres, mientras que los españoles eran 2.000 infantes y 600 de caballería; pero favorecidos por los bos-

(1) Para mejor inteligencia de los sucesos que van á relatarse, véase la descripción que de la isla de Margarita hemos hecho en el capítulo XXXVIII, § III.

ques y lo escabroso del terreno que habían fortificado con reductos, fosos y parapetos, pelearon con obstinación por el espacio de más de siete horas, desde las 8 ½ de la mañana hasta las cuatro de la tarde, quebrando al enemigo y causándole grandes pérdidas. Morillo durmió sobre el campo de batalla, pero al día siguiente vióse obligado á emprender su retirada á Pampatar (2).

Rechazado Morillo por el frente, propúsose atacar las posiciones enemigas por el norte, y se posesionó del pueblo de San Juan con el grueso de sus fuerzas, ocupando una garganta que interceptaba las comunicaciones entre la Asunción y el puerto de Juan Griego, donde los margariteños abrigaban su flotilla. Este punto estaba defendido tan sólo por 200 hombres, y fué tomado después de una heroica resistencia, volando en medio del combate el parque de los independientes por la explosión de una mina que tenían preparada para el último extremo (3) (8 de agosto). Los

---

(2) Morillo en sus «Memorias», pasa por alto esta campaña; pero en un ofi. que dirigió al ministro de la guerra dando cuenta de la acción de Matasiete dice: «El combate fué sangriento y tenaz. Los rebeldes se » batieron desesperadamente». Torrente en su «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. II, pág. 349, dice: «Fué una acción de las más reñidas y san» grientas. Los enemigos parapetados, se defendieron con obstinación, inu» tilizando los esfuerzos de nuestras tropas. El campo fué siempre de los » españoles, mas se compró demasiadamente caro este efímero honor: sufrie» ron muchas bajas, especialmente la división de Canterac. Después de esta » sangrienta jornada, fué preciso retroceder á Pampatar, para curar los » heridos, conducir las armas de éstos y de los muertos, y proveerse de municiones».

(3) Torrente: «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. II, pág. 350, que hace subir la fuerza de los independientes á 600, dice, refiriéndose á esta defensa: «Protegidos por el fuerte de Juan Griego hicieron una defensa » capaz de haberles asegurado un lugar en el templo de la fama si la » hubieran dedicado á un objeto más noble. Tres veces nuestros valientes » habían sido rechazados». — Morillo, en ofi. dirigido al ministro de guerra español, al dar á los margariteños 500 hombres, en vez de los 600 que les asigna el historiador Torrente, hace al valor de los enemigos la misma justicia en términos más expresivos. «Presentó el ataque de aquel

dispersos se refugieron en una laguna, y resistiendo rendirse, fueron todos pasados á cuchillo. El mismo Morillo presidió á la matanza, atravesando diez y ocho hombres con su espada (4). Este sitio fué bautizado con el nombre de «Laguna de los Mártires Margariteños», que conserva. — El pueblo de San Juan tuvo la misma suerte que Juan Griego. El general Gómez, se reconcentró con sus restos á la Villa del Norte, sosteniéndose en la Asunción. Al fin hubieran sucumbido los Margariteños, pero las noticias alarmantes que recibió Morillo, del estado de la guerra en el continente, lo obligaron á desistir de su empresa, al cabo de un mes de campaña, y se retiró humillado, con mil hombres de pérdida y setecientos enfermos. La isla, que el general español había dicho en su proclama de que «no quedarán ni cenizas ni memoria de sus rebeldes», quedó triunfante, y el pabellón independiente quedó por siempre enarbolado en ella.

» fuerte (Juan Griego) el aspecto más espantoso. Los rebeldes que le » defendían, llenos de rabia y orgullo con su primera ventaja en la defensa, » parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y á las » bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores » tropas del mundo. Llegaron al último extremo de la desesperación y apu» raron todos los medios de defensa. No contentos con el fuego infernal » que hacían, arrojaban piedras de gran tamaño; y como eran hombres » membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme como si » fuese una pequeña».

(4) Lo dice Torrente, ofi cit., t. II, pág. 351: «Los pasó á todos á » cuchillo, sin que nadie hiciera la menor señal de timidez ó cobardía, ni » implorado la clemencia del vencedor un solo individuo. El mismo Mo» rillo, ciego de furor, fué el primero en el ataque dado por la caballería, » y al impulso de su esforzado brazo rindieron 18 de ellos sus feroces almas».

II

Morillo, de regreso al continente con los restos de su expedición (20 de agosto de 1817), se dirigió á Caracas, después de afirmar su dominio militar en la península de Paria. Desde entonces inició un nuevo plan político. Publicó un indulto general y una amnistía; abolió el tribunal de secuestros y los consejos de guerra permanentes; restableció las leyes de la monarquía española suspendidas; entregó á la audiencia y á los tribunales civiles la administración de la justicia; y en sus formas al menos, desapareció el despotismo militar que él mismo había fundado. En seguida se contrajo á la guerra continental que había descuidado por su mal aconsejada expedición contra Margarita.

El aspecto de la guerra había cambiado con la ocupación de la Guayana, los progresos de Páez en los llanos altos, y la consolidación de la autoridad de Bolívar. El general republicano del Apure, había invadido la provincia de Barinas y ocupado su capital, derrotado en San Carlos una gruesa división que la defendía y fusilado los prisioneros europeos en retaliación, entregando á saco el pueblo. Los llanos estaban inundados y no era posible abrir campaña por esta parte. Bolívar, sólidamente establecido en la línea del Orinoco, había engrosado la división de Saraza con infantería, haciéndola avanzar hasta el linde de los llanos de Caracas, para apoyar el flanco derecho de Páez. Monagas ocupaba parte de la provincia de Barcelona. Bermúdez, situado con otra división en Maturín, dominaba el interior de la provincia de Cumaná. El Libertador protegido por la barrera del Orinoco, y cubierto todo su frente, organizaba un ejército de reserva á retaguardia. Las armas estaban balanceadas, pero las cabezas de los generales que las dirigían osci-

laban. Morillo, sin plan de campaña preconcebido, esperaba ser atacado sin atinar por dónde, aunque con la decisión de tomar la ofensiva, y lo mismo sucedía á Bolívar. Las operaciones de los beligerantes comentadas por sus propios documentos, pondrán en evidencia este equilibrio dinámico y esta incertidumbre moral.

El ejército realista que operaba en Venezuela, aparte de las fuerzas que ocupaban la Nueva Granada, é incluyendo las fuerzas conducidas por Canterac que siguió su marcha al Perú con algunos cuadros, constaba de nueve batallones y doce escuadrones con su correspondiente artillería, organizado en cuatro divisiones de maniobra. Una división de tres batallones y un escuadrón, guarnecían á Caracas y sus alrededores. El general La Torre con dos regimientos de infantería y dos escuadrones peninsulares, ocupaba la posición del Sombrero sobre el río Guarico, en defensa de los llanos bajos de Caracas. El general Juan Aldama con dos batallones y tres escuadrones, cubría la línea del Bajo Apure, sosteniendo á San Fernando por su derecha. Calzada con una división de caballería compuesta de un batallón y varios escuadrones organizados á la usanza del país, disputaba la provincia de Barinas no ocupada por Páez, á retaguardia de San Fernando. Ochocientos hombres defendían la península de Paria y las plazas de Cumaná y Barcelona. El resto de las fuerzas estaba distribuído en las fortalezas de la costa de Sotavento, desde Puerto Cabello hasta Coro y Maracaibo (5).

En el orden político, también el aspecto de las cosas había variado un tanto del lado de los republicanos. Bolívar, dueño del poder, sintió la necesidad de regularizar su autoridad y de agradecerle las fuerzas morales de la opinión como

---

(5) «Mémoires» de Morillo, págs. 111-113.

lo había sentido antes en Caracas en medio de los triunfos de la reconquista. Era hasta entonces la única gran figura que llenaba la América. San Martín recién aparecía en el escenario. En vísperas del paso de los Andes por el vencedor de Chacabuco, el Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se dirigía á él como al representante de la revolución del norte, y á los venezolanos como á sus decididos sostenedores. «La América y el mundo, decía el Di-
» rector al Libertador, saben ya que bajo su influjo, renace
» de sus propias ruinas, siempre ilustre y gloriosa, y que
» sus opresores uncidos al carro del triunfo de su libertador
» expían los crímenes con que han manchado el suelo co-
» lombiano». Y dirigiéndose el Director argentino á los venezolanos, les decía: «Llegará el día, en que coronadas
» de laureles, vayan á unirse nuestras armas triunfantes,
» llevando desde los extremos del continente austral al cen-
» tro oscuro donde mora, como en sus últimas trincheras,
» el despotismo agonizante, la paz, la fraternidad, la liber-
» tad, objetos de tantos anhelos y de tantos trabajos». Bolívar contestaba: «V. E. hace á mi patria el honor de contem-
» plarla como un monumento solitario, que recordará á la
» América el precio de la libertad. Venezuela, consagrada
» toda á la santa causa de la independencia, ha considerado
» sus sacrificios como triunfos. La sangre, el incendio de
» sus poblaciones, la ruina absoluta de todas las creaciones
» del hombre, y aun de la naturaleza, todo lo ha ofrecido en
» aras de la patria. No he sido más que un instrumento
» puesto en acción por el gran movimiento de mis conciuda-
» danos. El pueblo argentino es la gloria del hemisferio de
» Colón y el baluarte de la independencia americana. Yo
» espero que el Río de la Plata con su poderoso influjo
» cooperará eficazmente á la perfección del edificio político
» á que hemos dado principio desde el primer día de nues-
» tra regeneración». Y dirigiéndose á su vez al pueblo argentino, le decía: «Vuestros hermanos de Venezuela han

» seguido con vosotros la gloriosa carrera que desde 1810
» ha hecho recobrar á la América la existencia política. En
» todo hemos sido iguales. Sólo la fatalidad anexa á Vene-
» zuela la ha hecho sucumbir. Ocho años de combates, de
» sacrificios y de ruinas, han dado á nuestra patria el dere-
» cho de igualarse á la vuestra, aunque infinitamente más
» espléndida y dichosa. Habitantes del Plata! La república
» de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su her-
» mandad, y cuando cubierta de laureles haya extinguido
» los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os
» convidará á una sociedad, para que nuestra divisa sea
» UNIDAD en la América meridional» (6). Tenía que responder á esta espectabilidad y aceptar ante el mundo la responsabilidad que le correspondía revistiéndose de formas regulares.

Como acto preparatorio de la convocación de un congreso y como medio de suplir su ausencia, organizó, á la vez que una alta corte con la plenitud del poder judicial, un consejo de Estado con carácter consultivo y legislativo. Manifestó en el acto de su instalación (30 de octubre de 1817) que la dictadura había sido una necesidad de las circunstancias, como la única posible en tiempos calamitosos; que la república había existido sin leyes y sin tribunales, regida por el sólo arbitrio de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, ni más principio que la independencia; pero que el tercer período de Venezuela, presentaba un momento favorable para poner al abrigo de las tempestades el arca santa de la

---

(6) Ofi. del Director del Río de la Plata, Pueyrredón, al jefe supremo de Venezuela, 19 de noviembre de 1817. — Proclama del mismo á los habitantes de Tierra Firme, de la misma fecha. — Contestación del Libertador Bolívar al oficio del Director Pueyrredón, de 12 de junio 1817. — Proclama de Bolívar á los habitantes del Río de la Plata, de la misma fecha.— (Véase: «Docs. relat. á la vida pública del Libertador», t. II, pág. 204-213, y «Docs. para la Hist. del Libertador», t. V, pág. 669.

constitución, y presentarse ante el mundo con un centro fijo de autoridad, que diera garantías á los extraños y confianza á la nación. «El gobierno que, en medio de tantos escollos » no contaba antes con ningún apoyo, se hallará en lo futuro » protegido, no sólo por una fuerza efectiva, sino sostenido » por la primera de todas las fuerzas: la opinión pública».

La guerra y la política marchaban de frente en líneas paralelas por una y otra parte.

III

Hechos estos arreglos políticos y administrativos, Bolívar remontó el Orinoco, y tomó tierra sobre su margen izquierda á 156 kilómetros de Angostura. Era su plan, reunirse á la división de Saraza, situada en los lindes de los llanos altos de Caracas, y atacar á Morillo donde lo encontrase, si no conseguía traerlo á su terreno. Movido más por su inspiración que por el cálculo, soñaba con marchar en triunfo hasta Caracas, que era siempre su objetivo (7). «Las tropas de » Saraza, decía, pueden alcanzar á 2.500 hombres, y 1.500 » que yo llevo de tropas escogidas y disciplinadas, el suceso » es infalible contra Morillo, si logramos la fortuna de al» canzarlo. Así, he determinado marchar en su busca yo » mismo para destruirlo. Todo nos promete una completa » victoria. En el caso de que los enemigos sean superiores

(7) El mismo Restrepo, que alaba la resolución, reconoce esto mismo: «El Libertador, arrastrado por su imaginación ardiente, por su genio em» prendedor, y por amor á la gloria, meditaba grandes proyectos. Aun no » conocía las dificultades que debía oponerle su formidable adversario». («Hist. de la Revol. de Colombia», t. II, pág. 130).

» en número, me retiraré» (8). Al mismo tiempo Páez debía llamar la atención del enemigo por la parte de Barinas y converger al punto estratégico, que era siempre Caracas. A Brión le escribía: «Yo marcho á reunirme á Saraza, » y espero participar bien pronto la destrucción del pequeño » y miserable cuerpo, único que puede presentar el enemigo » después de haber agotado sus esfuerzos y recursos» (9). A Saraza le decía, refiriéndose á la división enemiga situada en el Sombrero: «La Torre viene buscando ver repetir la » escena de San Félix. Sin embargo de que yo creo que su » división es suficiente para destruir ese miserable cuerpo, » será muy conveniente evite comprometer una batalla antes » de reunirnos» (10). Las divisiones de Bermúdez en Cumaná y Monagas en Barcelona, debían mientras tanto cubrir el flanco derecho en observación del enemigo sobre la costa hostilizada y servir de punto de apoyo en caso de un contraste.

El plan no era mal concebido como irrupción sobre el centro de la línea realista, pero á condición de que los enemigos permaneciesen inactivos y sus divisiones diseminadas como se hallaban. Además, reposaba sobre un supuesto falso, cual era la debilidad numérica del ejército español, que una vez reconcentrado era invencible por la calidad de sus tropas. Por lo demás, tan ignorante se hallaba un general como otro de sus respectivas posiciones como de sus planes. Por lo que respecta á Morillo, no tenía plan ninguno, sino el impedir la reunión de la caballería de Páez

---

(8) Ofi. de Bolívar al general Andrés Rojas, de 11 de noviembre de 1817 en Angostura. («Docs. para la Hist. del Libertador», t. IV, pág. 159).

(9) Ofi. de Bolívar á Brión de 27 de noviembre de 1817. («Docs. para la historia», t. IV, pág. 173).

(10) Ofi. de Bolívar á Saraza de 27 de noviembre de 1817. («Docs. para la historia», t. IV, pág. 174).

con el ejército de operaciones de Bolívar (11). En consecuencia se situó en Calabozo como punto central del teatro de la guerra, defendiendo el llano y cubriendo los valles de Caracas, con la división de La Torre avanzada sobre el Sombrero, según antes se explicó. La Torre se hallaba ignorante de la posición y fuerzas de Saraza, como éste de las del enemigo; pero noticioso del movimiento de Bolívar, se propuso batir separadamente los dos cuerpos de ejército antes de que operasen su reunión. Con 1.100 infantes y 300 jinetes, se puso en marcha sobre Saraza, que era un guerrillero valiente, pero incapaz de combinar una operación ni dirigir un combate regular. Sorprendió la vanguardia independiente, se encontró con el grueso de la columna fuerte de más de 2.000 hombres en el sitio llamado de La Hogaza, sobre la margen izquierda del río Manapire, afluente del Orinoco, y la batió ignominiosamente, degollando toda su infantería y dispersando toda su caballería (2 de diciembre de 1817). Los republicanos dejaron en el campo tres cañones, 1.200 muertos, sus banderas y una imprenta. La pérdida de los realistas no alcanzó á 200 entre muertos y heridos, contándose entre éstos el general La Torre.

El plan de Bolívar había fracasado, y se vió obligado á repasar el Orinoco. En Angostura reforzó su columna, dispuso que Monagas se le incorporara, y embarcándose de nuevo, resolvió unir sus fuerzas con las de Páez, quien prudentemente se había retirado de San Fernando ante el avance de Morillo en Calabozo y el amago simultáneo de la división de La Torre. Este era el plan indicado, que el Libertador ejecutó en un principio con audacia y felicidad, pero cuyos resultados no correspondieron á sus esperanzas ni á las ventajas que alcanzó, por los grandes errores tácticos que cometiera, como se verá luego. Reunido Bolívar con Páez, en-

---

(11) Morillo: «Memorias», págs. 112 y 114.

contróse al frente de 2.000 infantes y 2.000 soldados de caballería, y se puso en marcha sobre San Fernando. Tenía que atravesar el Apure, y Páez le había ofrecido embarcaciones para efectuar el pasaje. Llegados á la línea del río, Bolívar observó que todas las canoas estaban en la ribera opuesta, bajo la protección de una cañonera y tres flecheras artilladas. Estaba vestido con un dormán verde ceñido, con tres órdenes de botones y alamares rojos, polainas de llanero y un casco de dragón en la cabeza, que un comerciante de Trinidad le enviara como modelo. En la mano llevaba una lanza corta con banderola negra y en ella, debajo de una calavera y dos canillas cruzadas el lema: *Libertad ó muerte.* — ¿Dónde tiene V. esas embarcaciones? preguntó á Páez. — Ahí están, contestó éste, señalando las embarcaciones enemigas. — ¿Y cómo las tomaremos? — Con caballería. — ¿Y dónde está aquí esa caballería de agua? — Páez por toda respuesta se volvió á su guardia de honor, y separando cincuenta hombres mandados por el coronel Francisco Aramendi, se puso á su cabeza gritándoles: «¡Al agua muchachos! ¡Sigan á su tío!» Picando espuelas á su caballo se lanzó al agua seguido de sus soldados, nadando contra la corriente con lanza en mano, á la vez que daban gritos para ahuyentar los caimanes que los rodeaban. La escuadrilla rompió el fuego, pero al ser abordada, su tripulación se echó al agua llena de espanto. Páez condujo en triunfo catorce embarcaciones tomadas de este modo. El Libertador asombrado exclamó: «¡De no haberlo visto, no lo creería!» (12).

Bolívar se detuvo poco en San Fernando, donde continuaban sosteniéndose los realistas, y se limitó á establecer

(12) El mismo general Páez, nos ha relatado verbalmente este episodio. Según nos dijo, el diálogo entre él y Bolívar fué más lacónico aún. El Libertador le preguntó: «Y ¿cómo pasaremos?» — Él contestó: «¡Pasaremos!» — Atribuía el honor del hecho principalmente á su segundo el coronel Aramendi.

el bloqueo. Su objeto era marchar rápidamente sobre Morillo sin pérdida de tiempo. El general español estaba á oscuras de los movimientos de los independientes, y al recibir aviso de su aparición en los llanos, reunió apresuradamente en Calabozo 1.600 infantes y 300 jinetes, con las tres piezas tomadas á Saraza en la Hogaza (10 de febrero de 1818). Disponíase á marchar en auxilio de San Fernando, cuando á las 8 de la mañana del 12 de febrero, se le presentó el ejército republicano y desplegó en batalla en orden de columnas formando un semi-círculo en la llanura. Fué una sorpresa. A los primeros tiros de las avanzadas, Morillo montó á caballo, y formando su ejército en tres columnas sobre la villa, se adelantó á sostener sus escuadrones de vanguardia que huían acuchillados por la espalda, siendo envuelto él en su fuga. Una compañía de cazadores españoles del regimiento de Navarra, sostuvo valerosamente su retirada, pereciendo entera. Los republicanos no dieron cuartel. Morillo se encerró en Calabozo, fortificado con cuatro reductos angulares y una casa fuerte. Bolívar le intimó rendición, diciéndole que perdonaría hasta á Fernando VII, si se hallara en la plaza (13). En seguida se replegó quince leguas á retaguardia para dar descanso á sus tropas. Aquí terminan los sucesos felices de esta campaña, tan brillantemente iniciada, y empiezan los desaciertos.

El general español, en la difícil situación en que se encontraba, sin caballería y sin víveres, resolvió emprender la retirada fiado en la solidez de sus batallones. Enterró su artillería, hizo pedazos 800 fusiles, trofeos también de la Hogaza, y en la noche del 14 de febrero se puso en marcha, con sus heridos, enfermos y bagajes en dirección al Sombrero sobre la margen del Guárico. Para llegar á este punto tenía que atravesar ciento cuatro kilómetros de un campo

---

(13) Morillo: «Mémoires», págs. 127-130.

quemado cubierto de cenizas y sin agua. Morillo marchaba á pie á la cabeza de las columnas. Bolívar se puso con su caballería en seguimiento del enemigo con ocho horas de retardo, ordenando á su infantería que le siguiera. El día 15 á las doce, dió alcance á la columna realista, que se había detenido á beber en el arroyo de Oriosa, que cruza el camino que llevaba. La caballería patriota dió varias cargas, que fueron rechazadas, y procuró entretener al enemigo á la espera de la infantería, que llegó al anochecer. Los españoles, se formaron entonces en tres columnas cerradas y continuaron su marcha en actitud imponente. Al día siguiente llegaba Morillo al Sombrero. Allí empezaba el país montuoso. La caballería republicana estaba inutilizada por las rápidas marchas, y neutralizada por la naturaleza del terreno. El ejército español, se estableció en la margen derecha del Guárico, cuyas barrancas escarpadas cubiertas de bosque hacían inexpugnable su posición. La pérdida de los españoles en esta célebre retirada de treinta horas, fué de cien rezagados, que fueron muertos por los patriotas.

En el Guárico cambió la escena. Las tropas republicanas sedientas, se precipitaron al río y fueron fusiladas por los realistas. Bolívar atacó la posición por el frente, y fué rechazado con pérdida de cien hombres. Intentó llevar el ataque por un flanco, y fué igualmente rechazado (16 de febrero). Morillo continuó en la noche su retirada hacia los valles de Aragua, desde donde dictó sus disposiciones para reconcentrar su ejército diseminado. La campaña estaba terminada sin ningún resultado decisivo, y se abría una nueva en condiciones más desventajosas para los republicanos.

IV

Después de ocupar momentáneamente la posición del Sombrero abandonada, Bolívar retrogradó á Calabozo. Empeñado siempre en su idea de marchar sobre Caracas, tuvo allí una conferencia borrascosa con Páez. El general llanero sostenía, que no debían abrirse operaciones ofensivas, sin asegurar la base de operaciones, y que dejar á retaguardia una plaza fortificada como la de San Fernando, con acceso fluvial sobre la Guayana, era perder los llanos que ocupaban. Por último, que la caballería no podría operar con ventaja en los valles, hallándose por otra parte mal de elementos de movilidad. Que lo primero era tomar San Fernando. Bolívar, aunque no convencido, condescendió con el plan de su teniente, dejándole marchar con su división; pero él, encaprichado siempre en su idea, convertida en manía, permaneció en Calabozo con tres batallones bisoños que sumaban 1.000 hombres y 1.200 de caballería. Con esta fuerza invadió los valles de Aragua. La población lo recibió con entusiasmo, y levantó allí un nuevo batallón de 500 plazas. Estableció una reserva en Victoria á órdenes de Urdaneta, hizo adelantar toda la caballería con 200 infantes hasta la Cabrera, con orden de fortificarse allí, y con el grueso de sus fuerzas se propuso batir á La Torre, que aun no se había incorporado á Morillo con su cuerpo de ejército (marzo 12). Morillo, reconcentrado en Valencia, llamando á sí el cuerpo de La Torre y la división que operaba en Barinas, tomó la ofensiva. Sorprendió en La Cabrera á Saraza, cuyo flanco izquierdo había quedado descubierto; batió en Maracay la división de Monagas, que ocupaba el camino de Caracas, y avanzó sobre Victoria (14

de marzo). Bolívar estaba perdido. Vióse obligado á emprender su retirada á los llanos que el enemigo amenazaba cortarle (marzo 15).

El ejército republicano hizo alto en La Puerta, lugar dos veces funesto para sus armas, y que debía serlo por tercera vez (marzo 16). El Libertador, en vez de continuar la retirada, que era su única salvación, se decidió á dar una batalla. Contaba sólo con dos mil hombres, de ellos 1.000 de infantería. El terreno que eligió fué una extensa llanura rodeada de bosques y cubierta de paja, y limitada al sud y al norte por montes elevados, que forman una garganta que da salida á los llanos altos, razón porque se llama La Puerta, según antes se explicó. Tenía al frente una cañada barrancosa por la que corre el río Semen, que dió su nombre á la jornada. Morales, que se había avanzado con la vanguardia realista, inició el ataque á las seis de la mañana del 16 de marzo, y aunque combatió valientemente, fué deshecho, con pérdida de 600 hombres. Morillo, al ruido de la fusilería, acudió presurosamente con dos batallones, y desplegando en la llanura contuvo con sus fuegos á la caballería republicana triunfante. Apoyado sucesivamente por su reserva, cargó al frente de un escuadrón de artillería volante, y aunque malamente herido de un balazo, hizo flamear una bandera tomada en la pelea, y exhortó á sus tropas á completar la victoria. El ejército republicano desapareció como el humo del combate, dejando en el campo más de 400 muertos y 600 heridos. Bolívar perdió en esta batalla hasta sus papeles, y parece que había perdido hasta la cabeza. Furioso y desesperado, había prodigado su persona en lo más recio del combate, como si buscase la muerte, comprendiendo tal vez la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba por las inmensas faltas cometidas persiguiendo una empresa insensata, sin poner siquiera los medios para evitar una catástrofe.

Afortunadamente Páez se había posesionado de la plaza

de San Fernando, tenazmente defendida (6 de marzo), y apoderádose de 20 piezas de artillería, dieciocho buques de guerra y sesenta y tres flecheras con 400 prisioneros, matando ó dispersando el resto de la guarnición, que al principio del sitio constaba de 650 hombres. El general llanero, unido con la división Cedeño, que había permanecido en el Alto Orinoco, acudió en auxilio del Libertador, y se reunió con él á inmediaciones de Calabozo. La campaña estaba restablecida. La Torre, que había tomado el mando del ejército vencedor en Semen, al llegar á Calabozo se encontró con otro ejército tan fuerte como el suyo, con una caballería que dominaba el llano y que no podía contrarrestar. A la vez, vióse obligado á replegarse á las montañas de Ortiz sobre el río Poga, cubriendo la entrada de los valles. Bolívar y Páez, con 2.000 jinetes y 800 infantes, marcharon en su busca. El jefe español, después de distribuir convenientemente sus fuerzas, habíase situado en unas alturas con 950 infantes y un escuadrón de caballería. Bolívar se empeñó en forzar la posición por el frente (26 de marzo). Al cabo de cuatro horas de fuego, consiguió ocupar una de las alturas; pero los españoles se replegaron en orden á otra más fuerte. Páez hizo echar pie á tierra á 200 hombres (14) de caballería para reforzar la infantería; pero fué rechazado, con grandes pérdidas. La Torre se retiró prudentemente á la villa del Cura. Dueño del terreno, Bolívar se encontró derrotado. Un simple movimiento de flanco ocupando con la caballería la espalda de la débil división realista, le habría dado probablemente el triunfo; pero estaba escrito, que esta campaña, bien concebida y felizmente iniciada, debía terminar desastrosamente por una serie no interrumpida de errores.

---

(14) Restrepo, dice 500; pero Páez en su Autobiografía, dice 200.

V

Rechazado Bolívar por el oriente y por los valles y montañas del sud, no desistía de su empeño de penetrar á Caracas, y se propuso efectuarlo por el occidente, siguiendo el itinerario de la reconquista por la prolongación de la cordillera oriental que divide á Venezuela en dos zonas con las costas de sotavento á un lado y las de barlovento al otro. En consecuencia, después del rechazo de Ortiz, se replegó á Calabozo, y dispuso que Páez abriese operaciones ofensivas por parte de San Carlos. En previsión de este movimiento, La Torre se había concentrado en San Carlos y sus alrededores con cerca de 4.000 hombres, interponiéndose entre las columnas de Bolívar y Páez con sus reservas en Valencia. El general llanero, contagiado por la manía de las batallas, sin contar con más de dos batallones que apenas alcanzaban á 350 plazas y cinco escuadrones, esperó en Cojedes el ataque que le traía el enemigo con fuerzas superiores y mejor disciplinadas. Concibió un racional plan de combate, pero como él mismo lo ha dicho refiriéndose á este momento, no hay hombre cuerdo á caballo. Arrebatado por la sangre, cargó impetuosamente á la cabeza de uno de sus escuadrones, arrolló un ala del enemigo, pasó á retaguardia de la línea rompiendo un batallón que se hallaba en reserva; pero al volver sobre sus pasos, su ejército había desaparecido. La infantería republicana, que peleó valientemente rompiendo el fuego á tiro de pistola, fué deshecha y degollada, y la caballería que la acompañaba huyó cobardemente (2 de mayo de 1818). Páez quedó dueño del campo y derrotado, y se retiró á San Fernando del Apure con los restos que pudo reunir, que no alcanzaban á la mitad de las fuerzas con que había abierto su campaña.

Bolívar, mientras tanto, sin darse cuenta de las maniobras de La Torre ó ignorándolas, y á fin de combinar sus operaciones con las de Páez, trasladóse al occidente de Calabozo á un lugar llamado Rincón de los Toros, entre los ríos Tiznado y Chiguas, afluentes del Portuguesa. En este punto estableció su campamento con 600 infantes y 700 jinetes, destacando la división de Cedeño para cubrir su retaguardia en los llanos que abandonaba. Allí se encontró rodeado de partidas enemigas, que eran dueñas de toda la campaña. Una columna destacada por Morillo á órdenes del comandante Rafael López, tenía por especial encargo impedir su reunión con Páez, y atacarlo donde lo encontrase. Al acercarse al Rincón de los Toros, cogió un prisionero que le informó del lugar donde se encontraba Bolívar á larga distancia de su campamento, dándole el santo y seña. El capitán español Javier Renovales se ofreció á penetrar con treinta hombres al campo republicano y matar á Bolívar, mientras López atacaba la descuidada división. La noche era de luna. La partida realista llegó á las 4 de la mañana hasta la inmediación de la mata ó bosque donde se hallaba el Libertador con su estado mayor, que dormía en hamacas colgadas de los árboles. Renovales se encontró con una patrulla mandada por el coronel Santander, jefe de estado mayor, á tiempo que la luna se ocultaba en el horizonte, y rindiendo santo y seña, siguió adelante. Al llegar á la mata, la partida hizo fuego sobre las hamacas. El Libertador, que estaba despierto, se incorporó, y las balas pasaron por encima de su cabeza. Corrió á tomar su caballo, que huyó espantado por los tiros. En la oscuridad no acertó á dirigirse á su campamento, y se internó en un espeso bosque, donde vagó toda la noche solo y á pie, despojándose de su gorra y dormán para no ser conocido (abril 17). Al día siguiente fué encontrado por los dispersos de su división, que había sido sorprendida y destrozada. Pidió un caballo, y todos se lo negaron, hasta que un sol-

dado le dió el suyo, quedando á pie, sin dar su nombre, y sólo un año después pudo descubrir por casualidad quién había sido el que lo auxilió en tan duro trance. Procuró reunirse con Páez, y erró durante tres días por las márgenes del Portuguesa, con una escolta de cuarenta hombres. Al fin se dirigió á San Fernando, adonde llegó enfermo y triste, pero no desalentado. Allí se encontró con Páez derrotado, y dictó medidas para levantar nuevos cuerpos.

No habían terminado aún los desastres de esta campaña, por consecuencia de los errores del general. Incurriendo en la misma falta que cuando dió á Saraza el mando de una fuerte división avanzada que era incapaz de manejar, confió á Cedeño, tan incapaz como el derrotado en la Hogaza, una columna de 1.000 jinetes y 300 infantes, con encargo de dominar los llanos de Calabozo. Morillo, que después de las ventajas alcanzadas, había dispuesto que Calzada con su división maniobrase sobre el Apure, dispuso al mismo tiempo que Morales con una gruesa columna ocupase los mismos llanos. Cedeño esperó al enemigo en el cerro de los Patos, á 10 kilómetros de Calabozo, y fué batido tan ignominiosamente como Saraza en la Hogaza, con pérdida de toda su infantería y dispersión de toda su caballería (20 de mayo). Apenas doscientos hombres se salvaron. Morales, ensoberbecido con su victoria, avanzó hasta el Guayabal, á 15 kilómetros de San Fernando. Páez atravesó el Apure al frente de su guardia de honor, y le sorprendió y derrotó completamente, obligándole á replegarse á Calabozo (28 de mayo 1818). Era la estación de las lluvias y los ríos salidos de madre habían inundado los llanos, convirtiéndolos en un inmenso lago. Los beligerantes se pusieron en cuarteles de invierno.

La campaña estaba terminada. El ejército con que se abriera no existía. Toda la infantería había desaparecido; el armamento estaba destruído y las municiones agotadas. De todas las conquistas del año anterior, los independientes

sólo ocupaban la plaza de San Fernando. El Libertador había perdido, juntamente con su ejército, su crédito como general y su autoridad moral como gobernante. Sólo quedaba en pie el núcleo del ejército del Apure y la base de operaciones de la Guayana conquistada por Piar.

La situación del ejército realista no era mucho mejor á pesar de sus triunfos. Morillo contaba todavía con doce mil hombres diseminados en Venezuela y Nueva Granada; pero sus fuerzas vivas estaban gastadas. Él mismo lo reconocía. «Estamos entregados á la más espantosa miseria, sin » dinero, sin armamento, sin víveres, y sin esperanza de » poder variar la suerte. Doce batallas campales consecu- » tivas en que han quedado muertos en el campo de batalla » las mejores tropas y jefes enemigos, no han sido bastantes » para exterminar su orgullo ni el tesón con que nos hacen » la guerra» (15).

La escuadra española estaba desmantelada en Puerto Cabello, y los corsarios argentinos y venezolanos dominaban el mar de las Antillas, con los puertos de Margarita por centro de operaciones. Bolívar había contribuído á este resultado, quebrando el nervio de la más poderosa expedición que la metrópoli hubiera hecho para sojuzgar á sus colonias rebeladas; pero la responsabilidad que sobre el Libertador pesaba por sus errores, era inmensa. Todos atribuían, y con razón, el desgraciado éxito de las operaciones á la mala dirección de la guerra. El tiempo, que ha agrandado su gloria, ha confirmado este juicio de sus contemporáneos.

Un juicioso historiador colombiano, admirador del genio de Bolívar, ha hecho la crítica de esta campaña con tanta justicia, como severidad. Prescindiendo de la derrota de

---

(15) Ofi. de Morillo al virrey del Perú, Pezuela, de 28 de julio de 1818, en Barquisimeto.

Saraza en la Hogaza, de que es responsable por imprudencia, pero que fué reparada por su rapidez en reunirse con el ejército del Apure y la feliz sorpresa á Morillo en Calabozo, hechos que le hacen gran honor, todos los desastres que se siguieron son consecuencia de sus errores. Después de haber experimentado en la marcha hacia el Sombrero y en el paso del Guárico la superioridad de la infantería española, cuando 1.400 hombres en retirada no pudieron ser destruídos ni aún conmovidos por todo el ejército independiente en las llanuras con una caballería muy superior, no debió empeñarse en perseguir á Morillo, en las montañas, donde aquella superioridad — aparte de la numérica — era mayor, y su arma principal se inutilizaba. La situación falsa en que se colocó en los valles de Aragua, donde podía ser cortado y destruído enteramente por fuerzas muy superiores y de mejor calidad, agravada por el avance de su vanguardia sobre Valencia y camino de Caracas con su flanco y retaguardia descubiertos, son errores que no tienan explicación militar. La batalla de Semen ó La Puerta, innecesariamente comprometida, cuando pudo retirarse á los llanos haciendo la guerra de posiciones á que se prestaba el terreno, es el hecho que ha merecido la más justa crítica de los militares. La batalla de Ortiz, consecuencia de otro error estratégico, fué mal empeñada y peor dirigida, cuando un simple movimiento de flanco, le hubiese dado la victoria ó salvádole de una derrota. Su plan de campaña de invadir Caracas por el occidente, lanzando á Páez en aventuras sin darse cuenta de los movimientos del enemigo, que interceptaron sus columnas de maniobra, acusan una ciega obstinación sin objeto claro. La sorpresa del Rincón de los Toros, manifiesta tanto olvido como desprecio de las precauciones más ordinarias en campaña al frente del enemigo. La pérdida de la división de Cedeño, comprometida sin objeto, cuando pudo y debió hacerla retirar en tiempo, repasando el Apure, fué el último grande error

de la campaña, que acabó con los últimos restos del ejército republicano (16).

VI

La suerte de las armas republicanas no había sido más feliz en el oriente, y la autoridad del Libertador anulada en el Apure, era allí desconocida. Los partidarios de Mariño, le habían vuelto á llamar, y éste, apoyado por el gobernador Gómez de Margarita, se puso de nuevo al frente de las tropas de Cumaná, asumiendo su antigua actitud disidente. Bermúdez, que con 800 hombres permaneció fiel, había sido completamente derrotado, con pérdida de su artillería, repasando deshecho el Orinoco. Monagas, que ocupaba con los restos de su división los llanos de Barcelona, estaba reducido á la impotencia. La opinión general era contraria al Libertador.

Tal es la situación política y militar con que se encontró Bolívar al regresar á Angostura, dejando á Páez el mando del ejército del Apure, donde apenas era él obedecido. Empero, con su inquebrantable constancia, con su genio creador en la desgracia, se contrajo á formar un nuevo ejército y nuevo estado, revelando cualidades de flexibilidad y método que no se le conocían. Creó nuevos batallones reclutados en las misiones de Coroní, reorganizó las divisiones de Saraza y Monagas, y encargó á Bermúdez levantar nuevas tropas en la Guayana. El oportuno auxilio de cinco mil fusiles y abundantes pertrechos de guerra conducidos por Brión desde las Antillas, le proporcionó el material de guerra de que carecía. En medio de estos trabajos, como la espada de acero de buen temple, que se dobla sin quebrarse,

(16) Véase Restrepo: «Historia de la Revol. de Colombia», t. II, página 464.

se amoldó á las circunstancias con una moderación y una prudencia que no estaban en su naturaleza soberbia. Se reconcilió con Mariño, y confirmó su autoridad, nombrándole comandante del ejército de Cumaná. El ejército del Apure, movido por el coronel inglés Wilson que mandaba un contingente de voluntarios de su nación enganchados en Europa, se había sustraído á su comando, y proclamado á Páez general en jefe con el apoyo decidido de los llaneros que adoraban á su jefe y que lo consideraban superior á Bolívar. Él, sin darse por entendido de esta sublevación, le envió los auxilios necesarios para sostener la guerra. La más acertada de sus medidas, y que debía influir sobre su destino futuro, fué enviar al general Francisco de Paula Santander con 1.200 fusiles y un cuadro de oficiales, con el encargo de formar un cuerpo de ejército en la provincia de Casanare, reconcentrando todas las partidas dispersas y amagar la frontera de Nueva Granada. Santander era granadino y era el hombre de la empresa. Hombre de letras por vocación y soldado por elección, había hecho todas las campañas de la revolución, conservando su carácter mixto. Dotado de una inteligencia vivaz y bien cultivada, con principios democráticos que formaban su conciencia política, con un patriotismo de buena ley, aunque no exento de una ambición legítima, era un hombre de acción y de pensamiento llamado á figurar en la guerra y en la paz. El Libertador hizo preceder su marcha de una proclama profética dirigida á los granadinos: «El día de la América ha llegado. Ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. El sol no completará el curso de su período, sin ver en todo vuestro territorio altares á la libertad». La profecía se cumpliría (17). En su tránsito por el Apure, Santander fué dete-

---

(17) Proclama de Bolívar de 15 de agosto de 1818 en Angostura.

nido por Páez, que se mantenía en un estado de disidencia pasiva. Bolívar allanó prudentemente esta dificultad. En seguida remontó el Orinoco con una escuadrilla de veinte embarcaciones, con algunos batallones para reforzar el ejército del Apure. Tuvo allí una entrevista amistosa con Páez, lo sometió sin violencia á su autoridad suprema, y confiándole el mando en jefe regresó á Angostura con el objeto de consolidar las bases vacilantes de su gobierno político.

Los hombres pensadores que acompañaban al Libertador en sus trabajos y aun militares de alta graduación que le eran más adictos, le manifestaron con energía, que el país estaba descontento de ser gobernado por un solo hombre con facultades absolutas, sin freno alguno y sin rumbos políticos, y que era necesario que se estableciera por lo menos una forma de representación popular, que diese más solidez á su propio poder y más respetabilidad á la república en el interior y el exterior. Bolívar, dándose cuenta de su situación, se dejó persuadir, sin manifestar displicencia. Reorganizó el consejo de Estado que había caído en desuso, y lo incitó á que se ocupara de la convocación de un congreso constituyente, iniciando la reorganización de la república colombiana. Dictóse en consecuencia un reglamento electoral, apuntando en él la idea de que Venezuela debía formar una sola república con Nueva Granada, y que desde luego debía ser llamada la provincia de Casanare á tener representación como parte integrante de la nación. El Libertador al anunciar á los pueblos la próxima convocatoria, declaró que los ponía en posesión de sus derechos, «sin más condición que la de elegir para magistrados » á los ciudadanos más virtuosos, olvidando, si podían, en » las elecciones, á los que les habían dado libertad». Y como no podía faltar la renuncia anticipada de fórmula, terminaba con estas palabras: «Por mi parte, yo renuncio » para siempre la autoridad que me habéis conferido, y no » admitiré jamás ninguna que no sea la de simple militar,

» mientras dure la guerra de Venezuela». Pero agregaba contradiciéndose: «El primer día de la paz será último » de mi mando» (22 de octubre de 1818).

El escenario se magnificaba. Las corrientes magnéticas de la revolución sud-americana se tocaban. El mundo empezaba á intervenir indirectamente en el gran movimiento que se operaba en las colonias hispano-americanas insurreccionadas. La figura de Bolívar se agrandaba. La revolución estaba triunfante en el sud del continente y se preparaba á dar el golpe de muerte al poder colonial en su centro. San Martín había triunfado en Maipu y se preparaba á libertar al Perú. El Director de Chile, se dirigía al Libertador, como antes el de las Provincias del Río de la Plata, reconociendo la solidaridad de la causa continental en pro de la emancipación del Nuevo Mundo. En vez de proclamas, se cambiaban ahora boletines de victoria. O'Higgins se dirigía al pueblo de Venezuela, felicitándolo por los triunfos que hacían inmortales sus armas bajo las inspiraciones de su jefe supremo, y le invitaba á la alianza: «La » causa que defiende Chile es la misma en que se hallan » comprometidas Buenos Aires, Nueva Granada, Méjico y » Venezuela; es la de todo el continente americano. Separados estos países unos de otros, harían más difícil y » retardarían el fin de la contienda de que pende la felicidad ó la humillación de veinte millones de habitantes. » Las armas de Chile y Buenos Aires pronto darán libertad » al Perú, y la escuadra de este Estado, puede franquear » las comunicaciones con la Nueva Granada y Venezuela, » y ayudar á las protestas de esos países» (18). El campo de acción de Bolívar se ensanchaba y sus horizontes se dilataban. La España desesperanzada de someter por las

(18) Ofi. del Director de Chile, O'Higgins, al Libertador Bolívar, de 3 y 8 de noviembre de 1818.

armas á sus colonias rebeladas, solicitaba la mediación de las altas potencias de Europa á título de reconciliación. El Libertador, apoyándose en la autoridad del consejo de Estado y de una asamblea de notables, declaró en un manifiesto solemne á la faz del mundo: «que la república de » Venezuela por derecho divino y humano, estaba emanci» pada de la nación española; que no había solicitado ni » solicitaría mediación de las altas potencias europeas para » reconciliarse con su antigua metrópoli; que no trataría » jamás con la España sino de igual á igual en la paz y en » la guerra, y por último, que para mantener sus derechos » soberanos, el pueblo venezolano estaba resuelto á sepul» tarse entero bajo sus ruinas, si la España, la Europa, y » el mundo entero se empeñasen en conservarlo bajo el po» der español» (19). Bajo estos auspicios se abrió el congreso convocado por el Libertador.

VII

El 15 de febrero de 1819 se instaló solemnemente en Angostura el segundo congreso venezolano. El dictador abdicó en sus manos el poder absoluto de que estaba investido, diciéndoles modestamente: «En medio de un piélago de » angustias no he sido más que un juguete del huracán » revolucionario que me arrebataba como débil paja. No he » podido hacer bien ni mal. Fuerzas irresistibles han diri» gido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelas no » sería justo, y sería darme una importancia que no me-

(19) Declaratoria de Bolívar como jefe supremo de Venezuela, de 20 de noviembre de 1818.

» rezco. Apenas se me puede suponer simple instrumento » de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela. » Yo deposito en vuestras manos el poder supremo. En » vuestras manos está la balanza de vuestros destinos».

En un elocuente y meditado discurso, de su punto de vista el más lógico que haya brotado de su cabeza, expuso Bolívar por la primera vez su plan de organización constitucional, renovando la idea de la unión de las repúblicas de Venezuela y Colombia en una sola nación, germen de la república colombiana. Proclamó la excelencia del gobierno democrático, que establecía la igualdad, y se pronunció abiertamente contra la federación á que atribuía una debilidad orgánica; pero observó, que ninguna democracia había tenido estabilidad, mientras que las monarquías y las aristocracias, y aún las tiranías contaban siglos de existencia, de lo que deducía que era necesario buscar la solución del problema, combinando lo bueno de las repúblicas con lo estable de las monarquías. Como modelo, presentó la constitución de la Inglaterra, en cuanto tenía de republicana y de conservadora, proponiendo que se instituyese un senado hereditario como la cámara de los pares de la Gran Bretaña, y que sus descendientes fuesen educados especialmente en un colegio nacional como legisladores perpetuos por razón de legado. «Y que esto sería la base eterna y » la traba del edificio constitucional, y el alma de la repú- » blica, que pararía los rayos del gobierno y rechazaría » como cuerpo neutro las olas populares; el iris que calmaría las tempestades y mantendría la armonía entre los » miembros y la cabeza de este cuerpo político». En cuanto al poder ejecutivo, ya la idea de la presidencia vitalicia estaba en su cabeza, inoculada desde muy temprano por su maestro Simón Rodríguez y afirmada por el ejemplo del gobierno de Petión en Haití; pero no se atrevió á proponerla, porque sintió que no tendría apoyo, y se limitó á aconsejar, que se le revistiese de todos los atributos de la

Gran Bretaña, menos la corona, reuniendo en el mandatario electivo todas las facultades del monarca y del gabinete (20). Según su teoría, «el poder ejecutivo en una república, debía ser el más fuerte, porque todo conspira contra » él, en tanto que en las monarquías debía serlo el legislativo porque todo conspira en favor del monarca». «Un » magistrado republicano, decía, es un individuo aislado en » medio de una sociedad. Es un atleta lanzado contra una » multitud de atletas». No obstante proclamar la igualdad y repudiar las distinciones nobiliares, los fueros y los privilegios, proponía la creación de una nueva nobleza indígena por razón de los servicios de los causantes, y designaba como senadores y próceres perpetuos á los libertadores, y á sus descendientes herederos legítimos de la gloria: «Es » un oficio, decía, para el cual se deben preparar los candidatos, y un oficio que exige mucho saber. Todo no se » debe dejar al acaso y á la ventura en las elecciones. El » pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte. Los libertadores de Venezuela » son acreedores á ocupar un alto rango en la república que » le debe existencia. Es del interés público, es de la gratitud de Venezuela, es del honor nacional, conservar con » gloria hasta la última posteridad, una raza de hombres » virtuosos, prudentes y esforzados, que han fundado la » república á costa de heroicos sacrificios. Si el pueblo de » Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, » es indigno de ser libre y no lo será jamás» (21). En su anterior proclama de convocatoria, había encargado á los

---

(20) En su «Memoria» cit. en el cap. XL § III, publicada en Jamaica en 1815, decía Bolívar: «Su gobierno (el de Colombia) podrá imitar al » inglés, con la diferencia de que, en lugar de un rey habrá un poder » ejecutivo de elección, cuando más vitalicio, jamás hereditario; un senado » hereditario» etc., etc.

(21) Discurso del Libertador Bolívar al segundo congreso de Venezuela reunido en Angostura el 15 de febrero de 1819.

pueblos que en las elecciones «se olvidasen de sus libertadores si podían».

No podía faltar la tradicional renuncia de aparato, cuando él era el único candidato posible para el mando supremo, y lo había disputado y estaba resuelto á disputarlo á todos, en lo que hacía bien, aun cuando entrase por mucho en ello la ambición personal. «En este momento, el jefe » supremo de la república no es más que un simple ciuda» dano, y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré, sin » embargo, en la carrera de las armas, mientras haya ene» migos en Venezuela. La continuación de la autoridad en » un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término » de los gobiernos democráticos. Nuestros ciudadanos de» ben temer con sobrada justicia, que el mismo magistrado » que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetua» mente. Meditad vuestra elección». El mando perpetuo, fué sin embargo la gran pasión de su vida, y al iniciar la creación de un senado hereditario, preparaba la institución de la presidencia vitalicia, que estaba ya en su cabeza y que se apoderaría de su alma hasta la muerte. El congreso no tenía que meditar. Lo nombró presidente de la república (febrero 10). El congreso mandó publicar el nombramiento como un hecho consumado (febrero 17). Él se sometió como violentado. Se ha disculpado su falta de seriedad comprometida con palabras de carácter irrevocable y argumentos contrarios á su propia conciencia, diciendo que tenía por objeto realzar la autoridad moral del congreso, dejándose forzar la mano para recibir el poder de sus manos como un depósito y una carga pública. La explicación es plausible, y debe equitativamente tenerse en cuenta, porque desde este día, gobernó siempre acompañándose con los congresos y respetó su libertad y sus opiniones, y aun en medio del gran poder, que le constituyó una dictadura de hecho, apeló á su voto en las grandes crisis. Cuando se divorció de los congresos, cayó en el vacío.

El congreso al ocuparse del plan presentado por Bolívar, aceptó por transacción un senado vitalicio en vez de hereditario, adoptó la forma del gobierno unitario, fijó la duración del presidente en cuatro años, reelegible por otros cuatro solamente, y arregló los demás poderes públicos vaciándolos en el molde consagrado del sistema republicano-representativo. Pero como esta constitución debía ser sometida al voto del pueblo, y esto no era posible, nunca estuvo en vigencia, y sólo quedó planteada su armazón. Por un decreto legislativo se declaró, que el presidente en campaña ejercería una autoridad ilimitada en las provincias que fuesen teatro de la guerra, y que el vice-presidente en ejercicio del mando político no tendría acción en ellas ni sobre los ejércitos que las ocupasen, donde imperaría únicamente la autoridad del jefe supremo de las armas. Era en el hecho una dictadura militar, con carta blanca para conquistar y ocupar provincias sustraídas á la potestad civil. — Más adelante se verán las consecuencias de esta disposición. — Mientras tanto, Bolívar delegó el mando político en el vice Francisco Antonio Zea, que como granadino representaba el vínculo de las dos repúblicas colombianas. El Libertador se puso en campaña, seguido de un batallón de 500 voluntarios ingleses al mando del coronel Elsom, enganchados en Inglaterra (27 de febrero de 1818).

VIII

Por varias veces hemos hecho mención de la presencia de jefes y soldados europeos, especialmente ingleses, en el ejército republicano, y esta es la ocasión de explicarla, en el momento en que este elemento entra colectivamente á representar un papel histórico en la guerra de la indepen-

dencia colombiana. Venezuela, no obstante la virilidad de sus hijos y los heroicos esfuerzos con que mantuvo sola la lucha por el espacio de ocho años contra los más numerosos y aguerridos ejércitos españoles, fué la única república sud-americana que apeló al recurso de voluntarios reclutados en el exterior para aumentar sus fuerzas, y tuvo á su servicio cuerpos enteros de soldados de otras nacionalidades, mandados por jefes y oficiales extranjeros con su denominación de origen. Bolívar, que como todo libertador internacional, tenía algo de cosmopolita, no participaba de las preocupaciones de sus compatriotas contra los extranjeros y procuró siempre atraerse su concurso, no sólo como fuerza material sino como elemento regenerador en la milicia. Sin educación militar él mismo, con más instinto guerrero que ciencia estratégica, con más ímpetu que táctica, era hasta entonces un montonero de genio, una especie de Sertorio, como le placía ser apellidado, pero que comprendía que la guerra para dar resultados, tenía que hacerse con método y disciplina, y que necesitaba formar una nueva escuela. Así decía al emprender su expedición de los Cayos, asimilándose algunos elementos extraños: «La guerra » no se hace con correr y montar á caballo, que es lo único » que nos suministran los llanos» (22). Y al inaugurar el congreso de Angostura señalaba la concurrencia extranjera como el principal factor de la consistencia bélica del ejército venezolano.

Bolívar veía, que por ese mismo tiempo San Martín en el hemisferio opuesto del continente, al frente de un pequeño ejército bien organizado y bien dirigido, alcanzaba triunfos decisivos sobre las mejores tropas españolas, cual nunca había presenciado la América insurreccionada, y que sus

---

(22) Ofi. de Bolívar á Monagas de 13 de enero de 1817 en Barcelona, «Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 1172.

armas libertadoras se extendían por todo el continente del sud. Comprendía que necesitaba un núcleo más compacto que el de los llaneros, y una infantería mejor disciplinada para hacer la guerra con eficacia. Aleccionado por sus últimos descalabros, debidos tanto á su imprudencia cuanto á la poca consistencia de sus tropas de pelea en combates regulares, estaba penetrado de que sin un ejército sólido y regularmente organizado en la escuela de la táctica y la disciplina europea, todas las ventajas que obtuviese serían efímeras, y el triunfo definitivo, si no imposible, sería por lo menos desastroso, triunfando sobre ruinas. En esta escuela, el gran guerrero llegaría á ser un gran capitán, con menos ciencia y precisión matemática que San Martín, pero con más atrevimiento y más laureles. Tomaría como el general de los Andes la ofensiva; atravesaría como él la cordillera, libertando pueblos; se hará libertador no sólo de Venezuela sino también libertador americano, y más táctico que hasta entonces y con ejércitos más consistentes, ganará batallas decisivas, sin experimentar los repetidos reveses que habían neutralizado sus constantes esfuerzos y esterilizado sus mismas victorias hasta entonces.

Desde 1815 se habían iniciado trabajos para enrolar un cuerpo auxiliar de irlandeses, pero sólo en 1817 empezó á metodizarse en Inglaterra el alistamiento de voluntarios contratados, bajo la dirección del agente venezolano en Londres, Luis López Méndez, de quien decía Bolívar que sin los oportunos y eficaces auxilios de todo género que le prestó, nada hubiera podido hacer en la célebre campaña de 1819 que por este tiempo preparaba y que le dió la preponderancia militar. Los soldados debían recibir 80 dollars como precio de enganche, gozar de un sueldo de 2 chelines diarios, raciones como en el ejército inglés, y al finalizar, un premio de 500 dollars y un terreno en propiedad. Varios oficiales ingleses y alemanes celebraron contratos con López Méndez en 1817 para conducir á Venezuela cuerpos

de tropas organizadas, de artillería, lanceros, húsares y rifleros. La primera expedición que salió de Inglaterra, fué el cuadro de un regimiento de «Húsares y lanceros (120 hombres) venezolanos», organizado por un coronel, Hippisley, que resultó ser más una comparsa de teatro con brillante uniforme, pero que sin embargo sirvió de plantel á un cuerpo de caballería regular (23). El coronel Wilson, — el mismo que hemos visto figurar en el Apure conspirando contra Bolívar, — y el coronel Skeenen, organizaron el plantel de otro cuerpo de caballería. Una expedición de 300 hombres de la misma arma á cargo del mismo Skeenen, naufragó en las costas de Francia. Campbell formó la base de un batallón de rifleros, famoso después en las guerras de la independencia de Colombia. Un oficial subalterno, con el título de coronel, llamado Gilmour, creó la base de una brigada de artillería de noventa plazas.

El alistamiento en favor de la independencia venezolana, se convirtió en una pasión, á pesar de las severas medidas del gobierno inglés que lo prohibía (*Enlistament bill*). La corriente de voluntarios se aumentó considerablemente en 1818 y 1819. El general English que había hecho la guerra de la península española con Wellington, contrató el envío de una división de 1.200 ingleses, que por este tiempo arribaron á Margarita, de la que salió el famoso batallón «Carabobo», que tan gran papel representó en las batallas. El coronel Elsom, el mismo que acompañara á Bolívar al ir á tomar el mando del ejército del Apure, condujo á más de los 500 hombres que formaron el famoso batallón que sucesivamente se denominó «Legión Británica» y «Batallón Al-

---

(23) Hippisley, que dejó el servicio sin tomar parte activa en la guerra de Venezuela, escribió un libro, que en 1819 fué traducido al frances «Histoire de l'expédition aux rivières d'Orenoque et d'Apure». Es una diatriba contra Bolívar, que sin embargo contiene noticias utilizables.

bión» 300 alemanes contratados en Bruselas al mando del coronel Uzlar. El general Mac Gregor, á quien ya conocemos, llevó á las costas venezolanas una legión extranjera de 800 hombres, que tomó parte activa en las operaciones subsiguientes. Además de otros contingentes extranjeros de menos importancia, formóse una legión irlandesa por el general Devereux, el iniciador de la idea de reclutar tropas extranjeras en Europa (24). De ella formaba parte un hijo del gran tribuno de Irlanda, O'Connell, quien al ofrecerlo al Libertador le escribía protestando de su «adhesión » á la santa causa de la libertad y de la independencia de » Colombia, que tan gloriosamente sostenía», hacía votos porque viese á los enemigos de su patria confundidos y exterminados, y fuese al fin de su carrera tan venerado y amado como el «gran prototipo Wáshington» (25).

Al tiempo de instalarse el congreso de Angostura y recibirse la noticia de que la expedición del general English y otros cuerpos extranjeros contratados habían arribado á

---

(24) Restrepo en su «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, página 84, trae: «La historia justa é imparcial debe ofrecer un tributo de gratitud » á la nación inglesa, por los grandes y oportunos auxilios que los comer» ciantes y militares prestaron á Colombia, sobre todo, desde 1817 á 1820. » Cerca de *cinco mil ochocientos hombres*, sin contar los marineros que se » enrolaron en nuestra escuadrilla, salieron de los puertos de la Gran » Bretaña, organizados, vestidos y armados para venir á las costas de Vene» zuela y de Nueva Granada á combatir por la independencia y libertad » de la América del Sud. No fuimos auxiliados por otra nación, exceptuando » *trescientos* alemanes, que vinieron á Margarita, mandados por el coronel » Uzlar. En la misma época no bajaban de un millón de libras esterlinas » los demás auxilios que el comercio británico había franqueado á los comi» sionados del Libertador en buques, armamentos, pertrechos y vestuarios». El mismo Restrepo, hace un extracto de las diversas expediciones con el cómputo numérico de que se componían. — Torrente en su «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» hace subir exageradamente el número de los auxiliares á nueve mil hombres.

(25) Carta de O'Connell á Bolívar, de 2 de marzo de 1819, en Dublín. («Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 1493).

Margarita, Bolívar dispuso que Urdaneta se trasladase á la isla para darles organización. Urdaneta encontró allí 1.200 ingleses y 300 alemanes. Esta fuerza debía operar por las costas de Cumaná y Caracas, mientras el Libertador abría su campaña por los llanos altos de Venezuela. El coronel Mariano Montilla, hasta entonces enemigo declarado de Bolívar, se reconcilió con él, y tomó el puesto de jefe de estado mayor de las tropas extranjeras, que amenazaban sublevarse contra sus jefes. Montilla restableció la armonía y estableció el orden en este agrupamiento todavía informe. Había servido como guardia de corps en España y viajado mucho en Europa; hablaba varios idiomas extranjeros y conocía las costumbres de los nuevos auxiliares; era enérgico y activo y poseía buenos conocimientos militares. Era el último enemigo del Libertador que reconocía su autoridad suprema, y que cooperando eficazmente á sus empresas, le fué fiel hasta el fin (26).

Al mismo tiempo que la noticia del arribo de la expedición de English, llegó á Angostura el batallón inglés de

---

(26) Varios de los jefes y oficiales extranjeros que formaron parte de estas expediciones, han escrito relaciones de sus trabajos y campañas, que además de ilustrar el punto del alistamiento de tropas extranjeras en Europa, suministran noticias interesantes sobre la guerra de Colombia, que sus historiadores no han explotado. Además del libro «Hippisley» y «Campaings and cruises in Venezuela and New Granada», ya citados, pueden consultarse las siguientes obras: — 1.° Brown: «Narrative of the expedition to South America which sailed from England at the close of 1817». — 2.° Hackett: «Narrative of the expedition which sailed from England in 1817». — 3.° Robinson: «Journal of an expedition 1,400 miles up Orinoco and 300 up Arauca». — 4.° «The present state of Colombia etc. by an officer of the colombian service». — 5.° «Recollections of a service of three years during the war of extermination in Venezuela and Colombia, by an officer of the colombian navy». El general Mac-Gregor también ha escrito sus memorias, que ilustran este punto interesante de la historia de Venezuela y de Colombia.

500 plazas mandado por el coronel Elsom, con que el Libertador remontó el Orinoco para unirse al ejército del Apure y abrir la campaña de los llanos altos de Venezuela.

IX

Morillo había abierto ya su campaña. El 30 de enero (1819) pasó revista á siete batallones y diez y seis escuadrones, perfectamente disciplinados y pertrechados, que alcanzaban en su totalidad á 6.500 hombres. Páez, que había abandonado la línea del Apure á su aproximación, incendiando a San Fernando, se trasladó al sud del Arauca, con 4.000 hombres, 2.000 llaneros de caballería y cuatro batallones con un escuadrón de dragones ingleses, con abundante reserva de caballos de repuesto. El ejército español avanzó hasta el Arauca, llevando á la rastra de la cola de sus caballos algunas canoas, que surcaban el llano como trineos. Páez defendió el paso del río, en dos puntos, que los españoles al fin tomaron con intrepidez bajo el fuego (4 de febrero de 1819). El general llanero, ensayó un nuevo sistema de guerra. Comprendiendo que su infantería bisoña y menos numerosa no podía competir con la del enemigo, la puso en seguridad á su retaguardia. Él se quedó con 1.500 hombres bien montados. Morillo ignoraba la situación de los republicanos. Sólo algunas partidas sueltas se presentaban por sus flancos ó su retaguardia, cambiaban algunos tiros y se perdían en el vasto horizonte de las sabanas. Desprendió á Morales con una vanguardia de 3.000 hombres, con el objeto de explorar el campo y recoger ganados. Hallábase ocupado uno de sus escuadrones en esta faena, cuando se presentó Páez con 1.200 jinetes escogidos, lo acuchilló hasta su campamento y cargó sobre la reserva, trabándose un recio combate. A la apari-

ción de la reserva, la columna llanera se retiró al galope (14 de febrero). En la noche tomó la retaguardia de los invasores, y obligó á Morillo á retrogradar al día siguiente, haciéndolo vagar sin rumbo por la inmensa llanura, en persecución de un fantasma, que le retiraba los ganados, mataba a las partidas que se apartaban del grueso del ejército y hostigaba constantemente sus flancos de día y de noche, obligándole á marchar reconcentrado. Las enfermedades empezaron á hacerse sentir en las tropas españolas, por efecto de los pantanos y lo ardiente del clima. Al cabo de nueve días de campaña, el general español comprendió que tenía que habérselas con un adversario más hábil que él, que se proponía agotarlo en vanas marchas y contramarchas, desistió de su empresa, y se replegó a la línea del Apure sobre la base de San Fernando fortificado, con el grueso de sus fuerzas, situando algunas divisiones en Barinas, Calabozo y Sombrero (27).

Tal era el estado de la campaña cuando Bolívar se reunió á Páez al sud del Apure. El ejército republicano se componía entonces de 3.500 hombres disponibles de infantería y caballería. El general en jefe, siempre inclinado á la ofensiva, considerando el ejército español muy debilitado en su primera línea resolvió buscar una batalla. Su primera descubierta sufrió un serio contraste. La segunda tentativa sobre un punto avanzado de 400 hombres infantes y un escuadrón de carabineros al mando del coronel español José Pereyra, tuvo un éxito desgraciado. Pretendió sorprenderlo en persona con 800 infantes y 200 jinetes

---

(27) En sus «Mémoires», pág. 194-195, dice Morillo: «Era visto, que »los enemigos, esquivando una acción general, se proponían fatigar nuestras »tropas teniéndolas continuamente sobre el *quién vive*, y obligarlas á »agotarse en marchas penosas. Penetré esta intención, y me apliqué seria»mente á evitar al ejército los males consiguientes á un género de guerra »tan desastroso. Creí deber en consecuencia retrogradar».

en un punto llamado Gamarra, y á pesar de su superioridad fué rechazado, con pérdida considerable de muertos y prisioneros, y algunos dispersos (27 de marzo). Estos descalabros hicieron desistir á Bolívar de su plan ofensivo, y repasó prudentemente el Arauca. Con la presencia de Bolívar al frente del ejército volvían otra vez los contrastes.

Morillo avanzó en masa hasta las inmediaciones del Arauca. Páez quiso mostrarle, que si era el primer general de caballería irregular de la América, era también uno de los primeros héroes modernos. A la cabeza de ciento cincuenta jinetes escogidos atravesó el río á nado, y avanzó á galope sobre el campo enemigo. Atacado por una columna de caballería de 800 hombres, sostenida por el fuego de dos cañones volantes, se puso en retirada, amagando cargas, hasta traer á sus contrarios á las inmediaciones del río donde se hallaba un batallón de cazadores emboscados sobre la margen derecha. Páez, aprovechando la sorpresa, hizo volver caras en pelotones de veinte hombres y cargó por todos los costados, obligando á los carabineros á echar pie á tierra para defenderse y echó el resto de los escuadrones intimidados sobre su infantería. La noche se acercaba, y Morillo, creyendo ser atacado por todo el ejército independiente, se reconcentró en un bosque inmediato. Páez repasó el río con dos muertos y algunos heridos, dejando el campo cubierto de cadáveres enemigos (28). Este com-

---

(28) Algunos historiadores hacen ascender exageradamente las pérdidas de los realistas á 400 muertos, y otros hasta 500, lo que parece exagerado. — El general Páez, héroe de esta jornada, se limita á decir que Bolívar hizo contar los muertos, y que resultaron ser cerca de 500. Morillo en sus Memorias, dice que fué «audazmente atacado en su campo por seis escua» drones, y que perseguidos por la caballería de vanguardia y un escuadrón » de dragones, huyeron al gran trote, siendo perseguidos por el espacio » de hora y media, no sin algunas pérdidas, salvándolos la oscuridad de » la noche que sobrevino». — Torrente en su «Hist. de la Revol. Hisp. Americana», da al hecho las proporciones de una batalla y supone que los insurgentes eran 500, — lo que siempre sería una hazaña, — agregando:

bate fabuloso se llamó de «Las Queseras del Medio», por el lugar en que se dió (3 de abril de 1819).

Después de estos combates, sin más resultado que hacerse respetar ambos ejércitos, Morillo se limitó á algunas correrías por la margen norte del Arauca, y á los pocos días se replegó al Apure. Bolívar quería invadir la provincia de Barinas. Páez le aconsejaba seguir el sistema de guerra que tan buenos resultados había dado, diciendo con calma y estilo sanchezco: «Paciencia, mi general, que tras un cerro está un llano. El que sabe esperar lo que desea, no toma el camino de perder la paciencia». — El Libertador le replicaba: «Paciencia! si no me deserto es porque no sé para dónde ir!» Las lluvias de la estación pusieron fin á esta campaña, los llanos volvieron á anegarse convirtiéndose en un mar, y ambos ejércitos entraron en cuarteles de invierno.

En este momento tuvo Bolívar la gran inspiración de la campaña, que debía asegurarle la inmortalidad y decidir

---

«Páez tuvo la osadía de esperar al general en jefe. Ambas partes pelearon » con el más desesperado furor; pero el triunfo de los realistas no podía » ser dudoso desde el momento en que pudiesen hacer un regular despliegue » de sus fuerzas. El faccioso Páez perdió una gran parte de su guardia » de honor, compuesta de 500 feroces llaneros de los más aguerridos y diestros » en el manejo del caballo: los realistas quedaron sorprendidos al exami» nar el campo de batalla, cubierto de cadáveres de estatura gigantesca y » de hercúlea musculatura. Tales fueron las tropas vencidas en esta batalla, » que mereció este nombre por el orden de los combatientes y sus san» grientos resultados». Es un certificado de honor dado por el enemigo. — Restrepo, en la «Hist. de la Revol. de Colombia», con su acostumbrada discreción relata el hecho en los mismos términos del texto con ligeras variantes, pero sólo dice en cuanto á pérdidas del enemigo: «Este célebre combate costó al ejército real muchos muertos y heridos». — El general Páez nos ha relatado verbalmente este combate, y con la modestia que le era característica, nos dijo que su principal objeto había sido, traer á la caballería realista á la emboscada de infantería que tenía preparada, y que los errores del enemigo le proporcionaron la ocasión de cargarla, atribuyendo el mayor honor á su compañero el comandante Juan José Rondón.

de los destinos de la América, produciendo en el norte del continente la catástrofe de las armas españolas que ya se había operado en el sud con el paso de los Andes por San Martín, y la reconquista de Chile en Chacabuco y Maipu con el dominio del mar Pacífico, que preparaba la conquista del Perú. Un oficial, que se retiraba disgustado de la provincia de Casanare, se la sugirió. Informado de que Santander tenía 1.200 infantes disciplinados y 600 hombres de caballería bien montados, y que con esta fuerza acababa de rechazar una invasión que desde Nueva Granada le había llevado el coronel José María Barreiro con un ejército de más de 2.300 hombres (abril de 1815), empezó á ver más claro en el teatro de la guerra. Al mismo tiempo Santander lo llamaba á reunir sus fuerzas con las de Casanare, y emprender la reconquista de Nueva Granada. Bolívar por intuición comprendió que el triunfo de Venezuela estaba en nueva Granada, como antes había comprendido que la salvación de Nueva Granada estaba en Venezuela, atravesando las montañas como lo había hecho San Martín. Convocó una junta de guerra, le comunicó su atrevido proyecto, que fué acogido con entusiasmo por sus jefes. Quedó acordado, que el Libertador invadiría la Nueva Granada, mientras Páez al frente del resto del ejército del Apure mantenía la campaña de los llanos, llamando la atención por Barinas así al ejército de Morillo como al que defendía Nueva Granada. Al mismo tiempo Brión, con la escuadrilla republicana, tomando á su bordo las tropas auxiliares extranjeras, que se hallaban en Margarita a órdenes de Urdaneta y Montilla, debía hostilizar las costas de Caracas, ocupando á los realistas por la espalda. Jamás Bolívar, después de su famosa reconquista de Venezuela tan desastrosamente terminada, había concebido un plan de campaña más grandioso, más bien combinado, aun fallando en algunos de sus cálculos, ni de más trascendentales consecuencias. Aquí se revela la penetración y el alcance del genio.

Los destinos de la América iban á cambiar en el norte, al atravesar Bolívar los Andes ecuatoriales, como cuando San Martín atravesó en el sud los Andes meridionales. Las dos grandes masas batalladoras y redentoras de las colonias hispano-americanas se acercaban, y los dos grandes libertadores del sud y del norte del continente iban á operar su conjunción.

CAPÍTULO XLIII

BOYACÁ — COLOMBIA. — CARABOBO

AÑOS 1819-1822

Bolívar emprende la reconquista de Nueva Granada. — Paso de los Andes ecuatoriales. — Maniobras estratégicas de Bolívar. — Acción del Pantano de Vargas. — Batalla de Boyacá. — Reconquista de Nueva Granada. — Renovación de la guerra á muerte. — Creación de la república de Colombia. — Expedición de los voluntarios británicos sobre las costas de Venezuela. — Actitud de Morillo. — Sublevación de la expedición de Cádiz. — Influencia de la revolución liberal de España en la guerra sud-americana. — Armisticio de Trujillo y regularización de la guerra. — Ruptura del armisticio de Trujillo. — Pronunciamiento de Maracaibo. — Preponderancia política y militar de los independientes. — Bolívar abre nueva campaña. — Segunda y última batalla de Carabobo. — El congreso de Cúcuta y su espíritu republicano. — Renuncia de Bolívar. — El congreso de Cúcuta dicta la constitución de Colombia. — Análisis de esta constitución. — Actitud de Bolívar en presencia del congreso. — Rendición de Cartagena. — La independencia de Colombia asegurada. — Los realistas reaccionan. — Morales se apodera de Maracaibo, Santa Marta y Coro. — Capitulación de Morales. — Toma de Puerto-Cabello. — Triunfo final del norte de la América meridional.

I

La inundación de los llanos, que facilitaba la ejecución del plan de Bolívar para invadir la Nueva Granada, por cuanto detenía á Morillo en sus acantonamientos, dificultaba su marcha para reunirse con Santander en Casanare. Tenía que atravesar una vasta extensión cubierta casi totalmente de agua, vadear siete caudalosos ríos á nado conduciendo su material de guerra, y le quedaría aún la mayor dificultad á vencer, que era el paso de la cordillera nevada

en pleno invierno, Todo fué superado con constancia sufriendo las más grandes penalidades. El Libertador se reunió con Santander al pie de los Andes en las nacientes del río Casanare que se derrama en el Meta (11 junio de 1819). Llevaba cuatro batallones de infantería: Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albión, este último compuesto totalmente de ingleses. La caballería componíase de dos escuadrones de lanceros y uno de carabineros de los altos llanos de Caracas, con un regimiento nombrado «Guías del Apure», en que figuraban los contingentes británicos de esa arma. El total de ejército expedicionario ascendió á 2.500 hombres, regularmente armados, pero casi desnudos. Santander tomó la vanguardia con la división de Casanare y penetró en los desfiladeros de la montaña por el camino de Morcote con dirección al páramo de Pisba, que conduce al centro de la provincia de Tunja al occidente de los Andes (25 de junio). Este punto se hallaba defendido por un ejército disciplinado de 2.000 infantes y 400 jinetes al mando del coronel José María Barreiro, con sus avanzadas sobre la cordillera. En Bogotá se hallaba una reserva respetable, que aunque debilitada por la marcha del batallón Numancia en 1818 en auxilio del Perú amenazado por San Martín después de la batalla de Maipu, contaba todavía con más de 1.000 veteranos, además de las tropas que guarnecían Cartagena y el valle de Cauca, sin contar el ejército realista que ocupaba Quito. Bolívar, á pesar de su inferioridad numérica, confiaba en el efecto que produciría la sorpresa y en el apoyo que esperaba encontrar en el país que iba á conquistar.

Al trasladarse el ejército invasor del llano á la montaña, el paisaje cambiaba. Los nevados picos de la cadena oriental de los Andes se divisaban á la distancia. Al inmenso y tranquilo lago sin horizontes de la planicie, se sucedían grandes masas de agua que descendían bramando de las alturas. Los caminos eran precipicios. Una selva tropical

de árboles gigantescos, que retiene las nubes en sus cimas, y de que se desprende una lluvia incesante, sombrea los estrechos desfiladeros. A las cuatro jornadas, todos los caballos se habían inutilizado. Un escuadrón de llaneros desertó en masa al verse á pie. Los torrentes eran atravesados por angostos y vacilantes puentes formados con troncos de árboles, ó por medio de las aéreas taravitas: cuando daban vado, eran tan impetuosos, que la infantería tenía que formarse en dos filas, abrazados los hombres del cuello para vencer el ímpetu de la corriente, que arrastraba para siempre al que perdía su equilibrio. Bolívar pasaba y repasaba con frecuencia á caballo estos torrentes, trasportando á la grupa de una orilla á otra á los enfermos, á los más débiles ó a las mujeres que acompañaban á sus soldados. Este era relativamente el jardín selvático de la montaña, en que la temperatura húmeda y caliente hace soportable el tránsito con el auxilio de la leña. A medida que se asciende, el aspecto de la naturaleza varía y las condiciones de la vida se alteran. Inmensas rocas caóticas superpuestas y montones de nieve, forman el límite monótono del desierto escenario: las nubes que coronan las selvas de la falda, vense á los pies en las profundidades de los abismos; un viento glacial y silencioso cargado de agujas heladas, sopla en esta región; no se oye más ruido que el de los torrentes lejanos y el grito del cóndor; la vegetación desaparece, y sólo crecen allí los líquenes, y una planta, que por su tronco con hojas velludas á manera de gasa fúnebre y coronada de flores amarillentas, ha sido comparada á una antorcha sepulcral (1). Para hacer más lúgubre el camino, todo el trayecto estaba señalado con cruces de los viajeros muertos á lo largo de él. — Este es el páramo.

---

(1) Es la *espeletia frailexon Bogotensium,* de Humboldt y Bompland: «Sinopsis plantarum Equinoctialum», t. II, pág. 504. — Caldas: «Cuadro físico de las regiones equinocciales».

Al entrar el ejército expedicionario en la región glacial del páramo, los víveres se habían agotado: el ganado en pie, único recurso con que se contaba, no pudo acompañar á los soldados en sus fatigas. Al tocar la cumbre, se encontraba el desfiladero de Paya, que bien defendido, podía detener la marcha de un ejército con sólo un batallón. Estaba defendido por un destacamento de 300 hombres, que la vanguardia al mando de Santander desalojó fácilmente. El ejército empezaba á murmurar. Bolívar, para dominar moralmente este desaliento, convocó una junta de jefes, y después de manifestarles los obstáculos mayores que aun quedaban por vencer, les consultó sobre si debía perseverarse ó no en la empresa. Todos fueron de opinión de seguir adelante. Esto infundió nuevo aliento á las tropas.

Al tramontar la gran cordillera, más de cien hombres habían muerto de frío, de ellos cincuenta ingleses. Ninguna cabalgadura había podido resistir á la fatiga. Fué necesario abandonar las armas de repuesto, y parte de las que los soldados llevaban en las manos. Al descender las pendientes occidentales de la cordillera, el ejército de Bolívar era un esqueleto (2). En tan deplorable estado ocupó el ameno valle de Sagomoso en el corazón de la provincia de Tunja (6 de julio de 1819). Desde este punto, el Libertador envió auxilios á los cuerpos retrasados, reunió caballos, desprendió partidas al interior, se puso en comunica-

---

(2) La relación que los historiadores colombianos hacen del paso de los Andes ecuatoriales por Bolívar, apenas da idea de las dificultades vencidas ni de la naturaleza del terreno. Gervinus en su «Hist. du XIX siècle», utilizando las relaciones de los oficiales ingleses que asistieron á esta campaña, hace una brillante descripción, llena de animación y colorido. En nuestra narración nos hemos guiado por los datos históricos que suministran Restrepo y Baralt y Díaz, teniendo presente el cap. X de «Campaigns and cruises in Venezuela and New Granada», cuyo autor habla como testigo, y del cual Gervinus ha tomado las más bellas pinceladas para formar su cuadro.

ción con algunas guerrillas que existían en el país. El enemigo sorprendido, que ignoraba el número de los invasores, se mantuvo á la defensiva en fuertes posiciones. Reconcentrado el ejército independiente, después de algunos reconocimientos recíprocos y combates de vanguardia, Bolívar por una hábil marcha de flanco, tomó la retaguardia del enemigo y ocupando un país abundante en recursos, remontó sus fuerzas. Con poca diferencia, los movimientos estratégicos de San Martín al pasar los Andes meridionales, se repetían. Barreiro, abandonó las posiciones que había ocupado por el frente, y se atrincheró en un punto llamado los Molinos de Bonza, cubriendo el camino de la capital de Bogotá amenazado. Bolívar ocupó á su frente una posición inexpugnable. Ambos ejércitos permanecieron así á la defensiva, observándose.

Era urgente para los invasores tomar la ofensiva, antes que la fuerte guarnición de Bogotá con que contaba el virrey Sámano, se pudiese unir con la división de Barreiro, y que Morillo acudiese en auxilio del país invadido. Bolívar, por una nueva y atrevida marcha de flanco, atravesó el río Sagomoso, se puso sobre su retaguardia buscando una batalla, y obligó á los realistas á abandonar sus atrincheramientos, y á situarse en el «Pantano de Vargas». La acción que se empeñó fué reñida, aunque indecisa (25 de julio). Al principio, llevaron la ventaja los españoles, que tomaron la iniciativa, pero restablecido el combate, Bolívar se replegó á la posición que antes ocupara, imponiendo con su actitud al enemigo. En seguida hizo un movimiento general, trasladándose á la margen derecha del Sagomoso, y amagando un ataque, obligó á Barreiro á replegarse, á fin de cubrir el camino de Tunja y Socorro, que parecía ser el objetivo (3 de agosto). Para hacer creer al enemigo que volvía á su antigua posición, ejecutó una ostensible marcha retrógrada á la luz del día; pero en la noche, efectuó una contramarcha y ocupó la ciudad de Tunja, donde se

apoderó de 600 fusiles y de los depósitos de guerra, sorprendiendo á su débil guarnición (5 de agosto). De este modo quedó interpuesto entre el ejército realista en campaña y Bogotá, cortando las dos fuerzas que defendían el valle del Alto Magdalena. Barreiro, comprendiendo la importancia decisiva de este movimiento, se apresuró á restablecer sus comunicaciones perdidas, y se puso resueltamente en marcha hacia Bogotá. Ya era tarde. No tenía sino dos caminos precisos á seguir, que el ejército republicano dominaba desde las alturas de Tunja. Bolívar, observando que tomaba el más directo que conducía á Boyacá, pequeño río que corre hacia el oriente, ocupó sobre su margen derecha el puente por donde necesariamente tenía que atravesarlo el enemigo (3).

II

Simultáneamente aparecieron las cabezas de columna de los dos ejércitos beligerantes sobre el puente de Boyacá. El ejército realista constaba de 2.500 hombres, de ellos 400 de caballería, con 3 piezas de artillería. El ejército republicano se componía de 2.000 hombres de infantería y caballería. La batalla se inició sobre el mismo puente por un combate de vanguardia, en que las guerrillas españolas fueron arrolladas. Contenido Barreiro en su marcha, formó su infantería en columnas sobre una altura con la caballería á los costados y su reserva, desplegando por la

---

(3) Para inteligencia de los movimientos de esta campaña, véase: 1.° Codazzi, en «Atlas físico y político de la República de Venezuela», el «Mapa de Venezuela y Nueva Granada». 2.° «Carta orográfica del Estado de Boyacá», por Manuel Ponce León, ingeniero, y Manuel Paz, 1864.

derecha un batallón de cazadores para tomar con fuegos convergentes diagonales y de flanco á los republicanos que avanzaban en columna de ataque. Un batallón realista desplegado en cazadores por su izquierda á lo largo de una cañada, fué desalojado, y dejó descubierto el flanco. El centro y la derecha republicana cargaron por esta parte y envolvieron la posición enemiga, al mismo tiempo que la caballería y la izquierda atacaban de frente. La caballería realista huyó: la infantería en retirada, procuró en vano rehacerse en otra posición más á retaguardia; atacada de nuevo allí, rindió sus armas. La vanguardia al mando de Santander completó la derrota. (4).

Fué una victoria completa. Dado el primer impulso por el general que tan hábilmente la preparó, el valor de las tropas y la inspiración de los jefes divisionarios José Antonio Anzuátegui, Santander y el coronel Juan José Rondón, hicieron lo demás. Anzuátegui y Rondón, fueron los héroes de la batalla: el primero, dando la carga decisiva al frente de la infantería de la derecha y del centro, que envolvió al enemigo, y Rondón al dar la carga final con la caballería llanera. Los voluntarios ingleses se probaron por primera vez, acreditando la solidez británica que nunca desmintieron. Trofeos de esta gran jornada, fueron: 1.600 prisioneros, entre ellos el general en jefe enemigo, Barrei-

---

(4) El boletín de Boyacá, dado por Bolívar y firmado por Soublette, — único documento que ha servido de base á todos los historiadores americanos, que lo repiten textualmente sin adelantar nada, — es tan confuso como deficiente en lo esencial. Prolijo en la descripción de las guerrillas preliminares, no da ningún detalle preciso sobre los movimientos tácticos de la acción, si se exceptúa el desalojo del batallón desplegado en cazadores sobre la izquierda realista, del cual se coligen las maniobras y peripecias de la batalla. Los historiadores españoles, son más concisos y confusos, como que se trataba de una derrota de sus armas que confiesan de plano. (Véase: «Docs. para la vida del Libertador», Torrente; «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» y «Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López», actor en esta batalla).

ro, que tiró al suelo su espada por no rendirla, con 37 oficiales más; 100 muertos, la artillería y todo el armamento. Todo el ejército realista en campaña de la Nueva Granada, quedó completamente destruído. Boyacá es, después de Maipu, en el orden cronológico, la gran batalla sud-americana. Estas batallas cambiaron los destinos de la guerra. Boyacá determinó la preponderancia de las armas independientes al norte del continente, como la de Maipu la había establecido en el sud, tomando San Martín y Bolívar la ofensiva al atravesar los Andes, para converger ambos hacia el punto estratégico de la campaña continental iniciada por San Martín. La Nueva Granada quedó por siempre conquistada para las armas republicanas, el poder de Morillo en Venezuela empezó á quebrarse, los realistas quedaron aislados en tres puntos del continente, — Venezuela, Quito y el Perú, — la república de Colombia se formó, y las dos revoluciones del sud y del norte de la América, empezaron á condensarse y sus masas batalladoras á operar su conjunción á la par de los dos grandes libertadores que las acaudillaban.

La derrota de Boyacá difundió el pánico en Bogotá. El virrey Sámano, aturdido, fugó con 200 hombres hacia Cartagena, abandonando los archivos y cerca de un millón de pesos depositados en las cajas reales. El resto de la guarnición, en número de 800 hombres, se retiró hacia el norte con el coronel Sebastián de la Calzada. El Libertador con una débil escolta, ocupó triunfante la capital en medio de bendiciones y aclamaciones populares (10 de agosto). La victoria esta vez no fué manchada con sangre derramada en holocausto de las furias de la guerra á muerte. No era ya el hombre de 1813 y 1814. Limitóse á hacer fusilar uno de los prisioneros que había encabezado la sublevación de Puerto-Cabello en 1812. Con una asombrosa actividad dominó todo el país, que respondió con entusiasmo á su llamado. Las nueve provincias de la Nueva Granada, Socorro,

Pamplona, Tunja, Antioquía, Neiva, Margarita y Chocó hasta Popayán, pobladas por un millón de almas, quedaron libres. Levantó nuevos batallones, formó un nuevo ejército para hacer frente á Morillo por el occidente y dar impulso á la guerra por la parte del sud.

Donde triunfaba Bolívar, no podían faltar honores excesivos que desvirtuaban con pueriles ostentaciones su grandeza real, tanto más grande cuanto la actitud del triunfador es más modesta y se muestra más austera. Cuando Wáshington atravesó el Delaware y triunfó en Trenton, cambiando los destinos de la guerra norte-americana, nadie se habría atrevido á ofrecer al héroe ni siquiera una corona de encina del bosque por no ofender la seriedad de su carácter, y el congreso se limitó á investirlo con la dictadura militar por seis meses, en señal de merecida confianza por haber salvado la república. Cuando San Martín libertó á Chile y el Perú, se sustrajo á las vanas pompas del triunfo, y respetando su modestia, los pueblos se limitaron á simples votos de gratitud, que eran tan merecidos como los de Bolívar. La municipalidad de Bogotá, sabiendo que halagaba su avidez de honores pomposos, decretó, á más de una cruz de honor, que era de regla, una solemne entrada triunfal á la ciudad y una corona de laurel; un cuadro emblemático de la Libertad sostenido por el brazo de Bolívar, que se colocaría en la sala capitular; una columna conmemorativa con su nombre en la parte superior, y la celebración perpetua de la gran batalla en cada aniversario por todos los años venideros. El Libertador recibió en aquel día por segunda vez la corona de laurel con que su efigie ha pasado inmortalizada á la posteridad, y aunque se excusó modestamente de ceñirla esta vez, ella sienta bien en una cabeza atormentada, llena de viento y de grandes ideales. Una corona de laurel en la serena cabeza de Wáshington, haría caricatura.

Pero ideas más grandes que el viento de la vanagloria ocupaban la cabeza laureada del Libertador. Usando de las

amplias facultades que le había conferido el congreso en los países adonde llevara las armas libertadoras de Venezuela, echó los primeros fundamentos de la república de Colombia, que era el gran sueño de su vida. Nombró á Santander vice-presidente de la Nueva Granada, delegando en él sus facultades, bajo su dirección suprema. Al anunciar á los granadinos esta nueva organización, les dijo: «La reunión de » la Nueva Granada y Venezuela en una misma república, » es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos. Pero » este acto tan grande y sublime, debe ser libre. Espero la » soberana determinación del congreso para convocar una » asamblea nacional que decida la incorporación de Nueva » Granada» (5). Santander convirtió en hecho esta proclama por parte de la Nueva Granada, imponiéndolo á sus conciudadanos.

Una hecatombe, que reabrió por parte de los independientes el período de la guerra á muerte, marcó esta época gloriosa con una mancha de sangre. El vice-presidente Santander, en ausencia de Bolívar, hizo fusilar, con gran aparato militar, á los treinta y ocho oficiales prisioneros de Boyacá, con el coronel Barreiro á la cabeza, agregando al número de las víctimas un paisano que no había tomado armas, por haber protestado contra el bárbaro sacrificio en presencia de los banquillos ensangrentados (11 de octubre). Este acto de inútil crueldad, que contrariaba la nueva política militar del Libertador, ejecutado por un hombre culto como Santander, fué justificado públicamente por su autor en nombre de la venganza, recordando los fusilamientos hechos por los españoles y por el mismo Barreiro en el curso de la campaña, á la vez que alegaba el ridículo pretexto de falta de fuerzas para custodiar los prisioneros, resumiendo su teoría de diente por diente, con estas feroces palabras: «Si ellos nos degüellan cuando caemos en sus

(5) Proclama de Bolívar á los granadinos, de 8 de setiembre de 1819.

» garras ¿por qué no los podremos degollar nosotros, si » caen en nuestras manos?» Otros han procurado explicar el hecho más humanamente que él, alegando que su alma estaba exasperada, á causa de que la madre de Santander había tenido que sepultarse en un subterráneo para librarse de las persecuciones de Sámano, y que murió al volver á abrazar á su hijo, á consecuencia de las enfermedades contraídas en esta sombría reclusión.

III

Al regresar triunfante el Libertador á Angostura, encontróse con una nueva situación de que ya tenía noticia anticipada (diciembre 11 de 1819). El vice-presidente Zea había sido depuesto, por una revolución, sustituyéndole Arismendi en el mando. Mariño era el general en jefe del ejército del oriente. Bolívar había sido calificado de desertor por haber emprendido la reconquista de Nueva Granada sin autorización del congreso, esparciéndose luego la voz de haber sufrido una derrota con pérdida de todo su ejército. La noticia de Boyacá cayó como un rayo en Angostura. La imponente aparición de Bolívar, anonadó á los revolucionarios, y avergonzó á los cobardes. Su longanimidad dominó moralmente á todos. Sintiéndose fuerte por la victoria, por la adhesión de sus soldados y por la opinión de los pueblos, borró generosamente el pasado, perdonó en silencio á sus enemigos impotentes y á los amigos débiles que dudaron de su genio y fortuna. Reasumió el mando, se presentó ante el congreso, y le impuso con un *fiat*, como hecho consumado, la reunión de Venezuela con Nueva Granada. «Legisladores! dijo: La unánime determinación de vivir li» bres y de no vivir esclavos, ha dado á la Nueva Granada » un derecho á nuestra admiración, y su anhelo por la reu-

» nión de sus provincias á las provincias de Venezuela, es » unánime. Los granadinos está convencidos de la inmensa » ventaja que resulta á uno y otro pueblo de la creación » de esta nueva república compuesta de estas dos naciones. » La reunión de Nueva Granada y Venezuela es el objeto » único que me he propuesto desde mis primeras armas: » es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la » garantía de la libertad de la América del Sud. — El » tiempo de dar una base fija á nuestra república ha llega» do. A vuestra sabiduría corresponde decretar este gran » acto social y establecer los principios del pacto sobre los » cuales va á fundarse esta gran república. Proclamadla á » la faz del mundo!» (6).

El congreso venezolano, con la asistencia de cinco diputados granadinos por la provincia de Casanare, decretó la REPÚBLICA DE COLOMBIA, reuniendo en una sola nación la antigua capitanía de Venezuela y el virreinato de Nueva Granada, que comprendía el territorio de Quito, en una extensión de 115 mil leguas cuadradas, desde las bocas del Orinoco en el Atlántico y el golfo de Méjico, hasta el golfo de Tumbes y el istmo de Panamá en el Pacífico. La nueva república, constituída en unidad de régimen, se dividiría en tres grandes departamentos, — Venezuela, Quito y Cundinamarca (Nueva Granada), — gobernado cada uno de ellos por un vice-presidente. Una nueva ciudad que llevaría el nombre de Bolívar, sería la capital de la república. La bandera, sería la tricolor enarbolada por Miranda en 1806. Un congreso nacional constituyente se reuniría en San José de Cúcuta en la frontera de los dos Estados. Bolívar fué nombrado presidente interino de Colombia, Santander, vice-presidente de Cundinamarca y Roscio de Vene-

---

(6) Discurso de Bolívar al congreso de Angostura, el 14 de diciembre de 1819.

zuela. La república colombiana así constituída, con el nombre del descubridor de América, sería proclamada y jurada en los pueblos y en los ejércitos, celebrándose su nacimiento el día del Salvador del mundo, y conmemorando cada uno de sus aniversarios como en las olimpiadas griegas, con premios á la virtud y á las luces. Así se evocaban los grandes recuerdos de la historia bajo la advocación del cristianismo y las tradiciones del mundo antiguo, sintetizando la unidad simbólica del cosmopolitismo de la nueva creación (17 de diciembre de 1819).

Arreglado este gran asunto político, la guerra llamó la atención del Libertador. Los españoles, dueños de todo el occidente de Venezuela, ocupaban todas las plazas fuertes de las costas de Barlovento y Sotavento desde Cumaná hasta Cartagena, y de Panamá. Morillo contaba con doce mil hombres, para sostener la guerra, y parte de la provincia de Popayán y la de Pasto al sud, estaban en poder de los realistas apoyados á su espalda por los ejércitos de Quito y el Perú. El virrey Sámano se sostenía con dos mis hombres en Cartagena y dominaba el bajo Magdalena; una expedición de veinte mil hombres, destinada al Río de la Plata, y de que se ha dado ya noticia, debía reforzar también el ejército de Morillo en Costa-Firme. Así, los ejércitos con que tenía que combatir Colombia por el sud y por el norte, alcanzaban á cerca de veinte mil hombres, sin contar los del Alto y Bajo Perú, que San Martín mantenía en jaque después de Maipu. Las tropas que podía oponer Colombia, no alcanzaban á la mitad de los realistas; su infantería era muy inferior á la española en número y calidad, y las fuerzas físicas del país estaban casi agotadas.

El contingente de los enrolamientos extranjeros no había producido el efecto que se esperaba, que era remontar la infantería republicana, y darle nuevo temple para reconcentrarla en una masa. La expedición de 1.500 ingleses y alemanes de que se hiciera cargo Urdaneta y Montilla, al

tiempo de abrir Bolívar su campaña de Boyacá había sido desgraciada en sus empresas. Según el plan convenido, esta división debía operar con la escuadrilla de Brión sobre las costas de Caracas en unión con 500 margariteños, al mismo tiempo que Bolívar atravesara los Andes, y el ejército del Apure llamase la atención por Barinas, sosteniendo las divisiones de Bermúdez y Monagas la línea de operaciones en el oriente. No habiendo podido realizar en su oportunidad esta operación, Urdaneta se dirigió á Barcelona y apoderóse de esta plaza á viva fuerza (17 de julio de 1819). Atacado por fuerzas superiores, antes de ponerse en comunicación con las divisiones republicanas que ocupaban los llanos, se retiró embarcado á la costa de Paria, donde reforzada la expedición, intentó apoderarse de la plaza de Cumaná, siendo al fin rechazado (5 de agosto). Los restos, muy disminuídos y desmoralizados, se reconcentraron en Maturín. La primera expedición de Mac Gregor, no había sido más feliz. Después de apoderarse de Portobelo (10 de abril de 1819), fué derrotado con grandes pérdidas á los pocos días de ocuparlo (29 de abril). Con una segunda expedición preparada en Haití, tomó posesión de Río Hacha, rindiendo su guarnición (5 de octubre), pero la conducta licenciosa de sus tropas, sublevó contra ellos los moradores de la ciudad y lo obligó á reembarcarse. Desde este día Mac Gregor desapareció de la escena de la revolución venezolana, en que con tanto brillo había figurado. Felizmente, por este mismo tiempo arribó a Margarita la primera división de la legión irlandesa contratada con D'Evereux, fuerte de 1.200 hombres, á la vez que se anunciaba la llegada de otros cuerpos extranjeros á Angostura. Bolívar puso á órdenes de Montilla á los irlandeses, con instrucciones de hostilizar con la escuadra de Brión las costas de Sotavento hasta Santa Marta, amagando Cartagena, á fin de ligar sus operaciones con las que él preparaba desde Nueva Granada en el bajo Magdalena, á la vez que el

ejército de Apure reforzado y las divisiones del este convergían á Caracas para atacarla por el sud. Para ejecutar este plan, Bolívar se puso de nuevo en campaña á los trece días de su regreso á Angostura (24 de diciembre de 1819).

El ejército del Apure, durante la campaña de Nueva Granada, había concurrido indirectamente á su éxito. Páez, dejando á retaguardia su infantería, invadió la provincia de Barinas, y procuró llamar la atención del enemigo por la parte de Cúcuta. Obligado á replegarse en su primera entrada, no obstante algunas ventajas que alcanzó, hizo atacar con el margariteño Antonio Díaz la escuadrilla sutil que tenían los realistas en el Apure, compuesta de diez flecheras tripuladas por un batallón, la que fué rendida en combate, ocupando los independientes la plaza de San Fernando con el dominio de toda la navegación del río, desde el Orinoco hasta el corazón de los llanos (30 de setiembre). Morillo, sorprendido por la invasión de la Nueva Granada, permaneció en inacción en Calabozo. Limitóse á desprender á La Torre con una columna de 1.000 hombres sobre el valle de Cúcuta, la que fué obligada á retirarse por la división de Soublette situada en Pamplona, que se transportó al oriente de la cordillera. Unidos Páez y Soublette en los llanos, amenazaban á Caracas. Para dar consistencia á esta actitud, Bolívar reforzó el ejército del Apure con dos batallones, — uno de ellos inglés, — elevando su fuerza hasta el número de 3.000 hombres de las tres armas. A la vez dirigió una fuerte división venezolana en auxilio de Nueva Granada á cargo del coronel Manuel Valdez con el objeto de dar impulso á la guerra del sud por la parte de Quito.

El general en jefe español, paralizado y sin inspiraciones, se limitó á una estricta defensiva, cuidando sólo de conservar su base de operaciones al occidente de Venezuela, amenazada simultáneamente por el sud y por las costas marítimas á fines de 1819, al tiempo de ponerse el Libertador en campaña.

IV

La contienda entre independientes y realistas, que debía decidirse por el choque de los elementos militares con que por este tiempo contaban los beligerantes en Venezuela, Nueva Granada, Quito y el Perú, habría presentado otras fases y tal vez retardado el triunfo de la emancipación sudamericana, de haberse realizado la poderosa expedición de veinte mil hombres que preparaba la España, para reabrir la lucha en el Río de la Plata y llevar á cabo la pacificación de Tierra-Firme reforzando á Morillo (véase cap. XXIII, § I. III). El resultado pudo ser definitivamente el mismo; pero con más grandes sacrificios estériles por una y otra parte. Felizmente para la América, y también para la España, la contienda se terminó en palenque cerrado con las mismas fuerzas que por este tiempo estaban en acción. Un acontecimiento extraordinario, que fué más decisivo que la conquista de Nueva Granada por Bolívar y la expedición del Perú por San Martín, vino á intervenir poderosamente en los destinos de ambos mundos. Nos referimos á la sublevación de la expedición de Cádiz en 1820, y al alzamiento del liberalismo español en España, que al proclamar la constitución de 1812, modificó la monarquía absoluta, obligándola á seguir una nueva política respecto de las colonias insurreccionadas, y la desarmó militarmente ante ellas (véase cap. XXIX, § I).

Ya hemos historiado los antecedentes y preparativos de la gran expedición de Cádiz, así como su disolución, y las consecuencias del alzamiento liberal de España en 1820, que inauguró la nueva política colonial con la famosa proclama-manifiesto de Fernando VII, declarando á los rebel-

des sudamericanos simples disidentes y convidándolos á la paz y á la conciliación «como iguales». (Véase cap. XXIX, § IV). Esta variación se hizo sentir simultáneamente en el sud y en el norte del continente. Al mismo tiempo que San Martín invadía el Perú y denunciaba el armisticio de Miraflores, Bolívar firmaba un armisticio con Morillo para tratar de la paz, y regularizar la guerra. Reabiertas las negociaciones pacíficas en Punchauca, Bolívar las rompió por su parte en Venezuela, renovando las hostilidades como lo verificó poco después San Martín, combinando ambos desde entonces sus operaciones militares (véase cap. XXIX, § V). Como se ha visto, este soplo de paz que atravesaba los mares, debía dar nuevo pávulo á la guerra. La revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto, desarmó á la España respecto de sus colonias rebeladas, y su separación fué un hecho á que ella concurrió indirectamente. En presencia de esta situación, y sin esperanzas de nuevos auxilios de la metrópoli, Morillo, después de firmar el armisticio de Trujillo con Bolívar (25 de noviembre de 1820), tuvo la conciencia anticipada de su derrota una vez abandonado á sus propias fuerzas, y aprovechó la ocasión para renunciar su espinoso cargo, y desaparecer por siempre de la escena americana, dejando la guerra en el estado en que se hallaba después de la reconquista de Nueva Granada (diciembre de 1820).

El armisticio fué mal observado, sobre todo por parte de los independientes. Vigente aún, y hallándose los comisionados colombianos en Madrid para tratar de la paz con el gobierno español, la provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse á Colombia (28 de enero de 1821). El general La Torre declaró que consideraría tal ocupación como un acto hostil, violatorio del compromiso celebrado entre los beligerantes. Bolívar le daba la razón, desaprobando el acto, pero sostuvo que estaba en su derecho y lo mantuvo como hecho

consumado. El armisticio fué en consecuencia denunciado antes de fenecer y las hostilidades se reabrieron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática sobre Lima, bajo la bandera blanca del armisticio de Punchauca (véase cap. XIX, § 5).

La opinión revolucionaria y las armas independientes habían hecho grandes progresos, antes y después del armisticio. La guerra había cambiado de faz. Montilla, con la expedición embarcada en la escuadrilla de Brión, se había apoderado de Río Hacha y Santa Marta, y sitiaba, á la sazón á Cartagena por mar y tierra, con un ejército de 3.000 hombres y amenazaba el bajo Magdalena. Bolívar, dueño de las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, tenía en campaña al frente del enemigo dos ejércitos en el occidente, uno de 5.000 hombres en Barinas, y el del Apure á órdenes de Páez, compuesto de 4.000 hombres de caballería á su retaguardia. Bermúdez, con otro ejército de más de 2.000 hombres, amenazaba por el oriente la provincia de Caracas. El ejército de Nueva Granada, apoyaba á Montilla en el valle del Magdalena y mantenía la guerra por la parte del sud. La Torre, reducido á la defensiva adoptada por Morillo, contaba todavía con 9.000 hombres en campaña, además de las guarniciones de las plazas fuertes de las costas de Barlovento y Sotavento, y se sostenía en Cumaná, Barcelona, Guayra, Puerto Cabello y Cartagena que resistía (7). Perdido Maracaibo, sus comunicaciones quedaban cortadas, y los independientes podían combinar libremente las operaciones de los ejércitos de Nueva Granada y Quito. Por la parte del sud, el ejército

---

(7) Torrente en su «Hist. de la Revol. Hisp. Americana», t. III, página 234, dice: «Las fuerzas con que podía contar La Torre para abrir » esta campaña, alcanzaban á 12.000 hombres, incluso las guarniciones».

español que defendía el Perú, se encontraba completamente aislado, después de la invasión por San Martín y el pronunciamiento de la provincia de Guayaquil.

V

Bolívar abrió su nueva campaña haciendo invadir la provincia de Caracas por una división del ejército de oriente al mando de Bermúdez, la que después de ocupar la capital, y algunos triunfos y derrotas sucesivos, vióse obligada á evacuar el territorio conquistado, contribuyendo empero á distraer é inutilizar una parte considerable del ejército de La Torre. El Libertador, situado en San Carlos, llamó á sí la división de Urdaneta y parte del ejército del Apure, y al frente de 6.000 hombres de infantería y caballería, se puso en marcha sobre el enemigo. El general en jefe español, se reconcentró á vanguardia de Valencia con un ejército de cinco batallones, alguna artillería y una numerosa caballería mandada por Morales, que alcanzaban á poco más de 5.000 hombres (8). Esta inferioridad numérica se aumentó, por tener destacada La Torre una división de dos batallones y un escuadrón sobre su derecha en Barquisimeto, que amagada por otra de Bolívar, fué reforzada con otros dos batallones y un escuadrón, privándose

---

(8) Torrente en «Hist. de la Revol. Hisp. Amer.», t. III, pág. 238, dice: «El ejército realista acampado en Carabobo, era precisamente igual » al insurgente». Restrepo lo repite textualmente. Montenegro en su «Geografía general», t. IV, pág. 361, dice: «La fuerza total de las tropas inde» pendientes alcanzaba á poco más de 6.000 hombres; la de los realistas » se acercaba á 5.000».

así del concurso de cuatro batallones y de dos escuadrones de sus mejores tropas.

Los dos ejércitos beligerantes maniobraban con los últimos ramales de la cordillera de por medio: el ejército realista, cubriendo las costas de Sotavento, que constituían su base de operaciones, y la ciudad de Valencia, llave de todo el valle que conduce á la capital y á las costas de Barlovento y Sotavento: el ejército independiente, procurando forzar el paso de la montaña. La Torre, en vez de disputar el paso de la cordillera, se limitó á cubrir sus gargantas con destacamentos, formando su línea en la extensa sabana de Carabobo, funesta á las armas realistas, y se atribuye á esta circunstancia la resolución del general español con el objeto de vengar en el mismo campo sus anteriores derrotas. Fué un error, que agregado á la división de sus fuerzas, presagiaba una nueva derrota.

Bolívar, marchando en masa sorprendió el principal desfiladero que daba acceso al llano, y desde allí dominaba con la vista el campo de batalla; pero para descender á él tenía que marchar en desfilada por otra estrecha garganta boscosa de la parte alta de la sabana, dominada por la artillería enemiga, á cuyo pie lo esperaban los batallones españoles formados en columna con sus escuadrones sobre los flancos y retaguardia prontos á cargar en su apoyo. En estas condiciones el ataque no ofrecía probabilidades de buen éxito. Bolívar trepidó; pero sus generales eran de opinión de seguir adelante. Cuéntase por un contemporáneo, que un guía que escuchaba la discusión, manifestó que conocía un camino por el cual podía tomarse al enemigo por el flanco (9). Bolívar lo interrogó minuciosamente, y convencido de la posibilidad de la empresa, dispuso que Páez, con 1.500 jinetes, el batallón Apure y

(9) Ducoudray-Holstein «Memoirs of Bolívar».

la Legión Británica, atacase al enemigo por su punto más débil, que era su derecha, — izquierda republicana, — mientras él permanecía en observación sobre la altura con el grueso del ejército. Un abra del bosque por esa parte, permitía esta operación arriesgada; pero á su pie había que atravesar en desfilada un riachuelo de la sabana dominado por una colina que ocupaban los realistas.

El batallón Apure llevaba la vanguardia conducida por Páez en persona. La Torre, que comprendió la importancia del movimiento, se puso al frente del segundo batallón Burgos, — gemelo del primero rendido en Maipu, — y seguido por dos batallones más, sostenidos por fuegos de artillería, rechazó y dispersó al Apure á tiempo de salvar el obstáculo (10). Acude en su auxilio la Legión Británica, mandada por el coronel John Farrier; despliega con sangre fría en batalla; clava la bandera en el suelo; la primera fila hinca rodilla en tierra, y al grito de «Viva América libre!» rompe un mortífero fuego que restablece el combate (11). La infantería patriota se rehace, su caballería amaga el flanco derecho de la posición española; Farrier, agotados sus cartuchos, carga á la bayoneta con su intrépida legión; el enemigo pierde la altura que ocupaba, procura rehacerse más á retaguardia, pero la caballería realista derrotada, introduce el desorden en sus filas, y sus batallones deshechos se ponen en retirada, rindiéndose bajo la lanza de los escuadrones llaneros dirigidos por Páez. Un batallón, el Valencey, sostuvo valerosamente la retirada, y salvó el honor de las armas españolas en este

---

(10) Véase Clodart: «Hist. orgánica de las armas españolas», t. X, página 390.

(11) Farrier fué el héroe de la batalla, á la par de Páez, y murió en ella. Unos le llaman John Farriar, y otros, entre ellos uno de sus compatriotas que le acompañó en la jornada y ha escrito sus recuerdos, le llama Thomas Ferrier. Probablemente se llamaría John Thomas. El diccionario biográfico de Colombia, no lo incluye entre sus héroes.

día, rechazando las repetidas cargas en una marcha de más de 30 kilómetros, hasta reunirse con los restos de su derrotado ejército, que se encerraron en Puerto Cabello (24 de junio de 1821).

Esta batalla, complemento de la de Boyacá, que ha sido llamada el Waterloo colombiano, aseguró para siempre la independencia de Venezuela y Nueva Granada, como Maipu y la expedición del Perú la había asegurado ya al sud del continente, concurriendo las tres á preparar el triunfo definitivo de la emancipación sud-americana.

VI

Bolívar entró por segunda vez triunfante en Caracas, y dominó casi todo el territorio de Venezuela. Los realistas sólo ocupaban Cumaná, Puerto Cabello y Cartagena. Era sin disputa dueño del poder y nadie podía negarle la gloria de Libertador de su patria. Su mando político y militar, era una necesidad pública y un deber para él. Precisamente fué este el momento para hacer una de sus acostumbradas renuncias, con carácter de indeclinable, que sería una farsa indigna de su grandeza, si no tuviese su explicación. Dirigióse al congreso nacional que se había instalado en Cúcuta en víspera de la batalla de Carabobo (6 de mayo) y manifestó, que habiendo sido nombrado por el congreso de Venezuela, no se consideraba presidente de Colombia, y que sin los talentos que el puesto requería, porque su oficio era de soldado, si el congreso persistía en que continuara en la presidencia, «como él temía, renunciaba desde » ese momento para siempre hasta el glorioso título de ciu- » dadano y abandonaba de hecho las riberas de su patria».

Esta nueva renuncia era una imposición ó era dictada por el orgullo. Era lo uno y lo otro.

El congreso de Cúcuta, compuesto de hombres civiles, en que predominaba el elemento legista, era radicalmente republicano, y repugnaba tanto los abusos del gobierno militar implantado de hecho como las anti-democráticas teorías constitucionales del Libertador. A oídos de éste llegaron las murmuraciones y sintió las resistencias cívicas que encontraban sus ideas de organización. Su renuncia era, pues, una protesta contra las acusaciones que le hacían y un medio indirecto de obrar sobre las opiniones dominantes en el congreso. Esto hace honor á Bolívar en medio de su poderío, porque prueba que las elecciones fueron libres, y que no pretendió ejercer presión sobre los diputados; pero hace más honor aún al congreso, que firme en sus creencias y resistiendo al imperio de la fuerza triunfante y al prestigio de la gloria, sostuvo con firmeza los verdaderos principios de la revolución sud-americana, impidiendo que el Libertador hiciese sancionar la constitución republicano-monárquica, con senado hereditario como la propuso en Angostura, y con presidencia vitalicia, como lo propuso más tarde á Bolivia y el Perú, haciendo imposible así este bastardo sistema constitucional en Colombia. Esto prueba, como la resistencia de la República Argentina á los planes de monarquía, y la del Perú al plan de monarquización ideado por San Martín, que la revolución sud-americana era genuinamente republicana, y que sus libertadores no podían luchar contra esta irresistible corriente.

Firme en sus convicciones republicanas, el congreso de Cúcuta, no se dió por entendido ni de la protesta indirecta de Bolívar, ni de las resistencias armadas del pretorianismo. Tranquilamente, discutió y votó la constitución de Colombia. No sólo no consagró en ella el bello ideal de Bolívar, que era la presidencia vitalicia, con un senado hereditario, sino que borró de la ley fundamental de la unión

de Venezuela y Nueva Granada, el senado vitalicio que el congreso de Angostura había aceptado por transacción. Consignó en ella que el gobierno sería por siempre popular y representativo, y que el presidente duraría sólo cuatro años, y no sería reelegible. Que el general en jefe de los ejércitos de la república, no ejercería en campaña las facultades del poder ejecutivo, lo que importaba abolir la dictadura militar. Por último, que la constitución no podría ser reformada, sino pasados diez años. En lo único que coincidió con las ideas prácticas del Libertador, fué en proclamar el sistema unitario y en instituir que la república se dividiese en seis ó más departamentos administrativos, lo que fué un doble error, porque rompía la tradición histórica y violaba la ley orgánica, si bien montaba una poderosa máquina de guerra, violentando la espontaneidad de los pueblos. Bogotá fué declarada capital de la república, violando una ley geográfica, que introdujo un principio de disolución en la constitución de Colombia. En seguida, nombró á Bolívar «como él se lo temía», presidente de la república de Colombia, y á Santander vice-presidente.

Bolívar, que había declarado solemnemente, que renunciaría hasta el título de ciudadano y se ausentaría para siempre de su patria, si era nombrado presidente, reiteró su renuncia, vaciada en el molde artifical de las anteriores. Después de repetir que estaba profundamente penetrado de su incapacidad para el gobierno, que no era sino un soldado, y que el bufete era para él un suplicio, que le alejaba del ejercicio del mando, concluía diciendo: «Si » el congreso general persiste, después de esta franca decla» ración, en encargarme del poder ejecutivo, yo cederé sólo » por obediencia». Era borrar con el codo lo escrito con la mano y lo que todo el mundo sabía que haría al fin, porque ninguna otra cosa era posible. Al tomar posesión del cargo, obedeciendo el mandato del congreso, pronun-

ció las palabras más elocuentes de su vida, tan llenas de verdad como faltas de sinceridad. «El clamor de mi con-
» ciencia y de mi honor me piden a grandes gritos que no
» sea más que ciudadano. Siento la necesidad de dejar
» el primer puesto de la república, al que el pueblo señale
» como jefe supremo de su corazón. Yo soy el hijo de la
» guerra: el hombre que los combates han elevado á la
» magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango
» y la victoria lo ha confirmado. No son estos los títulos
» consagrados por la voluntad nacional. La espada que ha
» gobernado á Colombia, no es la balanza de Astrea. Un
» hombre como yo, es un ciudadano peligroso en un gobier-
» no popular. Quiero ser ciudadano, para ser libre, y para
» que todos lo sean». Hermosas palabras, que convertidas en actos en su oportunidad, habrían hecho la grandeza política del Libertador, como hicieron con menos prosopopeya la de Wáshington, y que llevadas por el viento del olvido no aprovecharon ni siquiera como lección á su mismo autor.

El dictador de Colombia, reducido, — al menos teóricamente — á la condición de presidente constitucional de la república, y limitado en sus facultades como generalísimo de sus ejércitos, mostró en esta ocasión, como en el resto de su grandiosa y corta dictadura, que si abrigaba grandes ambiciones, no era un déspota ni quería ser tirano. Tuvo la moderación que cabía en su naturaleza autoritaria, adherida al poder personal. Juró y promulgó modestamente la constitución de Colombia, recomendó á los pueblos su fiel observancia, y asumió el papel de guerrero que le correspondía, renunciando al ejercicio del mando supremo, que delegó en el vice-presidente de la república (12).

---

(12) En carta de 5 de octubre de 1821 (cuatro días después de recibirse de la presidencia de Colombia), escribía Bolívar á Montilla, desde Cúcuta: «Á mi llegada aquí, encontré ya sancionada la Constitución, que prohibe

Bolívar, a pesar de la moderación que ostentaba como soldado de la ley, no podía renunciar á la dictadura militar que ejercía de hecho, y que las necesidades de la época justificaban. Recabó y obtuvo del congreso una ley, por la cual se le constituía en árbitro absoluto del departamento de la guerra, dejando á su discreción organizar como lo entendiese mejor, las provincias que sucesivamente fuesen libertadas, — «las provincias de operaciones», como él las llamaba, — promulgando ó suspendiendo en ellas el imperio de la constitución, que sólo regiría en territorio no ocupado por las armas libertadoras (9 de octubre de 1821).

En el mismo día en que Bolívar se recibía de la presidencia de Colombia, Montilla entraba triunfante en Cartagena después de catorce meses de sitio, y le enviaba las llaves de las puertas de Nueva Granada (1.° de octubre de 1821). Las provincias del Istmo, Panamá y Veraguas, proclamaron casi inmediatamente su independencia, declarando su voluntad de unirse á Colombia, y las fortalezas de Chagres y Portobelo quedaron por los independientes (28 de noviembre de 1821). En Venezuela, los españoles sólo ocupaban las plazas fuertes de Cumaná y Puerto Cabello sobre la costa de Barlovento con 5.000 hombres. Para cuadrar el territorio de la república de Colombia, sólo quedaba Quito por someter. Hacia allí convergían las armas libertadoras de Bolívar triunfantes en el norte, y las de San Martín dueño de la mitad del Perú, con un pie en Guayaquil. La guerra del sud llamaba al Libertador.

Para completar el cuadro de la heroica lucha sostenida

» al presidente ejercer en campaña las funciones del poder ejecutivo y
» dispone que éstas recaigan en el vice-presidente. Así, yo marcho para
» Quito, sin otras facultades que las de un general en jefe y las extra-
» ordinarias que quiera delegarme el congreso para las Provincias de
» operaciones». (Cartas del Libertador en «Memorias de O'Leary», t. XXX,
págs. 222-223).

por Venezuela y Nueva Granada en pro de su independencia, (aunque sea anticipando el orden cronológico) relataremos rápidamente los últimos sucesos que le pusieron término glorioso, y fueron la consecuencia del triunfo de Carabobo.

Al trasladarse Bolívar al nuevo teatro de la guerra, dividió á Venezuela en tres departamentos militares, cuyo mando confió á Mariño, Páez y Bermúdez, bajo la dirección superior de Soublette (1.° de agosto de 1822). Poco después, la ciudad de Cumaná se rindió á Bermúdez (16 de octubre). Los españoles quedaron reducidos al estrecho recinto de Puerto Cabello, con una guarnición de 4.000 hombres. Morales, que sucedió por este tiempo en el mando a La Torre, desplegó una actividad y una energía asombrosas, cambiando momentáneamente el aspecto de la guerra. Con una expedición de 1.200 hombres, se trasladó por mar á la península de Guajira, se apoderó de Maracaibo (7 de setiembre), derrotó una división de 1.000 hombres que Montilla desprendió para hacerle frente (12 de noviembre), sublevó la provincia de Santa Marta y aseguró la provincia de Coro (3 de diciembre). Los republicanos reaccionaron prontamente con no menos energía y actividad. Santa Marta fué recuperada por Montilla, y Coro por Sou-
frente de la escuadrilla independiente había contribuído
blette (enero de 1823). El coronel José Padilla, que al
eficazmente á la rendición de Cartagena, forzó la entrada del lago de Maracaibo bajo el fuego de las fortalezas enemigas, y derrotó la escuadra española que lo dominaba (24 de julio). Morales capituló (3 de agosto). La plaza de Puerto Cabello fué tomada por asalto por Páez (7 á 8 de noviembre de 1823). La guerra del norte de la América meridional estaba terminada.

CAPÍTULO XLIV

LA GUERRA DE QUITO. — BOMBONÁ Y PICHINCHA

AÑO 1821-1822

Movimientos convergentes de la revolución sud-americana. — Estado de la guerra del sud en 1821. — Combate de Pitayó. — Derrota de Jenay. — Campaña sobre Patía. — Abandono de Popayán. — Carácter de la guerra de Pasto. — Marcha de Sucre á Guayaquil. — Retrato de Sucre por Bolívar y San Martín. — Situación de Guayaquil. — Conducta prudente de Sucre. — Reacción realista en Guayaquil. — Sucre general en jefe en Guayaquil. — Combate de Yahuachi. — Sucre pasa la cordillera. — Desastre de Huachi. — Sucre se repliega á Guayaquil. — Decisión de los guayaquileños. — Expedición de Murgeón. — Planes de campaña de Bolívar. — Abre la campaña de Pasto y atraviesa el Juanambú. — Batalla de Bomboná. — Victoria estéril. — Retirada de Bolívar. — Sus incertidumbres. — Reunión de las fuerzas de la insurrección sud-americana. — San Martín envía una división auxiliar peruano-argentina á tomar parte en la guerra de Quito. — Sucre toma la ofensiva. — Combate de Río Bamba. — Hábiles maniobras estratégicas de Sucre. — Batalla de Pichincha. — Sometimiento de Pasto. — Deificación del pretorianismo. — Quito incorporado á Colombia. — Proclamación de la alianza continental por los dos libertadores sud-americanos. — Convergencia de las armas de la insurrección sud-americana hacia el Perú. — La gran combinación militar sud-americana ejecutada.

I

Hemos llegado al gran momento en que, después de historiar los movimientos convergentes de la revolución de la América meridional al sud y al norte, y explicar la ley que determinaba su unidad, sus armas triunfantes en ambos extremos van á concurrir á un centro común, y operar allí su conjunción los dos libertadores que las dirigían.

Quito es el nudo de esta doble campaña continental, que se apretará en Guayaquil y se desatará en el Perú.

La guerra del sud de Colombia, emprendida después de la reconquista de Nueva Granada, con Quito por objetivo, no había sido tan feliz como la del norte. Los derrotados de Boyacá, eficazmente ayudados desde Quito por el capitán general Aymerich, hiciéronse fuertes en las provincias de Pasto y Patía, y disputaron tenazmente el dominio de Popayán y del Alto Cauca, haciendo experimentar á los independientes serios reveses. Nombrado el general Manuel Valdez jefe de la división de operaciones del sud, abrió segunda campaña con tres batallones, — entre ellos el Albión, — y alguna caballería. Atacado por 1.100 infantes del ejército de Calzada en el pueblo de Pitayó, al noroeste de Popayán, su vanguardia fué arrollada en un principio. El batallón Albión restableció el combate como en Carabobo, y decidió la victoria por una impetuosa carga a la bayoneta. Los realistas se replegaron á Patía, con una pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos (6 de junio de 1820). Reforzado Valdez, ocupó á Popayán con un cuerpo de ejército de 2.300 hombres, que en poco tiempo quedó reducido á menos de mil por las enfermedades y la deserción. Con esta fuerza insuficiente para la empresa, reabrió campaña sobre Pasto, en obediencia á órdenes terminantes de Bolívar (enero de 1821). Los habitantes de Patía sublevados, al poner en práctica su acostumbrada táctica, le abrieron paso y le cerraron los caminos de retaguardia, cortando sus comunicaciones con Popayán. Al atravesar la barrera del Juanambú, encontróse rodeado de enemigos por todos lados. Desesperado, emprendió una marcha ofensiva sobre la ciudad de Pasto. El coronel Basilio García, que había sucedido á Calzada en el mando de los realistas, lo esperó con 850 hombres en la quebrada de

Jenay, cerrándole el camino, y lo derrotó completamente, matándole 200 hombres y tomóle 100 prisioneros. Casi todo el batallón Albión murió peleando en esta acción (2 de febrero de 1821). El armisticio de Trujillo salvó los restos de Valdez de una pérdida total.

Reabiertas las hostilidades al romperse el armisticio, el general Pedro León Torres, que reemplazara á Valdez, fué atacado en Popayán por el activo coronel Basilio García, obligándolo á encerrarse en sus trincheras (15 de julio de 1821). A su vez, Torres, al frente de 1.800 hombres, en su mayor parte de infantería, tomó la ofensiva con el intento de avanzar hasta Pasto. Las hostilidades de las guerrillas realistas, las enfermedades y la deserción de sus tropas, lo derrotaron sin combatir, y vióse obligado á emprender desde Patía una retirada desastrosa sufriendo considerables pérdidas (agosto 29). Popayán fué abandonado por los independientes, que dominaron los patianos.

La guerra del sud de Colombia se habría prolongado indefinidamente, sostenida por las poblaciones de Patía y de Pasto fanatizadas por la causa del rey, contando con el apoyo de Quito, sostenido á su vez por el virreinato del Perú, si la expedición de San Martín y el dominio del Pacífico no hubiese aislado este foco de resistencia y permitido atacarlo en su base. Así lo reconoce el más imparcial y más patriota de los historiadores colombianos (1). Era

---

(1) Restrepo, en su «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 88, 89 y 120, dice: «Desengañado por entonces el gobierno de que no era » posible invadir á Pasto... mientras los realistas que ocupaban á Quito, » pudieran recibir auxilios del virreinato del Perú, habría sido muy difícil » á Colombia darle independencia y libertad. Mas por fortuna, se habían » presentado auxiliares poderosos que combatían por el sud la dominación » española. El general San Martín promovía una hermosa expedición de » 4.500 hombres, contra el Perú, defendido por 15.000 soldados. Sin em» bargo de tamaña desigualdad, no dudó acometer empresa tan atrevida. » Consecuencia de la expedición de San Martín, fué la sublevación de » Guayaquil. La suerte de las provincias meridionales de Colombia dependía

la Vendée colombiana, como se ha dicho. Situada entre los ríos Guáitara y Juanambú, que se deslizan en cauces profundos por entre rocas escarpadas, estas posiciones eran suficientes para impedir el paso de ejércitos numerosos, aun defendidas por fuerzas muy inferiores. Entre ambos ríos se levanta majestuoso el volcán de Pasto, cono inmenso surcado por barrancos profundos, que son otras tantas posiciones militares inexpugnables que dominan los desfiladeros del Juanambú, barrera formidable donde habían sucumbido durante diez años todos los ejércitos invasores, y cuyo solo nombre infundía pavor á los soldados republicanos (2). Contra estos obstáculos naturales y la fuerza moral de sus semi-salvajes habitantes, se habían estrellado los esfuerzos de los vencedores de Carabobo, y aun triunfando de ellos, habrían quedado en impotencia para adelantar sus operaciones como la experiencia lo mostró poco después. La expedición de San Martín al Perú y la revolución de Guayaquil que fué su primera consecuencia, cortando las comunicaciones terrestres y marítimas entre el Perú y Quito, y aislando á Quito, hizo posible el triunfo de las armas de Colombia por esa parte, y aun así, fué necesario la concurrencia directa de las tropas peruano-argentinas para asegurarlo, como luego se verá.

» en gran manera de los progresos rápidos ó lentos que hicieran en el
» Perú las armas independientes que mandaba el general San Martín».

(2) Véase Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, págs. 96 y 119, de donde tomamos la descripción de Pasto.

II

Convencido Bolívar de que la guerra del sud no daba resultados, llevada por los valles de Patía y de Pasto, resolvió atacar á Quito por el sud y por el norte á la vez, buscando el camino del Pacífico adonde lo llamaba su destino. Quito no había sido incluído en el armisticio de Trujillo, y podría abrir hostilidades sobre su territorio, ganando posiciones. La revolución de Guayaquil le proporcionó la base que necesitaba. Faltábale sólo un general capaz de ejecutar esta operación combinada. Por un momento pensó trasladarse él mismo á Guayaquil; pero luego se fijó en un oficial que hasta entonces no se había señalado por grandes acciones, pero que por sus cualidades estaba destinado á ser uno de los más grandes generales de la independencia sud-americana, ligando la acción militar de sus dos libertadores. Llamábase Antonio José de Sucre. Hemos señalado ya su modesta aparición. Natural de Cumaná, había recibido una educación científica y hecho con distinción desde muy joven todas las campañas de la revolución con Miranda, Piar y Bolívar. Ocupaba por este tiempo el puesto de ministro de guerra de Colombia.

Sucre era el general predestinado á ganar la primera y la última batalla de las armas sud-americanas coaligadas, y por una singular coincidencia, los dos libertadores que las organizaron y las condujeron por caminos opuestos al través del continente á su punto de junción, han hecho á la vez su retrato. Bolívar, hacía de él este juicio: «Sucre » es la cabeza mejor organizada de toda Colombia: es metó» dico y capaz de las más elevadas concepciones: es el » mejor general de la república y el primer hombre de » estado. Sus principios son excelentes y fijos y su mora-

» lidad ejemplar. Tiene el alma grande y fuerte. Sabe per-
» suadir y conducir á los hombres; los sabe juzgar, y si
» en política no es un defecto juzgarlos peores de lo que
» son en realidad, tiene el de manifestar demasiado el
» juicio desfavorable que hace de ellos. Es el valiente de los
» valientes, el leal de los leales, el amigo de las leyes y
» no del despotismo, el partidario del orden, el enemigo de
» la anarquía; y finalmente, un verdadero liberal» (3). San Martín, que no lo conoció personalmente, recordándole en su ostracismo, decía de él: «Bravo y activo en alto
» grado, reunía á estas cualidades una prudencia consu-
» mada, y era un excelente administrador. Las tropas bajo
» su mando observaban una disciplina severa, lo que con-
» tribuía á hacerlo amar de los pueblos. No sólo poseía
» mucha instrucción, sino también conocimientos militares
» más extensos que los del general Bolívar. Si á esto se
» agrega una gran moderación, puede asegurarse que fué
» uno de los hombres más beneméritos que produjo la
» república de Colombia» (4).

La misión confiada á Sucre era política y militar, y cuadraba á su carácter. Como Guayaquil al hacer su revolución se hubiese puesto bajo la protección de San Martín y de Bolívar, y Quito había sido declarado parte integrante de Colombia, llevaba encargo de negociar su incorporación á la república á la vez de prestarle el auxilio de sus armas. El general colombiano con una columna de mil hombres reunida en Popayán, parte de los derrotados ejércitos del sud, embarcóse en el puerto de Buenaventura, — costa del Chocó, — y se dirigió á Guayaquil (mayo 1821). A su arribo, encontró que esta provincia se había declarado

(3) La Croix: «Diario de Bucaramanga», pág. 70.

(4) Lafond: «Voyages dans l'Amérique espagnole pendant les guerres de l'indépendence», t. I, pág. 143-144.

independiente y constituído en consecuencia un gobierno supremo; pero que existían dos partidos que se dividían la opinión: el uno, — que era la mayoría, — estaba por su incorporación al Perú: el otro, por la unión con Colombia. Las armas de esta inconsistente república habían sufrido un revés en su primer ensayo de Ambato (20 de noviembre de 1820), y no podía mantenerse ni aún á la defensiva sin el auxilio militar del Perú ó de Colombia. Esta situación encerraba á la vez que la unión de las armas de los dos libertadores, el primer fermento de su futura división. Sucre procedió prudentemente al no insistir sobre la inmediata incorporación, y asumió el papel de simple auxiliar, aparentando no mezclarse en la cuestión política, pues comprendía que la situación de Guayaquil independiente era imposible entre dos colosos, y que el mando de las armas le daría al fin la preponderancia. Una reacción realista que estalló por este tiempo, vino á servir á sus designios. El 17 de julio (1821) sublevóse la flotilla de la ría y un batallón guayaquileño proclamó al rey, de acuerdo con una expedición de 1.200 hombres que en esos mismos momentos preparaba Aymerich. Sucre acudió con sus tropas, sofocó el movimiento y quedó de hecho dueño de la situación militar como general en jefe de todas las fuerzas.

El general Sucre, al frente de las fuerzas de Guayaquil y Colombia, resolvió salir al encuentro de la invasión que traía Aymerich en dos fuertes columnas, la una, mandada por éste, salida de Quito, y la otra, fuerte de 1.000 hombres, procedente de la provincia meridional de Cuenca, á órdenes de su segundo el coronel Francisco González, quien por una marcha de flanco faldeando las vertientes occidentales de las montañas, debía reunírsele en las nacientes del Babahoyos, al pie del Chimborazo. Hallábase Sucre precisamente á inmediaciones de este punto, que era la posición estratégica, y descendiendo rápidamente el río por su

margen izquierda, salió al encuentro de González, al que batió en Yahuachi á la bajada de la cordillera, causándole una pérdida de 150 muertos y 500 prisioneros (19 de agosto de 1821). En seguida se volvió sobre Aymerich, quien esquivó el combate, perdiendo como 300 hombres en una retirada de 400 kilómetros hacia la capital. Situado de nuevo en Babahoyos, el general independiente destacó por sus flancos dos divisiones de 300 hombres cada una, con el objeto de atacar á Quito por el norte y sublevar la provincia de Cuenca por el sud. Con el grueso de sus fuerzas, que alcanzaba á 1.300 hombres, trepó la cordillera del Chimborazo y se situó en Huachi, sobre la meseta andina de Ambato, donde poco antes habían sido derrotadas las primeras tropas guayaquileñas. Aymerich, que buscaba la revancha de Yahuachi, hizo salir á su encuentro al coronel González con fuerzas superiores. En un reñido combate de tres horas, los independientes fueron hechos pedazos, con pérdida de 300 muertos y heridos, 40 oficiales y 600 soldados prisioneros (5). Casi simultáneamente, las fuerzas de Colombia que hostilizaban á Quito por el extremo opuesto, retrocedían vencidas de Patía y abandonaban Popayán (12 de setiembre de 1821). La campaña del sud parecía perdida.

La derrota de Huachi ó Ambato, fué publicada en Guayaquil á son de cajas de guerra, llamando á sus hijos á las armas. Todos acudieron á ocupar sus puestos y formóse una reserva de 700 hombres (6). Sucre, que saliera de la derrota levemente herido, con algunos oficiales y 100 soldados, reunió en Babahoyos sus dispersos, y oportunamente reforzado por un batallón colombiano de 500 plazas, hizo

---

(5) Ceballos: «Resumen de la Hist. del Ecuador», t. III, pág. 371.

(6) Véase M. A. López: «Recuerdos históricos», cit., pág. 44-46. El autor, actor en la batalla, da el número de 600 prisioneros, incluso los heridos que quedaron en el campo.

pie firme en esta posición. Su plan era defender los ríos y los pasos difíciles de las montañas, aunque sin esperanzas de disputar el terreno, si no era socorrido por el Perú y Colombia; resuelto en último caso á encerrarse en Guayaquil y perecer allí (7). Aymerich no supo aprovecharse de su victoria: detuvo sus marchas en Río Bamba, al pie de las vertientes de la cordillera del Chimborazo, sobre el flanco sud de Sucre. Desde este punto dispuso que el coronel Carlos Tolrá, invadiese á Guayaquil con mil infantes y 300 jinetes; pero éste, considerando escasas sus fuerzas para la empresa, é intimidado por la fuerte posición que ocupaba Sucre, dentro de una red de ríos rodeada de esteros y pantanos, entró en negociaciones provocadas por el astuto general colombiano. Firmóse en consecuencia un armisticio por noventa días (noviembre 20 de 1821). La estación de las lluvias, que convierte la parte llana de la provincia de Guayaquil en un lago, cortando las comunicaciones terrestres, paralizó de hecho las operaciones.

Los realistas, que contaban con un ejército de 3.000 veteranos distribuídos entre Cuenca, Quito y Pasto, recibieron por este tiempo un auxilio, que mejoró su situación. Después de la batalla de Carabobo, arribó á Puerto Cabello el general Juan de la Cruz Murgeón, —el compañero de San Martín en Arjonilla, — nombrado virrey de Santa Fe por muerte de Sámano, título que debía adoptar así que hubiese reconquistado las dos terceras partes de la Nueva Granada. Con las cortas fuerzas que conducía y auxiliado por La Torre con algunas compañías, siguió el istmo y desembarcó en Chagres (agosto de 1821). Con una división de 800 hombres de las tres armas, embarcóse en Panamá,

(7) Ofi. de Sucre á San Martín, de 19 de octubre de 1821, en Babahoyos, apud Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», pág. 248, y Cat. M.S. del mismo, núm. 152.

tomó tierra en Atacames a inmediaciones de la embocadura del río Esmeraldas, y después de una marcha prodigiosa al través de un bosque desierto de cien kilómetros, montando la cordillera, arribó á Quito con su expedición y tomó el mando superior con el título de capitán general (24 de diciembre de 1821).

III

Los planes militares de Bolívar después de Boyacá, tomaron un determinado rumbo americano; pero, como la aguja imantada, oscilaban en el Ecuador. Asegurada la reconquista de Nueva Granada y en vísperas de realizarse la expedición libertadora del Perú, escribió á O'Higgins, que «el ejército de Colombia marchaba contra Quito, con órdenes de cooperar activamente á las operaciones del ejército chileno-argentino sobre Lima». Reabierta la expedición, Sucre, en nombre de Bolívar, renovaba este mismo anuncio. San Martín, al aceptar la solidaridad de causa, contestaba inculcando sobre la necesidad y conveniencia de aunar los comunes esfuerzos y combinar medidas para dar impulso y unidad á la guerra americana (8). Las atenciones de la guerra al llamar al Libertador al norte, le hicieron abandonar este plan, que no fué sino una ocurrencia pasajera, dando poca importancia á la resistencia de los realistas por la parte del sud. Muy luego varió de idea, y resolvió reconcentrar sus fuerzas en Río Hacha y Santa Marta para acelerar la rendición de Cartagena, dominar en seguida el

---

(8) Ofi. de Bolívar al director de Chile de 2 de marzo de 1820. — Ofi. de Sucre á O'Higgins de 18 de octubre de 1820. — Ofi. de San Martín al vice-presidente de Colombia. (Véase cap. XXVII, § II.).

istmo de Panamá, y acudir á Guayaquil para emprender por el Pacífico la campaña contra Quito. Rendida Cartagena, dirigióse á San Martín, proponiéndole conducir 4.000 hombres por el istmo, para aniquilar de un golpe el poder español en el Perú, aun antes de emprender la campaña de Quito, por cuanto, según él, nada importaba que los realistas poseyeran unas pocas provincias en la cima de los Andes del Ecuador, si eran vencidos en su centro. Al efecto, dirigióse al Protector y á la Junta de Guayaquil pidiéndoles transportes y víveres para las tropas colombianas que desde Maracaibo debían dirigirse á Guayaquil ó al Callao, según mejor conviniese (21 de octubre de 1821). Luego pensó embarcarse con un ejército en la costa de Chocó, por el puerto de Buenaventura y dirigirse á Guayaquil, dejando pendiente la guerra de Pasto. La derrota de Sucre en Huachi y el posterior arribo de la expedición de Murgeón, lo decidieron al fin á emprender su campaña por el sud de Colombia (9). El gran rumbo estaba fijado.

Bajo la denominación de «Guardia Colombiana», imitación de la «Guardia» de Napoleón, Bolívar había organizado un verdadero ejército de las tres armas, que constituía el núcleo de sus ejércitos. Sobre esta base formó el que debía operar sobre Quito, y reunióse en la arruinada ciudad de Popayán con los restos de la división de Torres, alcanzando á un total de 3.000 hombres. En su proclama al abrir la campaña, indicó cuál era su objetivo: «Quiteños! La » Guardia Colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo » templo del padre de la luz. Confiadle vuestra esperanza. » Bien pronto veréis las banderas del iris sostenidas por el

---

(9) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 156, 162, 176, 182, 187 y 188. — Ofi. de Bolívar á San Martín de 29 de octubre de 1821. — Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», pág. 25 y Cat. M. S. del mismo, núm. 155. — Larrazábal: «Vida de Bolívar», t. II, página 109 y sig.

» ángel de la victoria» (17 de enero de 1822). En su marcha hasta el Juanambú, al través de un país enemigo, perdió como mil hombres, que dejó en los hospitales (24 de marzo de 1822). Con poco más de 2.000 hombres que le quedaban atravesó á inmediaciones de su confluencia con el Guáitara, el río que hasta entonces había sido la tumba de los ejércitos independientes en su encarnizada lucha contra la Vendée colombiana. Su plan, más de instinto que de cálculo, era esquivar la campaña en el territorio de Pasto, cuyas inexpugnables posiciones por la parte del norte y su resistencia popular temía y con razón inutilizaran su ejército, como el hecho lo demostró. En consecuencia, evitando atacar de frente las fortificaciones de los pastusos, que ocupaban todos los desfiladeros, se inclinó sobre su derecha, con ánimo de atravesar el Guáitara y penetrar al territorio de Quito. Era rodear la dificultad sin vencerla.

El Guáitara es un río torrentoso que corre de sud á norte entre empinadas rocas tajadas á pique, más escarpadas aún que las del Juanambú, y que sólo es vadeable por dos puentes suspendidos sobre un abismo. Al acercarse á su margen derecha, convencióse que no podía vencer esta barrera natural, y buscó el primero de sus puentes, que encontró cortado por el enemigo y defendida su cabeza meridional. Inclinóse entonces sobre su izquierda en busca del otro puente, con el propósito de tomar á Pasto por el sud, en caso de no poder pasar el río. En su marcha, encontróse con el ejército realista fuerte como de 2.000 hombres, — en su mayor parte voluntarios del país, — fortificado al pie del volcán de Pasto á las órdenes del coronel Basilio García. La posición de los pastusos era formidable. Apoyaba su derecha en la falda del volcán y su izquierda sobre el Guáitara: el centro era una eminencia cubierta por un espeso bosque con un barranco á su pie, defendido por una trinchera con grandes árboles abatidos. Entre ambas líneas se interponía una profunda cañada que sólo podía atravesarse por

un puente dominado por los fuegos cruzados de los realistas. El plan de campaña de Bolívar, tan vago como era, estaba frustrado, y se estrellaba al fin contra el obstáculo que había querido evitar. Según el mismo lo dijo en aquel momento: no podía permanecer allí, ni podía retroceder, y tenía que vencer á todo trance (10). Decidió atacar. Eran las dos de la tarde (7 de abril de 1822).

El ejército independiente estaba formado sobre el borde de la cañada, en la llanura de Bomboná que ha dado su nombre á la batalla que se siguió, y que los españoles llamaron de Cariaco. El ataque principal sobre el flanco cubierto por el Guáitara, que se consideraba el más accesible, fué rechazado, y la columna que lo llevara, convergió entonces hacia el centro, donde se estrelló contra las abatidas de árboles, quedando sus batallones en esqueleto. El ataque sobre la derecha enemiga por la falda del volcán, que era accesorio y se consideraba casi imposible, fué más feliz, consiguiendo un batallón que lo llevó escalar la montaña, dispersar la infantería que la defendía, y establecerse sobre el flanco del enemigo, hasta dominarlo con sus fuegos. Faltaba media hora para ponerse el sol. Bolívar, que desde el llano presenciaba este combate al frente de la reserva, y se daba confusa cuenta de él, desprendió un batallón sobre las trincheras del frente con el objeto de impedir que el centro enemigo cargase sobre los asaltantes del volcán, lo que dió por resultado un tercer rechazo con pérdida de ochenta hombres en veinte minutos de fuego (11). En este

---

(10) Larrazábal: «Vida de Bolívar», t. II, pág. 123.

(11) Boletín oficial de Bomboná de 8 de abril de 1822, firmado por el jefe de estado mayor coronel Bartolomé Salom. «Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 2013.) — Este boletín, poco preciso como documento militar, se contradice en sus términos. Los historiadores colombianos Restrepo y Larrazábal lo han copiado al pie de la letra, sin fijarse en ello. Dice el boletín: «El flanco derecho del enemigo estaba apoyado en el volcán

estado de la batalla sobrevino la noche. Los republicanos, dueños de las altas faldas de las montañas, se encontraron vencedores y paralizados al borde de hondos precipicios alumbrados por la luz de luna. El enemigo, una vez vencedor en su izquierda y dos veces en su centro, que había sufrido muchas menos pérdidas que los republicanos, como que combatía parapetado, al ver dominado el flanco derecho de su posición, emprendió desordenadamente la retirada con abandono de su artillería. Nadie sabía quién era el vencido ó el vencedor, y la verdad era que ambos ejércitos estaban derrotados (12). Tal fué la famosa batalla de Bomboná. El campo de batalla quedó por los independientes, á costa de la tercera parte de su ejército. Fué una victoria á lo Pirro, y en peores condiciones que Napoleón después de la sangrienta victoria de Tilsit, se encontró en impotencia hasta para conservar el campo de batalla. Así exclama un historiador colombiano: «Estéril triunfo que

---

» de Pasto». A renglón seguido agrega: «Al general Valdez se le encargó » la dirección del flanco izquierdo del enemigo con el batallón Rifles de » la guardia, á órdenes del coronel Sandes», siendo este general y el cuerpo que designa el que atacó la derecha realista. Véase «Croquis de Cariaco» en «Rec. Hist.» del coronel M. A. López, cit., pág. 62.

(12) El general José María Obando, actor en esta campaña, en sus «Apuntes para la historia», etc., dice: «Cincuenta rifleros pudieron forzar » aquella formidable posición (del volcán) cerca del anochecer, tomando » una altura. Don Basilio (García) por este triunfo ignorado de nosotros, » abandonó su campo en completa dispersión. Ambos combatientes perdieron » la batalla: nosotros la fuerza, los españoles el campo. A las once de la » noche, nuestro campo parecía un taller de destrucción: se rompieron más » de 1.500 fusiles sobrantes, se quemaron municiones y cargamentos de » vestuarios, y se inutilizó todo cuanto estorbase en nuestra retirada. El » Libertador me mandó decir con un edecán que nos retirábamos aquella » noche. Amaneció el día 8 sin haber podido retirarnos. El Libertador » estaba sumamente afectado, porque en cada semblante creía ver (y no se » equivocaba) una reconvención por el sacrificio desigual de nuestro ejér- » cito. Como á las 8 del día se disipó la niebla; descubrimos entonces el » campo enemigo abandonado».

había costado tan caro» (13). La pérdida de los republicanos pasó de 600 entre muertos y heridos: la de los realistas no llegó á doscientos cincuenta (14).

La batalla estaba ganada, y ella destempló el nervio de la resistencia pastusa; pero la campaña estaba por el momento perdida. Ambos contendores quedaron impotentes para ofenderse; pero los pastusos estaban en su terreno y los republicanos no tenían más prospecto que consumirse estérilmente en la inacción. El coronel García, conociendo su ventaja negativa, intimó á los republicanos repasaran el Juanambú. El Libertador, convencido de que forzosamente tendría que hacerlo, abrió una negociación con el objeto de ajustar un armisticio, á lo que se negó el jefe español. A los ocho días, la situación del ejército independiente era insostenible. Bolívar, vióse obligado á emprender su retirada con poco más de la mitad del ejército con que había

---

(13) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 216.

(14) Bolívar en su boletín oficial, firmado por su jefe de estado mayor Salom, al atribuir á los españoles la mencionada pérdida, confiesa por su parte 174 muertos y 357 heridos, cómputo que Restrepo, ministro de Bolívar, juzga «disminuído», en su cit. «Hist. de Colombia», t. III, pág. 216. Los historiadores españoles fijan la pérdida de los independientes en 600 hombres, y los oficiales ingleses que asistieron á la batalla la hacen subir hasta 800. — El general J. M. Obando en sus «Apuntes para la historia», etc., cit., hablando como testigo presencial, dice exageradamente, que la pérdida de los republicanos fué de 800 muertos y 1.000 heridos, en tanto que la del enemigo sólo fué de dieciocho entre muertos y heridos, y veinte prisioneros; pero esto da idea de lo desastroso de la victoria. — O'Leary en sus «Memorias», tomo III, pág. 135, dice: «El Libertador ocupó el campo de batalla, no para celebrar el triunfo de Bomboná, sino para lamentar la sangre que había costado. La noche impidió la persecución y el estado lastimoso de las tropas la hizo imposible al día siguiente. La división de vanguardia, entre muertos y heridos, perdió dos tercios de su fuerza, y de esta casi todos sus jefes. No fué menor el estrago hecho en las filas del batallón *Vencedor*. Los realistas tuvieron pocos muertos. Falto de víveres y rodeado de mil dificultades, el Libertador, después de algunos días, resolvió repasar el Juanambú. La situación del ejército era desconsoladora en extremo».

invadido (1.300 hombres), abandonando á la generosidad del enemigo 300 heridos y enfermos que no podía conducir por falta de cabalgaduras (16 de abril de 1822). En su marcha retrógrada, que efectuó en masa bajo el fuego de las guerrillas de todo el país sublevado, experimentó la pérdida de varios destacamentos, 500 fusiles y su correspondencia oficial. En Patía hizo alto. Abiertas sus comunicaciones con Popayán, pidió refuerzos para formar un nuevo ejército, que le fueron inmediatamente enviados, consiguiendo reunir hasta 2.000 hombres de las tres armas, pero sin elementos de movilidad y experimentando nuevas pérdidas por la insalubridad del clima (15).

La campaña combinada al sud de Colombia, operando simultáneamente por Pasto y por Guayaquil, estaba malograda. Sucre, vencedor en un principio, había sido derrotado, y estaba reducido á una precaria defensiva, sin que pudiera recibir refuerzos de Colombia, y sin más esperanza que los auxilios que pudiera prestarle San Martín desde el Perú. Bolívar, había abierto sus operaciones para reparar el contraste de Sucre, perseverando en la combinación, pero vencedor y vencido á la vez en Bomboná, habíase visto obligado á retrogradar á Patía. Podía reabrir una campaña sobre Pasto con fuerzas iguales á las que podía presentarle el enemigo; pero era seguro que se consumirían en este roce, en que el clima, la opinión y las armas estaban contra él. Aun triunfando, era difícil, si no imposible, que pudiese llegar hasta Quito, donde le esperaba otro ejército igual al

---

(15) Según Restrepo, en el espacio de ocho meses corridos desde setiembre de 1821 hasta mayo de 1822, el gobierno de Colombia envió al Libertador con destino á la guerra del sud, 137 oficiales y 7.314 soldados, de los cuales apenas existían 4.000 después de Bomboná. Según un estado circunstanciado, que detalla los contingentes, inserto en «Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 2.035, no se incluyen en este cómputo las fuerzas que Sucre llevó á Guayaquil y los refuerzos posteriores que se le enviaron.

suyo. Sucre, mientras tanto, encerrado en Guayaquil, no podía avanzar para darle la mano, removiendo el obstáculo intermedio, pues para ello necesitaba de un ejército que no tenía. Ó renunciar á someter á Pasto, trasladando la base de operaciones al Pacífico, ó perseverar en la empresa, con medios suficientes para dominar á Quito, tal era la alternativa que se imponía.

En esta situación incierta permaneció el Libertador los meses de abril y mayo (1822), sin ningún propósito deliberado. Hubo momentos en que desesperado, volvió á su antigua idea de renunciar definitivamente á la campaña de Pasto, y emprender la de Quito por la costa del Pacífico (16). Un gran suceso que iniciaba la reunión de las armas de la insurrección sud-americana, vino á fijar sus irresoluciones. Sucre había vencido por el lado del Pacífico y entrado triunfante á Quito, con el auxilio de las tropas peruano-argentinas enviadas por San Martín. El momento señalado al ligar históricamente las dos revoluciones del sud y del norte, había llegado (véase capítulo XXXV, § VIII). El plan de campaña continental de San Martín está matemáticamente ejecutado, y se combina con otro análogo que lo completa. El sueño de los dos libertadores de América está realizado. Este es el nudo de la revolución sud-americana, cuya síntesis hemos dado, determinando su ley y explicando sus atracciones recíprocas (véase capítulo I, § I).

---

(16) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 219.

IV

Antes de su triunfo de Yahuachi y de su derrota de Huachi, Sucre había comprendido, que con las escasas fuerzas colombianas de que disponía, aun unidas á las de Guayaquil, le sería difícil, si no imposible, abrir campaña formal contra Quito, y que, aun la defensiva se hacía dudosa, si no era eficazmente auxiliado por San Martín desde el Perú, combinando sus operaciones. Al tiempo de abrir su primera campaña (13 de mayo de 1821) escribió Sucre á San Martín: «Un cuerpo dependiente del ejército del Perú que se » levante en Piura, puede cooperar muy eficazmente á la » campaña sobre Quito, invadiendo por Cuenca y Loja, y » penetrar hasta reunirse con la división de Colombia que » marche de Guayaquil. Quito será libre en esta campaña, » y me lisonjeo tengan en ella una parte gloriosa los libertadores del Perú. Los colombianos verán, con una satisfacción orgullosa, marchar entre las filas á los libertadores del súd, y estar á las órdenes de V. E.» (17). Después de su derrota en Huachi, en que perdió la mitad de su ejército, hubo de darlo todo por perdido si prontamente no fuese sostenido con fuerzas del Perú. «La desgracia que sufrieron nuestras armas en Ambato (escribía el » 26 de setiembre al ministro de la guerra del Perú) ha » vuelto á amenazar á Guayaquil de un peligro cierto, y » estamos cerca de una invasión que hace vacilar la suerte » del país. Se asegura que el enemigo hace ya sus aprestos » para expedicionar sobre Guayaquil; pero con los elementos que actualmente están á su disposición, no me atrevo

---

(17) Ofi. de Sucre á San Martín, de 13 de mayo de 1821. Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», pág. 246 y Cat. M. S. núm. 148.

» á garantizar el resultado. Intereso, pues, á V. S. por la » remisión de socorros» (18).

La oportuna llegada de un batallón colombiano de 500 plazas después del combate de Huachi, y la decisión de la provincia de Guayaquil que permitió ajustar el armisticio de que antes se dió noticia (§ II), unido todo á la inundación del país que paralizó de hecho las operaciones, permitieron á Sucre mantenerse á la defensiva (noviembre de 1821). Esperaba entonces que el Libertador se trasladara á las costas del Pacífico con 4.000 hombres para abrir campaña sobre Quito ó el Perú, según conviniese, en combinación con San Martín, pero abandonado este proyecto y decidida la campaña de Popayán sobre Pasto, la situación de Guayaquil era precaria, tanto más cuanto que, ni Aymerich ni el capitán general Murgeón habían ratificado el armisticio ajustado con el coronel Tolrá. No esperando inmediatos auxilios de Colombia, Sucre previó, que á la reapertura de las hostilidades, su posición se haría muy difícil y que no le quedaría más esperanza que encerrarse en Guayaquil, y sucumbir allí, según confesión propia. Concibió entonces el proyecto de no permanecer en inacción durante el invierno, y dirigióse por un camino de la costa que las inundaciones dejaban libre, á fin de ocupar las provincias de Cuenca y Loja, colindantes por el sud con el Perú,

---

(18) Ofi. de Sucre al ministro de guerra del Perú (Monteagudo) de 26 de setiembre de 1821. Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», página 247 y Cat. M. S. de ídem, núm. 151. — La junta de gobierno de Guayaquil escribía á San Martín después de Huachi, con fecha 19 de agosto de 1821: «Si no se aceleran los refuerzos que con tanta instancia » hemos pedido, la provincia será perdida: 500 hombres por lo menos » deben volar en nuestro auxilio». Con fecha 17 de setiembre, escribía al mismo, después de Huachi: «Hemos perdido los primeros elementos » de nuestra defensa, tropas y armas. Nuestra vista se dirige natural- » mente á V. E. Es indispensable se digne hacer los últimos esfuerzos para » dirigir á esta parte mil hombres». (Cat. M. S. cit. de Paz Soldán, número 218.).

buscando una base más sólida de operaciones. A la vez instaba por los auxilios solicitados á San Martín: «El ene-
» migo — escribía al Protector desde Babahoyo, — ha
» concentrado sus fuerzas en Río Bamba, y según avisos
» iba á moverse con un cuerpo de dos mil hombres. Este
» punto (Babahoyo) no es susceptible de defensa. Aunque
» restablecida en cierto modo la moral, no se han aumentado
» los cuerpos, sino tan miserablemente, que una población
» de 70.000 habitantes apenas ha dado 200 reclutas, y la
» ley marcial publicada por el gobierno de la provincia ha
» dado por todo efecto la formación de algunas milicias,
» que no prestan otra esperanza que la de ver hombres que
» al aspecto del enemigo desertarían como siempre. Re-
» suelto, sin embargo, como siempre á estorbar á todo tran-
» ce que ocupe el enemigo á Guayaquil, por la tendencia
» que su posición daría á los estados fronterizos, he pen-
» sado defender algunos pasos que entretendrán el tiempo
» mientras vienen socorros del Perú ó de Colombia, y en
» último caso encerrarme en la capital para perecer con
» ella, pues no confío en su existencia bajo los medios fríos
» que se ponen para salvarla. Las tropas de Colombia no
» parecen, y acercándose ya el enemigo, he creído un deber
» reiterar mis reclamos por algún batallón que ponga á
» cubierto la provincia, mientras llegadas las fuerzas que
» vienen de Cauca estemos en actitud de retornar á la ofen-
» siva. Suplico una contestación que nos saque de la ansie-
» dad en que nos hallamos de recibir algún auxilio de
» tropas del Perú para deliberar mis operaciones conforme
» á esta esperanza, ó en la negativa aceptar el mejor partido
» que nos ofrecen las circunstancias» (19).

Pasaron más de dos meses (noviembre y diciembre de 1821) sin que apareciesen los esperados refuerzos de Colom-

---

(19) Ofi. de Sucre á San Martín de 19 de octubre de 1821. Cat. M. S. cit. de Paz Soldán, núm. 152.

bia. El Libertador, ocupado en preparar la campaña contra Pasto, apenas había podido formar en Popayán un ejército de 2.000 hombres, de manera que sólo pudo enviar á Sucre algunos reclutas, con órdenes terminantes de que realizara su invasión por Cuenca, á fin de dividir la atención de las fuerzas españolas de Quito (20). Tal operación era imposible sin la cooperación militar del Perú; y de realizarse sin ella, habría quedado comprometida la débil división colombiana del Pacífico, después de la retirada de Bombоná. Sucre no contaba á la sazón sino con 1.300 hombres, incluso el contingente de Guayaquil, fuerza insuficiente aun para tomar una ofensiva parcial (21). Fué en tales circunstancias cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito.

Sobre la frontera de Quito, hallábase organizando una división de las tres armas el general Arenales, que ocupaba el puesto de presidente del departamento de Trujillo. El Protector dispuso que marchase en auxilio de Guayaquil. Arenales declinó el mando de la expedición, dando por causal sus enfermedades. Sucre, pensando que fuera por repugnancia de sujetarse á su mando, le ofreció modestamente ponerse bajo sus órdenes con la división colombiana, porque «le gustaba más obedecer que mandar y le sería » siempre lisonjero servir bajo tan acreditado general». Arenales persistió en su renuncia, y fué nombrado para reemplazarle el coronel Andrés Santa Cruz, el dos veces prisionero en Tarija y en Pasco. Celebróse en consecuencia un convenio, por el cual los sueldos y las bajas de la división, bajo la bandera peruana durante la campaña, quedaban á cargo de Colombia (enero de 1822). La división auxiliar componíase de dos batallones y de tres escuadrones, de na-

(20) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 188.
(21) Restrepo: «Historia» cit., t. III, pág. 194.

cionalidad peruana y argentina, que sumaban un total de 1.300 á 1.500 hombres (22). El batallón núm. 4 del Perú, habíase formado sobre la base de la compañía de granaderos del núm. 8 de los Andes, glorioso resto de los libertos de Cuyo, diezmados en Chacabuco y Maipu, y lo mandaba el coronel argentino Félix Olazábal. El núm. 4 estaba compuesto de peruanos á las órdenes del comandante argentino Francisco Villa. Dos escuadrones de cazadores á caballo del Perú, iban á cargo del comandante Antonio Sánchez, argentino también. Por último, un escuadrón de Granaderos de los Andes, de noventa y seis plazas, argentinos todos, con su comandante Juan Lavalle á la cabeza (23).

---

(22) Son variadas las cifras que se asignan á esta división auxiliar, pero todas sin excepción la hacen ascender á más de mil hombres, y están de acuerdo en cuanto á su composición: — En oficio de Arenales á Sucre de 3 de enero de 1821, le dice: «La fuerza disponible de la división del » coronel Santa Cruz es en el día de 1.300 y tantos hombres, y si creen » que podrán proporcionar caballos para un escuadrón de 200 hombres, » se lo despacharé con la mayor prontitud». — Restrepo en su «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 195 y 208, no obstante reconocer que sin la cooperación de la división «la empresa contra Quito sería perdida», se limita á decir que reunida la división peruana con la colombiana, la fuerza total de Sucre ascendió á 1.700 hombres, además de 300 peruanos que guarnecían á Loja, lo que indicaría que la colombiana no pasaba de 700 hombres, según se deduce de la declaración del mismo Sucre. Éste dice en oficio de 25 de febrero de 1822 al ministro de la guerra del Perú: «Me fué satisfactoria la honra que recibí de S. E. el señor Protector del » Perú de auxiliarme con los mil hombres de ese Estado, que se han » reunido á la división de mi mando para la campaña de Quito». — En el «Cóndor de Bolivia», en un artículo escrito por oficiales colombianos que asistieron á esta campaña, se dijo: «Una división de 1.100 hombres del » Perú, fué á la campaña de Pichincha». — Lavalle, en una contestación dada al anterior, bajo su firma, — de que se hará mención más adelante, dice, de conformidad con Arenales: «El Protector del Perú remitió á las » órdenes del general Sucre, una división de 1.500 hombres», y detalla sus fuerzas por nacionalidades. — Por último, Ceballos, en su «Resumen de la Historia del Ecuador», dice: «San Martín estaba comprometido á » enviar 1.200 hombres en auxilio de Sucre».

(23) El concienzudo historiador chileno Barros Arana, en su «Compendio de historia de América», incurre inconscientemente en una inexactitud al

V

La división peruano-argentina, siguiendo el plan de campaña trazado por Sucre, que cambiaba su base de operaciones apoyándose en el Perú, pasó la frontera, y reunida á la colombiana se apoderó sin resistencia de las provincias de Loja y Cuenca (9 de febrero de 1822). Este hecho iniciaba el afocamiento de la revolución sud-americana y la gran reunión de las armas de la insurrección continental bajo las inspiraciones de sus dos grandes caudillos. Por la primera vez se veían reunidos en un mismo campo los llaneros de Colombia y los gauchos de las pampas argentinas, los soldados independientes del Perú y de Chile con los de Venezuela, Nueva Granada, Quito y Panamá. Las dos divisiones así compuestas, formaban un total de 2.000 hombres (24). Sucre se detuvo en Cuenca durante los meses de febrero y

---

hablar de la composición de esta columna, y especialmente al referirse al escuadrón de «Granaderos á caballo de los Andes», que no nombra y que desnaturaliza, quitando á los soldados argentinos esta pequeña gloria, que atribuye á sus compatriotas; en la pág. 400 dice: «Los jinetes chilenos que » enviaba San Martín, renovaron sus cabalgaduras». En la pág. siguiente 401, se corrige un tanto: «Los granaderos á caballo chilenos y argentinos de la » división de Santa Cruz, consumaron la derrota». Es posible que en el regimiento de granaderos á caballo hubiese algunos «jinetes chilenos», pero el escuadrón que marchó á la campaña de Quito era argentino, como lo indica su denominación de «Granaderos á caballo de los Andes», famoso en la historia sud-americana, y cuya nacionalidad por nadie ha sido desconocida, y menos que por nadie por los chilenos. Esto no quita que la división peruano-argentina de que se trata, aunque compuesta solamente de cuerpos de estas dos nacionalidades, representase la alianza argentino-chileno-peruana, que había libertado al Perú y cuyas armas sostenían su independencia.

(24) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 196.

marzo, dando tiempo al desarrollo de las operaciones que á la sazón abría Bolívar por Pasto, y á la espera de un batallón que le venía desde Panamá, el que muy disminuído alcanzó á incorporársele antes de la terminación de la campaña, á órdenes del coronel José María Córdoba, que sería uno de los más valerosos generales de Colombia. Al fin, decidióse á tomar resueltamente la ofensiva, y se puso en marcha en busca del enemigo (marzo de 1822). Un singular incidente, que por mucho tiempo ha sido un misterio, hubo de poner término á la campaña al iniciarse, y dar á los realistas el triunfo sin combatir.

La división auxiliar había tomado el puesto de honor ocupando la vanguardia, y uno de sus batallones hallábase avanzado sobre el enemigo. En tales circunstancias, el coronel Santa Cruz recibió una nota del gobierno delegado del Perú, en que le prevenía ponerse inmediatamente en retirada con su fuerza en cualquier punto que se hallase, y concentrarse en Piura, dando por causal que los españoles de la sierra amenazaban á Lima (25). La verdadera causa era la cuestión de Guayaquil que hemos apuntado antes y sobre la que volveremos después. La orden era terminante, y así Santa Cruz lo comunicó por escrito á Sucre. El general colombiano, se negó de oficio á autorizar la retirada, por cuanto hallándose la división á sus órdenes, no tenía comunicación directa del Protector, y porque el servicio que ella prestaba era en retribución del batallón colombiano Numancia que el Perú retenía á su servicio. En una conferencia privada manifestó á Santa Cruz que estaba resuelto á hacer uso de la fuerza para impedirlo, porque de permitirlo, la empresa contra Quito era perdida, y el honor de las armas

(25) La orden que recibió Santa Cruz, comunicada por Arenales, es de 13 de marzo de 1822, refiriéndose á otra del gobierno del Perú, y que el primero contestó con fha. 2 de abril del mismo. M. SS. (Arch. San Martín, vol. LX).

colombianas se amenguaba dejando comprometido al Libertador en su campaña combinada (26).

La retirada de la división auxiliar importaba, en efecto, la pérdida de la campaña. Ella representaba por lo menos la mitad de la fuerza del ejército independiente. Sucre con sólo mil hombres habría tenido que retrogradar, y hasta su salvación era dudosa. El resultado habría sido probablemente la pérdida de Guayaquil, pues en esos mismos días (principios de abril) Bolívar emprendía su retirada de Pasto después de su desastrosa victoria de Bomboná. Habría sido no sólo una mengua para las armas de Colombia, sino también un oprobio para la causa de la independencia americana. Afortunadamente, la orden, aunque terminante, no autorizaba el empleo de la fuerza para cumplirla. Santa Cruz reunió una junta de guerra para aconsejarse en este conflicto, y todos sus jefes opinaron unánimemente que debía continuarse la campaña á la espera de órdenes más precisas (27). Todo quedó amistosamente arreglado entre

---

(26) Restrepo en su «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 208, que se refiere á documentos originales de origen colombiano, pone en boca de Sucre estas palabras: «Alegaba que sería perdida la empresa contra » Quito». — Santa Cruz en carta confidencial de 3 de abril de 1822, en Cuenca, dirigida á Arenales, le dice: «Un rompimiento no me ha parecido » prudente ni conveniente á la causa general. En el caso que se halla el » general Sucre, sí creo que abrazará este partido, porque de todos modos » era perdido. Yo soy testigo de su situación que lo autoriza para todo; así » es que no he extrañado en sus contestaciones, y en una entrevista que » tuve con él, al verlo resuelto á oponerse á toda costa». (M. S. Arch. San Martín, vol. LX).

(27) Ofi. de 2 y carta de 3 de abril de 1822, de Santa Cruz á Arenales, en que dice: «He tocado todos los medios para dar cumplimiento á la » orden, reservando el de la fuerza, por parecerme extremo para vencer » la fuerte oposición que me ha presentado el general Sucre. — Yo no » reflexioné ni debo hacerlo para dar cumplimiento á la orden que debo » obedecer ciegamente; pero como no se me ha dicho que *á toda costa,* » he temido el último caso: más tarde se hará si se repite la orden con » aquella expresión. — Yo creo que no se me desaprobará haya prefe-

Sucre y Santa Cruz, y cuando pocos días después llegó la contra-orden de San Martín revocando la mal aconsejada resolución del gobierno peruano, ya la campaña estaba abierta y la bandera auxiliar comprometida en el fuego (14 de marzo de 1822).

VI

La situación de los realistas en Quito, si no desesperada, era dificilísima. Aislados en medio de las montañas, sólo contaban con 2.000 hombres, aunque de buenas tropas, para defender la capital, que si bien podían disputar con ventaja los pasos de la cordillera occidental, eran impotentes para tomar la ofensiva. Pasto se sostenía siempre indomable, pero su nervio había sido quebrado en Bomboná, y Bolívar reforzado con nuevos contingentes de Nueva Granada, se disponía á atravesar otra vez el Juanambú. El capitán general Murgeón había muerto de pesadumbre contemplando el triste estado de su causa. Aymerich había vuelto á reasumir el mando. La primitiva combinación de la campaña se rehacía en mejores condiciones, y Bolívar por Pasto y Sucre reforzado por el Pacífico, convergían sobre Quito. Para contrarrestar esta combinación, Aymerich echó á vanguardia 1.500 hombres de su ejército sobre las vertientes occidentales de la cordillera, al mando del coronel Nicolás López, pero con orden de ceder el terreno, no comprometer batalla y replegarse hacia la capital al amparo de las

» rido un mal á otro mayor, como el de un rompimiento: es verdad que
» por no creerme autorizado. En el consejo de una junta de guerra todos
» fueron del mismo parecer». (M. SS. Arch. San Martín, vol. LX).

fuertes posiciones naturales y fortificadas que la rodean. En ejecución de este plan espectante, el grueso del ejército español se había situado en Río Bamba. Al moverse Sucre de Cuenca y dar dirección á sus divisiones diseminadas en su círculo estratégico, intentó el enemigo impedir su concentración; pero verificada ésta metódicamente y con prudencia, limitóse á permanecer en observación en las alturas.

Sucre, contaba con 2.500 hombres al abrir su campaña, incluyendo el batallón colombiano que conducía el coronel Córdoba. Desde Cuenca, siguió faldeando la cordillera occidental, y descendió al valle de Río Bamba, al pie del Chimborazo. Las comunicaciones con Guayaquil quedaron desde entonces abiertas, y su retaguardia y flancos asegurados. Los independientes provocaban con empeño una batalla; pero el enemigo, iba cediendo el terreno y se mantenía á la estricta defensiva en posiciones inexpugnables. Observando Sucre que había descuidado cubrir sobre su izquierda una quebrada, único paso accesible, que defendido por 200 hombres podía contener la marcha de un ejército, penetró por allí, mientras llamaba la atención por el frente, y amagando su retaguardia, desplegó su línea de batalla en el valle opuesto (21 de abril de 1822). Esta fué la ocasión de uno de los más brillantes combates de caballería de la guerra de la independencia americana.

Los realistas excusaron el combate á que eran provocados, y se pusieron en retirada, ocupando otra posición más á retaguardia de la villa de Río Bamba, con su caballería al frente. Sucre dispuso que un escuadrón de Dragones de Colombia y los Granaderos de los Andes practicasen un reconocimiento del terreno. El escuadrón argentino atravesó la villa, y formó detrás de un mamelón de sus arrabales del norte, á cuyo pie se extendía una llanura. La caballería enemiga, que constaba de cuatro escuadrones con 420 hombres, iniciaba en ese momento un avance en columnas paralelas. En esta formación, se introdujo en un ancho

callejón, que le obligó á disminuir su frente, estrechando los intervalos. Lavalle, con su golpe de vista, se aprovechó de esta falsa maniobra y cargó á fondo sable en mano con sus noventa y seis Granaderos, poniendo en completa derrota á los realistas y los acuchilló hasta el pie de las posiciones que ocupaban sus masas de infantería. Antes que los vencidos pudiesen reaccionar, emprendió su retirada al trote, para recibir la nueva carga que le venía, lo más distante posible de la infantería. En ese momento llegaban treinta dragones de Colombia que siguieron su movimiento retrógrado. La caballería realista rehecha, volvió al ataque á gran galope. Los Granaderos argentinos, sostenidos por los treinta dragones colombianos formados en escalón sobre su izquierda, volvieron caras y envolviendo á los escuadrones realistas los acuchillaron por segunda vez por la espalda, hasta el fondo de la llanura. Cincuenta y dos muertos y cuarenta heridos del enemigo (con la pérdida tan sólo de un granadero argentino y un dragón colombiano muertos y veinte heridos), fueron los despojos de este famoso combate, que anuló toda la caballería española por todo el resto de la campaña (28).

---

(28) Restrepo en su «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, página 208, hace una breve y confusa descripción de este combate, que llama «brillante», poniendo en primera línea á los dragones de Colombia, sin nombrar á Lavalle, ni determinar la nacionalidad de los Granaderos. — M. A. López testigo ocular en sus «Recuerdos históricos», pág. 55 hace honor á la audacia de Lavalle, — á quien llama Lavallen, — si bien exagera un tanto la participación de los granaderos de Colombia en la segunda carga. — Sucre en su parte oficial de 23 de abril de 1822, inserto en los «Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 2017, hace la merecida justicia á Lavalle, — á quien llama Lavayen, aunque omite como Restrepo determinar la nacionalidad de su escuadrón. «Mandé, » — dice, — que el escuadrón de granaderos y el de dragones, hiciesen » un reconocimiento de las fuerzas enemigas, y comprometiesen sus cuatro

VII

Después del combate de Río Bamba, el ejército español continuó su retirada y se hizo fuerte en las inaccesibles posiciones de Jalupana, donde en 1813 habíanse atrincherado los revolucionarios de Quito y que fueron flanqueadas por Montes en su famosa marcha antes relatada (véase cap. XXXVIII, § VIII). Sucre convocó una junta de guerra, y todos fueron de opinión de imitar la hábil maniobra del general español en aquella época, pero dentro de líneas más precisas y con objetivos más claros, á fin de rodear las posiciones inatacables por el frente, envolver uno de sus flancos, y tomar la retaguardia del enemigo; y en último

---

» escuadrones. A poca distancia de la población (de Río Bamba), el bravo » escuadrón de granaderos que se había adelantado, se halló improvisada» mente al frente de toda la caballería española, y tuvo la elegante osadía » de cargarla y dispersarla, con una intrepidez de que habrá raros ejemplos. » Los cuatro escuadrones españoles protegidos de su infantería, pudieron volver » caras contra nuestros granaderos, pero apoyados ya éstos por los dragones, » hicieron una segunda carga más brillante, si puede decirse, que la primera » en que al frente de toda la división enemiga, fué derrotada completa» mente su caballería, dejando sobre el campo 52 muertos, incluso tres » oficiales, y llevando más de 42 heridos. El comandante Lavayen (Lavalle) » ha conducido su cuerpo al combate, con un valor heroico, con una sere» nidad admirable. Sus oficiales se han distinguido particularmente». — Lavalle ha descrito este combate, en un opúsculo que se publicó en 1826 bajo el título de «Contestación del coronel D. Juan Lavalle al «Cóndor de Bolivia», que es un modelo de narración militar. — Ceballos: «Resumen de la Hist. del Ecuador», repite con variantes el parte de Sucre, haciendo ascender la pérdida de los españoles á 25 muertos y 40 heridos. — Bolívar honró las hazañas, dando al escuadrón argentino el título de «Granaderos de Río Bamba».

caso estrecharlo sobre la ciudad obligándolo á una batalla decisiva.

El 13 de mayo (1822), inició su movimiento estratégico el ejército independiente, por un camino que ascendiendo del volcán del Cotopaxi conducía á retaguardia del enemigo y rodeaba su flanco izquierdo por el este. Después de una marcha de cuatro días al través de las heladas cimas de la montaña, descendió al valle de Chillo, á veinte kilómetros de Quito (17 de mayo). Los realistas apercibidos, se habían replegado con anticipación sobre la ciudad, y la cubrían por el sud, situados en posiciones impenetrables esquivando el combate á que eran provocados fuera de ellas (22 y 23 de mayo). El general republicano se propuso entonces maniobrar por el flanco derecho del enemigo y trasladarse al norte de la ciudad á fin de cortar sus comunicaciones con Pasto, de donde Aymerich esperaba una columna de refuerzo, que estaba en camino, según comunicaciones que se interceptaron. Para ejecutar esta operación era necesario seguir un camino escabroso por la falda del volcán de Pichincha, coronado por cuatro picos nevados, en que las columnas tenían que marchar en desfilada. A las 8 de la noche del 23 de mayo, bajo una lluvia, emprendió su marcha por aquella estrecha ruta el ejército independiente. A las 8 de la mañana del siguiente, la vanguardia coronaba las alturas del volcán que domina á Quito, y á cuyo pie se desenvuelve una áspera cuesta cubierta de bosques y matorrales.

Antes que todo el ejército independiente hubiese operado su reunión, los españoles trepaban la cuesta cubiertos por el bosque, y atacaban al batallón núm. 2 del Perú que llevaba la cabeza y debía ocupar la derecha de la línea. Eran las 9 1/2 de la mañana. El coronel Olazábal que lo mandaba, contuvo el ímpetu del ataque por el espacio de media hora, hasta agotar sus municiones. El batallón núm. 4 del

Perú, que lo relevó en el fuego, recluta y sin el nervio de los soldados del núm. 8 de los Andes, se sobrecogió al encontrarse frente de todo el ejército enemigo, y cejó en el primer momento; pero luego reaccionó con brío. El terreno era estrecho para los despliegues, lo que favorecía á los independientes, que retardados en su marcha tenían que entrar en pelea á medida que coronaban la cima de la montaña. Sucesivamente fueron entrando en línea los batallones colombianos, relevándose en el fuego hasta agotar sus municiones, pues el parque había quedado á gran distancia á retaguardia. El enemigo ganaba terreno. Una carga á la bayoneta del batallón colombiano Paya equilibró el combate. Los realistas procuraron entonces flanquear la izquierda independiente á favor de la espesura del bosque, y ya alcanzaban la cima, cuando aparecieron tres compañías del famoso batallón inglés «Albión», y tomaron por el flanco á los flanqueadores, derrotándolos. El coronel Córdoba con el centro, sostenido por las compañías del «Albión», completó la victoria, echando cuesta abajo el resto del ejército enemigo, que se refugió en la ciudad al abrigo de sus fuertes. Eran las doce del día 24 de mayo de 1822.

La caballería española había presenciado el combate, formada en los suburbios de Quito, y era la reserva con que contaba Aymerich para retirarse á Pasto. La caballería independiente, que no tomó parte en la batalla, por no permitirlo el terreno, fué lanzada en su persecución, obligándola á ponerse en fuga y dispersarse más tarde. El general Sucre intimó rendición á la ciudad. Aymerich capituló, entregando las fortalezas, las tropas y el armamento (25 de mayo de 1822). Los realistas perdieron: 1.100 prisioneros de tropa y 160 jefes y oficiales capitulados; 400 muertos, además de 190 heridos; 14 piezas de artillería; 1.700 fusiles y sus banderas. Los independientes tuvieron 200 muertos de los cuales cerca de la mitad corres-

pondían á los batallones peruano-argentinos, y 140 heridos de las dos divisiones aliadas (29).

Esta victoria, obtenida por el común esfuerzo de las armas de la insurrección del sud y del norte de la América meridional, reunidas por la primera vez, puso el sello á la alianza continental.

VIII

Las batallas de Bomboná y Pichincha pusieron término á la guerra del norte de la América meridional, y cuadraron el territorio de Colombia, según el plan geográfico de su constitución. Bolívar, que después de Bomboná se había replegado á Patía y reorganizado un nuevo ejército de 2.000 hombres, según queda relatado, propuso una capitulación á la provincia de Pasto, precisamente en el mismo día en que Sucre trepaba el volcán de Pichincha para dar la batalla que debía poner término á la campaña y dar

---

(29) Para la descripción de esta batalla hemos tenido presente: 1.° Partes oficiales de Sucre de 25 y 28 de mayo de 1822. — 2.° Parte oficial de Santa Cruz de 28 de mayo de 1822. — 3.° M. A. López (actor en la batalla): «Recuerdos Históricos», pág. 71 y sig. — 3.° Lavalle (testigo presencial): «Contestación al *Cóndor de Bolivia*», op. cit. — 4.° Torrente (autoridad española): «Hist. de la Revol. Hisp. Amer:», t. III, página 377 y sig. — Restrepo (historiador colombiano): «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 210 y sig. — Ceballos (historiador ecuatoriano): «Resumen de la Hist. del Ecuador», t. III, pág. 385 y sig. — Informes verbales del general Félix Olazábal, actor en la batalla. — Algunos historiadores dan 300 muertos á los independientes, tomando este dato del parte de Santa Cruz, que incluye los heridos. Sucre sólo da 200 muertos en su parte oficial, y esta es la versión que seguimos. Los muertos de los batallones peruano-argentinos fueron noventa y seis y sesenta y siete heridos. En cuanto á la denominación de los batallones peruano-argentinos que damos al núm. 2 y al núm. 4 del Perú, ella se justifica porque el primero tenía por base y nervio una compañía veterana del núm. 8 de los Andes, y ambos eran mandados por jefes argentinos.

fuerza á la intimación del Libertador paralizado en sus operaciones. La noticia de la derrota del ejército de Quito decidió al coronel Basilio García á capitular. Pero los indomables pastusos fanatizados, que aun contaban con 2.000 hombres armados, se resistían á abatir su bandera, y querían continuar, aunque fuese solos, su resistencia. «Guerra á los rebeldes y á los herejes», era su grito. Fué necesario que García llamase en su auxilio al obispo de Popayán, Jiménez de Padilla, que hasta entonces había inflamado á los realistas del valle de Cauca y á los pastusos con sus predicaciones, combatiendo á su cabeza con la cruz y con la espada, y los persuadiese de que debían deponer las armas. Merced á esta poderosa influencia espiritual, firmóse una capitulación en que se concedió sin restricciones á los pastusos todo lo que pidieron (8 de junio de 1822). Se reconoció á los capitulados el derecho de no tomar partido contra su voluntad en favor de Colombia, ni ser destinados en ningún tiempo á los cuerpos vivos del ejército de la república, manteniendo su organización de milicias urbanas en sus respectivos distritos, sin que jamás pudieran ser obligados á salir fuera de su territorio. Otra de las condiciones estipuladas, fué, que «no hubiese la más mínima alteración en » cuanto á la sagrada religión C. A. R. y á lo inveterado » de sus costumbres», que fué concedida por el Libertador declarando: «que la república de Colombia se gloriaba de » estar bajo la protección de la religión de Jesucristo y no » cometería jamás el impío absurdo de alterarla» (30). El Libertador entró triunfante en Pasto, y tuvo así la gloria de someter pacíficamente á la indomable provincia realista, que por el espacio de diez años había resistido á todos los ejércitos de Colombia, había hecho frente durante los últi-

---

(30) Capitulación de Pasto, ratificada por Bolívar el 8 de junio de 1822. («Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 2038).

mos ocho meses de la campaña á no menos de nueve mil soldados aniquilando más de la mitad de ellos, y obligado al mismo Bolívar á retroceder quebrado ante sus armas, salvando al fin su autonomía bélica. Bolívar, embriagado por la gloria, se dirigía á los colombianos: «Desde las ri» beras del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército » libertador marchando de triunfo en triunfo ha cubierto » con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. » Participad del océano de gozo que inunda mi corazón, y » elevad en los vuestros altares al ejército libertador, que » ha dado gloria, paz y libertad» (8 de junio).

La deificación de los ejércitos de Colombia, levantados á los altares por su libertador, inauguraba el pretorianismo sudamericano, que debía pesar sobre la América independizada y acabar con el Libertador. Los soldados de Colombia, ensoberbecidos con sus triunfos, identificándose con la fortuna y el espíritu de su gran caudillo, empezaron á tratar á los pueblos libertados como pueblos conquistados. Los vencedores de Pichincha, enarbolaron en Quito las banderas de Colombia, declarándolo incorporado de hecho á la gran república en presencia de las tropas auxiliares que habían concurrido á su libertad. La municipalidad de Quito protestó contra este avance, que contrariaba los votos de la mayoría de los ciudadanos y ajaba la dignidad popular que representaba. Los municipales fueron desterrados militarmente en castigo de esta resistencia de mera forma (31). Sucre, no obstante trabajar en el mismo sentido, pero con habilidad y moderación, reparó esta inútil violencia, y desarmó la oposición, perfeccionando el acto con formas más

---

(31) Este hecho que silencian los historiadores colombianos, está consignado en un escrito notable publicado en los periódicos de Nueva Granada y Panamá con el título de «Hist. de la escuela boliviana en Colombia», que se refiere al acta publicada en *El Genio del Rimac*, de Lima, de 2 de noviembre de 1823, periódico de la época.

regulares (29 de mayo). Cuando Bolívar llegó á Quito, todo estaba sometido á las bayonetas colombianas. Los libertados recibieron al Libertador con entusiasmo, votándole la entrada triunfal que venía buscando, y una nueva y merecida corona de oro imitando laureles, como la de Caracas y Bogotá (16 de junio de 1822).

Los dos libertadores del norte y del sud, proclamaron entonces á la faz del mundo, la gran alianza de las armas triunfantes de la insurrección sud-americana, sellada en Pichincha. Bolívar decía desde Quito á San Martín: «Los » beneméritos libertadores del Perú han venido con sus ar- » mas vencedoras á prestar su poderoso auxilio en la cam- » paña que ha libertado tres provincias del sud de Colom- » bia. No es nuestro tributo de gratitud el de un simple » homenaje, sino el deseo más vivo de prestar los mismos y » aun más fuertes auxilios, si es que ya las armas liberta- » doras del sud de América no han terminado gloriosamen- » te la campaña que iba á abrirse. El ejército de Colombia » está pronto á marchar donde quiera que sus hermanos lo » llamen» (32). San Martín contestaba, que «los triunfos » de Bomboná y Pichincha habían puesto el sello de la » unión de Colombia y del Perú, asegurando la libertad de » ambos estados, y que consideraba bajo un doble aspecto » estos sucesos, consumada con heroismo la obra del Liber- » tador, siendo el Perú el único campo de batalla que que- » daba en América» (33).

Toda la América meridional estaba independizada y barrida de enemigos desde Méjico hasta el Cabo de Hornos: sólo quedaba Puerto-Cabello en Colombia y una parte del

---

(32) Ofi. del Presidente de Colombia al Protector del Perú, de 17 de junio de 1822. («Cartas del Libertador», en *Memorias* de O'Leary, tomo XXX, pág. 245.

(33) Ofi. de San Martín á Bolívar de 13 de julio de 1822, que después se citará textualmente in extenso.

Perú por libertar. Hacia el Perú convergían los ejércitos triunfantes de la insurrección sud-americana, y sus dos grandes libertadores iban á encontrarse bajo la línea divisoria de sus campañas continentales y punto de reunión de sus armas aliadas. El plan de campaña continental de San Martín estaba ejecutado en el sud y el de Bolívar en el norte. La historia no presenta ejemplo de una combinación militar más vasta, que se desenvuelve con método al través de un mundo, se prosigue con perseverancia por el espacio de doce años, y da por resultado la concentración de las fuerzas revolucionarias en el punto estratégico de la victoria final, obedeciendo á la ley que las gobierna y á la inspiración sistemática de los generales que las dirigen.

CAPÍTULO XLV

GUAYAQUIL

AÑO 1822

Armonías de la revolución sud-americana. — Diverso carácter de las revoluciones del sud y del norte de la América meridional. — Dos hegemonías y dos libertadores. — Conflictos y antagonismos. — La cuestión de Guayaquil. — Derrota de los guayaquileños. — Luzuriaga jefe de las armas de Guayaquil. — Negociaciones de Guido con Guayaquil. — Intervención colombiana en Guayaquil. — Nudos de la cuestión de Guayaquil. — Acuerdos secretos entre San Martín y la junta de Guayaquil. — Actitud resuelta de Bolívar en la cuestión de Guayaquil. — Examen histórico-legal de la cuestión de límites de Guayaquil. — Desinteligencia de San Martín y Bolívar con este motivo. — Intervención de San Martín en Guayaquil. — Examen de esta actitud. — Prospecto siniestro.

I

Hasta aquí hemos seguido paralelamente la marcha de los acontecimientos y el desarrollo de los principios constitutivos de la emancipación sud-americana, en sus formas elementales, en sus evoluciones orgánicas y en sus fenómenos alternativos, dentro del círculo de atracción de sus armonías. Lo irreductible de la embrionaria masa animada, el sincronismo de sus vibraciones, sus gravitaciones mutuas, manifiestan una ley superior que se concreta en una insurrección articulada. Los enlaces étnicos, geográficos y sociológicos de los pueblos puestos en conmoción, la convergencia de sus marchas estratégicas, la dirección constante de las fuerzas vivas y su condensación en los puntos donde

deben producir su efecto, dan su unidad al movimiento revolucionario. La genialidad democrática del conjunto de elementos, fuerzas y voluntades que se combinan; el equilibrio inalterable de los instintos populares; la adaptación de órganos apropiados para una vida nueva; la impotencia de las invenciones artificiales y de las influencias fuera del círculo vital para reaccionar contra las tendencias espontáneas; la ley del destino que se impone á despecho de todo y la lógica de los hechos coherentes que prevalece en la organización republicana, revelan un determinismo político, que está en el medio ambiente, en los hombres, en las cosas y responde á una necesidad vital de la revolución misma. Hasta aquí las armonías.

A medida que la lucha de la independencia se simplificaba por la concurrencia de los comunes esfuerzos, el movimiento revolucionario se hacía más complicado en su conjunto. Los antagonismos y sus conflictos aparecen simultáneamente con las armonías de la emancipación, por el efecto de las acciones y reacciones de sus elementos ingénitos en actividad y en conjunción. Hasta aquí, la atracción física de las masas es la que por su gravedad determina su dirección y sus agrupaciones coherentes. En adelante, empiezan á diseñarse los particularismos que derivan de su propia naturaleza; á intervenir los intereses y las pasiones de los hombres puestos en contacto; á despertarse las incompatibilidades, emulaciones y rivalidades nacionales y personales; y hasta el temperamento de los caudillos que presiden en sus partes al complicado movimiento colectivo, será un nuevo factor, que acelerará la crisis, y produciendo un choque, provocará colisiones y repulsiones. Empero, las líneas fundamentales del plan general de la revolución sudamericana, no se alterarán por estos desvíos accidentales; los instintos, convertidos en ciencia y conciencia prevalecerán y encontrarán su equilibrio, y la organización definitiva en sus partes y en su conjunto obedecerá á la misma

ley que puso en movimiento las fuerzas, las condensó, y les hizo producir la mayor suma de trabajo útil en la lucha por la emancipación. Ni la confusión que acompaña á la concentración de las dos hegemonías continentales, ni la acción oficial de los gobiernos, ni la influencia misteriosa de las sociedades secretas, ni las conjuraciones de los poderes absolutos del mundo entero contra los principios de la democracia, ni la espada misma de los libertadores, echadas por una parte en el platillo de la monarquía y por la otra en el de la monocracia, podrán alterar el equilibrio estable del americanismo republicano y de las autonomías soberanas. San Martín y Bolívar, dos genios, dos fuerzas, los dos libertadores del sud y del norte de la América meridional, desaparecerán de la escena después del triunfo de sus armas, uno después de otro, quedando triunfante la república, sin dejar rastros el uno de sus planes monarquistas, ni el otro de sus ambiciones y sueños de absorción continental, y se ordenarán por último los elementos orgánicos que la revolución entrañaba, según su naturaleza en la proyección de sus destinos finales.

Lo que más contribuía á hacer inminente el conflicto entre la revolución del sud y del norte — aparte del carácter de sus caudillos, — era la diversa organización de sus fuerzas políticas y el impulso á que respondían. De dos masas que se refunden, la acción inicial de la una tiene que preponderar sobre la otra, aunque al fin el equilibrio estático se establezca. Tal sucedió en la condensación de las fuerzas batalladoras y redentoras de América meridional, y en la conjunción de sus dos grandes caudillos en el momento de completar su evolución simultánea. Eran dos revoluciones, que representaban dos hegemonías armadas, que en sus tendencias seguían sistema diverso por sus medios, aunque no por sus fines. La una, — la del sud, acaudillada por San Martín, — representaba la emancipación de las diversas secciones americanas por un principio de solidari-

dad, entregándoles sus propios destinos una vez libertadas. La otra, — la del norte, representada por Bolívar, — obedeciendo á la misma tendencia, respondía á un plan de absorción nacional, de grado ó por fuerza, que dada su impulsión pretendería convertirse en regla dominadora del continente emancipado por la acción de sus armas. Bolívar, libertador de Nueva Granada, le había impuesto, á título de vencedor, su incorporación á Venezuela. Libertador de Quito, pretendía imponerle su incorporación á Colombia, como más tarde impondría al alto y bajo Perú su constitución monocrática y sus presidentes vitalicios, contrariando los particularismos y falseando las leyes fundamentales de la democracia. De aquí la inminencia del conflicto de las fuerzas y el antagonismo de los principios constitutivos.

Guayaquil era el punto donde debía necesariamente manifestarse este antagonismo y producirse este conflicto por el encuentro de los dos caudillos del sud y del norte. Alrededor de Guayaquil giraban todos los movimientos concéntricos de los dos grandes libertadores al efectuar su conjunción, y Guayaquil decidiría de sus destinos.

II

Dijimos antes, que la provincia de Guayaquil, al efectuar su revolución y declarar su independencia, poniéndose á la vez bajo la protección de las tropas de San Martín y de Bolívar, á manera de estado mediatizado, se convertiría en una manzana de discordia entre los dos libertadores (véase cap. XXVII, § II). Uno y otro aceptaron el indefinido protectorado: el primero con el pensamiento de incorporarla al Perú, y poner un pie en el norte; con la resolución el segundo de anexarla á Colombia y penetrar al sud. San

Martín envió cerca del nuevo gobierno revolucionario á sus edecanes Guido y Luzuriaga, con la misión ostensible de saludarlo; pero su verdadero objeto era negociar una alianza que lo colocase bajo su dependencia militar (noviembre de 1820). A su arribo á Guayaquil, los comisionados encontraron la situación cambiada. Las armas guayaquileñas habían experimentado un serio revés en su primer ensayo (1). La primitiva junta de gobierno había caído y sido sustituída por otra que representaba por el momento la política de la independencia de la provincia insurreccionada, aunque inclinándose del lado del Perú.

El gobierno de Guayaquil, al responder al llamado de sus partidarios del interior, y aprovechando la circunstancia de hallarse fraccionado el ejército realista por las atenciones de la guerra de Pasto, se propuso extender la insurrección en todo el territorio y apoderarse de la capital del reino. Al efecto, puso en campaña un cuerpo de ejército de 1.500 hombres, cuyo mando confió al oficial venezolano Luis Urdaneta, uno de los promotores de su movimiento. Urdaneta se apoderó fácilmente de la provincia de Cuenca y marchó sobre Quito. Una columna como de 600 hombres de tropas regulares á órdenes del coronel Francisco González, salió á su encuentro, y á pesar de la notable inferio-

---

(1) Paz Soldán en su «Hist. del Perú Indep.», pág. 79, incurre en un error, que han repetido otros historiadores siguiéndolo, cuando dice, que «á la » llegada de los comisionados de San Martín, Guayaquil estaba consternado » con el desastre sufrido por las tropas de Colombia en la jornada de » Huachi». El error proviene, de que son dos las derrotas de Huachi y Ambato, como indistintamente se denominan ambas: — la primera, que es de la que se trata, es la que sufrieron las tropas de la junta independiente de Guayaquil el 20 de noviembre de 1820, según se explicará más adelante: — la segunda, la de las tropas colombianas y guayaquileñas unidas al mando de Sucre, el 12 de setiembre de 1821, según se explicó en el cap. XLIV, § II. Las dos fueron en el mismo sitio y se les da indistintamente el nombre de Hauchi ó de Ambato.

ridad numérica, lo derrotó completamente de la llanura de Huachi (ó Ambato) causándole una pérdida de 500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros (20 de noviembre de 1820). Un animoso oficial argentino (de Tucumán), llamado José García, se puso al frente de las reliquias del ejército guayaquileño reforzado con algunos reclutas, y salió en busca del enemigo para vengar la derrota de Ambato. Fué igualmente derrotado en Tanizahua, al pie del Chimborazo, con la pérdida de casi toda su división (3 de enero de 1821). García cayó prisionero, fué pasado por las armas en el campo de batalla, y su cabeza remitida á Quito como trofeo colgóse para escarmiento en una jaula de hierro en el puente de Machángana, á la entrada de la ciudad (2).

A pesar de la consternación producida por el desastre de Ambato, los comisionados fueron recibidos con entusiasmo por el pueblo y el gobierno, como precursores de un eficaz auxilio. Luzuriaga fué nombrado comandante en jefe de los restos del ejército guayaquileño, que reorganizó con inteligencia y actividad, situándose en Babahoyo para hacer frente al enemigo triunfante, cuyo avance contuvo (3). Guido por su parte, abrió con el gobierno las negociaciones que estaba especialmente encargado de conducir de acuerdo con su colega (diciembre de 1820). Las instrucciones le prevenían ajustar una convención militar, para la cual todas las tropas de la provincia quedaran exclusivamente á órdenes de San Martín, con facultad para remo-

---

(2) Ceballos: «Resumen de la Hist. del Ecuador», t. III, pág. 237 y sig. y pág. 245-246.

(3) Los historiadores ecuatorianos y colombianos silencian este hecho, que consta de documentos oficiales emanados de la junta de Guayaquil, así como de los actos del cabildo y de la petición de las señoras de la misma ciudad agradeciendo sus servicios y rogándole continuase en el mando de las armas, que se publicó en los periódicos de la época. — Véase «Memoria», imp. de Luzuriaga, pág. 28 y sig. donde se registran los documentos.

verlas según las necesidades de la guerra. Su objeto inmediato, á la vez de establecer un principio de dependencia, era dominar mejor desde la frontera de Quito el territorio limítrofe de Trujillo, que aun no se había pronunciado, y que por este tiempo estaba ocupado por una división realista de 1.500 hombres, que amagaba por la espalda la posición que él ocupaba en Huaura. También tenía encargo de negociar un empréstito en dinero. La junta, llena de vacilaciones y desconfianzas y coartada por la insubordinación de sus tropas, únicamente se prestaba á recibir un cuerpo de 200 veteranos para formar sobre esa base un nuevo ejército, con la promesa de enviar más adelante al Perú un contingente de 400 reclutas del país. Guido hubo de aceptar este convenio; pero bien aconsejado por Luzuriaga, á quien consultó, negóse á firmarlo, y acordó que se le comunicase en forma de propuesta *ad-referendum* (4). Habiendo sobrevenido la estación de las inundaciones que paralizaban las operaciones militares, y á cubierto la provincia de una invasión de parte de Quito después de la derrota de García en Tanizahua, Luzuriaga renunció el mando de las armas (enero de 1821) de conformidad con nuevas instrucciones de San Martín y se retiró juntamente con Guido (5).

San Martín no se hallaba en aptitud de socorrer á Guayaquil, ni de ejercer presión sobre su gobierno; sus fuerzas

---

(4) Cartas M. S. S. de Olmedo, Guido y Luzuriaga de 7 de diciembre, 20 ídem, 22 ídem, y 23 ídem de 1820 en Guayaquil («Memoria» M. S. de Luzuriaga, cit., Arch. San Martín, vol. LXXII).

(5) «Veo lo que me dice del estado en que esa se encuentra. Digo de » oficio, que si su presencia no es necesaria, regrese al ejército. Sólo el » ruego de los diputados de Guayaquil me hizo enviarle. Me sería sensi- » ble que algunos creyesen que su presencia en esa era con miras políticas. » Conoce V. mi carácter y sentimientos. Yo sólo deseo la independencia » de la América del gobierno español, y que cada pueblo, si es posible, » se dé la forma de gobierno que le sea más conveniente». (Carta de San Martín á Luzuriaga de 7 de diciembre de 1820, en «Memoria», imp. de Luzuriaga, cit. pág. 36).

eran apenas suficientes para mantener en jaque al enemigo en Lima y atender á la campaña de la sierra. Por otra parte, habiendo proclamado Trujillo la independencia, y dominado ya todo el norte del Perú hasta la frontera de Quito, la concurrencia de fuerzas auxiliares no le era tan necesaria, por lo que adoptó desde entonces una política prescindente respecto del nuevo estado que se había puesto bajo su protección. Fué entonces cuando Bolívar envió á Sucre al frente de una división á Guayaquil, con el doble objeto de preparar su anexión y de concurrir por el Pacífico á la campaña combinada del sud de Colombia (11 de mayo de 1821). La presencia de las tropas del Libertador, que asumieron una actitud provocativa, trajo algunos disturbios, promovidos por los partidarios de la anexión á Colombia, que aunque en minoría, contaban ser apoyados por las bayonetas auxiliares. Sucre, sin dejar de trabajar en el mismo sentido por medios cautelosos, aplazó prudentemente la cuestión, según se explicó antes, y consiguió al fin apoderarse del mando de las armas de la provincia, que le aseguraba el dominio de hecho (Véase cap XLIV, párrafo II).

El triunfo de Sucre en Huachiri y su derrota posterior de Huachi, á que siguió la retirada de Bolívar de Pasto después de Bomboná, hizo perder á los colombianos en Guayaquil su preponderancia militar y política. Los guayaquileños y hasta el mismo Sucre, volvieron sus ojos hacia el Protector del Perú, que dueño ya de Lima al frente de un fuerte ejército y con el dominio de las aguas, era el único que podía prestarles un pronto y eficaz auxilio en la peligrosa situación que atravesaban. Fué entonces cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito, que ha sido ya relatada, y terminó con la victoria de Pichincha (Véase cap. XLIV, § IV).

Pendientes los arreglos sobre el auxilio que el Perú prestaría para poner término á la guerra de Quito, sobre-

vino un incidente que hubo de interrumpirlos. El distrito de Puerto Viejo, encabezado por su cabildo, proclamó su incorporación á Colombia (16 de diciembre de 1821). El gobierno consideró este acto como una rebelión, y trató de emplear las armas para reprimirlo. La oficialidad colombiana apoyó ruidosamente la actitud de los anexionistas, promovió asonadas, fomentó la deserción de las tropas del país y aun intentó apoderarse por sorpresa del parque y cuarteles de la ciudad (21-24 de diciembre). La junta, sostenida por el pueblo, estaba resuelta á mantener su autoridad. La guerra civil podía encenderse ó producirse con escándalo al frente del enemigo. Felizmente Sucre, que ostensiblemente no había tomado participación en estos manejos, asumió al fin el papel de mediador entre los disidentes y el gobierno, moderando el ardor de sus subordinados, y todo volvió á entrar aparentemente en orden. El general colombiano, temiendo que estos incidentes pudieran interrumpir ó retardar los auxilios de que necesitaba para abrir su campaña, se apresuró á dar explicaciones sobre ellos al gobierno del Perú: «La situación local de » esta provincia, — escribía al ministro Monteagudo, — y » la relación de sus intereses con el Perú, me determinan » á hacer esta manifestación para que el Protector no sea » avisado siniestramente por los hechos; que creo S. E. » aceptará como mi deseo de enterarlo en todo cuanto pueda » concurrir al bien común de los americanos. Sin mez- » clarme en la cuestión (interna) yo pensé, que la unidad » de la provincia era necesaria, no sólo en las circunstan- » cias en que debemos presentarnos en masa al enemigo, » sino para evitar un ejemplo de disolución social en las » provincias limítrofes que darían que hacer á sus gobier- » nos con pretensiones semejantes» (6). Todo esto no pasaba de un remiendo en falso.

(6) Carta ofi. de Sucre al ministro de gobierno del Perú, Monteagudo.

Como antes se apuntó, la cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que convenía desatar sin romper: la independencia que había proclamado la provincia; su incorporación al Perú ó su anexión á Colombia. San Martín resolvió prudentemente aplazarla, proponiendo su solución por la vía diplomática, en el sentido de garantir el voto libre de Guayaquil, que en el estado de la opinión esperaba diese por resultado la incorporación al Perú. La junta, presidida por Olmedo, era partidaria de esta combinación, manteniendo mientras tanto su independencia (7). El Protector, al acreditar como ministro cerca del gobierno de Guayaquil al general Francisco Salazar (30 de noviembre de 1821) le dió en consecuencia instrucciones espectantes, que como todas las posiciones espectantes en presencia de un contendor resuelto, debía dar por resultado una derrota segura desde que no se preveía la apelación á la fuerza. Las instrucciones, prevenían á Salazar, proceder con doble cuidado en no intervenir sobre la forma definitiva de gobierno que quisiese adoptar la provincia, ni sobre la independencia ó su incorporación al Perú ó á Colombia, librando este punto á la espontaneidad de la mayoría del pueblo, cuya voluntad debía observar con sagacidad y precaución (8). En el fondo de todo esto, estaba el pensamiento secreto de la incorporación de Guayaquil al Perú, y el auxilio prestado á Sucre, respondía á él á la vez que á la terminación de la guerra de Quito. Puesto de acuerdo Salazar con la junta, arreglóse todo en el sentido del plan teórico del Protector.

Después de los abortados pronunciamientos relatados, la junta resentida, y apoyada por el sentimiento público cada

---

de 29 de diciembre de 1821. Véase su texto en Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», pág. 257 (nota).

(7) Ceballos: «Resumen de la Hist. del Ecuador», t. III, pág. 373.

(8) Instrucciones al ministro Salazar de 28 de noviembre de 1821, apud. Paz Soldán, catal. M. S. núm. 245.

vez más divorciado de la causa de los colombianos, se dirigió en queja al representante diplomático del Protector, manifestándole que estaban oprimidos por la violencia de los soldados del Libertador, á quienes temían más que á los del rey (9). Para dar una base de fuerza á la opinión, fué nombrado comandante en jefe de las fuerzas guayaquileñas el general La Mar, que también respondía al plan de incorporación al Perú. En un principio, se pensó en confiar el mando de la división auxiliar peruano-argentina al mismo general La Mar, para contrapesar la influencia de Sucre, pero ya el coronel Santa Cruz se había puesto en campaña con ella, y San Martín, bien aconsejado por el presidente Olmedo, desistió de esta combinación (10).

---

(9) Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», pág. 254. — Bolívar lo confirma en carta á la junta de Guayaquil, que se citará más adelante.

(10) Carta de Olmedo á San Martín, de 22 de febrero de 1822. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXI). En prueba del perfecto acuerdo entre la junta de Guayaquil sobre el plan de incorporarse al Perú y su oposición á los colombianos, reproducimos un párrafo de la carta citada que esparce nueva luz sobre este punto oscuro: «Nuestro Salazar impondrá á » V. circunstanciadamente de todo. Este buen amigo se ha portado como » un agente honrado, eficaz y patriota. Lo mismo digo de La Mar, cuyo » carácter y honradez conoce V. bien. Todos merecen la consideración » de V. — El nombramiento de La Mar para el mando de la división (perua- » no-argentina) podría causar un efecto contrario al que nos proponemos » todos. Con la salida de las tropas (colombianas de Sucre) se ha resta- » blecido el orden, á lo menos en apariencia. Yo bien sé que el fuego » está cubierto con una ceniza engañadora; por tanto, una medida de » esta clase puede ser un viento que esparza la ceniza y quede el fuego » descubierto. Entonces el incendio civil es inevitable. Si La Mar va á la » división, será mal admitido, y no es difícil que se le tiendan redes. Sucre, » que muchas veces le ha ofrecido cordial ó ex-cordialmente el mando, » ahora lo tomaría á desaire, y no sabemos de lo que es capaz un resen- » timiento colombiano. Los jefes y oficiales suyos, piensan, hablan y obran » lo mismo. No toda la división de Piura es de confianza. Estas reflexiones » y las que de ellas nacen, nos han hecho acordar que se suspenda el » cumplimiento de la resolución de V. hasta que impuesto de todo esto, » y de los riesgos que nos amenazan (como puede V. tenerlo por la comu- » nicación que le dirigimos por extraordinario) tome una medida grande, » eficaz y poderosa».

III

La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil, era más resuelta, y respondía á un plan político y militar más deliberado, teniendo de su parte la fuerza y el derecho, aun cuando no le acompañase la mayoría del pueblo que pretendía anexar á Colombia á toda costa. Era para él cuestión de poder nacional y de preponderacia americana, y como tal la encaró sin vacilaciones, de hito en hito. Así, al mismo tiempo que enviaba á Sucre con fuerzas para concurrir por el Pacífico á la campaña combinada sobre Quito, acreditaba cerca del gobierno del Perú en calidad de enviado diplomático á don Joaquín Mosquera, con el objeto de ajustar una liga americana y arreglar la cuestión de límites entre los dos estados colindantes (Véase capítulo XXXV, § VI). En cuanto á lo primero, no fué difícil un acuerdo, aunque por el momento de mera forma, pues no tuvo inmediata ulterioridad. La negociación en lo relativo á límites presentó mayores dificultades. Colombia pretendía tener derecho sobre las provincias limítrofes de Jaen, Maynas y Quijos, que por su parte el Perú consideraba como suyas. No era posible resolver este punto litigioso, sin tocar la delicada cuestión de Guayaquil. El plenipotenciario Mosquera sostenía que esta provincia debía formar parte integrante de Colombia. El ministro Monteagudo, como representante del Perú, argüía, que habiendo reconocido su independencia, sería una contradicción consentir en tal estipulación y propuso que se le dejara la libertad de agregarse á una ú otra república, según fuese su voluntad. Las instrucciones de ambos negociadores eran terminantes, y les prevenían no ceder en este punto, así es que todo arreglo sobre estas bases opuestas se hizo

imposible. Empero, para no embarazar los tratados pendientes con cuestiones secundarias, se acordó dejar indeciso el punto, reservándolo para un convenio particular por medios conciliadores y pacíficos, con el compromiso moral por parte del Perú de que los habitantes de las provincias de Quijos y Maynas, situadas sobre la izquierda del Marañón, no fueran convocados para las elecciones de representantes al congreso peruano que iba á reunirse, el cual determinaría los límites definitivos (11).

Estos tratados, según la pintoresca expresión del presidente de la junta de Guayaquil, Olmedo, no eran «sino cenizas engañadoras, que tapaban el fuego, y que el menor viento esparciría, dejando el fuego á descubierto» (12). La actitud de la junta de Guayaquil respecto de la cuestión pendiente, fué el viento, que hizo volar la ceniza y hubo de soplar un incendio.

La constitución colombiana había declarado que el territorio de la república sería el mismo que comprendían el virreinato de Nueva Granada y la capitanía de Venezuela, y por lo tanto se consideraba comprendida en él la presidencia de Quito, como dependencia de Nueva Granada, incluso Guayaquil que era una de sus provincias. El Libertador Bolívar, no podía renunciar á este plan geográfico, que encuadraba su imperio republicano de mar á mar, y constituía á Colombia en la primera potencia sud-americana de la época, triunfante ya en su guerra con la España al norte de la América meridional. Así al emprender la campaña de Quito se dirigió al presidente de Guayaquil, intimándole con amenazas olímpicas su incorporación á

---

(11) Ofis. de los plenipotenciarios del Perú y Colombia, Mosquera y Monteagudo, sobre cuestión de límites, de 5 de junio y 5 de julio (son dos) de 1822. (Cat. M. S. de Paz Soldán, núms. 283 y 286). — Véase Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 223-225, y Paz Soldán «Hist. del Perú Indep.», pág. 304.

(12) Véase la carta de Olmedo á San Martín en la nota núm. 10.

Colombia. «El gobierno de Guayaquil sabe, (le escribía » desde su cuartel general), que no puede ser un estado » independiente y soberano: sabe que Colombia no puede » ni debe ceder sus legítimos derechos: sabe en fin, que » no hay un poder humano que pueda hacer perder á Co- » lombia un palmo de la integridad de su territorio. Tiempo » es ya de obrar de un modo justo, racional, y conveniente » á los intereses de esa provincia, demasiado expuesta á » variaciones, pero oportunamente auxiliada y protegida » por las armas de Colombia» (13). Era cortar el nudo con la espada vencedora de Colombia y un reto dirigido indirectamente á las pretensiones territoriales del Perú.

Ante esta actitud imperativa, que no retrocedía ante nada ni ante nadie, San Martín oponía un plan meramente espectante y negativo, con sus reservas diplomáticas, en sus relaciones con la junta de Guayaquil y con Bolívar, en su combinación alternativa de que Guayaquil perteneciese á uno ú otro Estado ó permaneciese independiente si tal era su libre voluntad, y debilitada más su acción al prestar sin condiciones su concurso para la terminación de la guerra de Quito, introduciendo en sus propias tropas auxiliares un elemento de desconfianza. En el choque de estas dos políticas, debía triunfar la que estuviese animada de mayor impulsión inicial, y estando además, la razón y la fuerza de parte de Bolívar, no era dudoso cuál sería el resultado.

---

(13) Carta de Bolívar al presidente del gobierno de Guayaquil, de 18 de enero de 1822, en su cuartel general de Calí, apud Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.» pág. 259 (*nota*).

IV

La cuestión de Guayaquil entre el Libertador de Colombia y el Protector del Perú, representantes de las dos hegemonías continentales de la época, merece una atención especial, por ser la primera cuestión de límites que surgiera entre las repúblicas sud-americanas al declararse independientes; tiene, además, una doble significación histórica y política, así por sus consecuencias inmediatas, cuanto porque ella envuelve el gran principio que al fin ha prevalecido y se ha incorporado al nuevo derecho público americano, como ley racional consentida de una nueva vida internacional.

Las nuevas repúblicas hispano-americanas, al reasumir su soberanía territorial, adoptaron las demarcaciones coloniales en el órden político y administrativo, que respondían á la vez á sistemas geográficos y particularismos étnicos, derivando sus títulos de posesión y dominio de los del soberano español de que se emancipaban de hecho y al que se sustituían de derecho. Es lo que se ha llamado el *uti possideti* anterior á la revolución. A este principio respondió al sud del continente, la propaganda de la hegemonía argentina al libertar á Chile, y la hegemonía chileno-argentina al libertar el Perú, que repudiando las conquistas y las anexiones trazaban el mapa político de la América del Sud, con sus fronteras definidas por un plano histórico de hecho y de derecho, sin violentar los particularismos y entregaba á la espontaneidad de los pueblos sus propios destinos. La hegemonía colombiana representaba por el contrario las anexiones y las absorciones, con tendencias á refundir á los particularismos en una nueva asociación que respondía á un plan de organización artificial, derivado de

la victoria de las armas y basado en la fuerza. Empero, Bolívar, que representaba esta hegemonía absorbente, representaba esta vez por acaso el principio superior, según el cual se constituirían definitivamente las nuevas nacionalidades al trazar los límites de su soberanía territorial.

El antiguo virreinato de Nueva Granada había sido declarado constitucionalmente parte integrante de la república de Colombia, en unión con la capitanía general de Venezuela, comprendiendo la presidencia de Quito como dependencia de Nueva Granada. Esta declaración había sido aceptada por todo el mundo americano, con aplauso y sin protesta. Si la provincia de Guayaquil formaba parte de la circunscripción política de Quito, correspondía á Colombia. Si por el contrario pertenecía al virreinato del Perú, era peruana. Tal era la cuestión de hecho y de derecho. La fuerza la resolvió de hecho; pero los documentos histórico-legales dan á Colombia la razón de derecho, que al fin ha prevalecido teórica y prácticamente como regla internacional entre las repúblicas hispano-americanas.

La provincia de Guayaquil fué en varias épocas dependencia del virreinato del Perú; pero creado el virreinato de Nueva Granada quedó definitivamente como parte integrante del reino de Quito. Empero, por su posición geográfica y por motivos accidentales, estuvo algunas veces sujeta en parte ó en el todo al virrey del Perú, y lo estaba de hecho en lo político y militar al tiempo de invadir San Martín el territorio peruano. En 1803, habíase dispuesto por razones de conveniencia militar que la plaza y puerto de Guayaquil dependiesen del virreinato del Perú y no del de Nueva Granada (14). Reclamada esta disposición por el presidente de la audiencia de Quito, declaróse en 1807, que la autoridad conferida sólo se extendía á lo

---

(14) Real orden de 7 de julio de 1803.

militar sin intervención alguna en el gobierno político ni económico, reprobando los procederes del virrey del Perú que había pretendido lo contrario (15). Con motivo de las revoluciones de Quito y Nueva Granada en 1809 y 1810, el virrey Abascal agregó de hecho la provincia de Guayaquil á su gobierno, como lo hizo con las del alto Perú que pertenecían al Río de la Plata, con el objeto de proveer á su defensa. En 1815, restaurada la autoridad real en Nueva Granada, los vecinos de Guayaquil solicitaron que las cosas volvieran á su antiguo estado, y así lo acordó el rey en 1819, desaprobando nuevamente la intromisión del virrey del Perú en su orden interno (16). Desde entonces, la provincia de Guayaquil quedó como parte de la audiencia de Quito, y ésta como dependencia del virreinato de Nueva Granada. Tales eran los títulos legales que invocaba Colombia (17).

La declaratoria de la independencia de Guayaquil, reconocida por el Protector del Perú, y desconocida por el Libertador de Colombia, á la par de las pretensiones encontradas de ambos sobre su posesión, complicaba la cuestión. Agréguese que el mismo Protector no creía posible ni conveniente que Guayaquil se mantuviese en estado independiente, ni tampoco los mismos guayaquileños, y se tendrá idea de lo intrincado del problema á resolver. Para San

---

(15) Real orden de 1.° de junio de 1807, que no fué comunicada por la entrada de los franceses en Madrid.

(16) Real cédula de 24 de junio de 1819.

(17) En su tiempo se publicaron algunos opúsculos sobre esta cuestión. Véase: «El Amigo de sus conciudadanos por un hijo de Guayaquil» (Lima, 1822), sosteniendo los derechos de Colombia, en contestación á un escrito sosteniendo los del Perú por un «Amigo del País». Publicóse en el mismo año en Lima una débil refutación al primero, titulada: «El americano imparcial u observaciones sobre un impreso titulado *El amigo de sus conciudadanos*», en el cual, aduciéndose razones de conveniencia en favor del Perú, se hace caso omiso de los documentos citados en el texto, que el abogado de los derechos de Colombia invocaba como títulos legales.

Martín, era una cuestión de decoro y de interés puramente peruano. Para Bolívar era una cuestión de poder, de vida nacional y de influencia americana. Quito, parte integrante de Colombia, sin el puerto de Guayaquil, era un territorio atrofiado, y el Libertador tenía razón aún bajo el punto de vista geográfico, en sostener la necesidad de su posesión como condición de existencia para su gran república. De aquí que el plan político del Protector del Perú, fuese meramente espectante y reservado, y el del Libertador de Colombia, deliberado y franco.

V

Seguro Sucre del auxilio de San Martín en la campaña de Quito, y estimulado por la arrogante intimación del Libertador, dirigióse al ministro de la guerra del Perú, revelando francamente las exigencias de Colombia con pretexto de adicionar su anterior explicación, redactada en términos tan equívocos: «Pienso que es del interés de los » gobiernos limítrofes impedir las disensiones de la pro» vincia de Guayaquil, que siendo el complemento natural » del territorio de Colombia, pone al gobierno en el caso » de no permitir jamás se corte de nuestro seno una parte » por pretensiones infundadas. Tal consentimiento sería » un ejemplo de disolución social para la República, y para » los países limítrofes, en que este ejemplo fatal iba cun» diendo el año anterior, si el gobierno de ese Estado no » hubiese tenido la sabia energía de cortarlo. Persuadido » de los nobles sentimientos del gobierno del Perú, nos pro» metemos que empleará su poderoso influjo para ayudar» nos á conciliar los partidos que agitan á Guayaquil, con» centrar las opiniones y restablecer el orden, que desea

» la parte sana de la provincia, para evitar todo ejemplo » de disolución que turbase nuestra tranquilidad» (18).

Como la intimación de Bolívar llegase acompañada del anuncio de que sería inmediatamente seguida por su ejército (19), el gobierno de Guayaquil intimidado, se dirigió al Protector del Perú, manifestándole su apurada situación. San Martín, ofendido por la actitud arrogante de Bolívar, en circunstancias que con sus armas auxiliares concurría á asegurar la libertad del territorio de que se trataba de disponer á la baqueta y sin acuerdo suyo, cuando se hallaba bajo su protección declarada, resolvió intervenir directamente en la cuestión. Fué entonces cuando ordenó al coronel Santa Cruz, que en cualquier punto que se hallase con la división auxiliar retrocediera inmediatamente á la frontera peruana (véase cap. XLIV, § V) y se pusiese á órdenes del general La Mar, comandante en jefe de las armas de Guayaquil (2 de marzo de 1822). Felizmente, según en su lugar se explicó (cap. cit.), esta orden quedó sin efecto, y las fuerzas auxiliares continuaron la campaña de Quito unidas á las de Colombia.

No obstante la contra-orden para la retirada de la división auxiliar, San Martín persistió en su plan de intervención alternativa, á efecto de garantir la libertad del voto de Guayaquil. Dirigióse en este sentido á la junta, incitándola á expresar terminantemente si insistía ó no en mantener su independencia; en el primer caso, le ofrecía sostener su voluntad con sus fuerzas; pero que si quería ceder á las intimaciones de Bolívar y unirse á Colombia, esto, en

---

(18) Ofi. del general Sucre al ministro de guerra del Perú, datado en su cuartel general de Cuenca el 25 de febrero de 1822, apud. Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», pág. 259.

(19) En efecto, la intimación de Bolívar coincidió con su propósito de renunciar á la campaña del sud por Pasto y trasladarse con su ejército á las costas del Pacífico. (Véase Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia» t. III, pág. 188).

nada alteraría la liberalidad y circunspección de su política. A La Mar se le previno procediese de conformidad con esta resolución: «Por las comunicaciones del Liberta-
» dor de Colombia, no queda duda del plan abierto de hos-
» tilidad adoptado contra Guayaquil y del compromiso que
» queda al gobierno del Perú con el de aquella república.
» Aunque es muy notable que en tan difíciles circunstan-
» cias el gobierno de Guayaquil espere en una actitud pasi-
» va el desenlace de las operaciones del Libertador, sin
» embargo, se previene, que siempre que el gobierno de
» acuerdo con la mayoría de los habitantes de esa provin-
» cia, solicitasen sinceramente la protección de las armas
» del Perú, por ser su voluntad conservar su independencia
» de Colombia, en tal caso, completadas las fuerzas que
» están puestas á sus órdenes (la división auxiliar) las
» emplee en apoyo de la espontánea voluntad del pueblo.
» Si por el contrario el gobierno de Guayaquil y la gene-
» ralidad de los habitantes de la provincia pronunciasen
» su opinión á favor de las miras de Colombia, sin demora
» vendrá al departamento de Trujillo á tomar el mando
» general de la costa norte, reunir la división del coronel
» Santa Cruz en Piura, aumentar hasta donde alcancen los
» recursos del territorio, y obrar según lo exija la seguri-
» dad del departamento» (20). Al Libertador Bolívar se dirigió directamente el Protector, manifestándole, que «por
» comunicaciones del gobierno de Guayaquil tenía el sen-
» timiento de ver la intimación hecha á esa provincia para
» que se agregara á Colombia, y pedíale la dejase consul-
» tar su propio interés, para agregarse libremente á la
» sección que le conviniera, porque tampoco podía quedar

---

(20) Ofi. del ministro de guerra del Perú al general La Mar, de 3 de mayo de 1822. (Cat. M. S. de Paz Soldán, núm. 276).

» aislada con perjuicio de ambos estados colindantes» (21).

La actitud de Bolívar era soberbia y provocativa: la de San Martín, si bien más correcta, era imprudente y sin sentido político ni militar, salvo en un punto: que Guayaquil no podía quedar aislado. Bolívar no podía ceder, á menos de mutilar la república de Colombia, que era su creación. Por lo tanto, la intervención directa de San Martín, provocaba un conflicto que podía traer una ruptura, y esto para sostener una independencia vacilante, que era un estorbo para el desarrollo de los planes de ambos libertadores. ¿Estaba resuelto el Protector á llegar á una extremidad? No es probable. Bolívar triunfante en el norte y sin enemigos que combatir en su territorio, tenía de su parte la plena disposición de sus fuerzas, además de la razón, como se ha demostrado. San Martín tenía á su frente un enemigo poderoso que combatir, y en el mejor de los casos, — independencia de Guayaquil ó su anexión al Perú, — complicaba su situación incierta, privándose del concurso de las armas triunfantes del norte de la América, que él mismo consideraba necesario para terminar prontamente la guerra de la independencia continental. No estando resuelto á la guerra, sólo de un modo podía neutralizar las exigencias de Bolívar, y era paralizar la guerra de Quito, retirando, — como lo pensó, — el concurso prestado á Sucre; pero esto era hacerse la guerra á sí mismo, dando la ventaja á los realistas, como luego lo comprendió. Pasado ese momento, persistir en la intervención alternativa, era prepararse una derrota segura, ya fuese porque las armas de Colombia triunfantes en la guerra de Quito, podían dominar á Guayaquil mejor que él, ya porque de este modo convertía á un aliado natural en antagonista, si

---

(21) Carta de San Martín á Bolívar, de 3 de mayo de 1822. (Cat. M. S. de Paz Soldán, núm. 276).

no en enemigo declarado. Preferible era entonces ceder y no provocar conflictos perjudiciales á la causa general de la emancipación sud-americana. Colombia, tal cual estaba geográficamente constituída, necesitaba del puerto de Guayaquil: el Perú, dueño de un vasto litoral, no lo necesitaba absolutamente. Y como Colombia era una fuerza y una máquina de guerra americana bien montada, mejor estaba Guayaquil en manos de Colombia si su anexión le daba más nervio y la complementaba para concurrir más eficazmente á la redención definitiva de la América del Sud en el Perú.

El plan alternativo de San Martín, para garantir el voto libre de Guayaquil en oposición á la política interventora ó invasora de Bolívar, no podía darle sino tres resultados: — ó el mantenimiento de la independencia de una provincia débil, que no podía ser nación, y que era un estorbo entre las armas redentoras del sud y del norte de América: — ó la agregación al Perú de una provincia aislada, que provocaría un conflicto: — ó la anexión á Colombia, que era una derrota fácil de prever, después de Pichincha. Antes de Pichincha, pudo tal vez proponer como transacción, hacer de Quito una nueva república independiente, que era el verdadero voto de sus habitantes, como los hechos lo han demostrado; pero para esto habría sido necesario que hubiese calculado mejor sus medidas antes de unir sin condición alguna sus armas con las de Colombia, pretendiendo retirarlas cuando ya estaban comprometidas en la campaña que iba á dar la preponderancia á Bolívar. Era muy difícil que el fundador de Colombia, que en su constitución había incluído á Quito en su plan geográfico, pasase por este avenimiento; pero al menos era un pensamiento digno del libertador del sud, concordante con su política americana, de redimir á los pueblos y entregar á su posteridad sus propios destinos sin violentarlos y respetando los particularismos autonómicos; y bien que esto

no fuese más que un plan uchrónico de muy dudoso éxito, era más racional que el plan alternativo de San Martín, que de todos modos, era una dificultad, un conflicto ó una derrota. Bien examinado todo, lo más acertado para el éxito, y lo más conveniente para la causa de la independencia americana, era no insistir sobre la independencia de Guayaquil, renunciar á la pretensión de agregarlo al Perú, y dejar de buena voluntad que se incorporase á la república de Colombia á que correspondía, como parte integrante de Quito, sobre cuya anexión en general, no hacía cuestión (22).

Bajo estos siniestros auspicios, que nada lisonjero prometían, iba á abrirse la proyectada conferencia entre Bolívar y San Martín, «para fijar establemente la suerte de la América del Sud», — según las palabras del segundo, — precisamente en el punto que era causa de una disidencia

---

(22) Así lo aconsejaba Torre-Tagle á San Martín, desde que asomó la cuestión de Guayaquil, con una previsión que hace honor á este personaje tan merecidamente desacreditado. En carta que le dirigió desde Trujillo, con fecha 31 de julio de 1821 (un año antes de la época á que hemos llegado) le decía: «Permítame que le hable como amigo. Mientras » á la cabeza del gobierno de Guayaquil estén los actuales mandones, todo » se irá empeorando cada día. Si usted, de acuerdo con Sucre, no quitan » los gobernantes y ponen en su lugar hombres de carácter y prácticos, » la provincia de Guayaquil nos dará continuos cuidados, cuando no caiga » en manos de los enemigos, ya interiores, ya exteriores. Si Sucre tuviese » la aprobación de usted, estoy persuadido que se conseguiría esto y las » cosas tomarían un aspecto decididamente favorable. Si así no se hace, » Guayaquil nos da un disgusto del cual sólo ha sido un ensayo el pre» sente (la primera presión de los colombianos sobre Guayaquil). Usted » no ignora que en tiempos de revolución la fuerza es indispensable para » casi todo, y no ignora tampoco, que hay hombres á quienes es menester » hacer libres á bayonetazos. Crea usted que ningún interés particular » mueve mi pluma. El mío es de distinta naturaleza. El interés de la » América, interés sagrado de que estoy vivamente animado, me obliga » á escribir así. Sea libre Guayaquil y pertenezca a quien quiera: estos » son mis votos. Yo me contentaría con que se pudiera poblar el Perú, y » que pudiéramos administrar bien el terreno que lo ocupare». (M. S. Arch. San Martín, vol. LXI).

profunda entre los dos libertadores del sud y del norte, que al unir sus banderas y darse un abrazo de hierro, separarían sus almas hasta entonces unidas en un gran propósito.

CAPÍTULO XLVI

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

AÑO 1822

El encuentro de los grandes hombres en la historia. — Los grandes hombres americanos. — Grandeza de Bolívar y San Martín. — Los paralelos históricos. — Grandeza intrínseca y relativa. — El culto de los héroes. — Acción dual y necesaria. — Prestigios de la entrevista de Guayaquil. — Los misterios de la entrevista. — Planes, ilusiones y esperanzas de San Martín al buscar la entrevista. — Declaraciones públicas de San Martín sobre los objetos de la entrevista, comprobadas por los hechos y los documentos. — Correspondencia entre San Martín y Bolívar antes de la entrevista. — Seguridades dadas por San Martín de que en la conferencia de Guayaquil quedaría fijada la suerte de América de acuerdo con Bolívar. — Bolívar en Quito. — Empieza á diseñarse su política absorbente. — Su entrada triunfal en Guayaquil. — Incorpora violentamente Guayaquil á Colombia. — Carta que dirige en seguida á San Martín. — Llegada de San Martín á Guayaquil. — Recepción de San Martín por Bolívar en Guayaquil. — Entrevista de los dos libertadores. — Lo que pasó y lo que no pasó en la entrevista. — Revelaciones anunciadas por San Martín. — Carta de San Martín á Bolívar que aclara el misterio de la entrevista. — Lo que se sabe y lo que no se sabe de la entrevista. — Actitud de San Martín después de la entrevista. — Famosa carta de San Martín á Bolívar. — Testamento político.

I

El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos, es tan raro como el punto de intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Sólo una vez se ha producido este fenómeno en el cielo, y en la tierra rarísimas veces. La

masa de un cometa penetró una vez la de otro, y al dividirlo lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sud-americanos, por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en su tiempo y en su posteridad. Son los únicos hijos del nuevo mundo, que después de Wáshington hayan entrado á figurar en el catálogo de los héroes universales, cuya gloria se agranda á medida que pasa el tiempo y la obra en que fueron artífices se completa. Wáshington dió al mundo la nueva medida del gobierno humano según la vara de la justicia, y legó el modelo del carácter más bien equilibrado en la grandeza que los hombres hayan admirado y bendecido. Bolívar y San Martín, fueron los libertadores de un nuevo mundo republicano, que restableció el dinamismo del mundo político, por efecto de la revolución que hicieron triunfar con sus armas. Su acción fué dual, como la de los miembros de un mismo cuerpo, y hasta su choque y antagonismo final responde á su acción dupla, que se completa la una por la otra, aunque la más poderosa prevalezca incorporándose en una sola las respectivas fuerzas iniciales, sin que por esto se extinga la absorbida.

Los paralelos de los hombres ilustres á lo Plutarco, en que se buscan los contrastes externos y las similitudes aparentes para producir una antítesis literaria, sin penetrar en la esencia de las cosas mismas, son juguetes históricos, que entretienen la curiosidad, pero que nada enseñan. Se ha abusado por demás de este artificio respecto de San Martín y Bolívar, hasta hacerse una vulgaridad. Su paralelismo está en su obra, y su respectiva grandeza no puede medirse por el compás del geómetra ni por las etapas del caballo de Alejandro al través del continente que recorrieron en direcciones opuestas y convergentes.

Se ha dicho con más retórica que propiedad, que para determinar la grandeza relativa de los dos héroes americanos, sería necesario medir antes el Amazonas y los Andes. El Amazonas y los Andes están medidos, y las estaturas históricas de San Martín y Bolívar también, así en la vida como acostados en la tumba. Los dos son intrínsecamente grandes en su escala, más por su obra común que por sí mismos, más como libertadores, que como hombres de pensamiento. Su doble influencia se prolonga en los hechos de que fueron autores ó meros agentes, y vive y obra en su posteridad. Esta influencia póstuma es la que no ha sido medida aún, y la que determinará en definitiva la verdadera amplitud de sus proyecciones. La historia planta los jalones del pasado, los presentes se guían por ellos, y el futuro decidirá cuál de los dos tuvo más larga visual ó acertó con mejor instinto. Hasta ahora, el tiempo que aquilata las acciones por sus resultados duraderos, dando á Bolívar más gloria y la corona del triunfo final, ha dado á San Martín la de primer capitán del nuevo mundo, y la obra de la hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó, aunque no como lo imaginara; mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América que persiguió, se deshizo en vida y se ha disipado como un sueño, uniéndose, empero, las figuras de los dos libertadores en el espacio recorrido, y marcando en los lindes del porvenir la marcha triunfal de las repúblicas sud-americanas hacia los grandes destinos que les están reservados. Si la conciencia sud-americana adoptase el culto de los héroes, preconizado por una moderna escuela histórica, resurrección de los semi-dioses de la antigüedad, adoptaría por símbolo los nombres de San Martín y de Bolívar, con todas sus deficiencias como hombres, con todos sus errores como políticos, porque ellos son los héroes de su independencia y los fundadores de

su emancipación: fueron SUS LIBERTADORES y constituyen su binomio virtual.

En todos los acontecimientos en que intervienen hombres y cosas, puede concebirse y aun demostrarse, qué hombres pudieron reemplazar á otros, y como, con ellos ó sin ellos se hubiesen producido los hechos lógicos de que fueron autores ó meros actores, sin que por esto se desconozca la acción eficiente de las individualidades conscientes con potencia propia.

Son sin duda las revoluciones las que engendran á los hombres, cuando ellas son el resultado de una evolución que tiene su origen en causas complejas; pero son los hombres los que las impulsan y las caracterizan, y á veces son factores indispensables en el enlace y la dirección de los acontecimientos. Sin Colón, se habría descubierto más tarde la América, pero fué él quien conscientemente la descubrió. La revolución de Inglaterra habría estallado después de la resistencia cívica de Hampden; pero sin Cromwell no habría triunfado militarmente, inoculándose el principio disciplinario y religioso, que fué su fuerza y su debilidad. La emancipación de los Estados Unidos de la América del Norte, habría hecho surgir de todos modos una gran república; pero sin Wáshington no tendría en el ejercicio del poder el carácter de grandeza moral que ha impreso sello típico á su democracia. La revolución francesa habría estallado, porque estaba en el orden y en el desorden de las cosas, y sin los hombres que alternativamente la dirigieran, se habría desarrollado, y tal vez mejor, porque ninguno supo fijarla.

Se concibe fácilmente, con arreglo á este criterio, que la insurrección sud-americana se produjera como hecho espontáneo, resultado de antecedentes históricos y efecto inmediato de las circunstancias, si San Martín y Bolívar no hubiesen existido; pero tal como se produjo y se desenvolvió, no se alcanza cómo con menos recursos pudo ha-

cerse más, ni organizarse mejor militarmente, ni triunfar en menos tiempo y con el menor desperdicio de fuerzas en la lucha por la independencia continental. Por eso son grandes intrínsecamente y por sí mismos Bolívar y San Martín, aparte de las cosas en cuyo medio obraron y de las fuerzas preexistentes á que dieron organización, impulso y dirección conveniente.

Si se compara la ecuación personal de los dos libertadores, vése que San Martín es un genio concreto, con más cálculo que inspiración, y Bolívar, un genio desequilibrado, con más instinto y más imaginación que previsión y método. Sin embargo, no se puede concebir la acción concurrente del uno sin la recíproca del otro, y los dos, sin ser providenciales, pueden considerarse necesarios tal como la insurrección se desenvolvió hasta alcanzar su máximum de efecto. Mientras siguen la corriente de la evolución colectiva, son meros agentes. Cuando se apoderan de las fuerzas vivas, las condensan, las distribuyen, les imprimen impulso y dirección, respondiendo á un plan general que está en ellos más que en la masa; entonces son verdaderos factores, y llegan en cierto modo á ser creadores. Es la idea de San Martín la que triunfa, y es la acción eficiente de Bolívar la que la convierte en hecho victorioso.

Hemos dicho ya, que sin exagerar la figura histórica de San Martín ni dar á su genio concreto un carácter místico, pocas veces la intervención de un hombre de acción deliberada con una idea en la cabeza, fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo lógico de sus consecuencias (véase cap. II, § I). Si alguno pudo tal vez entrever el camino de la victoria, fué él quien lo descubrió, y lo impuso como itinerario contra la corriente de la opinión. Sólo él entre sus contemporáneos era capaz de crear con los pobrísimos elementos de que dispuso, coordinándolos, un ejército compacto, animado de una pasión americana, traspasar los

Andes y vencer matemáticamente como venció en Chacabuco y Maipu. Sin él, no se habría dominado el mar Pacífico según las previsiones de su genio, ni se hubiese realizado la expedición al Perú. Elimínense estos hechos, de que fué autor, y la dilatación de la insurrección sud-americana es imposible: queda aislada en los extremos.

Por lo que respecta á Bolívar, puede decirse otro tanto; pero sin el concurso de San Martín que ejecutó la mitad de la tarea, no habría llegado jamás al Pacífico y quizá quedado aislado en Venezuela, porque dominado el Perú por los realistas y dueños del mar, de Quito y Nueva Granada, hubieran opuesto otra resistencia que la que encontró en Boyacá y Pichincha. A su vez, si Bolívar no triunfa en el norte, y no viene á darle la mano, la expedición del Perú, si no fracasa, se convierte en una guerra crónica y el plan de insurrección y de campaña continental, que era condición necesaria de triunfo, no se realiza. Ni el uno ni el otro con las fuerzas de que disponía, aun triunfando aisladamente, podía llevar á buen término la obra de la emancipación del continente. Así, sin la acción concurrente de ambos, el éxito militar de la independencia sud-americana era imposible, tal como se alcanzó por el efecto de la convergencia de sus ejércitos y la concentración de sus fuerzas en el último punto de resistencia del enemigo.

Todos estos ensayos convergentes de la historia que se afocan en el punto céntrico en que los dos libertadores operaron su conjunción, son los que dan sus prestigios á la conferencia de San Martín y Bolívar en Guayaquil. El escenario, es el arco iluminado del ecuador del nuevo mundo, con su horizonte marítimo y sus gigantescas cadenas de montañas en perspectiva, sus palmeras siempre verdes y sus volcanes encendidos. Los protagonistas son los árbitros de un nuevo mundo político. El mundo pone el oído y no oye nada. Uno de los protagonistas desaparece silenciosamente de la escena, cubriendo su retirada con palabras va-

cías de sentido. El otro ocupa silenciosamente su lugar. El misterio dura veinte años, sin que uno ni otro de los interlocutores revelase lo que había pasado en la conferencia. Al fin, una parte del velo se descorre, y vése, combinando las palabras escritas ó habladas con los hechos contemporáneos, y los antecedentes con sus consecuencias, que el misterio consistía únicamente en el fracaso de la entrevista misma, y que lo que en ella se trató, así como lo sucedido ó dicho, es lo que estaba ya anunciado, lo que todos sabían poco más ó menos ó podían deducir, lo que necesariamente tenía que ser, y que se sabe hoy todavía más que los mismos protagonistas, porque se ha podido penetrar hasta el fondo de sus almas y leer en ellas lo que no estaba escrito en ningún papel.

A pesar de todo esto, la curiosidad se ha empeñado y se empeña en descubrir algo más fuera del círculo de acción de los actores, como los que divisan con un poderoso telescopio las montañas de la luna, y buscan sus habitantes, que la razón le dice no existen, ó en un cuadro que pone de relieve sus grandes figuras en plena luz se quiere penetrar en el claro-oscuro del fondo que las realza. Lo único misterioso, en este acto, que la imaginación se ha empeñado en rodear de accidentes fantásticos, — después de los documentos publicados y de las versiones desautorizadas que se han hecho, — son los móviles secretos que impulsaron al uno á ser intransigente é impusieron al otro su abdicación, los que no están consignados en ningún documento, como que tuvieron su origen en la propia conciencia en que los guardaron. El tiempo que ha hecho caer las máscaras con que se cubrieron ambos en su primera y última entrevista, ha puesto sus almas de manifiesto, y podemos hoy leer en ellas mejor que ellos mismos.

II

Si el Protector del Perú mejor aconsejado, hubiera obrado con más previsión y con arreglo á un plan fijo, habría puesto condiciones á su prestación de auxilios en la guerra de Quito ó por lo menos arreglado previamente bases de discusión en su proyectada conferencia con Bolívar. En vez de esto, antes de celebrar un pacto formal, unió de hecho sus armas con las de Colombia, perdiendo la preponderancia adquirida en Guayaquil. En seguida, celebró un tratado de liga americana de paz y guerra, que dejaba pendiente la cuestión de límites, y especialmente la de Guayaquil, en que las posiciones antagónicas del Perú y Colombia, se definieron como una amenaza en suspenso. Por último, toma como un hecho la oferta de Bolívar de concurrir á la terminación de la guerra del Perú con las fuerzas colombianas, y procede con más sentimentalismo que sentido práctico, cuando terminada en Pichincha la campaña de Quito, y reducida la guerra de la independencia al territorio del Perú, piensa que ese auxilio le vendrá en las mismas condiciones en que él había prestado el suyo. (Véase cap. XXV, § VI y cap. XLIV, párrafo IV).

Antes de Pichincha, Bolívar triunfante en el norte, era el más fuerte: — después de Pichincha, era el árbitro, y podía dictar sus condiciones de auxilio al sud. San Martín se hacía ilusión al pensar que era todavía uno de los árbitros de la América del Sud, y al contar que Bolívar compartiría con él su poderío político y militar, y que ambos arreglarían en una conferencia los destinos de las nuevas naciones por ellos emancipadas, una vez terminada por el común acuerdo la guerra del Perú, como había terminado la de

Quito. Sin más plan y con bagaje tan liviano, se lanzó á la aventura de su entrevista con el Libertador, que debía decidir de su destino, paralizando su carrera. Si alguna vez un propósito internacional, librado á eventualidades futuras, fué claramente formulado, ha sido esta; y si alguna vez se comprometieron declaraciones más avanzadas de orden trascendental sobre bases más vagas, fué también en esta.

Aprovechando la abertura de Bolívar al tiempo de abrir éste su campaña de Pasto, y decidido ya á concurrir por su parte á la de Quito uniendo sus armas con las de Colombia en Guayaquil, buscó por sí una conferencia con el Libertador con el designio declarado de fijar la suerte del continente independizado, en el orden político y militar. Así lo anunció públicamente, al determinar con precisión los objetos de la entrevista. «La causa del continente americano, me lleva á » realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. » Voy á encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. » Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enér» gica terminación de la guerra que sostenemos, y la estabi» bilidad del destino á que con rapidez se acerca la América, » hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los » acontecimientos nos ha constituído en alto grado respon» sables (*árbitros*) del éxito de esta sublime empresa» (1). No se podía indicar más claramente, que el objeto era: el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y la del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación.

Al avanzar San Martín tan categóricas declaraciones so-

---

(1) Preámbulo del decreto del Protector del Perú de 12 de enero de 1822, delegando el mando al ir á celebrar su conferencia con el Libertador de Colombia, inserto en la «Gaz. de Gob.», núm. 6 del mismo día.

bre los objetos de la conferencia, aun no había unido de hecho sus armas con las de Colombia en el Ecuador. (Véase capítulo XXXV, § II). Después de despachada la mal combinada expedición de Ica, San Martín, según se explicó antes, embarcóse en el Callao á fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). Sabedor á medio camino de que el Libertador, en vez de trasladarse con su ejército á Guayaquil, como había pensado, continuaría la campaña del sud de Colombia por Pasto, regresó á Lima (3 de marzo). En esta situación indecisa le encontró la derrota de Ica, que trastornaba todos sus planes y amenguaba su influencia continental. Fué entonces, cuando al consolidar su base de poder, reorganizó un respetable ejército para responder á la espectativa que él mismo había creado y de que todos estaban pendientes. Y fué entonces también, cuando cambiando de política, convocó el congreso peruano para entregar al pueblo sus propios destinos, pendiente el plan monarquista imaginado por él, al parecer abandonado, y reveló por la primera vez públicamente su propósito de retirarse de la vida pública, así que desapareciesen los peligros de la situación. (Véase cap. XXXVI, § VI). Terminada felizmente la guerra de Quito con el eficaz concurso de sus armas que estableció la alianza americana de hecho, reanudó su postergada conferencia con Bolívar, con los mismos propósitos ya declarados y poseído de las mismas ilusiones (14 de julio de 1822).

Al terminar la guerra de Quito, el Libertador se dirigía al Protector, y al agradecerle el auxilio prestado por «los » libertadores del sud de América» (según sus propias palabras) le significa que las tres provincias de Quito libertadas, eran colombianas, renovando con este motivo su anterior oferta en términos generales: «El ejército de Co» lombia está pronto á marchar á donde quiera que sus » hermanos lo llamen, y muy particularmente á la patria

» de nuestros vecinos del Sud, á quienes por tantos títulos » debemos preferir como los primeros amigos y hermanos » de armas» (2). El Protector le contestaba: «Los triunfos » de Bomboná y Pichincha han puesto el sello de la unión » de Colombia y del Perú. El Perú es el único campo de » batalla que queda en América, y en él deben reunirse los » que quieran obtener los honores del último triunfo contra » los que ya han sido vencidos en todo el continente. Acepto » su generosa oferta. El Perú recibirá con entusiasmo y » gratitud todas las tropas de que V. E. pueda disponer, á » fin de acelerar la campaña y no dejar el mayor influjo á » las vicisitudes de la fortuna. Espero que Colombia tendrá » la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosa» mente á poner término á la guerra del Perú, así como las » de éste han contribuído á plantar el pabellón de la Repú» blica en el sud de este vasto continente. — Es preciso » combinar en grande los intereses que nos han confiado » los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les » haga conocer el beneficio de su independencia. Marcharé » á saludar á V. E. á Quito. Mi alma se llena de » gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos, y » presiento que la América no olvidará el día que nos » abracemos» (3). Y no lo ha olvidado! pero por causas muy diferentes de las que se imaginaba el libertador del sud al ir al encuentro del libertador del norte, en la creencia de que éste lo reconocería á la par suya en calidad de árbitro «para combinar en grande los intereses de los pue-

---

(2) Ofi. del Libertador Bolívar al Protector del Perú, de 17 de junio de 1822, en la ciudad de Quito. — En un decreto de Bolívar de 18 de junio de 1822, datado en Quito, se dice: «Art. 5.°. El gobierno de Colombia » se reconoce deudor á la división del Perú de una gran parte de la victo» ria de Pichincha».

(3) Ofi. del Protector del Perú al Libertador Bolívar, de 13 de julio de 1822, en Lima.

» blos americanos», según sus palabras. Y el gobierno del Perú, al confirmar oficialmente estas esperanzas, manifestaba al de Guayaquil y al enviado peruano cerca de él: «En » la conferencia quedarán transadas cualesquiera diferen- » cias que pudiesen ocurrir sobre el destino de Guayaquil, » y arreglados todos los obstáculos para la terminación de » la guerra de la independencia» (4).

Con estas esperanzas y seguridades halagadoras, y bajo los siniestros auspicios antes señalados (véase cap. XLV, § V), iba á celebrarse entre los dos libertadores la entrevista que «la América no olvidaría».

III

Al llegar Bolívar á Quito (16 de junio de 1822) después de Pichincha, encontró, como antes se dijo, resuelto el problema de la integración de su imperio republicano. Las provincias de Quito, Cuenca y Loja, estaban incorporadas de grado ó por fuerza á Colombia. Faltábale sólo la anexión de Guayaquil, que era una consecuencia, para cuadrar su territorio de mar á mar y poner su poderosa mano sobre el Perú, «único campo de batalla que quedaba en América», según la expresión gráfica de San Martín. Él venía buscando los honores del triunfador que consideraba atributos de su gloria, como el incienso en los altares de los dioses. Naturaleza tropical, con imaginación poética, ensoberbecida por el éxito y viciada por la lisonja, estas vanas ostenta-

---

(4) Ofi. del gobierno del Perú á la Junta de Guayaquil y al enviado del Perú, Salazar, acreditado cerca de ella, de 14 de julio de 1822, apud. Cat. M. S. de Paz Soldán, núm. 289.

ciones eran una necesidad de su temperamento y de sus ambiciones en la vida. El pueblo libertado le tributó los honores, merecidos aunque exagerados, que nunca faltaban donde él triunfaba, sabedores todos que así satisfacían sus propensiones. Como en Bogotá, después de Boyacá, tuvo entrada triunfal, coronas, monumentos, himnos y loores que perpetuasen su victoria. Era el hombre más poderoso de la América del Sud, y el verdadero árbitro de sus destinos, y esto, á la par de los honores, exaltaba su imaginación ardiente. Según sus palabras á propósito de la cuestión de Guayaquil, «en América no había poder humano que pu» diera oponerse á Colombia». San Martín no podía ser un obstáculo á sus designios, y lo quebraría si se atravesaba en su camino.

El delirio de las grandezas, que estaba en germen en su cabeza, empezaba á fermentar activamente en su alma inquieta. Su plan de política absorbente, impura liga de su ambición personal con sus grandes designios de emancipación continental, empezó á diseñarse. Antes que los sueños de unificación americana bajo su hegemonía, antes que las presidencias vitalicias y la monocracia en su persona como coronamiento de la obra revolucionaria hiciesen su aparición, ya los perfiles de su insaciable ambición, que era su fuerza y que sería su debilidad, se proyectaban sobre las líneas de las fronteras de los nuevos Estados, cerrándose en su glorioso punto de partida.

En Quito, vió por la primera vez las tropas de San Martín y pudo compararlas con las suyas. Su porte y su correcta disciplina llamaron su atención, especialmente los Granaderos á caballo argentinos, que rivalizaban con los llaneros de Venezuela y á los que confirió en recuerdo de su reciente hazaña el título de «Granaderos de Río Bamba» (5). Tan

---

(5) Decreto de Bolívar de 18 de junio de 1822, en Quito, en que se dice:

valientes como fueran sus soldados, probados en veinte batallas ganadas ó perdidas, pero siempre bien peleadas, eran una montonera al lado de los del libertador del sud (6). Sea emulación de gloria, sea que considerase como un obstáculo á sus aspiraciones de engrandecimiento la influencia moral de la República Argentina, alma de la hegemonía del sud de la América, desde entonces empezó á manifestarse su prevención contra los argentinos, que al fin haría su estallido.

Uno de los obsequios que el pueblo de Quito ofreció á sus libertadores, fué un espléndido banquete á que asistieron los jefes colombianos, peruanos, argentinos y chilenos de las divisiones vencedoras en Pichincha, que representaban la alianza de las armas americanas del sud y del norte. El Libertador, como de costumbre, pronunció varios brindis ó elocuentes ó verbosos. En uno de ellos, embriagado por sus palabras, llegó á decir: «No tardará mucho el día en que » pasearé el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo » argentino». Cinco jefes argentinos se hallaban presentes: el comandante de granaderos á caballo de los Andes, Juan Lavalle, pidió la palabra para aclarar un error, se puso de pie, y dijo con reconcentrada arrogancia: «La República » Argentina se halla independiente y libre de la dominación » española, y lo ha estado desde el día en que declaró su » emancipación, el 25 de mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar su territorio, los españoles han » sido derrotados. Nuestro himno nacional consagra sus » triunfos». Y brindó por la independencia de América y de la República Argentina. No hubo más brindis (7).

«Llevarán el sobrenombre de GRANADEROS DE RÍO BAMBA, si el gobierno » del Perú se digna confirmar este sobrenombre glorioso».

(6) Así lo declaraba el enviado de Colombia cerca del gobierno del Perú, el general Mosquera.

(7) Espejo: «Entrevista de Guayaquil», pág. 59-60. El general Félix Olazábal, uno de los jefes argentinos presentes, me ha confirmado verbalmente el hecho.

A Guayaquil entró Bolívar bajo arcos de triunfo, con las leyendas: «A Simón Bolívar — Libertador de Colombia — Al rayo de la guerra, al iris de la paz» (11 de julio). Al hacerse las salvas de honor, las cañoneras de la ría, arriaron el pabellón celeste y blanco de Guayaquil y enarbolaron el de Colombia. «¿Por qué tan pronto?» exclamó en alta voz algo sorprendido, pensando que era la señal de la incorporación de la provincia disputada. Al arriar el pabellón de Colombia, después de terminadas las salvas, y ascender de nuevo el del estado mediatizado, resonó un grito unánime: «¡Viva Guayaquil independiente!» Miró de soslayo, se caló el elástico que tenía en la mano, y siguió su marcha triunfal. Este incidente fué muy comentado en el público, y especialmente en la legación peruana, como indicante de las intenciones del Libertador (8).

No eran un secreto para nadie las intenciones de Bolívar. Para convertirlas en hecho se hizo acompañar de un cuerpo de ejército de 1.500 hombres, que ocupara militarmente la ciudad en actitud amenazante. — Su actitud era agresiva. — Dos incidentes análogos al de Quito vinieron á poner otra vez de relieve su orgullo, su rivalidad con los peruanos y su prevención contra los argentinos. En un banquete con motivo de un aniversario de uno de sus triunfos, uno de sus jefes brindó porque el omnipotente lo conservase por siempre. Se levantó y dijo: «Sí, señores: hoy hace treinta y nueve años que he nacido tres veces, para el mundo, mi gloria y la república» (9). — En otro banquete, tocóle tener

---

(8) Espejo: «Conferencia de Guayaquil», pág. 65-66, que habla como testigo presencial, y cuya veracidad es notoria.

(9) Carta del general chileno Luis de la Cruz á O'Higgins, de 23 de julio de 1822, publicada por Vicuña Mackenna en «General San Martín», p. 53. — Usamos con cautela de los datos contenidos en esta carta, aunque escrita por persona digna de fe, porque si bien algunos de los rasgos que atribuye á Bolívar corresponden al carácter que la tradición le presta en su vida familiar, el cuadro está evidentemente recargado de sombras, y el autor,

á su frente al coronel argentino Manuel Rojas, secretario de la legación peruana. Rojas le miraba de hito en hito, como si quisiera penetrarlo. Encontrándose por acaso sus miradas, el Libertador bajó los ojos. Repitiéndose el hecho por segunda vez, le preguntó con ceño: — ¿Quién es usted? — Manuel Rojas, contestó apaciblemente el interpelado — ¿Qué graduación tiene usted? — Coronel, replicó Rojas, inclinando el hombro izquierdo y mostrando la pala de su charretera. — ¿De qué país es usted? — Tengo el honor de ser de Buenos Aires, dijo poniendo la mano sobre las medallas argentinas que llevaba al pecho. — Bien se conoce por el aire altanero que representa. — Es un aire propio de hombres libres, repuso por último el argentino, inclinándose. — Aquí terminó este singular diálogo. Ambos interlocutores bajaron la cabeza. Todos permanecieron en silencio. Un frío glacial circuló por toda la concurrencia. Dos días después (13 de julio), el mismo día que San Martín le dirigía su carta, lisonjeándose de que ambos «cambiarían » de acuerdo y en grande los intereses de los pueblos», el pabellón independiente de Guayaquil era arriado y se enarbolaba el iris colombiano con esta inscripción: "La América del sud, libre por la República de Colombia» (10).

No habían pasado veinticuatro horas de la entrada triunfal del Libertador en Guayaquil, cuando los partidarios de su anexión á Colombia sostenidos por sus bayonetas, dirigieron una representación al síndico procurador de la muni-

---

poniendo algo de su pasión propia, se hace á la vez el eco de la maledicencia contemporánea. No mencionaríamos, pues, este hecho trivial y característico, si no nos hubiera sido confirmado en Buenos Aires en 1887, por el general Rufino Guido, uno de los hombres más rectos y verídicos que hayamos conocido, y que acompañó á San Martín como ayudante de campo en su entrevista de Guayaquil. Vicuña Mackenna en su obra, cit. (nota), confirma el hecho como comunicado también á él en Nueva York por el mismo general R. Guido, en 1853.

(10) Carta del general Cruz, cit. en Vicuña Mackenna, op. cit., pág. 53.

cipalidad pidiendo que se hiciese efectiva inmediatamente. La municipalidad se negó por unanimidad, porque los representantes del pueblo estaban convocados para resolver esta cuestión. Esta resistencia irritó á Bolívar. Repetida la petición sin mejor resultado, elevóse otra enderezada directamente al Libertador (julio 12). Bolívar, tomando pie de esta tramoya, declaró á Guayaquil en estado de anarquía, y al asumir el mando político y militar, significó á la junta por medio de su secretario que la provincia quedaba bajo la protección de Colombia (julio 13), intimando por medio de un edecán su voluntad á la asamblea popular (11). Al mismo tiempo expidió una proclama en que decía á los guayaquileños: «Os veis reducidos á la situación más falsa, » más ambigua, más absurda para la política como para la » guerra. Vuestra situación era un fenómeno que estaba » amenazando la anarquía. Yo he venido á traeros el arca » de la salvación». Empero, tributando en la forma un homenaje al principio que sostenía San Martín, les aseguraba que su reasunción del mando absoluto en nada coartaba la libertad del voto que pronunciase su representación; pero decretaba imperativamente de antemano, que la anexión era un hecho fuera de cuestión: «Sois colombianos: » vuestros votos han sido por Colombia: habéis pertenecido » por tiempo inmemorial al territorio que tiene la dicha de » llevar el nombre del padre del nuevo mundo; mas yo » quiero consultaros, para que no se diga que hay un colom» biano que no ama sus sabias leyes». La junta se dió por notificada y declaró que «cesaba desde luego en el ejercicio » de sus funciones gubernativas» (12). Así quedó consumada de hecho la incorporación de Guayaquil á Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse lo que debía,

---

(11) Ceballos: «Resumen de la Hist. del Ecuador», t. III, pág. 404.
(12) «El Patriota» (periódico de Guayaquil) de 13 de julio de 1822 y «Suplemento» del mismo día.

para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos.

San Martín por su parte se preparaba á ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que á la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por agua y tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno, para garantir el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlos á favor del Perú. Pensaba que á su llegada, aun se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, á fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa; pero Bolívar «le ganó de mano», según él mismo lo declaró después (13). Los miembros de la disuelta junta de Guayaquil se refugiaron á bordo de la escuadra peruana, á pesar de las instancias del Libertador, poniéndose como vencidos bajo la protección del vencido.

IV

Consumada de hecho la incorporación de Guayaquil, Bolívar, al contestar la carta de San Martín, que le anunciaba su visita, lo invitaba á verle en «el suelo de Colombia», ó á esperarle en cualquier otro punto, envolviendo en palabras

---

(13) Informe verbal del general Rufino Guido, ayudante de campo de San Martín, quien se las oyó pronunciar al tiempo de retirarse de la entrevista. Véase unos apuntes del mismo (publicados anónimos) en la «Rev. de Buenos Aires», t. XV, pág. 74.

lisonjeras el punto capital, que era «arreglar de común » acuerdo la suerte de la América». Decíale: «Con suma » satisfacción, dignísimo amigo, doy á usted por la primera » vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consa- » grado. Amigo le llamo, y este nombre será el que debe » quedarnos por la vida, porque la amistad es el único título » que corresponde á hermanos de armas, de empresa y de » opinión. — Tan sensible me será que no venga á esta ciu- » dad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero » no, no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en » el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de » mi patria. ¿Cómo es posible que venga usted de tan lejos » para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del » hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible » tocar? No es posible. Yo espero á usted y también iré á » encontrarle donde quiera esperarme; pero sin desistir de » que nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted » dice, bastan para tratar entre militares; pero no serían » bastantes esas mismas para satisfacer la pasión de la amis- » tad que va á empezar á disfrutar de la dicha de conocer el » objeto caro que le amaba sólo por la opinión, sólo por la » fama» (14).

Al firmar Bolívar esta carta el 25 de julio de 1822, á las 7 de la mañana, anuncióse que se avistaba en el horizonte una vela á la altura de un islote elevado á la boca del golfo llamado «El muerto». Poco después la goleta «Macedonia», conduciendo al Protector, echaba anclas frente á la isla de Puná, y la insignia que flotaba en su mástil señalaba la presencia del gran personaje que traía á su bordo. Anunciada la visita, el Libertador mandó saludarle por medio de dos edecanes, ofreciéndole la hospita-

---

(14) Carta de Bolívar á San Martín de 25 de julio de 1822. M. S. Esta carta, publicada varias veces, existe en el Arch. San Martín, vol. LXI. M. S.

lidad. Al día siguiente desembarcó San Martín. El pueblo, al divisar la falúa que lo conducía, lo aclamó con entusiasmo á lo largo del malecón de la ribera. Un batallón tendido en carrera le hizo los honores. Al llegar á la suntuosa casa que se le tenía preparada, el Libertador le esperaba de gran uniforme, rodeado de su estado mayor, al pie de la escalera, y salió á su encuentro. Los dos grandes hombres de la América del Sud se abrazaron por la primera y por la última vez. «Al fin se cumplieron mis deseos de » conocer y estrechar la mano del renombrado general San » Martín», exclamó Bolívar. San Martín contestó que los suyos estaban cumplidos al encontrar al libertador del norte. Ambos subieron del brazo las escaleras, saludados por grandes demostraciones populares (15).

En el salón de honor, el Libertador presentó sus generales al Protector. En seguida empezaron á desfilar las corporaciones que iban á saludar al ilustre huésped, presente el que hacía los honores. Una diputación de matronas y señoritas se presentó á darle la bienvenida en una arenga, que él contestó agradeciendo. En seguida una joven de diez y ocho años, que era la más radiante belleza del Guayas, se adelantó del grupo, y ciñó la frente del Libertador del sud con una corona de laurel de oro esmaltado (16). San Martín, poco acostumbrado á estas manifestaciones teatrales y enemigo de ellas por temperamento, á la inversa de Bolívar, se ruborizó, y quitándose con amabilidad la corona de la cabeza, dijo: que no merecía aque-

---

(15) Se ha dicho y se cree generalmente que el encuentro de los dos libertadores tuvo lugar en el malecón de la ría de Guayaquil. El general Rufino Guido, edecán de San Martín, y el coronel Manuel Rojas, secretario de la legación peruana, que se hallaban presentes, describen la escena en los términos del texto.

(16) Llamábase la joven Carmen Garaycoa, á quien el mismo Bolívar suplicó coronase á San Martín en el acto de la recepción. Vicuña Mackenna apud «El General San Martín», pág. 50 (nota).



MONUMENTO ERIGIDO A SAN MARTÍN EN LA CIUDAD DE LIMA

Obra del escultor español don Mariano Benlliure, que fué inaugurado el 28 de julio de 1921, al conmemorarse el primer centenario de la independencia peruana.

lla demostración, á que otros eran más acreedores que él; pero que conservaría el presente por el sentimiento patriótico que lo inspiraba y por las manos que lo ofrecían, como recuerdo de uno de sus días más felices. Luego que se hubo retirado la concurrencia, los dos grandes representantes de la revolución de la América del Sud, quedaron solos. Los dos permanecían de pie. Paseáronse algunos instantes por el salón, cambiando palabras que no llegaban á oídos de los edecanes que ocupaban la antesala. Bolívar parecía inquieto: San Martín, estaba sereno y reconcentrado. Cerraron la puerta, y hablaron sin testigos, por el espacio de más de hora y media. Abrióse luego la puerta: Bolívar se retiró impenetrable y grave como una esfinge, y San Martín le acompañó hasta el pie de la escalera con la misma expresión, despidiéndose ambos amistosamente. Más tarde, el Protector pagó al Libertador su visita, que fué de mero aparato y sólo duró media hora.

Al día siguiente (27 de julio), San Martín ordenó que se embarcase su equipaje á bordo de su goleta, anunciando que en esa misma noche pensaba hacerse á la vela, después de un gran baile á que estaba invitado. Señal que no esperaba ya nada de la entrevista. A la una del día se dirigió á la casa del Libertador, y encerrados ambos sin testigos como la víspera, permanecieron cuatro horas en conferencia secreta. Todo indica que éste fué el momento psicológico de la entrevista. — A las 5 de la tarde, sentábanse uno al lado del otro á la mesa de un espléndido banquete. Al llegar el momento de los brindis, Bolívar se puso de pie, invitando á la concurrencia á imitar su ejemplo, y dijo: —«Por los dos hombres más grandes de la América del Sud: el General San Martín y Yo». — San Martín á su turno contestó modestamente, pero con palabras conceptuosas que parecían responder á una preocupación secreta: «Por la pronta conclusión de la guerra; *por la organización de las diferentes* REPÚBLICAS *del continente*, y por la salud

del Libertador de Colombia». — Del banquete, pasaron al baile. — Bolívar se entregó con juvenil ardor á los placeres del wals, que era una de sus pasiones. El baile fué asumiendo la apariencia de una reunión de campamento llanero, por la poca compostura de la oficialidad del Libertador, que á veces corregía él con palabras crudas y ademanes bruscos, que imprimían á la escena un carácter algo grotesco. San Martín permanecía frío espectador, sin tomar parte en la animación general, observando todo con circunspección; pero parecía estar ocupado por pensamientos más serios. A la una de la mañana, llamó á su edecán el coronel Rufino Guido, y le dijo: «Vamos: no puedo soportar este bullicio». Sin que nadie lo advirtiese, un ayudante de servicio le hizo salir por una puerta excusada — según lo convenido con Bolívar, de quien se había despedido para siempre, — y lo condujo hasta el embarcadero. Una hora después la goleta «Macedonia» se hacía á la vela, conduciendo al Protector. Al día siguiente levantóse muy temprano. Parecía preocupado, y permanecía silencioso. Después del almuerzo, paseándose por la cubierta del buque, exclamó: «El Libertador nos ha ganado de mano!» Y al llegar de regreso al Callao encargaba al general Cruz escribiese á O'Higgins: «El Libertador no es el hombre que pensábamos!» Palabras de vencido y de desengañado, que compendiaban los resultados de la entrevista (17).

---

(17) En esta crónica de lo que puede llamarse la parte externa ú ostensible de la entrevista de Guayaquil, nos hemos guiado por los testimonios de tres testigos presenciales, directamente consultados: el almirante Blanco Encalada, el general Rufino Guido, edecán de San Martín, y el general Jerónimo Espejo, y además por una memoria inédita del coronel Manuel Rojas que se halló presente al acto.

V

¿Qué había pasado en las conferencias secretas? Lo que estaba en el orden de los hechos, en la atmósfera política, en las almas de los dos interlocutores. Antes de la entrevista ¿quién no sabía de lo único de que podían ocuparse San Martín y Bolívar? Después de la entrevista, ¿quién no sabe cuál fué el resultado de las conferencias? En el orden físico como en el orden político, son los mismos elementos los que constituyen la esencia de los fenómenos y forman la trama de los acontecimientos necesarios. Si conociendo la historia de la emancipación hispano-americana, sólo se supiese que San Martín y Bolívar habían celebrado una conferencia en 1822, podría determinarse á priori cuáles fueron los puntos que en ella se trataron; y con más certidumbre pueden determinarse á posteriori, conociéndose los documentos correlativos que la precedieron y la siguieron, y los hechos que la explican.

Dos grandes cuestiones dominaban la época: la terminación de la guerra de la independencia, circunscripta al territorio del Perú, y la organización política de las nuevas naciones independizadas. Las cuestiones de alianza militar para alcanzar lo primero y de límites para definir las soberanías territoriales, estaban comprendidas, pero eran accesorias. No había en el mundo de la política sud-americana otros problemas que resolver, «para fijar la estabilidad del destino de la América», según las palabras de San Martín al buscar la entrevista. Por consecuencia, San Martín y Bolívar, las dos grandes influencias de la época que únicamente podían resolverlos como árbitros, debieron necesariamente ocuparse de ellos. El tiempo, que ha desco-

rrido el velo del misterio, con exhibición del documento fundamental que esparce plena luz sobre la conferencia, ha venido, como un protocolo, á revelar, que lo que se trató en ella, fué lo mismo que estaba públicamente anunciado, salvo la guerra de Quito ya terminada, la cuestión de Guayaquil eliminada de hecho, y la desaparición de una gran figura de la escena sud-americana, que fué su consecuencia. La famosa conferencia de Tilsit, que sólo se conoce por inducción y por sus resultados, ha sido rehecha en todas sus partes como si el mundo entero hubiese sido testigo en ella. La de Guayaquil es más fácil de rehacer en sus partes integrantes, sin necesidad de apelar á conjeturas, con sólo ordenar los puntos y los incidentes fuera de cuestión que son del dominio de la historia documentada, sin agregar una palabra ni un gesto que no pueda ser comprobado.

La conferencia se verificó bajo malos auspicios para establecer igualdad en la partición de la influencia continental: el libertador del norte, dueño de su terreno, que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento: el del sud, se presentaba en una posición falsa, sin un plan fijo, sin base sólida de poder propio, que al pisar la playa guayaquileña había sido ganado de mano, según su expresión, en la cuestión que se proponía tratar de igual á igual. Así, los dos grandes protagonistas del drama revolucionario se presentaron enmascarados en esta escena, que sólo tiene de dramático lo que pasó en el alma de cada uno de ellos. La impresión que á primera vista produjo Bolívar en San Martín, fué de repulsión, al observar su mirar gacho, su actitud desconfiada y su orgullo mal reprimido (18). Tal vez leyó su

(18) San Martín, en sus confidencias al capitán Lafond, le dice hablando de Bolívar: «Á primera vista, su persona no predisponía en su favor. » Parecía estar poseído de mucho orgullo, lo que contrastaba con su ha- » bitud de no mirar jamás de frente á la persona con quien hablaba, á

propio destino en la mirada encapotada de su émulo, al encontrarse con otro hombre distinto del que se imaginaba á la distancia, y al chocar con una ambición con que no había contado. Sin embargo, lo penetró al través de su máscara (19). Bolívar, más lleno de sí mismo, miró á San Martín de abajo arriba, y sólo vió la cabeza impasible que tenía delante de sus ojos, sin sospechar las ideas que su cráneo encerraba, ni los sentimientos de su corazón. Vió simplemente en él un hombre sin doblez, un buen capitán que debía sus victorias más á la fortuna que á su genio (20). Así se midieron mentalmente estos dos hombres en su primer encuentro.

Bolívar tenía en su cabeza un plan de consolidación americana, que aunque confuso todavía, respondía á un propósito firme de dominación que se sentía llamado á ejecutar solo (21). San Martín, que no tenía el resorte de la ambi-

---

» menos que no fuese muy inferior á él. Pude convencerme de su falta » de franqueza en las conferencias que tuve con él en Guayaquil». (Lafond: «Voyages autour du monde», t. II, pág. 152).

(19) En la obra de Lafond, citada en la nota anterior, loc. cit., dice San Martín: «Su lenguaje era á veces un poco trivial, pero me pareció » que este defecto no le era natural, y que sólo quería darse de este modo » un aire marcial. La opinión pública lo acusaba de una ambición des» medida y de una sed ardiente de mando, reproche que él mismo ha » cuidado de justificar completamente».

(20) En carta de Bolívar de 26 de diciembre de 1822, á su amigo Fernando Peñalver, le dice: «El General San Martín vino á verme á Guaya» quil, y me pareció lo mismo que ha parecido á los que más favorable» mente juzgan de él». (Cartas del Libertador, t. XXIX, pág. 257, «Memorias de O'Leary»). — En carta posterior, dirigida á Sucre, después de la retirada de San Martín del Perú, lo juzga así: «El General San Mar» tín era respetado del ejército, acostumbrado á obedecerle: el pueblo » del Perú le veía como á su Libertador: él por otra parte había sido » afortunado, y usted sabe que las ilusiones que presta la fortuna, va» len á veces más que el mismo mérito. En fin, el Perú ha perdido un » buen Capitán y un Bienhechor». (Mem. cit., t. XXIX, pág. 259).

(21) El almirante Blanco Encalada, hombre de carácter caballeresco y de una severa probidad, que se hallaba á la sazón mandando la escuadra peruana en Guayaquil, y con quien Bolívar tuvo algunas expansiones en

ción personal, y si la tuvo por acaso al provocar la conferencia adjudicándose el papel de árbitro, se destempló al chocar con aquella voluntad férrea encarnada en un hombre, que lo consideraba como un obstáculo á la expansión de su genio atrevido (22), pudo estimar su temple al encontrarse con un antagonista en vez de un aliado. «Puede » decirse, — son palabras de San Martín, — que sus hechos » militares le han merecido con razón ser considerado como » el hombre más extraordinario que haya producido la Amé- » rica del sud. Lo que lo caracteriza sobre todo, y le » imprime en cierto modo su sello especial, es una cons- » tancia á toda prueba á que las dificultades dan mayor » tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes » que sean los peligros á que su alma ardiente le arrastra» (23). El círculo en que podía moverse la voluntad de San Martín, era muy limitado: iba de buena fe y sin ambición á buscar los medios de poner pronto término á la guerra de la independencia, circunscripta á un solo punto, y á tratar como «responsable del éxito de la empresa y del destino de la América», según sus propias palabras, las grandes cuestiones americanas de la organización futura,

---

esta ocasión sobre sus planes futuros respecto de la América, escribió á O'Higgins reservadamente con fecha 9 de setiembre de 1822: — «Guayaquil queda incorporada á Colombia por el voto de Bolívar y sus bayo- » netas, cuya moderada ambición se extiende más allá de lo que usted y » el mundo han podido imaginar; pues la franqueza que me ha dispen- » sado y las muchas conversaciones que he tenido con él, añadiendo su » conducta, de que he sido testigo, me han hecho conocerle. Á mi vuelta » haré un retrato de su carácter. Baste sólo decirle á usted como amigo » y como chileno, que le considero un enemigo peligroso, de quien es » preciso resguardarse mucho». (Véase «General San Martín», por Vicuña Mackenna, pág. 54).

(22) En carta de San Martín á Bolívar, de 20 de agosto de 1822, que se citará in extenso más adelante, le dice: «Estoy persuadido que mi per- » sona podía incomodarle; cierto que mi presencia es el único obstáculo » que le impide venir al Perú con el ejército de su mando».

(23) Opinión de San Martín sobre Bolívar, en Lafond: «Voyages», cit., t. II, pág. 143.

resolviendo de paso las del presente (24). Y no tuvo ni cuestiones que tratar, ni encontró siquiera hombre con quien discutir. Bolívar se encerró en un círculo de imposibilidades ficticias, oponiéndole una fría resistencia que no se dejaba penetrar (25), á pesar de haberle insinuado antes, que «entre militares, pocas horas bastaban para tratar» (26).

La única cuestión de actualidad, la que afectaba «los intereses generales del Perú y de Colombia» (27), que era la de Guayaquil, y que según las seguridades oficiales dadas por San Martín «quedaría transada en la conferencia» (28), ni se tocó siquiera; estaba resuelta de hecho, y Bolívar al ofrecerle su hospitalidad, le había notificado, que Guayaquil estaba «en el suelo de Colombia», y él la había aceptado bajo el pabellón colombiano (29). La gran cuestión de actualidad, que era la pronta terminación de la guerra de la independencia, por el común acuerdo y la alianza

---

(24) Palabras de San Martín al iniciar la entrevista en enero de 1822. Véase nota núm. 1 de este cap.

(25) Opinión de San Martín sobre Bolívar, comunicada á Lafond: «Jamás respondió de un modo positivo á mis proposiciones, y siempre en » términos evasivos».

(26) Palabras de Bolívar en su carta en vísperas de la conferencia, citada en la nota núm. 13 de este capítulo.

(27) Véase nota núm. 1 de este cap.

(28) Véase nota núm. 4 de este cap.

(29) Véase nota núm. 13 de este cap. — Algunos historiadores han repetido que la cuestión de Guayaquil fué una de las que se trató en la conferencia, sin advertir que estaba eliminada de hecho, y que no podía tocarse sin provocar una ruptura inmediata, que ambos querían evitar en aquel momento. San Martín, en su última carta á Bolívar, después de la conferencia (29 de agosto de 1822), le dice: «Nada diré á usted sobre la » reunión de Guayaquil á la república de Colombia. Permítame solamente » pensar, general, que no era á nosotros á quienes correspondía decidir este » importante asunto. Juzgándolo de común acuerdo, después del fin de la » guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado sin los inconve- » nientes que de una decisión prematura pueden resultar en el día á los » intereses de los nuevos Estados de la América del Sud».

de las armas del Perú y de Colombia, fué esquivada en parte por el Libertador, y en parte resuelta por él en términos equívocos que importaban no alterar la situación militar, dándose San Martín ostensiblemente por satisfecho á más no poder con este resultado parcial que nada resolvía (30). La cuestión menor de las bajas de la división auxiliar que había concurrido á Pichincha, que según lo convenido debía reemplazar Colombia, no se tocó, porque Bolívar la había detenido en Quito, adelantándose con sus batallones para dar el golpe de Estado de Guayaquil, temeroso de que su presencia pudiese alentar á los guayaquileños á pronunciarse en sentido contrario á sus planes de anexión (31).

La otra cuestión fundamental de orden trascendental, la que se refería á la organización futura de los nuevos Estados, no podía dejar de ser tratada, y lo fué, aunque incidentalmente, según testimonio del mismo San Martín. Los documentos hablarán en cuanto al modo como fué considerada y medio resuelta la relativa á la alianza, en el orden de los hechos; en cuanto á esta, que se relaciona con las conciencias, á falta de ellos, la ilustrarán los antecedentes conocidos con que se liga, y las confidencias que esparcen una

---

(30) Proclama de San Martín después de la conferencia cit. (sin fecha, inserta en el núm. 18 de la «Gac. de Lima», de 24 de agosto de 1822, referente al auxilio de tres batallones prestados por el Libertador para concurrir á la guerra del Perú, punto que se ilustrará más adelante.

(31) San Martín en su carta á Bolívar después de la conferencia, le decía: «La división del general Santa Cruz (cuyas bajas no han sido reemplazadas, » á pesar de sus reclamaciones, según me lo escribe), en la dilatada y penosa » marcha por tierra, ha debido experimentar una pérdida considerable, y » nada útil podrá emprender en la presente campaña». — Véase Restrepo, «Hist. de Colombia», t. III, pág 228, y Larrazábal, t. II, pág. 149, en que explicando la marcha de Bolívar á Guayaquil al frente de sus batallones, declaran terminantemente, que fué para acelerar la anexión bajo el imperio de la fuerza, adelantándose al plan de San Martín de garantir el voto libre de los guayaquileños, de que dicen estaba instruido.

media luz sobre este punto, el único oscuro de la conferencia, aunque el más claro de la historia. Puede hasta fijarse la hora en que estas dos grandes cuestiones se trataron, y el momento preciso en que San Martín renunció, hasta en teoría, al proyecto quimérico del establecimiento de una monarquía americana. Cuando después de la recepción oficial los dos libertadores quedaron solos á puerta cerrada por el espacio de hora y media, era natural que no entrasen todavía en materia y se ocupasen de la situación general. Así lo confirma un dato de mera referencia. Durante esta primera conferencia preliminar, el Libertador abrió la puerta y llamó á su ayudante de campo y secretario el general T. C. Mosquera, y le ordenó trajese las últimas cartas del vicepresidente Santander, que instruían del estado en que se hallaba Colombia, lo que indica que se ocupaban de darse cuenta de la situación de todas y cada una de las partes de la América del Sud (32). En la visita de etiqueta que el Protector hizo al Libertador, que sólo duró media hora, no

(32) Artículo del general T. C. Mosquera, publicado en 1851 en la «Crónica de Nueva York», reproducido en el núm. 7 de la «Revista del Paraná», en 1861, y vaciado en 1868 en las «Memorias» del mismo, donde incurre en los más groseros errores cronológicos, que pone en boca de San Martín y Bolívar, como si hubiese estado presente á la conferencia. El general Rufino Guido, que se hallaba presente cuando tuvo lugar la conferencia, nos dirigió con tal motivo la siguiente rectificación: «El general Mosquera asegura que lo que refiere sobre la entrevista de Guayaquil, » lo sabe como testigo presencial, como pudo saberlo también el teniente » coronel Soyer, uno de los ayudantes de campo que dice entramos en el » despacho para tomar nota de la conferencia. El general Mosquera creyó » sin duda cuando escribía, que hubiese muerto el general Guido, como » había fallecido años antes en Lima el comandante Soyer. Felizmente vivo, » para asegurar que no es cierto que hubiesen presenciado la entrevista ni » Soyer ni yo, porque sólo el general San Martín y Bolívar estuvieron ence- » rrados por más de dos horas. Es probable que el Libertador, que tenía » sus confianzas con Mosquera, lo impusiera después de algunos puntos de » la conferencia; pero de esto á oirlo de boca de un interesado, á oirlo » mientras discutían aquellos dos grandes héroes de la época, hay una gran

era la ocasión ni hubo tiempo para tratar tan graves cuestiones. Por consecuencia, fué el 27 de julio, de 1 á 5 de la tarde, que hemos señalado, cuando tuvo lugar la formal y definitiva entrevista (véase § IV de este cap.). A esas horas los dados del destino estaban tirados.

VI

Salvo el orden en que se trataron los diversos puntos conexos con la inmediata terminación de la guerra de la independencia sud-americana, todos los tópicos son conocidos, y hasta los gestos que acentuaron la interesante discusión. San Martín manifestó, que no abrigaba temor alguno respecto de la suerte futura del Perú en el orden militar (33). Sin embargo, agregó, que aun cuando estuviese íntimamente convencido, que cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la guerra, la independencia de la América era irrevocable, su prolongación causaría la ruina de las poblaciones, y era un deber sagrado de los hombres á quienes estaban confiados sus destinos, evitar tan grandes ma-

---

» diferencia. Como testigo ocular de aquellos sucesos, y por lo que pueden » servir á la historia, dirijo estos ligeros apuntes». M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXI).

(33) Es el mismo Bolívar quien lo declara. En una nota del secretario del Libertador, José Gabriel Pérez, dirigida á su nombre al gobierno del Perú, con fha. 9 de setiembre de 1822, se dice: «Aunque S. E. el Pro» tector del Perú en su entrevista en Guayaquil no hubiera manifestado » temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador no obstante se » ha entregado desde entonces á la más detenida y constante meditación». (Docs. para la «Hist. del Libertador», t. VIII, pág. 554, núm. 2124).

les (34). Bolívar ofreció el auxilio de tres batallones colombianos, pagando estrictamente la deuda de Pichincha; pero reservóse darles instrucciones secretas que anularan la cooperación que debían prestar, como se vió luego, complicando la oferta con la devolución del batallón Numancia, que debía agregarse á la columna colombiana. De este modo Bolívar ponía un pie en el Perú, sin dar los medios eficientes para terminar prontamente la guerra, dejaba más o menos librado el Perú á sus propios recursos, y en el estado crónico de la lucha ó dado un suceso desgraciado, él era el árbitro, seguro de que el triunfo definitivo era cuestión de tiempo. Si Bolívar, en vez de 1.400 hombres prestados á medias, hubiese puesto á disposición del Protector tres ó cuatro mil colombianos ó decidídose á entrar con su ejército al Perú, contando, como contaba con la cooperación eficaz del General de los Andes, la guerra de la independencia habría terminado en tres meses. No quiso hacerlo, y la lucha se prolongó por tres años más (35). Para persuadirlo de esto, San Martín desenvolvió entonces el plan de campaña por puertos intermedios que tenía meditado, que para producir todas sus ventajas debía ser acompañado por una poderosa invasión á la sierra; y que esto no era posible sin el auxilio del ejército colombiano; pues

---

(34) En la carta de San Martín á Bolívar de 29 de agosto de 1822, antes cit., y cuyo texto se dará más adelante, se dice: «Estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero su prolongación causará la ruina de las poblaciones, y es un deber sagrado de los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitarles tan grandes males».

(35) En una carta de gran valor histórico, de 11 de setiembre de 1846, en Boulogne-sur-Mer, decía San Martín al presidente del Perú Ramón Castilla: «Conocía, que con las fuerzas reunidas en Colombia, la guerra de la independencia hubiera terminado en todo el año 23». (Esta carta se publicó por la primera vez en la «Opinión de Lima» de 15 de marzo de 1878).

los tres batallones colombianos ofrecidos (además del batallón Numancia) serían apenas suficientes para mantener el orden en Lima y guarnecer los castillos del Callao (36).

Parece que Bolívar dió poca importancia á las últimas fuerzas que resistían en el Perú, sea por cálculo ó por estar mal informado. San Martín se encargó de poner ante sus ojos los estados de fuerza, diciéndole, que «no se hiciese » ilusión, sobre las fuerzas realistas en el Alto y Bajo-Perú, » que ascendían al doble de las patriotas; que se trataba de » poner término á la lucha que juntos habían emprendido » y en que estaban empeñados, y que el honor del triunfo » final correspondía al Libertador de Colombia, á su ejér- » cito y á la república que presidía».

El momento psicológico de la conferencia había llegado. Bolívar estrechado en sus defensas artificiales, pero resuelto á mantenerse en ellas, contestó, que el congreso de Colombia no lo autorizaría para ausentarse del territorio de la república. Esto decía, el que había reconquistado á Nueva Granada sin autorización del congreso, y le había impuesto la república colombiana, y que al sancionarse la constitución, se había reservado fuera de ella el absoluto poder militar en los pueblos que fuese sucesivamente libertando, como lo acababa de hacer con Quito y Guayaquil. San Martín, sin darse por entendido que era una evasiva, le repuso, que estaba persuadido que la menor insinuación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación (37). El Libertador estaba sordo, y no quería oír. San Martín tuvo la gran inspiración del momento. —

(36) Carta de San Martín, cit., escrita después de la conferencia y refiriéndose á lo tratado en ella, que puede considerarse como dicho verbalmente en tal ocasión.

(37) El ofrecimiento de San Martín á Bolívar, hecho en estos términos, consta en la citada carta del primero al segundo; pero estas palabras

«Bien, general, le dijo, yo combatiré bajo sus órdenes. Pue» de venir con seguridad al Perú, contando con mi coopera» ción. Yo seré su segundo» (38). Bolívar, sorprendido, levantó la vista y miró por la primera vez de frente á su abnegado interlocutor, dudando de la sinceridad de un ofrecimiento de que él no era capaz. Pareció vacilar un momento; pero luego volvió á encerrarse en su círculo de imposibilidades constitucionales, agregando, que aun estando resuelto á emprender formalmente la campaña del Perú, su delicadeza no le permitiría jamás el mandarlo (39). Era significarle, que de ir él, con su ejército, iría mandando solo, como árbitro militar y político de la suerte de los

---

textuales, y la escena que se siguió, fueron comunicadas por el mismo San Martín á su amigo don Manuel José Guerrico en París, en 1846, después que la publicación de dicha carta reveló, al cabo de veinte años, el misterio de la entrevista. El Sr. Guerrico las trasmitió al Sr. Domingo F. Sarmiento, que se hallaba entonces en Europa, quien tuvo la confirmación de su exactitud de labios del mismo general. El Sr. Sarmiento consignó el dato tal como se lee en el texto, en su «Discurso de recepción en el Instituto histórico de Francia», en 1847, en presencia del mismo San Martín. (Véase Sarmiento: «Viajes en Europa, África y América», t. II, pág. 451). — El Sr. Sarmiento, refiriéndose á esta confidencia, dijo en su discurso pronunciado el 23 de mayo de 1880, al tiempo de la repatriación de los restos de San Martín á Buenos Aires: «Sabeis que fuí el primer » confidente á quien comunicó San Martín lo ocurrido en la memorable » entrevista de Guayaquil. La simplicidad del relato, la majestad de la » voz y del semblante del anciano narrador, le imprimían el carácter de » un hecho histórico, sin las correcciones y embellecimientos posteriores».

(38) Carta de San Martín á Bolívar, en que se detallan todos estos incidentes.

(39) Carta de San Martín á Bolívar, después de la conferencia, en que le dice: «Desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, ó que no » ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes, con las » fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones » que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás el » mandarme, y aun en el caso de que se decidiese, el congreso de Co» lombia no le permitiría ausentarse del territorio de la república, per» mítame, general, que le diga, no me han parecido bien plausibles». — En la carta de San Martín al presidente Castilla, escrita en 1846, con-

pueblos, y que no aceptaba su cooperación (40). Si antes lo había considerado un obstáculo, ahora era más necesario suprimirlo, cuando se presentaba moralmente tan grande, que lo vencía con su abnegación. Fué sin duda entonces cuando formó de él el concepto de que era «un buen hombre», pero peligroso aun como contraste de su ambición. San Martín, comprendió que el Libertador no quería hacer causa común con él: desde ese momento, probablemente, decidió eliminarse poniendo los medios para que el Perú resolviese por sí solo, con los últimos restos de las tropas argentinas y chilenas, la lucha americana, y en todo caso, dejar la puerta abierta para que el Libertador avanzase con su poderoso ejército triunfante, y diese el golpe mortal á la dominación española en la América del Sud. No volvió á insistir sobre el punto en cuestión, sabiendo ya á que atenerse.

---

firma San Martín esto mismo: «Mi entrevista en Guayaquil con el General Bolívar me convenció (no obstante sus protestas) que el *solo obstáculo* de su venida al Perú con el ejército de su mando, no era otro que la presencia del general San Martín, á pesar de la sinceridad con que le ofrecí el ponerme bajo sus órdenes con todas las fuerzas de mi mando».

(40) En una carta del enviado del Perú en Europa en 1825, don Juan Manuel Iturregui, inserta en el op. de Vicuña Mackenna «El general San Martín», etc., dice Iturregui, que en esa época visitó al general en Bruselas, quien le dijo: «que había encontrado en Bolívar las mejores disposiciones para unir sus fuerzas á las del Perú, contra el enemigo común, pero que al mismo tiempo le había dejado ver muy claramente, un plan ya formado y decidido de pasar personalmente al Perú y de intervenir en jefe, tanto en la dirección de la guerra como de la política: que no permitiéndole su honor asentir á la realización de ese plan, era visto que de su permanencia en el Perú debía haber resultado un choque con el general Bolívar (cuya capacidad militar y recursos para terminar la guerra eran incontestables) y además el fraccionamiento en partidos».

VII

¿Se trató en la conferencia la cuestión capital de la organización futura de los nuevos Estados sud-americanos? Es indudable. Todos los historiadores que han recibido más ó menos directamente las vagas confidencias de los dos grandes protagonistas de la escena, coinciden en este punto, sin exceptuar uno solo, y aunque variando en las versiones, todos están contestes, en que San Martín abogó por la monarquía y Bolívar por la república. No podía ser de otro modo, después de la solemne declaración de San Martín de que iba á tratarse en la entrevista por él buscada, «de la » estabilidad del destino á que con rapidez se acercaba la » América, y de que él y el Libertador eran en alto grado » responsables» (41). Y necesariamente tenía que tratarla, dada la situación en que él se encontraba, con una negociación sobre monarquización del Perú pendiente en Europa, que aunque al parecer abandonada después de la convocatoria posterior del congreso peruano para entregar sus destinos al país libertado, podía todavía considerar como un proyecto presentable, si Bolívar le prestaba su aprobación, ó no le ponía obstáculo.

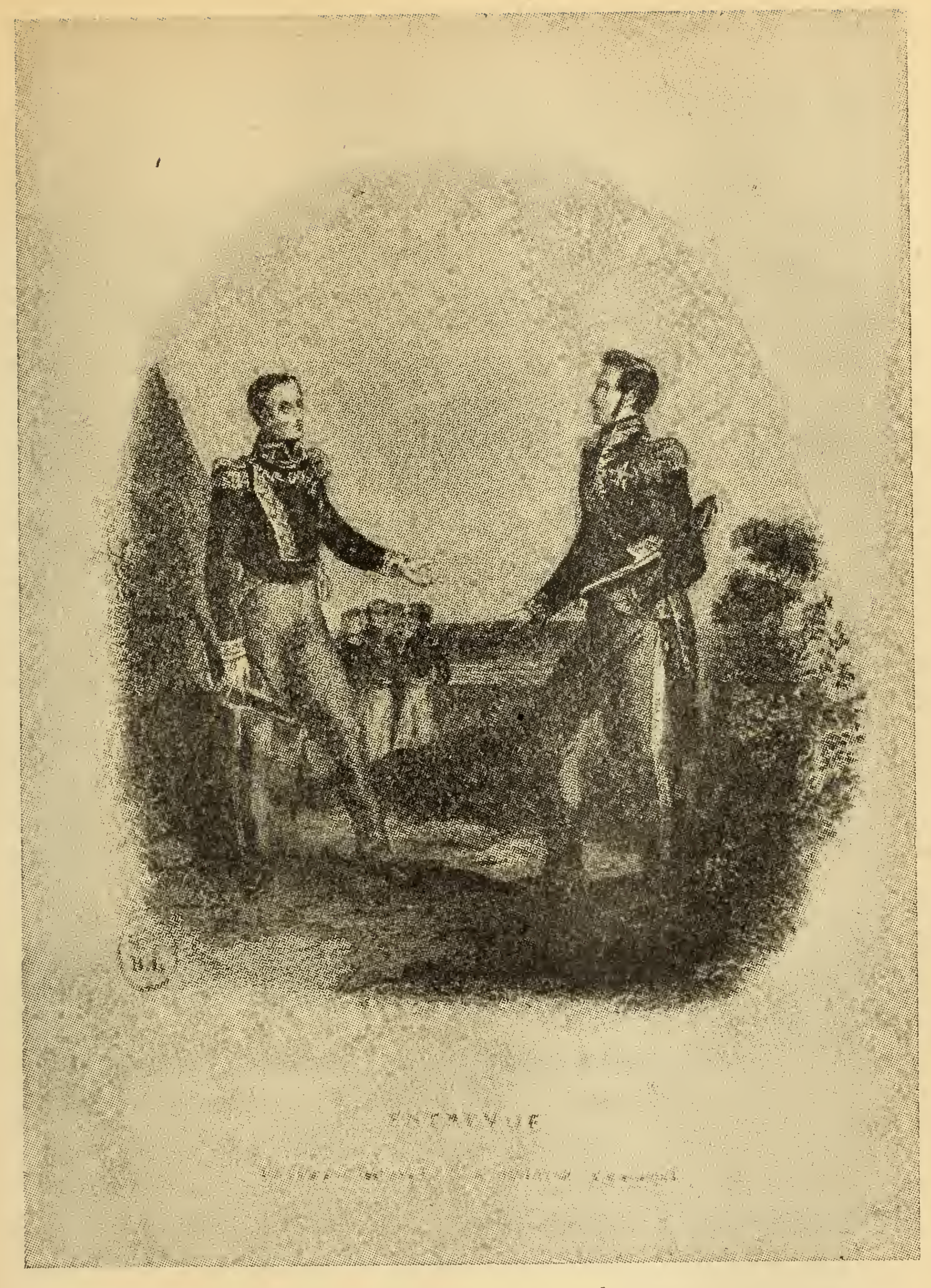
Sucede á este respecto lo mismo que en los demás tópicos de la conferencia. Conocidas las opiniones sobre forma de gobierno que profesaban ambos libertadores, públicamente declaradas en varias ocasiones, puede ponerse en boca de los interlocutores los argumentos que hicieron valer en favor de ellos, y hasta las palabras de que se sirvieron. San

(41) Véase nota núm. 1 de este capítulo.

Martín diría, como había dicho siempre, que aunque republicano por convicción, y considerando la república como el gobierno más perfecto, posponía sus principios al bien público, al optar por lo que creía posible y mejor para asegurar la paz de los nuevos Estados evitando la anarquía, porque no consideraba á los pueblos de la América del Sud preparados para la democracia; y que respecto al Perú, pensaba que era la forma de gobierno más adaptable á su estado social; siendo por otra parte este un medio de alcanzar una solución, que conciliaba la política del nuevo y del viejo mundo, y aun de arribar á un arreglo con la España sobre la base del reconocimiento de la independencia (42). En este plan quimérico y absurdo, pero patriótico á su manera, no entraba por nada la ambición personal: él no aspiraba ni siquiera á ser presidente de república. Bolívar era republicano, á su manera también. Como presidente de una gran república, que componía un verdadero imperio, era más que un rey, y soñaba ya con la monocracia americana, y con la presidencia vitalicia que le había inoculado su maestro Simón Rodríguez, y que sostuvo en sus escritos varias veces desde sus primeros hasta sus últimos días de vida pública, como la única institución capaz de dar estabilidad á los nuevos Estados, combinando la constitución monárquica de la Inglaterra con la democracia embrionaria de la América del Sud, por la eliminación de sus dos principios fundamentales: — ni democracia, ni rey. — Precisamente por este mismo tiempo se inauguraba el nuevo é inconsistente imperio mejicano, y Bolívar, tal vez por una asociación de ideas, que se ligaba á la reciente conferencia, después de emitir sobre San Martín en la intimidad, el juicio

---

(42) Condensamos aquí todos los argumentos de San Martín respecto de su plan monarquista, valiéndonos de sus mismas declaraciones hechas en varias ocasiones, que han sido señaladas en el curso de esta historia.



ENTREVISTA DE SAN MARTÍN CON BOLÍVAR EN GUAYAQUIL
Grabado publicado por Lafond de Lurcy en su obra: *Voyages autour du monde et naufrages célèbres.*

que había formado de él, considerándolo como un hombre bueno, agregaba: «Itúrbide se hizo emperador por la gracia » de Pio, primer sargento; sin duda será muy buen Empe- » rador. Su imperio será muy grande y muy dichoso, por- » que los derechos son legítimos según Voltaire, por aquello » que dice: *El primero que fué rey fué un soldado feliz,* » aludiendo sin duda al buen Nemrod. Mucho temo que » las cuatro planchas cubiertas de carmesí, que llaman tro- » no, cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietu- » des que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil » ponerse una corona, y que todos lo adoren; y yo creo » que el tiempo de las monarquías fué, y que hasta que la » corrupción de los hombres no llegue á ahogar el amor á » la libertad, los tronos no volverán á ser de moda en la »opinión» (43). En este manto de republicano, se envolvía una ambición cesárea, incompatible con la verdadera democracia, como sus reaccionarias teorías confesadas lo manifiestan y el tiempo lo demostró. Era, pues, natural, que por principios y por instinto y hasta por interés propio, rechazase el plan monarquista de San Martín, y éste era otro motivo para eliminarlo. Era una idea muerta.

La tradición ha conservado algunas frases á propósito de monarquía, pronunciadas por los interlocutores, que uno de ellos ha confirmado. San Martín, en uno de los rarísimos momentos de expansión, comunicó en 1832 al enviado de Chile en París don José J. Pérez, que Bolívar no creía posible la monarquía, sino á condición de que los reyes fuesen americanos. San Martín le contestó, según él, que no podían tomarse á lo serio monarcas «que habían fumado juntos el mismo cigarro, y para sus súbditos serían naranjos», aludiendo á la monja que no podía reverenciar un Cristo tallado

---

(43) Carta de Bolívar á F. Peñalver de 26 de setiembre de 1822. («Cartas del Libertador», cit. en «Memorias de O'Leary», t. XXIX, pág. 256).

en el tronco de un naranjo que había visto crecer en el huerto de su convento (44). Algunas otras confidencias parece que se hicieron los dos libertadores. San Martín asegura que Bolívar le dijo, que «depositaba su mayor confianza en los oficiales ingleses que servían en su ejército», y pudo cerciorarse por sí mismo que trataba á los oficiales colombianos más bien como esclavos que como compañeros, tolerando la mayor licencia en la tropa, en que era muy popular (45). Al despedirse para siempre del Libertador, al parecer amigablemente, ofrecióle enviarle desde el Perú un caballo de paso para las marchas de sus futuras campañas (46). En seguida sentóse á la mesa del banquete, y vencido si no convencido, alzó la copa y brindó «*Por la organización* de las diferentes REPÚBLICAS *del continente*». Hasta entonces, el libertador del Sud, había fundado repúblicas de hecho, pero no había confesado una fe política, inclinándose en teoría á la monarquía, aunque sin pretender imponer sus opiniones. Por la primera vez reconocía que los nuevos Estados sud-americanos eran REPÚBLICAS, y debían *organizarse* como tales.

¿Hubo algo más? Tal vez. Así lo indica la reserva que uno y otro guardaron por el espacio de largos años, sin comunicar sus impresiones á sus más íntimos confidentes. San Martín, como vencido, quedó mortificado, y era un asunto de que no le era grato hablar, habiéndose impuesto

---

(44) Don José Joaquín Pérez (ex-presidente de Chile), que aun vive, y cuenta 88 años, ha confirmado verbalmente esta confidencia, que Vicuña Mackenna consigna también en su op. «El general San Martín», página 57 (nota).

(45) «Opinión de San Martín sobre Bolívar», comunicada á Lafond, «Voyages», etc., cit., t. II, pág. 143.

(46) Carta cit. de San Martín á Bolívar, después de la conferencia: «El comandante Delgado, portador de esta carta, le entregará el caballo « de paso que le ofrecí en Guayaquil».

por otra parte el silencio como un deber de patriotismo para no dar armas al enemigo, según lo dijo él mismo al Libertador después de la conferencia (47). Bolívar por su parte, no debió quedar satisfecho de sí mismo: el Protector lo había vencido moralmente con su abnegación, y su silencio mismo constituye el mayor elogio que podía hacer á su elevación de sentimientos (48). Parece empero, que Bolí-

---

(47) Carta cit. de San Martín á Bolívar después de la conferencia, en que le dice: «Los sentimientos de esta carta deben quedar en el más » profundo silencio; porque si fuesen conocidos, los enemigos de nuestra » libertad podrían servirse para atacarla, y los intrigantes para soplar el » veneno de la discordia».

(48) Se esperó por mucho tiempo, que las «Memorias» del general O'Leary, ayudante favorito de Bolívar, contendrían importantes revelaciones sobre esta conferencia. Estas «Memorias», que constan de treinta volúmenes, muy ricas en documentos, de los cuales sólo dos de texto, contienen menos al respecto que todos los demás libros históricos anteriores y posteriores. Esto prueba que Bolívar, lo mismo que San Martín, no hizo confidencia alguna á ninguno de sus allegados, respecto de lo que pasara en la conferencia; el primero, por el silencio que se impuso al dirigir su carta á Bolívar, y éste, porque mortificado por la abnegación de su rival que lo había penetrado, se reservaba también su secreto. O'Leary en sus «Memorias», se limita con tal motivo á establecer un superficial parangón entre ambos libertadores, atribuyendo á San Martín la falta de franqueza en sus manifestaciones. Para que se juzgue de su seriedad, basta citar el siguiente trozo: «Bolívar hereda cuantiosos bienes » y muere en la indigencia. Nace y se cría San Martín en la pobreza y » adquiere una fortuna. Acepta San Martín el título de Protector del » Perú, y Bolívar rechaza la corona que se le ofrece en Colombia. San » Martín, vanagloriándose de su filantropía, fusiló á Osorio. Bolívar, proclamando la guerra á muerte, perdonó á Barreiro». Tantos errores como renglones, á excepción de lo que se refiere al desinterés de Bolívar, que murió en relativa pobreza. San Martín no adquirió fortuna, y hubo de morir en Europa en un hospital, por falta de recursos pecuniarios. No aceptó el título de Protector del Perú, sino que se le dió á sí mismo, pero no como atributo personal, sino como título temporal de gobierno, mientras Bolívar se dió a sí mismo, y después se hizo dar el de Libertador, que equivale al de dictador, como inherente á su persona por toda su vida. En cuanto á Osorio, es sabido que nunca estuvo en poder de San Martín y que lo confunde con Ordóñez prisionero en Maipu, á quien trató con tanta generosidad, que el mismo prisionero se lo agra-

var hubiera ido más allá, en algunos de esos momentos de indiscreción que le eran tan habituales, y que si no se entendieron, fué porque los planes que podían acercarlos, le repugnaban. Así lo indicarían varias confidencias de San Martín llenas de reticencias, cuando desde su ostracismo observaba á Bolívar poseído del delirio de la monocracia. «Es preciso creer, escribía tres años después (1827), que » todos los hombres que no han empuñado el clarín para » desacreditar al ex-general San Martín, han sido perse- » guidos por el general Bolívar. La emulación no puede » entrar en parte. Los sucesos que yo he obtenido en la » guerra de la independencia, son bien subalternos en com- » paración de los que ha prestado él á la causa general de » la América. Usted tendrá presente que á mi regreso de » Guayaquil le manifesté la opinión que me había formado » del general Bolívar, es decir, una ligereza extrema, incon- » secuencia en sus principios, y una vanidad pueril, pero » nunca me ha merecido la de un impostor» (49).

---

deció por escrito. Ordóñez murió, es cierto, en una sublevación de prisioneros del modo que se ha relatado, pero en este hecho que se explica por sí, no tuvo ninguna participación directa ni indirecta San Martín. Mientras tanto, Barreiro, que se dice perdonado por Bolívar, después de rendido en Boyacá, fué públicamente fusilado en Bogotá al frente del ejército colombiano, por orden del vice-presidente Santander, con todos los prisioneros en aquella batalla, y Bolívar no reprobó el acto, por ser una consecuencia de su declaratoria de guerra á muerte.

(49) Carta de San Martín á Guido de 18 de diciembre de 1826, en Bruselas. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVIII). En esta misma carta se encuentra un notable párrafo referente á las relaciones de San Martín con Bolívar después de su entrevista de Guayaquil: «Las mismas cartas » del general Bolívar (que originales conservo en mi poder) hasta mi » salida para Europa, me manifiestan una amistad sincera. Yo no en- » cuentro pueda ser otro el motivo de su queja que el no haberle vuelto » á escribir desde mi venida de América. Francamente diré á usted, que » el no haberlo hecho ha sido un exceso de delicadeza, ó llámele usted » orgullo, pues teniendo señalada una pensión por el congreso del Perú » y hallándose él mandando aquel Estado, me persuadí que el continuar

Un año después (1827), cuando la fortuna de Bolívar declinaba, y el Perú y hasta su misma patria repudiaba al Libertador, volvía á insistir sobre el mismo tópico: «No me » ha tomado de sorpresa la conducta que el general Bolívar » ha observado en el Perú. Tenga presente el juicio que le » dije había formado de él á mi regreso de Guayaquil. Des» graciadamente para la América no he tenido que rectifi» carlo. Estoy convencido que la pasión del mando es en » lo general la que más domina al hombre, y hay muy pocos » capaces de dominarla. No me queda duda de las sanas » intenciones de este general en atacar mi opinión; pero » yo sería un mal caballero si abusase de la situación en » que se halla (que estoy seguro empeorará aun más por » su carácter), para publicar secretos que sólo verán la » luz después que deje de existir» (50).

Es posible que San Martín se llevase á la tumba alguno de los secretos de la entrevista, respecto de los planes ambiciosos de Bolívar, entonces en germen, que hoy no son un misterio para nadie, pues él mismo se ha encargado de revelarlos al mundo con sus hechos y sus escritos. Todo induce, empero, á pensar, que las revelaciones anunciadas, se limitaban á la famosa carta que dirigió al Libertador después de la conferencia, que puede considerarse como el protocolo

---

» escribiéndole, se creería era por miras de interés, con tanto más mo» tivo si lo hubiera hecho después de sus últimos triunfos. Si esta es la » causa (porque yo no encuentro otra), digo, y con sentimiento, que es » una pequeñez de alma, no propia del nombre que se ha adquirido». (M. S. aut.). — No hemos encontrado entre los papeles dejados por San Martín las cartas de Bolívar á que hace referencia, entre las cuales debía hallarse la contestación á su carta relativa á su conferencia de Guayaquil, que derramaría tal vez más luz sobre el asunto; pero se ve por lo que él dice, que la correspondencia que se siguió fué amistosa hasta su partida á Europa en 1823.

(50) Carta de San Martín á Guido de 21 de junio de 1827, en Bruselas, M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVIII).

consentido de ella, y que entonces no era conocida ni sospechada siquiera. Si algun rasgo de detalle se ha perdido, la historia no necesita de él, porque posee los suficientes documentos para juzgar á ambos en el momento de prueba en que sus caracteres se contrastaron por la piedra de toque del mando supremo en el apogeo de su grandeza.

VIII

Un historiador colombiano, ministro y confidente del Libertador, ha dicho: «Afirmóse en su tiempo, que ni el Pro»tector había quedado contento de Bolívar, ni éste de »aquél» (51). San Martín por su parte se encargó de afirmar esto mismo, dando por motivo, que «los resultados » de la entrevista no habían correspondido á lo que se pro» metía para la pronta terminación de la guerra» (52). Era un vencido. Si desde entonces meditó separarse de la escena, para no ser un obstáculo á la terminación de la guerra, ó si la situación que á su regreso encontró en Lima lo determinó á ello, es un punto accesorio que no puede con precisión determinarse; pero de todos modos ésta fué una de las principales causas que obró en él para su resolución definitiva, además de otras que fatalmente la imponían.

La primera palabra de San Martín de regreso al Perú, fué para abrir sus puertas á las armas auxiliares de Colombia, proclamando la alianza sud-americana, y de alto encomio para su feliz rival: «Tuve la satisfacción de abrazar al » héroe del sud de América. Fué uno de los días más feli-

(51) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 228.

(52) Carta de San Martín á Bolívar de 29 de agosto de 1822, después de la conferencia, de que se hará más adelante más larga mención.

» ces de mi vida. El Libertador de Colombia auxilia al » Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos » un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar» (53). San Martín sabía bien que este auxilio era insuficiente, que su concurrencia no sería eficaz desde que no era dado con el propósito serio de poner de un golpe término á la guerra, y que su persona era el único obstáculo para que Bolívar se decidiese á acudir con todo su ejército al Perú. Fué entonces cuando, hecha la resolución de eliminarse, dirigió al Libertador la famosa carta, que puede considerarse como su testamento político, y que la historia debe registrar íntegra en sus páginas.

«Le escribiré, no sólo con la franqueza de mi carácter, sino también con la que exigen los altos intereses de la América.

»Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, ó que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y que, aun en el caso de decidirse, estaba seguro que el congreso de Colombia no autorizaría su separación del territorio de la república, no me han parecido bien plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto á la segunda, estoy persuadido, que si manifestase su deseo, sería acogido con unánime aprobación, desde que se trata de finalizar en esta campaña, con su cooperación y la de su ejército, la lucha que hemos emprendido y en que estamos empeñados, y que el honor de ponerle término refluiría sobre usted y sobre la república que preside.

---

(53) Proclama de San Martín, cit.

»No se haga ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas. Ellas montan en el Alto y Bajo Perú á más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades, no puede poner en línea sino 8.500 hombres, en gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (que concurrió á Pichincha), cuyas bajas no han sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones, ha debido experimentar una pérdida considerable en su dilatada y penosa marcha por tierra, y no podrá ser de utilidad en esta campaña. Los 1.400 colombianos que envía, serán necesarios para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios, no podrá alcanzar las ventajas que debieran esperarse, si fuerzas imponentes no llamasen la atención del enemigo por otra parte, y así, la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales sean las vicisitudes de la presente, la independencia de la América es irrevocable; pero la prolongación de la guerra causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitarles tamaños males.

»En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado. He convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide venir al Perú con el ejército de su mando. Por mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!

»No dudo que después de mi salida del Perú, el gobierno

que se establezca reclamará su activa cooperación, y pienso que no podrá negarse á tan justa demanda.

»Le he hablado con franqueza, general; pero los sentimientos que esprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen á traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia» (54).

---

(54) Carta de San Martín al Libertador Bolívar, de 29 de agosto de 1822, en Lima. Véase su texto íntegro en el Apéndice núm. 31. — Esta carta, que esparció la primera luz sobre la hasta entonces misteriosa conferencia de Guayaquil, fué publicada en 1844 en el t. II, pág. 138 y sig. de la obra «Voyages autour du monde et voyages célèbres. — Voyages dans les deus Amériques» por el capitan G. Lafond de Lurcy. El autor había servido en la marina del Perú durante la guerra de la independencia, y se hallaba en Guayaquil al tiempo de la entrevista; pero no tuvo entonces relaciones directas con el Protector. En 1839, hallándose en Europa, solicitó por escrito de San Martín, le proporcionase documentos para escribir sobre la guerra de la independencia del Perú y refutar los juicios de algunos escritores que consideraba calumniosos. Entre los papeles de San Martín, hemos encontrado ocho cartas del capitán Lafond dirigidas á él con dos borradores de billetes de contestación, que manifiestan aprecio por el autor, como lo muestra el hecho singular de haberse prestado por la primera vez á suministrar datos sobre su vida pública. La primera carta de Lafond es de 5 de setiembre de 1839, y dice en ella: «Depuis quelque temps je m'occupe de mettre en ordre divers » documents que j'ai pu recueillir sur la guerre de l'Indépendance du » Pérou, pendant mon séjour en Amérique. Je cherche à la corroborer » avec l'ouvrage anglais de Miers et de Stevenson; mais leur partialité » pour Lord Cochrane et contre vous est excessive. Je ne vous dissimu» lerai pas, mon Général, que je recherche la vérité et la vérité toute » entière, et comme vous êtes le seul homme au monde, vous le géné» ralissime de cette expédition, qui puissiez me fournir les documents » qui me manquent, pour les trouver, je m'adresse à vous avec confiance, » persuadé que vous serez assez bon et assez jaloux de votre gloire pour » me mettre à même de réfuter des allegations que je crois menson» gères. — Je me suis présenté plusieurs fois, mon Général pour vous » voir, mais n'ayant pas eu l'honneur de vous rencontrer, je n'ai pas » cru devoir vous laisser mon nom, pour vous sans intérêt, puisque vous » ne pouviez vous le rappeler. Très jeune officier de marine au service » du Pérou, après la prise du Callao, j'ai eu trop peu de rapports avec » le Protecteur de la République, pour qu'il se ressouvienne de moi». — Parece que el general tardó algún tiempo en acceder á la solicitud de Lafond, y que al fin se limitó á enviarle algunos documentos impresos y manuscritos, entre estos la famosa carta citada, que fué devuelta en 2

Con el portador de la carta, le remitía una escopeta y un par de pistolas, juntamente con el caballo de paso que le había ofrecido para sus futuras campañas, acompañando el presente con estas palabras: «Admita, general, este recuerdo » del primero de sus admiradores, con la expresión de mi » sincero deseo de que tenga usted la gloria de terminar la » guerra de la independencia de la América del Sud».

Esta carta, escrita con aquel estilo del General de los An-

---

de abril de 1840 con estas palabras: «Je vous renvoie les doux docu- » ments ci-joints dont j'ai pris copie: ce sont des lettres de Noblesse pour » vos enfants, qu'ils doivent garder précieusement. Je garde les imprimés». En la postdada de esta le dice: «Pourriez vous me donner una notice » et votre opinion sur Bolívar* — Sucre* — Santa Cruz* — Lavalle* — » O'Higgins* — Canterac* — La Serna* — Espartero — Maroto — Lamar». Los siete primeros nombres están marcados con un rasgo de mano de San Martín, como indicando haber accedido al pedido; pero Lafond sólo ha publicado en su obra los juicios relativos á Bolívar y Sucre, á los que nos hemos referido varias veces en el curso de nuestra historia. — El 24 de julio de 1843 en vísperas de publicar su obra, Lafond le vuelve á escribir: «Mon second volume est terminé, il va seule- » ment jusqu'à votre abdication. Il me reste le Chili et la guerre du » Pérou à faire. Le dessin de votre entrevue avec le général Bolívar » n'est pas encore terminé. Je vous l'enverrai plus tard». — En esta misma carta se encuentra un dato curioso sobre un proyecto de San Martín que la historia no menciona. «Pour commencer le 3e volume » j'ai été obligé de faire — *una pequeña mentira.* J'ai dit qu'après mon » voyage au nord de Lima, à bord de la goélette Estrella, j'avais été » chargé *par vous* de faire un voyage de reconnaissance aux îles Mar- » quises et à celles de la Société pour choisir un lieu de déportation. » J'ai voulu ainsi faire connaître la pensée que vous aviez eu toujours. » Seulement l'année du voyage est changée». Á esto contestó San Matín, según consta de un borrador de su puño y letra adjunto á la carta: «Efectivamente, el Perú tenía un gran interés en la ocupación de las » Islas Marquesas y de Otaití; pero jamás fué mi objeto destinarlas úni- » camente para un lugar de deportación para los españoles. Los apres- » tos para esta expedición se hallaban cuasi concluidos á mi separación » del Perú. Después, ignoro cuales fueron sus resultados». — Todo esto muestra, que el capitán Lafond estuvo en comunicación directa con San Martín, quien le dispensó su confianza; que el general le suministró no sólo los documentos inéditos que se publicaron entonces por la primera vez, sino también sus juicios sobre Bolívar y Sucre insertos en su obra, y que por lo tanto, estas revelaciones en vida de San Martín, dan autoridad al texto de que se trata, y esto es lo que hemos querido probar en esta extensa nota histórico-bibliográfica.

des, que era todo nervios, en que cada palabra parecía una pulsación de su poderosa voluntad, es el toque de retirada del hombre de acción, — el documento más sincero que haya brotado de su pluma y de su alma, — es el protocolo motivado de la conferencia de Guayaquil, que explica una de las principales causas de su alejamiento de la vida pública, y puede considerarse como su testamento político. Es un triunfador vencido y consciente, que al tiempo de completar su obra, se resigna á entregar á un rival más afortunado, glorificándolo, el honor de coronarla: — «Para mí hubiera » sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la in- » dependencia (aun bajo las órdenes de Bolívar). El des- » tino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!»

La historia no registra en sus páginas un acto de abnegación impuesto por el destino, ejecutado con más buen sentido, más conciencia y mayor modestia.

CAPÍTULO XLVII

LA ABDICACIÓN DE SAN MARTÍN

AÑO 1822

Pliego cerrado de San Martín al marchar á la conferencia de Guayaquil. — Sublevación en Lima contra Monteagudo. — Deposición violenta de Monteagudo. — Actitud del general Alvarado y del ejército durante la revolución. — Carácter del movimiento de Lima. — Destierro de Monteagudo. — Situación que encuentra San Martín á su regreso de la conferencia. — Su resolución de alejarse de la vida pública. — La consigna del silencio. — Trabajos militares que emprende. — Su último plan de campaña. — Instalación del primer congreso constituyente del Perú. — San Martín resigna el mando. — Honores que le votó el congreso. — Proclama de despedida á los peruanos. — Se aleja para siempre del Perú. — Su ostracismo en Chile. — Caída de O'Higgins. — San Martín chacarero en Mendoza. — Juicio sobre la retirada de San Martín del Perú.

I

Mientras San Martín conferenciaba con Bolívar en Guayaquil, tenía lugar un suceso extraordinario que debía afirmarlo en la resolución hecha de separarse por siempre de la vida pública. El pueblo de Lima se había sublevado en presencia del ejército inerte, contra el gobierno protectoral, y aunque sin afectar su persona, puso á descubierto las bases minadas de su poder político y militar. Al tiempo de marchar á la conferencia, el Consejo de Estado, á indicación suya, le había dirigido una consulta reservada, previendo el caso de acefalía del gobierno, por muerte ó impedimento del delegado supremo Torre-Tagle. San Martín, dejó en

consecuencia un pliego cerrado, en que nombraba para ejercer el mando en tal caso á Alvarado, general en jefe del ejército unido, confiándole la conservación del orden durante su ausencia (1). Hasta este punto de apoyo había fallado.

El 25 de julio, — el mismo día en que San Martín era aclamado en Guayaquil, — reuníanse en Lima unos cincuenta vecinos, movidos secretamente por Riva Agüero, quien mal avenido con la situación, se había constituído en representante del sentimiento indígena. Allí se acordó la caída del ministro Monteagudo, blanco de todos los odios, como el hombre civil más espectable de la actualidad. El delegado supremo Torre-Tagle, era generalmente despreciado, y se le consideraba como un pobre instrumento de voluntades ajenas. Monteagudo era el cabro emisario en cuya cabeza se amontonaban todos los pecados de la época. Su tirantez en el mando, que á veces rayaba en insolencia, sus tendencias monárquicas en pugna con la opinión, sus gustos sibaríticos, que herían el sentimiento público; sus crueles persecuciones á los españoles, que recrudecieron durante la ausencia de San Martín, afectando las principales familias vinculadas con los perseguidos, y hasta sus mismas reformas adelantadas que chocaban con las preocupaciones ó excedían la medida en la represión de los vicios sociales inveterados, al autorizar hasta la delación de los criados

---

(1) Acta del Consejo de Estado de 1.° de febrero de 1822, y ofi. de remisión de San Martín de 2 del mismo. Pliego cerrado del Protector en que dice: «Nombro hasta tanto se reuna la representación de los pueblos »libres del Perú, al general en jefe del ejército unido don Rudecindo »Alvarado, quien entregará el mando á la persona ó personas que dicha »representación nombre para el poder ejecutivo, teniendo presente para »este nombramiento, que respecto á que la reunión del congreso nacio»nal debe tardar poco tiempo, puede desempeñar los intereses del Es»tado el que manda la fuerza, dando por este medio un centro más á la »impulsión para consolidar la independencia absoluta del Perú». M. S. (Arch. San Martín, vol. LXI).

para reprimir el juego en el seno de las familias, habían creado en torno suyo una atmósfera de impopularidad y malquerencia, que no era sino el síntoma de las resistencias latentes que la generalidad de los peruanos abrigaba contra el gobierno protectoral. No se atrevían á atacar de frente al Protector, y buscaban una víctima inmolatoria en quien herirlo. La encontraron en Monteagudo. En consecuencia, elevaron una petición al delegado, solicitando su remoción, en que exponían que «el vecindario estaba en fermentación, » hasta temerse una espantosa revolución, por las tiránicas » y arbitrarias providencias, que amenabazan al Perú con » un despotismo que pretendía disponer á su antojo de la » suerte del país» (2). Al mismo tiempo dirigieron una nota á la municipalidad de la ciudad, solicitando su apoyo « en vista de la opresión y despotismo que sufría, no sólo » la ciudad, sino todo el Estado por el influjo del odiado » ministro» (3). Uno de los notables fué comisionado para significar al jefe del gobierno en nombre del pueblo, su resolución de convocar un cabildo abierto si al terminar el día no se cumplían sus votos. La municipalidad, presidida por Riva Agüero en su calidad de presidente del departamento de la capital, apoyó decididamente la exigencia, pidiendo la inmediata prisión del ministro (4). El gobierno contestó por medio de dos consejeros de Estado, que al día siguiente se tomarían en consideración las peticiones.

Eran las diez y media de la noche. El pueblo se agolpaba á las puertas de la municipalidad y alrededor del palacio de gobierno, pidiendo á grandes gritos la deposición del

---

(2) Petición de los vecinos de Lima al supremo delegado, el 25 de julio de 1822, inserta en el núm. 1 de «El Republicano» del 26 del mismo.

(3) Ofi. de la reunión popular al Cabildo, de 25 de julio de 1822.

(4) Acta de la municipalidad de Lima de 25 de julio de 1822, inserta en el folleto «Lima justificada en el suceso del 25 de julio».

ministro. Monteagudo renunció. La municipalidad exigió su prisión, á fin de que respondiese al juicio de residencia á que debía ser sometido, y así se proveyó.

Al día siguiente la agitación acrecía, y tomaba las proporciones de una revolución. En ese mismo día, aparecía un periódico con el título significativo de «El Republicano», que se constituía en órgano del movimiento, enarbolando como bandera este epígrafe de Rousseau: «No hay nega- » ción tan completa como la que conserva las apariencias » de la libertad, porque así está la misma voluntad cauti- » va (5). Las exigencias populares se renovaron. El gobierno para satisfacerlas, declaró públicamente que el ex-ministro permanecía en su casa, bajo segura custodia responsable de su persona (6).

Mientras tanto el ejército (en el cual los revolucionarios tenían algunos sostenes, propalando que contaban con su neutralidad), permanecía con las armas en descanso (7).

---

(5) «El Republicano», número extraordinario.

(6) Miller, que se hallaba á la sazón en Lima, dice en sus «Memorias», t. I, pág. 369: «Los militares no tomaron parte en este asunto, » antes al contrario fueron insultados; sin embargo, muchos curiales y » doctores contemporizaron con ellos, y ganaron á su partido algunos » oficiales, que se obligaron á apoyarlos en el caso de que el general « Alvarado, intentase sostener al ex-ministro». — En una relación M. S. de las sesiones secretas de los jefes del movimiento, conservada entre los papeles de San Martín, se dice que contaban con el coronel Gamarra y el cuerpo peruano que mandaba. (Arch. San Martín, vol. LXI). — Arenales en su «Memoria histórica, etc., de la segunda campaña de la sierra», pág. 195, que habla como testigo presencial, dice: «El general en jefe » del ejército, se halló en el Consejo de Estado, como miembro que era de » él, y se ignora por qué en tales circunstancias no se condujo de un » modo análogo á la extensión de su responsabilidad militar; prefiriendo » el oficio de conciliador se dirigió al cabildo, donde entre la algazara » con los encapotados, arregló una especie de transacción entre el pue- » blo y el gobierno, en virtud de la cual Monteagudo quedaba proscripto » sin ser juzgado».

(7) Ofi. del marqués de Trujillo á la municipalidad, de 26 de julio de 1822.

El hermano del general en jefe, don Felipe Antonio Alvarado, era uno de los corifeos más caracterizados de la municipalidad, y sus relaciones íntimas con sus directores eran notorias. En el día anterior, la municipalidad había dirigido un oficio al General, previniéndole que sólo se trataba del ejercicio legal y pacífico de los derechos de los ciudadanos, en que las armas no tenían para qué intervenir. Alvarado, después de dejar pasar veinticuatro horas, contestó: « Cuando recibí anoche el pliego que se me dirigió á nom» bre del pueblo, me persuadí que sus reclamaciones no lle» garan á hacerse reuniones tumultuosas, que á más de » trastornar el orden, desmoralizan el ejército, único apoyo » de la seguridad del país. Llevar tales movimientos al » grado que hoy hemos visto, es precipitarse á la ruina, » dividiendo la opinión y formando facciones cuyo resulta» do será la disolución de la fuerza armada y los horrores » de la anarquía. Si el ejército, cuyo instituto es proteger » al país y crearle su independencia y libertad, fuese en » esta crisis un mero espectador de los desórdenes, se haría » responsable de la pérdida de esta capital; pero los jefes » del ejército y yo que comprendemos bien las consecuen» cias de estas asonadas, estamos dispuestos á sostenerla á » toda costa, tomando las providencias necesarias á la pú» blica tranquilidad» (8). A pesar de esta al parecer categórica intimación, que le imponía por lo menos el deber de garantir el orden público y salvar el decoro del gobierno de que se hacía responsable, permaneció al frente del ejército, frío espectador del desorden, actitud que según él mismo «desmoralizaba la fuerza armada amenazando su diso» lución, y precipitaba al país á la anarquía y á la rui-

(8) Ofi. del general Alvarado á la municipalidad de Lima, de 26 de julio de 1822, inserto en «Lima justificada», pág. 9.

na» (9). Era á la inversa del payo del centinela, una consigna bien aprendida y mal observada.

II

La agitación fué acreciendo en los días subsiguientes. Según la expresión de los mismos agitadores «los ciudada» nos parecían más bien leones de Arabia, que pacíficos » peruanos» (10). El gobierno había desaparecido de hecho, la municipalidad era un órgano automático y la revolución anónima dominaba en las calles. Era un movimiento complejo y confuso, sin objetivo claro y plan fijo, pero que tenía su razón de ser. El sentimiento nacional contra los extraños que ejercían el poder, el sentimiento republicano contra los planes monarquistas del gobierno, la resistencia sorda contra el poder protectoral, la oposición electoral que procuraba tener representación en el próximo congreso, eran otras tantas causas concurrentes que obraban para darle impulso y significación.

Las hojas sueltas que se publicaban á manera de boletines, traducían embozadamente estos diversos sentimientos y tendencias. «Este gran paso del pueblo anuncia, — decía » su órgano en la prensa, — el primero majestuoso de su » libertad, que puede asegurarse empieza á gozarla, porque » con tal ministro al frente (Monteagudo), aunque se ha» bían roto las cadenas de la España, pero se habían roto

(9) El general Alvarado, en su «Mem. Hist. biog.». varias veces cit. (M. S. Arch. San Martín, vol. LXXII), omite estudiadamente ocuparse de este acontecimiento ruidoso, no obstante hacer mención del viaje del Protector y de su regreso después de la conferencia de Guayaquil.

(10) «Lima justificada», etc., pág. 10.

» de un modo que se nos habían quebrado las manos» (11). En otra hoja suelta de la misma procedencia se decía: «Un » misántropo orgulloso consideraba esta capital (Lima) co- » mo una propiedad de conquista. Tiemblen los tiranos y » desengáñense de intentar aherrojar á sus detestables ca- » denas á unos hombres que no ignoran, que la ambición » de los opresores es reinar sin trabas, franquear los lími- » tes de toda ficción legítima y erigir en ley los caprichos » del poder arbitrario. La gloriosa carrera que habéis co- » menzado, será marcada por las generaciones futuras como » la época más importante del ser político y existencia de » la patria. Desde ella señalarán el principio de su libertad, » y os bendecirán como fundadores de sus privilegios. Es » indispensable caminar con firmeza y no desmayar un » punto en aniquilar todo lo que se resienta del ominoso » nombre de opresión. Un momento de resolución y energía » evitará grandes desastres. Un descuido en sofocar la opo- » sición más pequeña hará derribar la obra comenzada, y se » expondrá á que Mario vuelva sobre Roma respirando ven- » ganza, acordándose de las lagunas de Manturnio. Es im- » posible esperar bienes y honradez en la cueva de Ca- » co» (12). Estos tiros, apuntados al ministro Monteagudo, herían de rebote al Protector.

El 29 volvió á reunirse la municipalidad, y exigió del gobierno que «para hacer cesar la exaltación de los vecinos » que podía inducirlos á abrazar medios violentos» era necesario el destierro del depuesto ministro (13). Así se hizo. El general Alvarado, en nombre de la fuerza armada, dió

(11) «El Republicano», núm. ext. cit.

(12) «Suplemento», hoja suelta sin fecha publicada en estos días, con un epígrafe de Virgilio: «*Nunc animis opus Æenea, nunc pectoria firmas*».

(13) Ofi. de la municipalidad de Lima al gobierno, de 29 de julio de 1822, en «Lima justificada», pág. 8.

su sanción á la revolución en términos tan contradictorios como equívocos: «Las reuniones tumultuosas, compuestas » en mucha parte de gente sin responsabilidad, me hicieron » justamente recelar que su continuación produjese la anar- » quía en el pueblo y la desmoralización en el ejército. Sin » contrariar las resoluciones del pueblo, me resolví á con- » tener con la fuerza de las armas cualquier desorden que » atacara violenta y perpetuamente los principios fundamen- » tales de la actual administración. El ejército destinado á » la protección de los derechos de los ciudadanos, tiene » también por objeto hacer respetar las autoridades estable- » cidas, mientras que una legítima y suficiente representa- » ción no crea deber hacer innovaciones». La conclusión á que arriba el general en jefe es sorprendente. «Enterada » la municipalidad de estos mis sentimientos, debía excusar » la insinuación sobre mi asenso á que el ministro depuesto » salga del territorio del Estado. Combatir el enemigo co- » mún y cimentar la libertad de los pueblos, hé aquí el » único blanco á que deben tender sus operaciones públicas » y privadas. Trate, pues, la municipalidad de considerar- » me muy ajeno de intervenir en estas materias. Conozco » los deberes de los ciudadanos y me abstendré de disputar » con la espada unos procedimientos que nazcan de la ra- » zón y la justicia. Puede por consiguiente la municipali- » dad hacer cuantas reclamaciones tenga á bien por el orden » legal, segura de que las armas no serán nunca una barre- » ra que se oponga á sus justos clamores» (14).

Tal era la situación que encontró San Martín á su regreso de la conferencia de Guayaquil (agosto 20). El pueblo lo recibió con demostraciones de simpatía, aclamándolo con entusiasmo. Riva Agüero y los principales revoluciona-

---

(14) Ofi. del general Alvarado á la municipalidad de Lima, de 29 de julio de 1822, en «Lima justificada», pág. 11-13.

rios se le presentaron ofreciéndole votos de adhesión. Él no se alucinó respecto de su popularidad ni se dejó arrastrar por el despecho al ver su autoridad moral ajada. Vió claramente que la opinión indígena no le era propicia y estaba fatigada de su dominación (15); que el ejército estaba desligado de él (16); que había cometido el error de confiar el gobierno á manos ineptas y débiles (17); que su ministro Monteagudo era un instrumento quebrado por la tensión que había dado á los resortes de presión (18); que él no era ya un hombre necesario y podía ser un obstáculo al pronto triunfo de la independencia, definitivamente asegurado; que en tales circunstancias prestaba un servicio á la causa de la América eliminándose como hombre público; y se eliminó conscientemente (19). Podía aún mantenerse en el poder. Tenía á sus órdenes un ejército acostum-

---

(15) En carta de 25 de agosto de 1822 (escrita en estos mismos días) decía San Martín á O'Higgins: «Ya estoy cansado de que me llamen tirano». M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XLII).

(16) «El general Alvarado, mostrándose tan oficioso como impasible, » pudo tal vez lisonjearse de haber ganado la simpatía del pueblo blan- » damente tratado. Quien realmente ganó, fué el partido de Riva Agüero, » que desconcertó la administración y logró hacer ver que el ejército estaba » *ya desligado* del general San Martín». (Arenales: «Memoria histórica», cit., pág. 196).

(17) «Reasumí el mando supremo, á fin de separar de él al inepto y » débil Torre-Tagle». (Carta cit. de San Martín á Bolívar, de 29 de agosto de 1822).

(18) En la misma carta antes cit. de agosto de 1822, de San Martín á O'Higgins, se lee: «Á mi llegada á esta me encontré con la remoción » de Monteagudo. Su carácter lo ha precipitado. Yo lo hubiera separado » para una legación, pero Torre-Tagle me suplicó varias veces lo dejase, » por no haber quien lo reemplazase». M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII).

(19) En la carta al presidente Castilla, de 11 de setiembre de 1846, antes citada, dice el mismo San Martín: «Si algún servicio tiene que » agradecerme la América, es mi retirada de Lima, paso que no sólo » comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sen- » sible, cuanto conocía que con las fuerzas reunidas en Colombia, la » guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23».

brado á obedecerle, que le era fácil volver á dominar; contaba en el país con un partido poderoso, y con estos elementos de fuerza y de opinión no le era difícil imponerse. Pero para esto, tenía que retemplar con mano de hierro los resortes de su autoridad adoptando una política de represión, que le repugnaba; de todos modos, al fin chocaría con el congreso que había convocado, cuyo espíritu era oposicionista y podía producir un escándalo. Prefirió entregar á los hijos del Perú sus propios destinos políticos, para que se gobernasen por sí mismos, después de proveer á su defensa. Fué entonces, cuando escribió á Bolívar: «Mi partido » está irrevocablemente tomado: he convocado el congreso » del Perú, y al día siguiente de su instalación me embar» caré para Chile» (20).

Fiel á la consigna del silencio que se había impuesto, para no divulgar las verdaderas causas de su retirada, escribió al mismo tiempo á su amigo O'Higgins, cubriéndola con su cansancio y el mal estado de su salud: «Me reconvendrá » usted por no concluir la obra empezada. Tiene V. mucha » razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me » llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta de» monio. Por otra parte mi salud está muy deteriorada: » la temperatura de este país me lleva á la tumba. En fin, » mi juventud fué sacrificada al servicio de los españoles y » mi edad media al de mi patria. Creo que tengo el derecho » de disponer de mi vejez. Será la última carta que le » escriba» (21).

Veinticinco años más tarde, después de publicada su carta á Bolívar en que daba el verdadero motivo de su retirada, explicando la lucha porque pasó su espíritu en aquel

---

(20) Carta de San Martín á Bolívar, de 29 de agosto de 1822, cit.

(21) Carta de San Martín á O'Higgins, de 20 de agosto de 1822. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII).

momento, decía: «Este costoso sacrificio, y el no pequeño » de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario » en aquellas circunstancias), me obligaron á dar este paso » que comprometía mi honor y mi reputación, con esfuer- » zos que no está al alcance de todos poder calcular» (22). El sacrificio quedó así fríamente consumado, en nombre del deber y de la necesidad, en el silencio de la propia conciencia.

III

El Protector al decidirse á entregar al Perú sus propios destinos, se impuso el deber de proveer á su seguridad, poniendo en sus manos la espada con que debía libertarse por sí sólo, si esto era posible; y por si acaso se quebraba en sus manos, — como sucedió, — dejaba abiertas las puertas por donde debía penetrar la reserva de Bolívar, que contaba con los medios para triunfar definitivamente. Con este objeto, reasumió el mando y se ocupó con actividad en remontar su ejército, trazando el plan de campaña que hacía tiempo tenía en su cabeza y que había pensado ejecutar personalmente, solo ó con la concurrencia de las fuerzas colombianas.

A fines de agosto, las fuerzas peruanas, chilenas, argentinas y colombianas reunidas en el Perú, ascendían á más de 11.000 hombres según su cómputo (23). No era una

(22) Carta de San Martín al presidente del Perú, Ramón Castilla, de 11 de setiembre de 1822, cit.

(23) En carta de 25 de agosto de 1822, decía San Martín á O'Higgins: «Se ha reforzado el ejército con tres batallones y tres escuadrones: tres » de los primeros son de Colombia. El total del ejército se compone en el » día de más de 11.000 veteranos». M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII).

situación militarmente perdida la que entregaba. Además, una expedición de 1.000 hombres enviada por el gobierno de Chile, debía reforzar en Arica el ejército destinado á operar en puertos intermedios. Con estas fuerzas bien dirigidas, podían emprenderse operaciones decisivas con algunas probabilidades de triunfo, y San Martín confiaba en sus buenos resultados. «El éxito de la campaña que se va » á emprender no deja la menor duda de su éxito», escribía á O'Higgins al anunciarle su resolución de retirarse. Podrá echársele en cara, que con esta confianza, no emprendiese él mismo la campaña. La única explicación racional de este alejamiento, es que comprendía que su presencia era el «único obstáculo» que se oponía á que Bolívar concurriese con todas sus fuerzas, y pensó que su ausencia aceleraba ó facilitaba el auxilio de la poderosa reserva colombiana, que á todo evento aseguraba el triunfo final. Sabía, como lo había dicho, que sus elementos no eran suficientes para fijar la victoria, aunque bastantes para probar fortuna con probabilidades de éxito. En tal situación, y en este sentido combinaba todo, prescindiendo de su persona. Sin duda que habría sido más heroico para San Martín ponerse al frente de su ejército y realizar por sí mismo el plan combinado en que tanto confiaba. Vencedor, tenía tiempo de retirarse legando la victoria, y vencido cumpliría su último deber como general, corriendo la suerte de sus últimos soldados. Empero, había también su heroismo moral, al renunciar al poder y á la gloria, exponiéndose á ser tachado de pusilánime. Por eso ha dicho él mismo con plena conciencia de lo que hacía, que «sacrificaba su honor y su reputación por » servir á la América» (24).

El plan de San Martín, si no muy seguro, y tal vez ilusorio en algunas de sus partes, era racional, y prometía

(24) Carta al presidente Ramón Castilla, cit.

ventajas positivas sin comprometer mucho, con sólo conducir las operaciones con precisión y actividad. Consistía, en lanzar un ejército de 4.300 hombres por intermedios, dándole por nervio los veteranos de los Andes y de Chile, para obrar sobre la sierra del Sud y el Alto Perú en combinación con la columna del guerrillero Lanza que simultáneamente obraría en el Alto Perú, llamando á sí una parte de las fuerzas del ejército español diseminadas desde Jauja á Huancayo, Cuzco, Arequipa y Puno hasta la frontera norte argentina (25). Al mismo tiempo, desprender otro ejército de igual fuerza sobre la sierra del centro, que penetraría por Pisco, para cortar la línea del enemigo, á la vez que impedir que el grueso de sus fuerzas cargase sobre la expedición de puertos intermedios, y ganada la primera batalla, como era probable, obrar en combinación ambos ejércitos (26). Bolívar, anticipadamente consultado, declaró ex-

---

(25) «La expedición á Intermedios al mando de Alvarado, saldrá de » 12 al 15 de setiembre, fuerte de 4.300 hombres escogidos. Arenales debe » amenazar de frente á los de la sierra, para que Alvarado no sea atacado por todas las fuerzas que los enemigos podrían reunir. La división de Lanza, fuerte de 900 hombres armados, debe cooperar á este » movimiento general. Es imposible un mal suceso». (Carta de San Martín á O'Higgins de 25 de agosto de 1822. M. S. Arch. San Martín, vol. XLII).

(26) Parece que el objetivo principal de la expedición por intermedios, dando por segura la victoria en la sierra del sud y la ocupación de la del centro, era el Alto Perú, y que esto respondía á la vez á un pensamiento militar y político, según se deduce de las instrucciones escritas que San Martín dejó á Alvarado sobre el particular. En ellas le dice: «Art. 4. » Como general en jefe del ejército de los Andes, mantendrá ileso y en » su respectiva integridad todo el territorio que por sus límites corres- » ponden á las Provincias Unidas del Río de la Plata; y si los prósperos » sucesos que espero, libertasen del todo dichas Provincias (del Alto Perú), » convocará un congreso general ó una convención preparatoria según las » circunstancias lo exigieren y lo demande la unidad del país (argentino)». M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVII). El hecho de reconcentrar en esta expedición todas las fuerzas argentinas, resto del ejército de los Andes que existían en el Perú, revela que en el fondo había un pensamiento

celente el plan, reservándose ponerle obstáculos, y condenarlo después del mal éxito. El hecho pareció demostrar, que la victoria no debiera buscarse por ese camino y que se encontró por otro. Así mismo, tan mal ejecutado como fué el plan, — y no pudo serlo peor, — vióse que pudieron haberse conseguido ventajas, si no decisivas, por lo menos muy considerables. Es probable que si el mismo San Martín lo hubiese combinado sobre el terreno, lo habría modificado, cargando con toda su fuerza sobre el punto más débil del enemigo, y limitándose á llamar la atención de una manera seria sobre el que debía ser meramente concurrente, en vez de dividir las probabilidades con dos ejércitos de igual fuerza, en que perdido el uno, se inutilizaba el otro, ó se perdían los dos. Pero los planes de campaña no son absolutamente buenos ni malos, cuando son racionales, sino con relación á la idiosincrasia del general que los concibe y ejecuta por sí. Napoleón, cuando pretendía dirigir teóricamente las operaciones de Moreau, se convenció que los planes de campaña, relativamente malos ó buenos, sólo son bien ejecutados por el general que los concibe, según su temperamento y los recursos que tiene dentro de sí mismo (27).

Después de proveer á la seguridad del Perú, y organizar la victoria á todo evento, según él lo entendía, ocupóse de la suerte política del Perú, sobre la base de su irrevocable retirada; de nadie se aconsejó, á nadie confió su secreto, y tan sólo interrogó su propia conciencia. Solamente comunicó su resolución á O'Higgins y Bolívar; pero antes que sus contestaciones llegaran, el hecho estaría consumado. Debió ser en un momento melancólico para el hombre que

---

argentino, á fin de reconquistar las provincias del Alto Perú para su patria, y detener allí el avance invasor de Bolívar que preveía.

(27) Thiers: «Le Consulat et l'Empire», cap. Hohenlinden

había sido durante cinco años el árbitro de la mitad de la América del Sud, y la suprema resolución, como él mismo lo ha dicho con reconcentrada emoción, costóle sin duda «esfuerzos que él sólo pudo calcular», al tomarla y ponerla en ejecución.

IV

El 20 de setiembre de 1822, instalóse con gran pompa el primer congreso constituyente del Perú. San Martín se despojó en su presencia de la banda bicolor, símbolo de la autoridad protectoral. «Al deponer la insignia que carac-
» teriza al jefe supremo del Perú, dijo, no hago sino cum-
» plir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si
» algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio
» del poder que el imperio de las circunstancias me hizo
» obtener. Hoy felizmente que lo dimito, pido al Ser Su-
» premo el acierto, luces y tino que necesita para hacer la
» felicidad de sus representados. Desde este momento que-
» da instalado el congreso soberano, y el pueblo reasume
» el poder en todas sus partes». En seguida, depositó sobre la mesa del congreso seis pliegos cerrados y se retiró entre vivas y aplausos estruendosos. Abrióse uno de los pliegos. Era su renuncia irrevocable de todo mando futuro: «El
» placer del triunfo para un guerrero que pelea por la feli-
» cidad de los pueblos, sólo le produce la persuación de ser
» un medio para que gocen de sus derechos; mas hasta afir-
» mar la libertad del país, sus deseos no se hallan cumpli-
» dos, porque la fortuna varia de la guerra, muda con fre-
» cuencia el aspecto de las más encantadoras perspectivas.
» Un encadenamiento prodigioso de circunstancias ha hecho
» ya indudable la suerte futura de la América; y la del
» pueblo peruano sólo necesitaba de la representación nacio-
» nal para fijar su permanencia y prosperidad. Mi gloria

» está colmada cuando veo instalado el congreso constitu-
» yente: en él dimito el mando supremo que la necesidad
» me hizo tomar. Si mis servicios por la causa de América
» merecen consideración al congreso, yo los represento hoy,
» sólo con el objeto de que no haya un solo sufragante que
» opine por mi continuación á la frente del gobierno» (28).

El congreso votó una acción de gracias al ex-Protector «como al primer soldado de la libertad», y le nombró generalísimo de los ejércitos de mar y tierra de la república, con una pensión vitalicia de doce mil pesos anuales. San Martín aceptó el título y el beneficio; pero declinó su ejercicio, exponiendo sus razones: «Resuelto á no traicionar mis pro-
» pios sentimientos y los grandes intereses públicos, séame
» permitido manifestar, que la distinguida clase á que el
» congreso se ha dignado elevarme, lejos de ser útil á la
» nación, si la ejerciera, frustraría sus propios designios,
» alarmando el celo de los que anhelan por una positiva
» libertad; dividiría la opinion de los pueblos y disminui-
» ría la confianza que sólo puede inspirar el congreso con
» la absoluta independencia de sus decisiones. Mi presen-
» cia en el Perú, con las relaciones del poder que he dejado
» y con las de la fuerza, es inconsistente con la moral del
» cuerpo soberano, y con mi opinión propia, porque nin-
» guna prescindencia personal por mi parte alejaría los tiros
» de la maledicencia y la calumnia. He cumplido la pro-
» mesa que hice al Perú: he visto reunidos sus represen-
» tantes. La fuerza enemiga ya no amenaza la indepen-
» dencia de unos pueblos que quieren ser libres, y que
» tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto
» á marchar para terminar por siempre la guerra. Nada

---

(28) «Diario de las discusiones y actas del congreso constituyente del Perú», t. I, pág. 8-9. — Véase Guido: «El General San Martín: su retirada del Perú», en la «Rev. de Buenos Aires», t. IV, pág. 5.

» me resta sino tributar los votos de mi más sincero agra» decimiento y de mi protesta, de que si algún día se viera » atacada la libertad de los peruanos, disputaré la gloria » de acompañarles, para defenderla como un ciudadano» (29). El congreso insistió, pero San Martín repitió su renuncia.

En la misma noche, reunido el congreso en sesión extraordinaria, acordó que el General San Martín llevase el título de «Fundador de la libertad del Perú», con el uso de la banda tricolor de que se había despojado y el grado de capitán general: — que se le asignase la misma pensión vitalicia que á Wáshington: — que se le erigiese una estatua sobre una columna con inscripciones conmemorativas de sus servicios, y que mientras tanto, se colocase su busto en la biblioteca nacional por él fundada: — por último, que en todo tiempo se le hicieran en el territorio de la República los honores anexos al poder ejecutivo (30). Así cumplió el Perú su deuda de gratitud.

Desde su retiro de la Magdalena dirigió á los peruanos su última palabra de despedida, que ha quedado estereotipada en la memoria de los americanos por su estilo lapidario, cuyos conceptos la historia debe reproducir íntegros para examinarlos á la luz de un criterio diverso del de sus contemporáneos.

«Presencié la declaración de los Estados de Chile y el Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y guerra.

---

(29) «Diario etc. del congreso», cit. pág. 9-14, «Colección de leyes y decretos sancionados desde la jura de la independencia del Perú», t. II, pág. 10-17.

(30) «Diario etc. del congreso», cit., pág. 11-12.

»Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar á su voluntad la elección de sus gobiernos.

»La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible á los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte: ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuesto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más.

»En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de estos darán el verdadero fallo.

»Peruanos: os dejo establecida la representación nacional. Si depositáis en ella entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va á devorar.

»Que el cielo presida á vuestros destinos, y que estos os colmen de felicidad y de paz».

V

Retirado San Martín á su habitual residencia de campo en el pueblo de la Magdalena, — bautizado por él con el nombre de «Pueblo Libre», — se encontró solo con su antiguo confidente Guido, á quien había pedido le acompañase. Paseábase en silencio por la galería de la casa, al parecer radiante de contento. De repente volvióse á su compañero, y exclamó en tono festivo: «Hoy es día de verdadera felicidad para mí. Me he desembarazado de una carga que no podía llevar. Los pueblos que hemos libertado se encargarán de sus propios destinos».

Interrumpido en su soledad por las diversas diputaciones

del Congreso que le ofrecían sus honores ó insistían en que aceptase el puesto de generalísimo, agradeció lo primero: pero respecto á lo segundo, contestó con firmeza: «Mi tarea » está terminada, y mi presencia en el poder no sólo sería » inútil, sino perjudicial: á los peruanos toca completarla». — Entrada ya la noche, prorrumpió con cierta impaciencia: « Ya que no puedo poner un cañón en la puerta para defen- » derme de otra incursión, por pacífica que ella sea, voy » á encerrarme». Y se retiró á su aposento, donde se ocupó en arreglar sus papeles. Hasta entonces, á nadie había comunicado su resolución de separarse del territorio del Perú (31).

A las 9 de la noche hizo llamar al general Guido, invitándolo á tomar el té en su compañía. En la conversación amistosa que se siguió, le preguntó de improviso: —«¿Qué » manda para su señora en Chile? El pasajero que con- » ducirá las encomiendas las entregará particularmente» —¿Qué pasajero es ése? preguntó su amigo. —«El pasa- » jero soy yo, repuso. Ya están listos mis caballos para » pasar á Ancón, y esta misma noche me embarcaré». — Guido, sorprendido y agitado, le observó: que cómo exponía su obra á los azares de una campaña no terminada aún, cuando nunca le había faltado el apoyo de la opinión y de las tropas; y libraba la suerte política del país á reacciones turbulentas que su ausencia provocaría sin duda; y cómo, sobre todo, dejaba en orfandad á los que le habían acompañado desde las orillas del Plata y desde Chile. — «Todo » lo he meditado detenidamente, replicó con emoción. No » desconozco ni los intereses de la América ni mis deberes. » Abandono con pesar á camaradas que quiero como hijos, » y que tan generosamente me han ayudado; pero no puedo » demorar un solo día: me marcho! Nadie me apeará de

---

(31) Guido: «Retirada de San Martín», cit.

» la convicción en que estoy, de que mi presencia en el » Perú le traería más desgracias que mi separación. Por » muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto » sino bajo condiciones contrarias á mis sentimientos y mis » convicciones. Voy á decirlo: para sostener la disciplina » del ejército, tendría necesidad de fusilar algunos jefes; » y me falta valor para hacerlo con compañeros que me » han acompañado en los días felices y desgraciados».

Estrechado por Guido, rompió al fin la consigna del silencio que se había impuesto, y manifestó la principal de sus razones, consignada en su carta al Libertador, que ni al mismo O'Higgins había querido comunicar. «Existe » una dificultad mayor, — agregó, — que no podría ven- » cer sino á costa de la suerte del país y de mi propio » crédito. Bolívar y yo no cabemos en el Perú. He pene- » trado sus miras: he comprendido su disgusto por la glo- » ria que pudiera caberme en la terminación de la campaña. » Él no excusaría medios para penetrar al Perú, y tal vez » no pudiese evitar yo un conflicto, dando al mundo un » escándalo, y los que ganarían serían los maturrangos. » ¡Eso no! que entre Bolívar al Perú; y si asegura lo que » hemos ganado, me daré por muy satisfecho, porque de » cualquier modo triunfará la América. No será San Mar- » tín el que dé un día de zambra al enemigo» (32).

Eran las diez de la noche. En ese momento, su asistente le anunció que todo estaba pronto para la marcha. El general abrazó á su compañero, montó á caballo, y tomando al trote, se perdió en la sombra. Al día siguiente Guido encontró á la cabecera de su cama una afectuosa carta, en que recordaba los trabajos que habían pasado juntos, y le agradecía, no sólo la cooperación que le había prestado en ellos, sino más que todo «su amistad y cariño que habían

---

(32) Guido: «Retirada», etc. en «Rev. de Buenos Aires», pág. 9-12.

» suavizado sus amarguras haciéndole más llevadera la vida » pública» (33). Al mismo tiempo el general Alvarado recibía otra carta, en que se despedía de sus antiguos compañeros de armas augurándoles el triunfo: «Voy á embar» carme. Queda usted para concluir la gran obra. ¡Cuánto » suavizará el resto de mis días y el de las generaciones, » si la finaliza (como estoy seguro), con felicidad!—Tenga » la bondad de decir á nuestros compañeros de armas, cuál » es mi reconocimiento á lo que les debo. Por ellos tengo » una existencia con honor; en fin, á ellos debo mi buen » nombre» (34).

En la misma noche del 20 embarcóse en el bergantín *Belgrano*, y se alejó para siempre de las playas del Perú. A su arribo á Chile encontró que su nombre era execrado allí como el de un verdugo, y que el gobierno de O'Higgins bamboleaba. Estaba triste y enfermo, y un violento vómito de sangre lo postró en cama por el espacio de dos meses. Al separarse del Perú, cuyo tesoro le acusaban sus enemigos haber robado, sacó por todo caudal *ciento veinte onzas de oro* en su bolsillo, y por únicos espolios, á más del estandarte de Pizarro, la campanilla de oro de la inquisición de Lima. Contaba para subsistir en Chile con la chácara donada por el Estado y con un depósito de dinero que había confiado á un amigo, del que según él mismo, sólo encontró « unos cuantos reales», sin insistir más sobre este desfalco. El gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió *dos mil* pesos á cuenta de sus sueldos. Con esta plata y algunos recursos que se allegó, pudo pasar á Mendoza á principios de 1823, donde hizo la vida de un pobre chaca-

---

(33) Carta de San Martín á Guido, de 21 de setiembre de 1822, á bordo del bergantín *Belgrano*.

(34) Carta de San Martín á Alvarado, de 20 de setiembre de 1822. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XLII).

rero (35). Allí recibió la noticia de la caída de O'Higgins y de que su esposa agonizaba en Buenos Aires en su solitario lecho nupcial. Sólo le quedaba en el mundo un amigo proscripto, y una hija fruto de su unión, que sería su Antígona, cuando ciego como Belisario, sólo le faltase pedir limosna en los caminos. Felicitó á O'Higgins por su caída. El ex-dictador, en marcha al ostracismo, le contestó: « Recibí los parabienes por mi separación del gobierno, » como una prueba de su amistad, y más grande don de » la providencia. — Después de tantos años de lucha, des- » canso! No puedo contar con otros fondos que los de la » hacienda del Perú (Montalván) que debo á su generosidad» (36). En los mismos días, el desterrado de Mendoza le escribía: «Se me asegura que el mismo día que usted dejó » el mando, se envió una partida para mi aprehensión. No » puedo creer semejante procedimiento; sin embargo, de- » searía saberlo para presentarme en Santiago, aunque des- » pués me muriese, y responder á los cargos que quisieran » hacerme» (37). Es el caso de exclamar como el poeta: *Oh! quanto è triste!*

---

(35) Carta de O'Higgins á San Martín, preso en Valparaíso, de 5 de marzo de 1823. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI).

(36) Véase «Las cuentas del Gran Capitán», por B. Mitre. — En el vol. LXVII, del Arch. San Martín se encuentran coleccionados todos los documentos comprobantes de las cuentas del Gran Capitán en el curso de su carrera. M. SS.

(37) Carta de San Martín á O'Higgins, de 1.° de marzo de 1823, M. S. (Papeles de O'Higgins, en Arch. Vicuña Mackenna).

VI

La retirada de San Martín del Perú, en medio de la plenitud de su gloria, con elementos bastantes para mantenerse en el poder y luchar contra el enemigo, fué un misterio para los contemporáneos, excepto para Bolívar, y á última hora, para su amigo Guido. Unos la calificaron de acto de abnegación á la manera de Wáshington. Otros la juzgaron como acto de deserción del hombre de acción desalentado, impotente para gobernar los sucesos. El tiempo ha disipado el misterio, y habilitado á la posteridad para pronunciar con conocimiento de causa el juicio definitivo, á que él mismo apeló, en su proclama de despedida.

San Martín, con su claro buen sentido y con su genial modestia, aunque violentándose á sí mismo según confesión propia, se dió cuenta exacta de la situación y de sus deberes para con ella, y los cumplió con prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien, y exclamó resignado: «¡El destino lo dispone así!» (38). No se creyó un hombre necesario, y pensó que la causa á que había consagrado su vida podía triunfar mejor sin él que con él. Al sondar su conciencia, debió comprender que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria y no tenía el derecho de exigir sacrificios al pueblo en holocausto de su predominio personal. Sin voluntad para ser déspota y sin el suficiente poder material para terminar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, eligiendo su hora, para descender antes de caer empujado por acontecimientos que

---

(38) Palabras de su carta á Bolívar, anunciando su resolución de retirarse do la vida pública.

no estaba en su mano detener. Comprendió que era un obstáculo para la reconcentración de las fuerzas continentales, y se apartó del camino abriendo paso á una ambición absorbente, que era una fuerza, y cuya dilatación era indispensable en último caso para el triunfo de la independencia sud-americana. Podía luchar, pero no estaba seguro de triunfar solo: Bolívar tenía en sus manos el rayo que á uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder colonial de la España en América, pero á condición de no compartir con él ni con nadie su gloria olímpica. Al reconocer el temple de sus armas, vió que le faltaban las fuerzas morales de la opinión, y que su ejército no estaba identificado con su misión de libertador como cuando en Rancagua le confiara su bandera. Al pasar revista á los once mil soldados libertadores por él reunidos en el último campo de batalla de la independencia, calculó que podía tentarse con ellos el último esfuerzo con probabilidades de éxito; pero en previsión de un contraste, á fin de no privar al Perú de la poderosa reserva de Colombia, que en todo caso restablecería el contraste y fijaría la victoria, se retiró, sacrificando estoicamente, como dijo, «hasta su honor militar». Previó, que en término fatal, su gran personalidad se chocaría con la gran personalidad de Bolívar, con escándalo del mundo, retardando el triunfo de la América con mayores sacrificios inútiles, y se eliminó. Como el centinela que ha cumplido su facción, entregó al vencedor de Boyacá y de Carabobo la espada de Chacabuco y Maipu, para que coronase las grandes victorias de las armas redentoras de las dos hegemonías sud-americanas.

Tal es el significado histórico y el sentido político y moral de lo que se ha llamado la abdicación de San Martín. No fué un acto espontáneo como el de Wáshington, al poner prudente término á su carrera cívica. No tuvo su origen, ni en un arranque generoso del corazón, ni en una idea abstracta. Fué una resolución aconsejada por el instinto

sano y un acto impuesto por la necesidad, ejecutado con previsión y conciencia. Resultado lógico de una madura reflexión, con el conocimiento de sí mismo y de los hombres y las cosas de su tiempo, lo que tiene de grande, es lo que tiene de forzado y de deliberado á la vez. Si no una abdicación voluntaria, fué una cesión de destinos futuros para asegurar mejor el beneficio de los trabajos de ambos libertadores, y ahorrar á la América sacrificios innecesarios, á costa del sacrificio de una ambición personal, que no era ya un factor necesario.

Aquí se ve lo falible que es el juicio y lo pobre del criterio de los pueblos, ofuscados por los hechos aparentes ó las palabras vacías de sentido. Sólo el tiempo, gran clasificador de los hechos y revelador de las verdades más ocultas, enseña á comprender y juzgar los actos y los documentos de la historia. Ha sido necesario que transcurriese un cuarto de siglo, para que la famosa proclama de San Martín dejase de citarse á la letra, como un monumento histórico, y como la manifestación del alma de un grande hombre en un momento supremo!

Si San Martín hubiese abdicado el mando por los motivos consignados en su proclama de despedida, sería indigno de su fama, y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros. Si en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese dejado una página inacabada y una misión por llenar, habría sido un poltrón y un desertor de su bandera que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiese abdicado, como lo dijo, «porque estaba aburrido » de oír decir que quería hacerse soberano», habría cedido á un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas de un varón fuerte. Si la consideración de que «la presencia de un militar afortunado era un peli» gro para un Estado que de nuevo se constituía», — repetición de lo que había dicho Bolívar antes, — obró en su

ánimo, sería un héroe de papel, henchido de humo y vanidad, revestido de una falsa magnanimidad, que otorgaba favores imaginarios cuando aun era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo dispensador. Para honor suyo había consignado los verdaderos motivos de su retirada en su carta á Bolívar, que esplanó con intimidad en las confidencias de su última noche peruana. La proclama de despedida que lleva su nombre, y que ha contribuído á extraviar el juicio de la posteridad, ó fué un disfraz de circunstancias para cubrir su retirada, fiel á la ley del silencio que se impuso, ó un manto de oropel que se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros. Lo único que hay de él en ese documento, es su espíritu de desinterés y su apelación al fallo de la posteridad.

La vida pública de San Martín termina aquí: pero su acción se prolonga todavía en la historia, acompañando, aunque ausente, la lucha de la emancipación sud-americana hasta su triunfo final, con la desaparición de los últimos restos del ejército argentino de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

CAPÍTULO XLVIII

TORATA Y MOQUEGUA. — ZEPITA. — PRIMER ENSAYO DE GOBIERNO NACIONAL DEL PERÚ

AÑOS 1822-1823

Un salto en las tinieblas. — El congreso peruano. — Organización de un nuevo poder ejecutivo en el Perú. — Bolívar ofrece todos sus recursos al Perú y son rehusados. — Actitud de los auxiliares colombianos. — Manifestaciones del nacionalismo peruano. — Plan de campaña trazado por San Martín. — Expedición á puertos intermedios. — Presagio de mal éxito. — Distribución de las fuerzas españolas. — Operaciones preliminares. — Batalla de Torata. — Derrota de Moquegua. — Destrucción del ejército del sud. — Fracaso de la expedición del centro al mando de Arenales. — Los auxiliares colombianos se retiran. — Desorganización y anarquía. — Riva Agüero presidente del Perú. — Trabajos de la nueva administración. — Nueva expedición á puertos intermedios. — Designios secretos de Bolívar. — Ocupación de Lima por Canterac. — Desorganización política del Perú. — Sucre, dictador militar. — Expedición de Sucre al sud. — Campaña de Santa Cruz al Alto Perú. — Batalla de Zepita. — Derrota de la expedición Santa Cruz. — San Martín es llamado al Perú. — Contestación de San Martín. — Bolívar en el Perú. — Es nombrado dictador del Perú. — Caída de Riva Agüero. — Bolívar, árbitro del Perú.

I

Uno de los más graves cargos que los contemporáneos hicieron á San Martín por su retirada del Perú, y que la historia ha repetido, es la manera precipitada en que la

efectuó, al dejar huérfano su ejército al mando de un general sin prestigio, y confiados los destinos del país que abandonaba á un congreso sin autoridad moral, ni más base de poder que el ejército mismo, odiado como todo ejército libertador en tierra extraña que pesa sobre ella, sin proveer nada para la organización de un gobierno eficiente (1). Es probable, que si el Protector hubiese postergado su retirada hasta arreglar todo esto á fin de coordinar voluntades dis-

---

(1) En un artículo publicado casi inmediatamente después de la retirada de San Martín, en un periódico que era el órgano de Riva Agüero, los enemigos del Protector le increpaban: «Se marchó, para no volver más, » dejándonos envueltos en una completa anarquía por las reliquias que por » lo regular le queda al que mandó, principalmente en un ejército cuya » moral estaba casi perdida del todo» («Abeja Republicana», núm. 5, de 11 de enero de 1823). — Impugnando el artículo de la «Abeja Republicana», los Amigos de San Martín decían: «El fastidio de la vida pública » le inspiró la delegación del gobierno protectoral para dedicarse absolu» tamente á consolidar la independencia con las armas y con la alianza » de la república de Colombia, y todo lo renunció en manos de la repre» sentación nacional, instalada por él con una celeridad quizá culpable á » los ojos de la filosofía y la política. El ejército abandonado brusca» mente, los jefes se quejaban de este acto imprevisto é inesperado para » ellos: buscaban un centro y no lo encontraban». («Impugnación al artículo contra el fundador de la libertad del Perú», en el número 5 de la «Abeja Republicana», pág. 16-17). — El general Guido, en una carta escrita en 22 de abril de 1823, pub. en el t. XIII de la «Rev. de Buenos Aires», dice: «La despedida del general San Martín fué el toque de alarma » de los partidos y el principio desorganizador del orden que sostenía con » empeño. En la situación en que dejó al Ejército Unido era indispensable » mandarlo á campaña. No había otro objeto que pudiera entretener su » moral. El general Alvarado no era llamado para dirigirla: su autoridad » carecía de prestigio». — El general Borgoño (chileno) escribía á O'Higgins con fecha 1º de noviembre de 1822: «No atinamos á indagar cuál fué el » objeto que el general San Martín se propuso con la instalación de un » congreso tan prematuro. Sin duda se equivocó en su cálculo. El resultado » es que ha dejado al país al borde de un precipicio y ha abierto las puertas » al genio ambicioso de Bolívar. Entonces verá el Perú lo que es un gobierno » militar, y entonces apreciará la moderación del Ejército Libertador, á quien » hoy detesta de corazón». (Papeles de O'Higgins). Véase Vicuña Mackenna «El general San Martín», pág. 68 (nota).

persas, no lo habría efectuado jamás; pero el hecho es, que dejó todo en verdadera acefalía, ejército y gobierno, sin rumbo y sin coherencia; mientras él daba su gran salto en las tinieblas. Fué más que una abdicación, un abandono del mando.

El congreso peruano se apoderó del poder abandonado en sus manos, y no sabiendo como organizarlo, reasumió en sí todas sus facultades y funciones, dando por razón que « distribuir y separar los poderes, sería lo mismo que reformar la constitución, y no podía por lo tanto desprenderse » de ellos» (2). Con arreglo á esta teoría, en vez de constituir un poder ejecutivo eficaz, nombró una junta de gobierno, compuesta de tres individuos de su seno, para que bajo su inmediata dirección lo desempeñase. Recayó el nombramiento en dos extranjeros y un peruano: el general La Mar, con el título de presidente, quiteño (de Cuenca); don Felipe Antonio Alvarado, argentino (de Salta) y hermano del general, que no tenía más título que éste y su participación en la pueblada contra Monteagudo; y don Manuel Salazar y Baquíjano, conde de Vista-Florida, natural de Lima, que no pasaba de ser un gran figurón de buen tono. Este triunvirato forastero y á pupilo, no satisfizo á nadie. La opinión pública, que anhelaba un gobierno propio, fatigada del mando de los extraños, lo recibió con tibieza y desconfianza. El partido de Riva Agüero, que era el más activo y populachero, se consideró defraudado en sus aspiraciones, y empezó á conspirar. En realidad, el nuevo gobierno, sin títulos personales, sin autoridad en el país y sin punto de apoyo en la fuerza pública, no tenía más sostén que la mayoría del mismo congreso, constituído desde su origen en camarilla política (3). El Perú no estaba

---

(2) «Diario, etc. del Congreso constituyente del Perú», cit., t. I, pág. 16.

(3) «Los partidos que á la salida de usted estaban ya indicados, trabajan » descaradamente, se disputan el camino para ascender al mando, minan

todavía bien preparado para gobernarse á sí mismo, ni salvarse solo sin el auxilio extraño. Faltando el Protector, vendría el Libertador. Dos dictaduras sucesivas bajo hegemonía extraña.

Bolívar, que en su entrevista con San Martín, se había ya manifestado irresoluto para abrir campaña sobre el Perú, y declinado el ofrecimiento del mando en jefe, bajo el pretexto de que el congreso no lo autorizaría á ausentarse del territorio de Colombia, así que vió desaparecer al Protector de la escena, se apresuró á ofrecer sin reserva todos los recursos militares para poner término á la guerra de la independencia. Por medio de una nota firmada por su secretario, significó al nuevo gobierno: «Aunque el Protector » del Perú en su entrevista en Guayaquil, no hubiese mani- » festado temor de peligro por la suerte del Perú, el Liber- » tador se ha entregado desde entonces á la más constante » meditación, aventurando conjeturas que mantienen en la » mayor inquietud su ánimo. Ofrece desde luego todos los » servicios de Colombia. Se propone mandar al Perú 4.000 » hombres más de los que se han remitido, si el gobierno » del Perú acepta este nuevo refuerzo. En caso de remitirse » esta fuerza, el Libertador desearía que la campaña del » Perú se dirigiese de un modo que no fuese decisivo, y se » esperase la llegada de los nuevos cuerpos de Colombia » para obrar inmediatamente incorporados al ejército alia- » do. Son sus designios ulteriores (los del Libertador) en

---

» la opinión del congreso, y dividen de consiguiente la del pueblo. Estas » maniobras, cuando no se presenta un solo hombre que reuna todos los » partidos, van amontonando combustibles para el gran incendio. Falta sis- » tema en el gobierno, falta apoyo en la masa general, y el congreso es » insuficiente para inspirarle el nervio que requieren las circunstancias. ¿Qué » debe esperarse de esta perspectiva? Nada, sino una horrorosa anarquía, » ó el que el general Bolívar, llamado por los mismos sucesos, venga á » coronar la obra». (Carta de Guido á San Martín, de 28 de octubre de 1822. Arch. San Martín, vol. LVIII). M. S.

» el caso de que el ejército aliado no venga á ser vencedor,
» se retire hacia el norte, de modo que pueda recibir seis
» ú ocho mil hombres de refuerzo que irían inmediatamente.
» De todos modos, es el ánimo del Libertador hacer los ma-
» yores esfuerzos por rescatar el Perú del imperio espa-
» ñol» (4).

Al negarse Bolívar por ambición á compartir su gloria con San Martín y declinar hasta la sumisión de su rival en el mando superior de las armas, no comprendió que éste le allanaba el camino. San Martín, al retirarse, para abrir á Bolívar las puertas del Perú, no previó, que al proveer á la seguridad militar del país y despertar el espíritu nacional, se las cerraba por el momento, y lo obligaría al fin á forzarlas, venciendo las resistencias de los mismos peruanos. El gobierno del Perú, poseído de un sentimiento de nacionalismo, que desconfiaba de las intenciones de Bolívar, que veía en el nuevo ofrecimiento una amenaza de dominio extraño sostenido por un poder militar sin contrapeso, lo declinó con frialdad y contestó tardíamente, que «haría uso
» oportunamente del auxilio, y que entre tanto sólo necesi-
» taba fusiles por su justo precio» (5). El retardo de la contestación, puso en alarma á Bolívar, impaciente por dominar en el Perú, y para hacerla forzosa á fin de que su ofrecimiento fuese aceptado, dictó órdenes preventivas, en el sentido de neutralizar el auxilio prestado: «Parece, —
» escribió al jefe de la división colombiana en el Perú, —
» que el Perú, ó tiene demasiadas fuerzas sobre qué contar
» ó quiere ver perecer su libertad; y pues parece que se
» duda de la rectitud de los deseos del Libertador, previene

---

(4) Ofi. del secretario del Libertador Bolívar al Gob. del Perú, de 9 de setiembre de 1822. («Memorias» de O'Leary, t. XIX, docs. págs. 370-371).

(5) Ofi. del Gob. del Perú al secretario del Libertador Bolívar, de 25 de octubre de 1822. («Docs. para la Hist. del Libertador», t. VIII, pág. 555).

» que la división colombiana no sea comprometida en nin-
» gún caso sin probabilidad de buen suceso, y en caso de
» revés ó de no creer que deba comprometerse, se repliegue
» al territorio de Colombia» (6). Al recibir la contestación retardada, el Libertador ofendido, reiteró sus órdenes á fin de que la división prestada no «se comprometiese en ningún
» caso sin la más absoluta probabilidad de buen suceso, y
» salvarla á todo trance, avisándolo así al gobierno del
» Perú» (7). Esto, y negar todo concurso, era todo uno. La actitud del jefe de la división de Colombia, — el general Juan Paz del Castillo, — era, en consonancia de estas instrucciones, más bien la de un neutral hostil que la de un auxiliar, y la arrogancia de sus tropas irritaba la susceptibilidad peruana.

El congreso, se hizo el órgano de todas estas desconfianzas y susceptibilidades, á que dió la importancia de una cuestión nacional, y las convirtió en ley. «¿Hasta cuando,
» exclamó un diputado, existirá el Perú bajo la tutela de
» sus tropas auxiliares? ¿Hasta cuando carecerá de una
» fuerza propia? ¿Por qué han de ser enrolados los perua-
» nos para llenar el déficit de las tropas auxiliares?» Otro diputado decía: «El Perú necesita levantar una fuerza ar-
» mada, capaz por sí sola de destruir las legiones enemigas
» que ocupan parte de su suelo; necesita un ejército suyo
» en todo sentido para asegurar su independencia políti-
» ca» (8). En armonía con estas inspiraciones, se dispuso

---

(6) Instrucciones de Bolívar al jefe de la división colombiana en el Perú, de 15 de noviembre de 1822. (O'Leary: «Memorias», t. XIX, pág. 397).

(7) Ofi. de Bolívar al jefe de la división colombiana en el Perú, de 9 de enero de 1822. (O'Leary: «Memorias», t. XIX, pág. 430).

(8) Sesiones secretas del Congreso del Perú, de 6 y 7 de noviembre de 1822, apud. Paz Soldán, cat. M. S. 440.

que todas las vacantes civiles se proveyeran de preferencia con peruanos, y las del ejército y marina con sólo oficiales peruanos (17 de noviembre de 1822). Esta ley fué votada con grandes aplausos. En seguida, dictó el congreso las bases de la constitución política, haciendo por la primera vez su confesión republicana. Dió á la nación la denominación de «República Peruana», sobre la base fundamental de que la soberanía residía esencialmente en el pueblo y que su gobierno sería popular representativo, sin que el poder ejecutivo pudiese ser nunca vitalicio ni hereditario (16 de diciembre de 1822). Esta cláusula iba contra la presidencia vitalicia de Bolívar, que rechazada en Colombia, era una amenaza para la América.

Esta era la situación moral, política y militar del Perú á los tres meses de la separación del ex-Protector, en vísperas de abrirse la campaña por él preparada.

II

El plan de campaña de San Martín — último destello de su genio militar al apagarse, — bien que complicado en su desarrollo, reposaba sobre ideas muy sencillas, aun cuando adoleciese del defecto capital de no ser decisivo. Dada la extensión de la línea española desde Pasco hasta Potosí á lo largo de la cordillera central, y dueños los independientes del punto de ataque por agua ó por tierra, — circunstancia que equilibraba las fuerzas en acción, — la solución del problema consistía en atacar el punto más débil, y batir en detalle sus divisiones fraccionadas dentro de esta zona, antes de que pudiesen operar su reconcentración. Al efecto, un cuerpo de ejército, debía amagar seriamente la derecha enemiga para impedir que reforzase su centro, y hacer una

poderosa diversión por su izquierda mientras el cuerpo principal cortaba la línea de operaciones de los realistas, interceptando sus comunicaciones. En ejecución de este plan, el ejército del sud, mandado por Alvarado, debía desembarcar en puertos intermedios, reforzarse allí con una división chilena, que le llevaría los caballos necesarios, y penetrar al interior del país como una cuña. Su objetivo inmediato, era Arequipa y el Cuzco, y su objetivo ulterior el Alto Perú, contando con la cooperación del guerrillero Lanza, y una diversión que se verificaría al mismo tiempo desde el territorio argentino por la frontera de Salta (9). El ejército del centro, al mando de Arenales, debía marchar sobre Jauja, con poder suficiente para neutralizar las fuerzas que ocupasen el valle, ó destruirlas si eran más débiles. En el caso de que el enemigo se replegase para operar su reconcentración más á retaguardia, ocupar sólidamente la sierra del sud y del centro, promover la insurrección en toda la región andina y remontar el ejército invasor, obrando en combinación y simultáneamente ambos ejércitos.

Tal era el plan de campaña trazado por San Martín al retirarse del Perú, y que el gobierno que le sucediera se decidió á poner en ejecución (10). La combinación era

---

(9) El comisionado de San Martín para preparar la expedición argentina, que lo era don Antonio Gutiérrez de La Fuente (véase cap. XXV, § VI), en oficio de 28 de noviembre de 1822, escribía al general Alvarado desde Valparaíso, por encargo del mismo San Martín: «Logré reunir en una entre» vista á los Sres. Bustos (gobernador de Córdoba) y Urdininea (gobernador » de San Juan), de la cual resultó, según consta por acta que firmaron, que » concurriendo algunos pueblos de las Provincias Unidas, debía marchar » precisamente el Sr. Urdininea con 500 hombres hacia el Perú para fines » de diciembre». M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII).

(10) «Comprometido mi honor á llevar adelante el plan de operaciones » preparado por el general San Martín, esperé á que se formase un gobierno, » como se practicó por el congreso... el que dió su aprobación al plan » establecido por el Protector, y tuvieron lugar conferencias repetidas con

relativamente buena, pero contingente; aun en el caso de buen éxito no hería el poder enemigo en el corazón. Si bien cada uno de los dos cuerpos de ejército, podía prometerse ventajas parciales, el éxito de la campaña dependía de la simultaneidad de sus movimientos á fin de impedir la reconcentración del enemigo en un punto de ataque, y aun obrando en combinación en el punto de convergencia, la cuestión tenía que decidirse por una batalla ulterior en otras condiciones.

El grueso del ejército realista, al mando de Canterac, estaba establecido en la sierra del centro, desde Jauja á Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera, en reemplazo del general Ramírez Orozco, que se había retirado á España, dando por perdida la América. El virrey La Serna tenía su cuartel general en el Cuzco, con una reserva lejana en Puno. El ejército de Olañeta se hallaba en Potosí, y la división de Valdés, estaba á la sazón ocupada en pacificar el norte del Alto Perú, conmovido por el guerrillero Lanza. Por consecuencia, el ataque simultáneo por el sud y el centro, obligaba al ejército realista en la sierra del centro á cubrir su izquierda y proteger su retaguardia, y en caso de no hacerlo así, perder sus comunicaciones y quedar aislado en el valle de Jauja, contra dos ejércitos uno sobre su frente y otro sobre su único flanco de retirada.

» el general Arenales y conmigo». — «Mem. hist. biog.» del general Alvarado (Arch. San Martín, vol. LXXII) M. S. — El general Alvarado, en su citada «Mem. hist. biog.», da otra versión y variante del plan de San Martín: « El Protector reunía un convoy de buques de transporte en el puerto del » Callao, dotados de abundantes víveres, municiones y demás útiles de gue» rra, como para operar largo tiempo á larga distancia de la capital. Cono» cidos por el público estos aprestos, me hizo saber el general su proyecto » de operar al sud para llamar allí la fuerza del general Canterac, situado » en la sierra (de Jauja y Huancayo), y poder ocupar con menos resistencia » esas provincias, por otra fuerza, debiendo yo mandar la expedición del » sud y el general Arenales la de la sierra». M. S.

El núcleo sólido del ejército del sud, que debía operar por puertos intermedios, lo componían los cuerpos veteranos vencedores de Chacabuco y Maipu: — El regimiento Río de la Plata (11), el batallón núm. 11 y los Granaderos á caballo de los Andes; los batallones núm. 2º, 4º y 5º de Chile, y el batallón núm. 1º de la Legión Peruana, en todo 4.490 hombres (12), de los cuales 1.900 soldados argentinos, 1.200 chilenos, y el resto peruanos, con una dotación de 10 piezas de montaña (13). Embarcada la expedición en el Callao, en los transportes que había dejado preparados San Martín, demoróse su salida (fines de setiembre de 1822). El general dirigió con este motivo una especie de intimación al gobierno: «El ejército de los Andes y el de » Chile, están resueltos á expedicionar. Convencidos de lo

---

(11) El «Regimiento Río de la Plata», se componía de los batallones núm. 1, 7 y 8 de los Andes refundidos en dos batallones al mando del coronel Correa (argentino).

(12) De éstos quedaron en tierra 536 hombres por enfermos, al tiempo de embarcarse la expedición, según estado cit. por Paz Soldán. (Cat. M. S. núm. 441).

(13) Tomamos este dato por lo que respecta á la proporción de los soldados argentinos, de un estado de fuerza de 30 de junio de 1822, cuyo detalle es el siguiente: Artilleros, 84; Regimiento Río de la Plata, 928; batallón núm. 11, plazas 382, y Regimiento Granaderos á caballo de los Andes, 467, más 50 oficiales, que suman 1.911 argentinos. M. S. (Arch. San Martín, vol. LI). — Según Míller, «Memorias», t. II, pág. 5, la proporción de la fuerza argentina al tiempo de la expedición era algo mayor, a saber: Río de la Plata, 1,100, núm. once, 350, y Granaderos á caballo, 509, ó sea un total de 1,959 hombres sin contar la artillería y un escuadrón de Granaderos que se incorporó después. Según el mismo Míller, el total de la fuerza chilena ascendía á 1,200 hombres, y la peruana (que iba bajo sus inmediatas órdenes), á 700. — Paz Soldán, en su «Hist. del Perú Indep.» (2.º período), pág. 21, se limita á decir, que la «expedición constaba de 3,953 hombres de todas armas» embarcados, descontando 536 enfermos, pero sin detallar cuerpos ni nacionalidades, que sin embargo designa luego en el curso de su narración. — Algunos escritores americanos aseveran que la dotación del ejército independiente era de 20 piezas de artillería; pero los españoles que se apoderaron de ellas, sólo hablan de 10 piezas.

» ventajoso y necesario de esta marcha, desde el jefe hasta » el último soldado no aspiran sino á marchar y buscar al » enemigo por el sud. Yo aseguro, que si se le trastorna » su salida, si se varía de plan, un descontento general va » á tomar el lugar del entusiasmo; la desmoralización será » el primer resultado, y un desorden total será el término. » El ejército expedicionario se pierde si no se le deja mar- » char. Lo aseguro una y otra vez, y su pérdida va á ser » el último golpe. Antes que suceda esta catástrofe, y si » es que se resuelve no mandar ó demorar siquiera la expe- » dición, hago renuncia de mi cargo de general en jefe del » ejército expedicionario» (14).

El general Alvarado, antes de embarcarse, llamó al jefe de la división colombiana, Juan Paz del Castillo, — el mismo, que como se ha dicho, había servido en el ejército de los Andes, — y le manifestó, que reunidos en las fuerzas bajo sus órdenes los pabellones del Perú, Chile y la República Argentina, le sería grato llevar por lo menos un cuerpo que uniese á ellas la bandera de Colombia. Paz del Castillo contestó que no estaba autorizado para ello. Alvarado le exhibió entonces una carta del Libertador, en que le recomendaba la división y la ponía en cierto modo bajo sus órdenes. El jefe colombiano se negó absolutamente á cooperar á la empresa de puertos intermedios.

Bajo estos desfavorables auspicios zarpó la expedición del puerto del Callao en la primera quincena de octubre (1.° á 15 de octubre de 1822). Retrasada en su viaje por las calmas de la estación y algunos accidentes de los transportes, tardó cincuenta y siete días en avistar los puertos intermedios del sud. Aun era tiempo obrando con activi-

---

(14) Ofi. del general Alvarado al gobierno del Perú, de setiembre de 1822, M. S. (Papeles del general Alvarado en el archivo del Dr. A. J. Carranza).

dad; pero por otras causas, la campaña se abrió tardíamente, bajo auspicios más desfavorables, sin plan fijo y sin resolución. Todo auguraba una catástrofe.

III

El general Alvarado se dirigió con el primer convoy de la expedición al puerto de Iquique, al sud de Arica, que comunica con los valles de Tarapacá, Azapa y Lluta, y también con Tacna y el Alto Perú. Allí echó á tierra el batallón núm. 2 de Chile que se hallaba muy bajo (160 plazas) con el objeto de que se remontase y promoviese la insurrección en los valles, á la vez de reunir elementos de movilidad de que carecía (7 de diciembre). Parece también que su objeto era abrir comunicaciones con la división de Lanza, y en efecto se dirigió oficialmente por esta vía, haciéndole saber su presencia sobre las costas, pero sin darle instrucción alguna respecto de ulteriores operaciones combinadas (15).

El 3 de diciembre hallábase reunido todo el convoy de la expedición en el puerto de Arica. Desde este momento todos los movimientos del general en jefe independiente, empiezan á resentirse de vacilación y lentitud. Parece que la responsabilidad le pesaba y que no encontraba dentro de sí mismo inspiraciones para dar impulso á la empresa que le estaba encomendada, en que la actividad y la reso-

---

(15) Ofi. de Alvarado al coronel Lanza, de 9 de diciembre de 1822. M. S. (Papeles de Alvarado en Arch. del Dr. A. J. Carranza). — Paz Soldán, en su «Hist. del Perú Indep.», dice que Alvarado llegó á Iquique el 11 de diciembre, en lo que está equivocado. El mismo Alvarado, en carta á San Martín de 18 de diciembre de 1822, en Arica, dice: «El 7 del actual me retiré de Iquique». M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII).

lución era la primera condición de éxito. «Emprenderé bien » pronto la marcha que me indica el honor y la necesidad, » decía con desmayo. El general San Martín cargó sobre » mis hombros un peso que solo él podía soportar. La em» presa me parece demasiado penosa, y conozco debo lla» mar á mi favor toda la firmeza posible para arrostrar » tamañas dificultades. Con todo, no desfallece mi espíritu, » y tengo una esperanza del triunfo» (16). Su primera idea fué desembarcar en Arica; pero después pensó en dirigirse más al norte, en la suposición que un ataque de flanco sería más ventajoso que uno de frente (17). El itinerario de la expedición estaba, sin embargo, trazado histórica y geográficamente. Conocemos ya la comarca que iba á ser el teatro de la guerra, donde Míller en la primera campaña á puertos intermedios, había ejecutado con tan pequeñas fuerzas operaciones tan notables, eficazmente auxiliado por los recursos del país y la decisión de sus habitantes por la causa de la independencia (véase cap. XXXI, § III y IV). Con un ejército muy superior al que el enemigo podía presentarle, Alvarado permaneció durante tres semanas en inacción en Arica, sin decidirse á tomar un partido. Llamó á Míller para aconsejarse, quien le manifestó francamente,

---

(16) Carta de Alvarado á San Martín de 17 de diciembre de 1822. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII).

(17) «El enemigo ha estorbado menos de lo que pensé, en mis corre» rías. Con ellas me he hecho de algunos elementos que favorecen mi » próximo movimiento, que pienso sea reembarcando mi infantería hasta » la Calera de la Quiaca, cuyo movimiento seguirá por tierra la caballería, » con el doble objeto de incorporárseme en Sama entre una y otra de » las posiciones enemigas (Tacna y Moquegua), pues el ataque que » pudiera yo emprender de frente sería eludido con facilidad, y perdería » sin duda muchos hombres, si el enemigo dueño de las posiciones » que le presta el terreno, se defendiese, y por la travesía de 14 leguas » que nos divide (de Arica á Tacna) que con mil dificultades podrían » superarse por nuestros soldados». (Carta de Alvarado á San Martín, de 18 de diciembre de 1822, en Arica. (Arch. San Martín, vol. LVII) M. S.

que «estando esparcidas en puntos tan distantes las divisio-» nes del enemigo, y siendo tan favorable la posición de los » patriotas, cualquier plan que se adoptase sería bueno, con » tal de que se tomase la ofensiva, sin perder tiempo, ya » con dirección á Arequipa, ya sobre la Paz ó Potosí» (18). El general convino en todo; pero luego encomendó á Míller una diversión más al norte, con 120 hombres, con el objeto de llamar la atención del enemigo por el flanco izquierdo (19).

El general Alvarado, ha disculpado su inacción por la falta de elementos de movilidad, á causa de haberlos retirado con anticipación el enemigo, y porque de los 700 caballos conducidos desde Chile, sólo 400 llegaron, con retardo y en muy mal estado (20). La explicación podría ser atendible, si después de los dos meses perdidos en la navegación, las tres semanas de inacción no hubiesen sido de vida ó muerte. En la ofensiva estaba la victoria probable. En la detención, por cualquier causa que fuese, estaba la derrota segura. No había que trepidar. Con caballos ó sin ellos, debía abrirse la campaña. Cuando se recuerda el desembar-

---

(18) Míller: «Memorias», t. II, pág. 13.

(19) En este punto están hasta cierto punto contestes las Memorias de Míller y Alvarado, y lo confirma la «Contestación» del general Enrique Martinez á las «Memorias» de Míller.

(20) Alvarado: «Mem. hist. biog.» cit. M. S. — Sin embargo, como se ha visto en nota anterior, el mismo Alvarado en carta confidencial á San Martín le decía, que «el enemigo había estorbado menos de lo que » pensaba sus correrías para hacerse de elementos de movilidad», y esto cuando aún trepidaba entre dirigirse directamente á Tacna ó más al norte. — San Martín tenía como corresponsal un peruano conocedor del país, llamado Bernardo Landa — del mismo apellido del famoso vaqueano de Míller en la anterior expedición de Míller á intermedios, — quien le decía en carta de 22 de diciembre de 1822: «No juzgué encontrar tantos » auxilios como se han hallado en este punto. Apenas asomaron los buques, » empezaron á venir mulas, caballos; antes que llegasen los de Chile, » ya se habían montado 200 hombres. Mulas, se han presentado de 900 » á 1.000, más que menos, traídas por los dueños que las tenían escon-» didas». M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII).

co de San Martín en Huacho, con sólo 3.500 hombres, al frente de un ejército enemigo dos veces superior en número, para ir á tomar la línea de Huaura con sólo 25 caballos, vése que lo que faltaba no eran elementos de movilidad, sino una cabeza y una voluntad firme que diese impulso vigoroso á las operaciones ofensivas (véase cap. XXVII, § V).

Las divisiones españolas posesionadas de la sierra, se hallaban diseminadas, — según antes se apuntó, — en una extensa línea de más de 2.000 kilómetros, desde Pasco hasta Potosí. El grueso de su ejército, al mando de Canterac, fuerte como de 5.000 hombres, hallábase situado en la sierra del centro desde Jauja hasta Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera, según queda dicho. El virrey estaba en el Cuzco con una pequeña guarnición. La reserva, que no pasaba de mil hombres, estaba en Puno al mando de Carratalá. Valdés con su división se hallaba en La Paz, ocupado en la pacificación del sud del Desaguadero, después de haber obligado á Lanza á replegarse á las inaccesibles montañas de Ayopaya. Olañeta estaba en Potosí con poco más de 2.000 hombres. Pisco y el valle de Ica estaban defendidos por una pequeña división al mando de Rodil. Todos los puntos intermedios desde Quilca hasta Iquique, estaban tan sólo ocupados por algunos destacamentos de mera observación. Entre las divisiones mediaban centenares de kilómetros, de caminos escabrosos y desiertos al través de la montaña. Se necesitaba un mes por lo menos para reunir un ejército respetable en el punto de ataque. Para todo dió tiempo la lentitud con que se desarrolló la expedición á puertos intermedios y la inacción de ella en Arica.

Al anuncio de la invasión, el virrey dispuso que una parte del ejército de Jauja, se reconcentrase en el Cuzco, dejando el valle cubierto con el resto, y que Carratalá avanzase á su frente para cubrir la posición de Arequipa, per-

maneciendo á la espectativa hasta que los independientes señalaran decididamente su plan de internación á la sierra. Ordenó á Olañeta que con el grueso de su fuerza marchase sobre la costa por las altiplanicies del Alto Perú en dirección á los valles de Azapa y Tarapacá. Dispuso que Valdés con su división, acudiera á marchas forzadas á cubrir Arequipa, como el punto céntrico que debía recibir el primer ataque y avanzara sobre las vertientes occidentales de la cordillera en observación de los invasores. Canterac se movió en consecuencia de Huancayo con dos batallones y cuatro escuadrones que sumaban 2.400 hombres, dejando otros tantos en Jauja á cargo de Loriga. Valdés, poniendo alas en los pies de sus ágiles soldados serranos, fué el primero que se presentó á cubrir el punto amenazado. Cuando las primeras velas de la expedición se avistaron en Arica, ya el activo general español coronaba las alturas de Moquegua en la sierra con 1.750 infantes, 750 hombres de caballería y 4 piezas de artillería. A pesar de la relativa inferioridad numérica, resolvióse á disputar el terreno, fiado en lo fuerte de sus posiciones, — que conocía bien, — y en el apoyo del ejército de Canterac que avanzaba á marchas forzadas en su sostén.

IV

La primera señal de vida que dió el general invasor, fué la ocupación de Tacna, por el regimiento Río de la Plata y los Granaderos á caballo de los Andes, con 4 piezas de artillería (24 de diciembre). Ocho días después (1.° de enero de 1823), esta vanguardia destacada á 72 kilómetros de la reserva, con un desierto intermedio, era reforzada con los batallones núm. 5 de Chile y núm. 11 de los Andes, á órdenes del general Enrique Martínez, segundo jefe del ejército. En el mismo día, señalóse la presencia del enemi-

go en Calana, á diez kilómetros al N. E. Era el general Valdés, que suponiendo que la fuerza allí situada no pasaba de mil hombres, había pensado sorprenderla con 400 infantes montados en mula, 400 hombres de caballería y 2 piezas de artillería. Con tal intento habíase movido desde Sama en la tarde del 31, al través de un árido arenal de 50 kilómetros sin agua. Extraviado por los guías en la oscuridad de la noche, al amanecer del día siguiente (1.° de enero de 1823) no estaba á la vista de Tacna. Viendo que la sorpresa no era ya posible, inclinóse sobre su izquierda, y acampó en Calana, sitio abundante en agua y forrajes, á 17 kilómetros de la ciudad. Su situación era peligrosísima. No podía desandar el camino hecho (que sólo es transitable en la noche) sin exponer su tropa á perecer en la travesía. Sus cabalgaduras estaban fatigadísimas por una rápida y penosa marcha de doce horas. La fuerza de que disponía no alcanzaba ni á la mitad de la que tenía á su frente.

El general Enrique Martínez se hallaba á 10 kilómetros de Tacna con los batallones 4.° de Chile y núm. 11 de los Andes al amanecer del día 1.°, después de una marcha de 50 kilómetros al través de otro arenal. Señalada la presencia del enemigo en Calana, dispuso que la fuerza que ocupaba la ciudad (1.200 hombres), eligiese una buena posición y esperase su incorporación. A las 11 de la mañana recibió parte de que los realistas avanzaban en son de ataque. Adelantóse personalmente para reconocer el campo. El enemigo ocupaba el camino que conduce á la cordillera, parapetado por su izquierda con zanjas y tapiales, y una altura sobre su derecha. Parecía dispuesto á la pelea. Era un ardid de Valdés, que considerándose perdido, — como lo confesó después, — hacía cara fea al enemigo, para ganar tiempo y salvarse. Martínez no se decidió á atacarlo. Limitóse á hacer observar sus movimientos con un batallón del Río de la Plata, y el regimiento de granaderos á caballo, á la espera del resto de su fuerza. A la una del día

estaba reunida toda la vanguardia argentino-chilena en número de más de 2.000 hombres, de las tres armas, contra ochocientos (21). En vez de ganar el tiempo perdido, el general independiente dispuso que un batallón y un escuadrón marchase á tomar la altura de la derecha del enemigo con el objeto de flanquearlo, y avanzó algunas guerrillas á la vez que su artillería disparaba algunos tiros perdidos. Los realistas, al observar el lento movimiento envolvente, reconcentran sus fuerzas y se ponen en retirada. Entonces se adelanta toda la caballería independiente para comprometer el ataque. Ya era tarde. El sol se ponía en el horizonte. La columna de Valdés, había ganado el día. Después de sostener algunas guerrillas de retaguardia y cambiar algunos tiros de cañón, se replegó á Pachía, diez kilómetros más al N. E., donde pasó la noche sin ser hostilizada. Al día siguiente, continuó la retirada por el pie de la sierra y volvió á ocupar su anterior posición de Moquegua (22).

---

(21) Según se detalló en nota anterior de este capítulo, el regimiento Río de la Plata constaba de más de 900 plazas, el núm. 11 de 380, el regimiento de Granaderos á caballo de 460, que suman 1,740 soldados argentinos, sin contar el núm. 4 de Chile, que según el último estado de Lima tenía más de 600 plazas, lo que da un total de más de 2,300 hombres. El general Martínez, en su «Contestación á un pasaje de las Memorias de Míller» (op. en 6 pág. en fol.), no hace mención de su fuerza pero tampoco dice que fuese inferior á la del enemigo, la que computa en 1,500 infantes y 500 hombres de caballería. Es un hecho fuera de cuestión que la columna de Valdés no pasaba de 800 hombres, según el testimonio unánime de los historiadores americanos y españoles.

(22) El general Martínez, en su «Contestación» citada, explica este hecho del modo siguiente: «El enemigo se puso en retirada, la que le » era fácil, en razón de que los dos mil hombres de que se componía » (*ya se ha dicho que eran sólo* 800) estaban perfectamente montados. » La mayor parte de la infantería (*independiente*) estaba demasiado fati- » gada y la caballería no podía destinarse á perseguir un cuerpo de » ejército que llevaba 1,500 infantes. Por otra parte, tenía órdenes termi- » nantes del general en jefe de no abandonar á Tacna». — Debe saberse, que Pachía, donde pasó la noche del 1.° de enero la columna de Valdés, es como un arrabal rústico de Tacna, de que sólo dista 36 kilómetros y

El general Alvarado permanecía mientras tanto en Arica con el resto de sus fuerzas. Al fin se decidió á abrir la campaña. El 13 de enero ocupó el valle de Locumba, con la resolución de marchar sobre Moquegua. Era precisamente lo que Valdés se proponía: atraerlo al camino de antemano por él reconocido, donde le era fácil oponerle una eficaz resistencia por el frente, y por donde esperaba á su retaguardia el apoyo de Canterac, que le aseguraba la victoria. Empero, tan ignorante del avance de Alvarado, como éste lo estaba de sus movimientos, destacó al coronel Ameller con tres compañías de infantería y 125 caballos, con el objeto de sorprender la vanguardia independiente, que consideraba muy débil. Después de una larga y fatigosa marcha por caminos de travesía, se encontró Ameller al amanecer del día 14 á tiro de cañón de todo el ejército independiente. El jefe español, emprendió en orden su retirada hacia el norte de Locumba, disputando el terreno, y débilmente perseguido por el espacio de 15 kilómetros, consiguió reunirse á la división de Valdés en Moquegua. También se malogró esta oportunidad brindada para dar un golpe al enemigo, que estableciese por lo menos el predominio moral al abrir la campaña. Todo indicaba que este predominio estaba del lado de los realistas, que no se economizaban y se movían, y cuando se veían en apuros, sabían hacer frente con serenidad á los peligros, y salvar intactas sus tropas de lances en que, vigorosamente atacados, habrían seguramente sucumbido.

Después de este segundo fracaso negativo, que muy poco prometía, penetró Alvarado con su ejército en masa en la amena quebrada de Moquegua, por cuyo centro corre el río de Ilo. El 17 estaba en la Rinconada, á 25 kilómetros del pueblo de Moquegua, donde el río Torata se derrama en el

---

20 kilómetros de Calana (punto del encuentro), por camino llano con agua y forrajes en abundancia.

Ilo, y empiezan los viñedos que constituyen la riqueza de la comarca. El mismo día, Valdés escribía á Canterac: «Hasta » ahora todo ha salido á medida de mis deseos. El enemigo » sin advertirlo marcha á su total destrucción» (23). Efectivamente, la campaña de intermedios estaba perdida. El cuerpo de ejército de Canterac se hallaba á tres jornadas de Torata, y el de Valdés convergía al mismo punto, de antemano elegido para dar allí á hora fija la batalla decisiva con la ciencia y conciencia del triunfo.

V

El 18 ocupó sin resistencia el ejército independiente la ciudad de Moquegua, después de un ligero tiroteo de avanzadas. Esta ciudad, situada en una hondonada más abajo de la confluencia de los ríos Ilo y Torata, está dominada al este por una montaña cortada á pique que se levanta 300 metros sobre el nivel del valle y sólo tiene una salida accesible. Desde este punto resolvió Valdés disputar el terreno palmo á palmo. La naturaleza lo favorecía. Desde Moquegua, el terreno forma una serie de alturas sucesivas y encajonadas, fáciles de defender contra fuerzas muy superiores, y que se prolongan hasta los altos de Valdivia á espaldas del pueblo de Torata. Los realistas coronaron de guerrillas todas las alturas, estableciendo emboscadas en las escabrosidades laterales. El ejército independiente marchó de frente en guerrillas y desalojó sucesivamente á los realistas de sus posiciones, que perdieron como 300 hombres en esta valerosa y bien conducida retirada (24). En Torata

---

(23) Ofi. de Valdés á Canterac de 17 de febrero de 1823 («Boletín Ext. del ejército nacional (*realista*) de operaciones», núm. 20).

(24) Espejo: «Rasgos hist. biog. del coronel Pringles», pág. 82.

hizo pie firme y tendió Valdés su línea de batalla, en las faldas de los altos de Valdivia, sobre el camino de Puno, á la espera del cuerpo de ejército de Canterac, que se hallaba á poco más de una jornada de distancia. El 19 á las 4 de la tarde, los dos ejércitos estaban frente á frente. Los independientes llevaron sobre la marcha el ataque sobre la falda del cerro empeñándose un vivo fuego de fusilería. En ese momento, desplegó en tiradores un batallón español y cubrió el centro al grito de: *¡Aquí está Gerona!* Simultáneamente apareció coronando los altos de Valdivia una parte del refuerzo de Canterac, y lanzó otro estruendoso grito: *¡Viva el rey!* que repercutió en todas las concavidades de la montaña. La batalla cambió de aspecto. La victoria se decidía por las armas del rey de España, merced á la pericia de sus esforzados generales y ágiles soldados. Canterac, que se había adelantado con un destacamento, dispuso reforzar su flanco derecho, por donde la izquierda independiente avanzaba en columna, sostenida por la caballería y ganando terreno. La derecha realista rechazó este «temible ataque», como lo llama Canterac. Inmediatamente toda la línea realista cargó de frente sobre la infantería de los independientes, que agotadas sus municiones, volvió caras, y fué fusilada por la espalda, dejando el campo sembrado de cadáveres (25). El sol se ocultaba en esos momentos en

---

(25) El general Alvarado pasó el parte oficial de esta batalla, que se publicó en Lima en el núm. 11 de la «Gaz. del Gobierno», de 5 de febrero de 1823, en el que también habla de la subsiguiente jornada de Moquegua. En su «Mem. hist. biog.) dice, sin embargo, que no se halló en Torata. He aquí sus textuales palabras: «Nada he dicho intencionadamente del » combate habido en Torata cuarenta y ocho horas antes del de Moque- » gua, porque no me encontré en él, y porque mi juicio no se estimará » imparcial». (Arch. San Martín, vol. LXXII). De esto resultaría que nadie mandó la batalla de Torata, pues el general Enrique Martínez, que era el segundo jefe del ejército, en su «Contestación á las Memorias de Miller», cit., pág. 4, se refiere tan sólo á disposiciones dadas al tiempo de emprender la retirada, lo que haría suponer que sólo llegó en ese momento.

el horizonte. El mismo día y en las mismas horas de esta triste derrota, el congreso del Perú decretaba un monumento en Arica, en honor del ejército libertador del sud!

Tal fué la batalla de Torata, en que se peleó con valor por una y otra parte, pero sin concierto por parte de los independientes; distinguiéndose por su firmeza y resistencia el primer batallón de la Legión peruana, que por la primera vez entraba al fuego. La pérdida del ejército argentino-chileno-peruano pasó de 500 hombres entre muertos y heridos. Los españoles, confesaron una pérdida total de 250 hombres entre muertos y heridos, que se cree fué mayor.

Los derrotados batallones independientes se replegaron á su reserva, sostenidos por los certeros fuegos de su artillería, donde se rehicieron en una altura frente al pueblo de Torata. El enemigo se contuvo. El general Alvarado ordenó la retirada, protegida por las sombras de la noche. El 20 estaba otra vez en Moquegua, á 25 kilómetros del campo de batalla. Pasóse una revista de municiones, y se encontró que no se contaba sino con ocho tiros por plaza en las cartucheras. El general reunió una junta de guerra para aconsejarse. Unos fueron de opinión de replegarse á Arica por el camino de Tacna, y otros de reembarcarse por el puerto de Ilo. Parece que la mayoría estuvo porque se eligiese una posición ventajosa para resistir; que se mandasen traer municiones de Tacna, y que si antes de recibirlas eran atacados, se llevase una carga brusca á la bayoneta al enemigo para vencer ó morir. El general en jefe dijo: que si no contase más que con cincuenta soldados, con ellos se batiría contra los españoles (26). Después de tantos retardos y vacilaciones, esta resolución, inspirada por el despecho, era una

---

(26) El general Alvarado declara, empero, en su parte oficial publicado en la «Gaceta» de Lima, lo siguiente: «En Moquegua, donde permanecí »hasta el 21 en que el enemigo me obligó á un nuevo combate desven»tajoso por mi parte».

temeridad sin esperanzas. La salvación estaba en una pronta retirada. No se supo ó no se quiso aprovechar el tiempo, y el 21 al amanecer, cuando el ejército enemigo se presentó á la vista de Moquegua, todavía permanecían los independientes allí.

La posición elegida por Alvarado en Moquegua era fuerte y se aprestaba á una batalla defensiva, que prometía ventajas con tropas resueltas, pero bien municionadas, y sobre todo, bien montadas. Apoyaba su izquierda en los suburbios de la ciudad sobre el cementerio. Extendía su línea sobre el perfil de una planicie en la prolongación de un barranco escarpado que cubría su frente, con un camino de herradura en el centro que barrían los fuegos de la artillería. Sobre la derecha se elevaba una árida altura formando una larga cuchilla. Observando el general español que se había descuidado este punto culminante, que podía considerarse la llave de la posición, ordenó que Valdés con dos batallones y dos escuadrones lo ocupase y llevara un ataque decidido sobre la derecha independiente, mientras él con el resto de su infantería cargaba por el frente, salvaba el barranco, apoyado por su artillería, y la caballería amagaba el flanco izquierdo de los independientes. Así se hizo, y la victoria coronó por segunda vez las armas realistas en el espacio de cuarenta y ocho horas. El ejército independiente flanqueado y atacado de frente formó martillo sobre su derecha, y después de una corta y valerosa resistencia á sable y bayoneta, se dispersó completamente, dejando en el campo 700 muertos y heridos con 1.000 prisioneros, según los españoles, quienes por su parte declararon una pérdida de sólo 400 hombres en las dos jornadas, no obstante confesar que algunos de los cuerpos perdieron la mayor parte de su gente en Moquegua (27). Los Granaderos á caballo de los Andes

(27) Camba: «Memorias», etc. cit., t. II, pág. 50, dice: «Una victoria »tan completa se compró á costa de la sangre preciosa de varios ofi-

mandados por Lavalle, dieron dos valientes cargas para cubrir la retirada, de los dispersos; pero cargados nuevamente por la caballería enemiga vencedora, se dispersaron á su vez. Las reliquias de los derrotados en Torata y Moquegua se embarcaron en Ilo. De los cuatro mil hombres que componían el ejército expedicionario de puertos intermedios, poco más de mil hombres regresaron á Lima, á las órdenes del general E. Martínez.

El general Alvarado se dirigió á Iquique, para recoger el cuadro del núm. 2 de Chile, dejado allí con un transporte de refugio. Olañeta, que había acudido con parte de su ejército desde Potosí, ocupaba ya los valles Lluta, Azapa y Tarapacá. Con tan poca previsión en lo pequeño como en lo grande, el general dispuso que un corto destacamento bajase á tierra con el objeto de practicar un reconocimiento (14 de febrero). Olañeta, que se hallaba emboscado en el pueblo, cayó sobre él con dos batallones, y todo el destacamento fué sacrificado peleando valientemente (28). En

» ciales y soldados, particularmente del Cantabria y del primer escuadrón » de la «Guardia: éste perdió la mitad de su gente». — Este autor, testigo presencial de los sucesos y por lo general imparcial y exacto, y sobre todo técnico, es uno de los historiadores que hemos tenido presentes al relatar las batallas de Torata y Moquegua, así como á Torrente: «Hist. de la Revoluc. H. Amer.», t. III, cap. XIV, ambos autoridades españolas. Además los partes de los generales españoles publicados en el «Boletín» de Cuzco. — De parte de los americanos hemos tenido presentes: Míller: «Memorias», cuya tropa se halló en ambas batallas. — «Contestación á las Memorias de Míller», por el general E. Martínez, 2.° jefe del ejército independiente. — Espejo (testigo presencial) «Rasgos hist. biog. de Pringles». — Hist. del Perú Indep.», por Paz Soldán. — En las notas correspondientes quedan citados los demás documentos manuscritos consultados, entre ellos la «Memoria hist. biog.», escrita por el mismo general en jefe Alvarado.

(28) Véase: op. de Simeón de la Rosa: «Al soberano congreso de 1864» (del Perú), imp. en Lima. — En su «Mem. hist. biog.», dice el general Alvarado: «Llegué de noche y fuí instruído por el jefe de la

seguida, bajo el pretexto de hacer llegar algunos auxilios pecuniarios á sus prisioneros y recomendarlos á la humanidad del vencedor, Alvarado invitó á una entrevista al general español. Éste le manifestó sin empacho, que estaba muy lejos de entregar los prisioneros á una autoridad ilegítima creada por una revolución de jefes liberales; y exaltado por grados, los calificó de «traidores liberales», manifestando su resolución de separarse del virrey, y limitarse á la defensa del territorio del Alto Perú en nombre del rey absoluto (29). Esta declaración, fué una de las ventajas más señaladas de la segunda expedición á puertos intermedios, de la que tanto se prometía San Martín en su plan póstumo. La otra, fué la que alcanzó Míller, quien con sus 120 hombres, hizo más que todo el ejército expedicionario, al poner en alarma á todo el sud, distrayendo la división de Carratalá.

» guarnición de Iquique (donde había dejado un transporte en que debía » embarcarse si era invadido el puerto) que el general Olañeta había » ocupado Tarapacá. Al aclarar el día, pude desde cubierta observar, » que en el pueblo de Iquique no había movimiento de gentes, y me per- » suadí estaba desocupado por fuerzas enemigas. Ordené que se practicase » un reconocimiento, desembarcando quince hombres con un oficial sub- » alterno, previniendo no se empeñase combate. El jefe de dicha fuerza, » saltó á tierra con más fuerza que la que se le había ordenado, y fué » víctima de su temerario arrojo, con algunos oficiales que le acompa- » ñaban». M. S. (Arch. de San Martín, vol. LXXII). — Según La Rosa (Simeón) en su op. cit. en la nota anterior, las fuerzas que desembarcaron fueron dos compañías (que sumaban 80 hombres) una de la Legión Peruana y otra del núm. 2 de Chile, al mando del comandante de la Legión Peruana La Rosa, los mayores Manuel Taramena y José Méndez Llano, dirigidos por el coronel Francisco Bermúdez (chileno). La Rosa y Taramena, fueron muertos. El congreso en memoria de este hecho, decretó que ambos pasasen revista perpetuamente en la Legión Peruana.

(29) «Mem. hist. biog.», de Alvarado, M. S. cit. — El general español don Jerónimo Valdés, comprueba este hecho en su «Exp. docum. al Rey», cit., en que dice: «La conferencia secreta que tuvo Olañeta en Iquique el » año 23 con Alvarado, general en jefe del ejército de los insurgentes, » etc.... no permiten de modo alguno dudar que Olañeta traicionó la » causa del rey y fué infiel á sus deberes».

VI

¿Qué era entre tanto del cuerpo de ejército que según el plan convenido debía invadir por Jauja en combinación con el del sud? Sin esta cooperación, la expedición era una aventura peligrosa. Arenales, encargado de la operación de la sierra, penetrado de su importancia, había urgido por la organización y apresto de su ejército; pero todos los empeños escollaron contra la falta de concurrencia de los auxiliares colombianos. El ejército á la sazón existente en Lima (diciembre de 1822) constaba de 460 artilleros, 4.900 infantes y 950 de caballería, de los cuales 280 chilenos, 2.000 colombianos y 4.000 peruanos; pero de estos últimos apenas 2.000 en estado de ponerse en campaña. Contábase con los batallones de Colombia para completar el número de 4.000 hombres, necesario para emprender la marcha á la sierra. El jefe colombiano Paz del Castillo, que antes se había negado á unir su bandera con el ejército del sud, bajo el pretexto de no fraccionar su división, negóse igualmente á tomar parte en la operación, por no considerarla segura, invocando instrucciones de Bolívar (30). Instado á exponer sus planes, los ocultó con la pretensión de cooperar independientemente según su criterio, lo que importaba negar de hecho su cooperación y reservarse la dirección de la guerra. En seguida exigió que el jefe que mandase la expedición de la sierra, fuera un general hijo

---

(30) Instrucciones de Bolívar á Paz del Castillo de 15 de noviembre de 1822, en que le previene «no comprometer en ningún caso la división » colombiana sin probabilidad de buen suceso». («Memorias» de O'Leary, tomo XIX, pág. 397).

del Perú, con el objeto de excluir á Arenales, único capaz de llevarla á cabo con éxito. Por último, hizo exigencias tales, formulando á la vez quejas tan sin fundamento, que el gobierno vióse obligado á denegarlas. Paz del Castillo, pidió entonces regresar á su país. El gobierno, por librarse de auxiliares tan incómodos, cuya mala voluntad era notoria, le proporcionó los transportes necesarios para trasladarse á Guayaquil. La división de Colombia se retiró del Perú, llevándose el batallón Numancia fuerte de 600 plazas, que se había incorporado á ella, después de causar al erario un gasto como de 190 mil pesos, de manera que este auxilio debilitó y empobreció al país sin prestarle en esta ocasión ningún servicio (31).

A pesar de estos contratiempos, comprendiendo Arenales que el ejército del sud podría ser sacrificado si fallaba la combinación acordada, estaba resuelto á expedicionar con poco más de dos mil hombres. Su plan consistía en dirigirse á Nasca por agua, desembarcar allí á fin de cubrir el flanco izquierdo de Alvarado, y cortar ó flanquear las fuerzas que había dejado Canterac en Jauja (32). «Con » tan débiles elementos, dice él mismo, resolví mi embarque » para emprender una marcha cuyo triunfo consistía más » en la celeridad que en la importancia de la fuerza, cuando » llega la funesta nueva de la derrota de Moquegua, y » aparecen los tristes restos que se salvaron, y á su cabeza » el brigadier don Enrique Martínez» (33).

---

(31) Carta de Guido (á la sazón ministro de guerra) á San Martín, de 11 de enero de 1822, y correspondencia oficial de Paz del Castillo con el gobierno en noviembre del mismo. M. SS. (Archivo San Martín, volumen LVII). — Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.» (2.° período), página 51 y sig.

(32) Carta de Arenales á San Martín, de 7 de abril de 1827 en Santiago de Chile. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII).

(33) «El general ciudadano J. A. Álvarez de Arenales á sus compatriotas de Chile y el Perú», op. de 5 pág. en fol. (impreso en Santiago de Chile en 1823).

Las derrotas de Torata y Moquegua produjeron más irritación que desaliento en el pueblo. El triunfo definitivo de la independencia, era un hecho que estaba en la conciencia de los peruanos. La opinión hizo responsable al gobierno del mal éxito de la campaña. El ejército de Lima, situado en Miraflores, se puso en verdadero estado de insurrección contra el congreso, y especialmente contra el triunvirato, movido por el partido de Riva Agüero. Arenales fué invitado á ponerse á la cabeza del movimiento; pero este austero general, que no tenía más ley que la ordenanza militar, prefirió entregar el mando á su segundo, el general Santa Cruz, y se alejó por siempre del Perú. Los jefes del ejército unido, — incluso los de los Andes y Chile encabezados por el general E. Martínez, — dirigieron una representación al congreso, en que protestando sus respetos y obediencia al cuerpo representativo, pedían que Riva Agüero fuera colocado á la cabeza del gobierno (26 de febrero de 1823). Las milicias de Lima apoyaron esta representación. El congreso tenía que optar entre su disolución ó acceder á las exigencias de la fuerza armada, que era su único apoyo, faltándole hasta el de la opinión pública. Riva Agüero fué nombrado presidente pretoriano de la República Peruana (27 de febrero). El primer acto del congreso, después de este nombramiento, fué nombrar Gran Mariscal de los ejércitos del Perú á Riva Agüero, coronel nominal de milicias, que no había asistido ni siquiera á una guerrilla.

La organización del poder ejecutivo era una necesidad de la época. Riva Agüero, rodeado de la popularidad, representaba el sentimiento nacional, y en él estaban depositadas todas las esperanzas de los aliados. El nuevo presidente, favorecido por las circunstancias y por el desprestigio de la administración anterior, correspondió á la expectativa en los primeros momentos, por su actividad y por las acertadas medidas que el instinto de la conservación indicaba. Su

primer cuidado fué reorganizar el ejército, dándole una base nacional, según la idea de San Martín. Santa Cruz, fué nombrado general en jefe, y Martínez de la división de los Andes y Chile. Reanudó las relaciones con Chile y se dirigió á Bolívar, aceptando su auxilio antes rehusado por el congreso. Ajustóse en consecuencia un tratado, por el cual el Libertador se comprometía á concurrir á la terminación de la guerra con seis mil hombres, que debían ser equipados y pagados por el Perú, quedando á su cargo el reemplazo de las bajas (12 de abril). El gobierno de Chile se prestó á dar un auxilio de 2.000 á 2.500 hombres equipados y listos y 1.500 fusiles á más de la división chilena que existía en el Perú (abril 26). San Martín, desde Mendoza, activaba la organización de la división argentina, que debía operar en combinación por la frontera de Salta al mando de Urdininea. Al mismo tiempo llegaba la noticia de que los enviados del ex-Protector, García del Río y Paroissien, — abandonado el plan de monarquización, — habían realizado en Londres un empréstito de *un millón doscientas mil libras esterlinas* (valor nominal), que fué aprobado por el Congreso.

«El nuevo presidente, — dice el más autorizado y bien » informado historiador peruano, — se encontraba, por sólo » el natural desenlace de los planes de San Martín, en capa- » cidad de disponer de dos ejércitos auxiliares, y con sufi- » cientes recursos para facilitar la marcha de los negocios. » Él lo atribuía todo á sus combinaciones y cálculos; y » como el vulgo sólo ve los resultados, creía que á Riva » Agüero se debía el mérito del buen aspecto que tomaban » las cosas públicas. La vanidad dominaba á este manda- » tario y ella lo derribó bien pronto» (34).

---

(34) Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.» (2.° período), pág. 73.

VII

Antes de transcurrir dos meses, el Perú contaba con un ejército nacional de 5.000 hombres, pronto á entrar en campaña, además de las divisiones auxiliares de Chile y la República Argentina, que alcanzaban como á 2.500 hombres (35). Esto demuestra que la confianza de San Martín en los recursos del país para salvarse por sí, al tiempo de su retirada, no era ilusoria, y que movidos oportunamente y con acierto, sobre la base de 11.000 hombres que dejó organizada, habrían bastado para cambiar el aspecto de la guerra; quedando además la reserva de Colombia para reparar cualquier contraste. Con igual confianza, resolvió Riva Agüero repetir la operación de puertos intermedios con arreglo al mismo plan, pero en más grande escala, contando con la eficaz cooperación de Chile y de Colombia. El objeto era ocupar á Arequipa y Puno, para llamar el grueso de las fuerzas realistas hacia el ejército de operaciones unido, y batirlas en detall, mientras otro ejército compuesto de las tropas de las cuatro naciones aliadas invadía por Jauja, y ocupaba Huamanga, con el triple propósito de posesionarse de la sierra del centro, destruir la fuerza enemiga que allí

---

(35) Según una carta del general en jefe de esta división, don Enrique Martínez, dirigida á Sucre con fecha 11 de mayo de 1823, publicada en la «Rev. de Buenos Aires», t. XIII, la fuerza argentina del ejército de los Andes á la sazón existente en Lima ascendía al total de 1,341 hombres y la chilena á 1,246, ó sea un total de 2,587 hombres. — En un estado de fuerza oficial, de fecha 31 de octubre de 1823, se da el detalle de las tropas argentinas en esta fecha de la manera siguiente: Regimiento Río de la Plata, 622 plazas; batallón núm. once, 351 ídem; Regimiento Granaderos á caballo, 253, á que agregando 64 jefes y oficiales, suman 1,290 hombres (Véase «Hist. del Perú Indep.» (2.° período), pág. 9).

quedase ó perseguirla en su retirada, y obrar de este modo en combinación con el ejército expedicionario. Bolívar, consultado, aprobó el plan, y se comprometió á enviar los seis mil hombres ofrecidos. Chile prometió poner en las costas del sud del Perú el contingente de dos mil hombres convenido, facilitando el envío de los caballos necesarios para la expedición. Los realistas, que después de sus triunfos en Torata y Moquegua habían vuelto á sus anteriores acantonamientos, ignorantes de estos planes y de esta aglomeración de nuevos elementos, se preparaban mientras tanto á atacar á Lima.

La expedición de intermedios, fuerte de siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, que sumaban más de 5.000 hombres, zarpó del Callao en los últimos días de mayo (14 al 25 de mayo). Componíase exclusivamente de elementos nacionales, para darle más cohesión, y evitar la rivalidad que se había despertado entre los cuerpos auxiliares y los del país. Su mando fué confiado al general Santa Cruz, llevando por jefe de estado mayor al coronel Gamarra. Por la primera vez el Perú tenía un ejército suyo, fuerte y compacto, mandado por generales peruanos. Esto exaltaba el sentimiento nacional, que era una nueva fuerza moral incorporada en sus filas. El general expedicionario, al tiempo de abrir su campaña, se presentó ante el congreso, y juró volver triunfante ó morir en la demanda. Ni triunfó ni murió.

Las primeras operaciones de Santa Cruz fueron más activas y acertadas que las de Alvarado. No se perdió tiempo. A mediados de junio (17 de junio), estaba dominada toda la costa desde Iquique á Ilo, y el convoy expedicionario reunido en Arica. El mismo día, Canterac, con un ejército de 9.000 hombres, bajaba de la sierra y se apoderaba sin resistencia de la capital. Todas las combinaciones quedaron así trastornadas por una y otra parte. El ejército del sud, encontraría menor resistencia; pero tendría que obrar ais-

ladamente como en la anterior campaña. La expedición á la sierra no era posible; pero en cambio los realistas ejecutaban un movimiento falso que no les proporcionaba ninguna ventaja militar, y daba tiempo á los independientes para rehacer sus planes sobre la base de dos ejércitos dueños de las comunicaciones marítimas, que podían transportarse rápidamente de un punto á otro á lo largo de las costas. Quedaba todavía el refuerzo de Colombia y el auxilio de Chile, que inclinaba la balanza del lado de los independientes.

Bolívar no participaba de la confianza general. Sea que se diese mejor cuenta de la situación militar ó que no viese la victoria allí donde él no estaba presente, el hecho es que veía más claro que todos, y que sus pronósticos se cumplieron al pie de la letra, si bien es verdad que preparando él los acontecimientos en el sentido de sus designios. Después de la desgraciada campaña de puertos intermedios, escribió á Alvarado, — á quien procuraba atraerse por la importancia que le suponía: — «La derrota de las tropas » en Moquegua es una consecuencia del estado anterior de » las cosas. — No podía ser menos. — Prueba de que yo » había previsto este suceso, es que ofrecí anticipadamente » 4.000 hombres, y mandé retirar nuestras tropas porque » las creía perdidas en Lima. — La revolución es un ele» mento que no se puede manejar. Es más indócil que el » viento. Usted ha sido víctima de ella» (36). Combinada la nueva expedición, cuyo plan aprobó como el anterior formado por San Martín, dirigía á Sucre una de sus más notables cartas: «No son Canterac y Valdés los temibles: » sus recursos, posiciones y victorias, les dan una superio» ridad decisiva, que no puede contrarrestarse de repente

(36) Carta de Bolívar á Alvarado de 18 de marzo de 1823. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVII).

» sino lenta y progresivamente. La expedición de Santa » Cruz es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del » Perú. Canterac es el héroe, y las víctimas, Tristán (en » Ilo), Alvarado (en Torata y Moquegua), y ahora Santa » Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los ele- » mentos son los mismos, y nadie cambia los elementos. » No debemos contar más con la expedición de Santa Cruz. » La división de Santa Cruz no puede tomar el Perú, y la » que está en Lima no puede batir á Canterac. Necesitamos » reunir nuestras fuerzas para lograr un golpe capaz de » variar la suerte del país. Se me dirá que esto no puede » ser, porque no hay recursos ni movilidad. Replicaré, que » si no puede ser, no se haga nada. — Conviene hacer un » movimiento general con todas nuestras tropas reunidas, » y yo á su cabeza; de otro modo las disensiones intestinas » serán nuestros vencedores. Este movimiento no deberá » efectuarse sino después de saberse que los españoles no » reconocen la independencia del Perú; porque este caso » único es el que debe imponernos la necesidad de arrancar » con las armas una decisión ya dada por la política. Lo » diré más claro: perdida la esperanza, debemos buscar » la salud en la desesperación de un combate que, perdido, » no habrá añadido ni quitado nada al Perú; y ganado, » le habrá dado la esperanza de ser independiente» (37). Tenía la visión clara del porvenir.

Guiado el Libertador por estas luces ó procediendo en el sentido de la previsión de los sucesos que él mismo preparaba, seguro como estaba de triunfar al fin de cualquier modo, apenas tuvo noticias de las derrotas de Torata y Moquegua, que ponían en peligro la existencia del Perú, despachó desde Guayaquil una expedición de tres mil hom-

(37) Carta de Bolívar á Sucre de 24 de mayo de 1823 («Memorias» de O'Leary: «Cartas del Libertador», t. XXIX, pág. 277 y sig.).

bres, que ya tenía lista, la que debía ser seguida por otra de igual número, aun antes de celebrar el tratado de auxilios, de que antes se hizo mención. Su objeto era dominar militarmente el Perú, y tener la gloria de terminar por sí la guerra de la independencia. Por eso había rehusado el concurso de San Martín y retirado antes sus fuerzas del Perú; y por eso permanecía en Guayaquil, reconcentrado allí su ejército. Las instrucciones secretas que dió en consecuencia al jefe de las tropas auxiliares, estaban concebidas en este sentido. Poca importancia daba á la pérdida ó la posesión de Lima; pero consideraba que el Callao era la llave del Perú, y encargaba muy especialmente apoderarse á toda costa de sus fortalezas (ocupadas por los aliados), empleando en último caso cualquier estratagema militar, por ser base indispensable de todas las operaciones futuras, y el único medio de alejar la guerra del territorio de Colombia (38).

Para seguir de cerca el desarrollo de estos meditados planes, envió al Perú «su brazo derecho», — como él llamaba á Sucre, — con la investidura de ministro plenipotenciario. Su misión era tomar la dirección del ejército auxiliar y hacerse de hecho el árbitro de la guerra; preparar el terreno en el sentido de los designios secretos del

---

(38) Instrucciones secretas de Bolívar al general Valdez, comandante general de la 1.ª división auxiliar del Perú, de 18 marzo de 1823. He aquí el texto de las instrucciones en la parte que á ellas se hace referencia en el texto: «Art. 4. — Si no creyese que la capital (Lima) puede » salvarse, hará esfuerzos extraordinarios por conservar el Callao á todo » trance, valiéndose de todos los medios imaginables para apoderarse de » él y conservarle. En último caso, empleará cualquier estratagema mili- » tar. — Art. 6. La conservación de Lima es de grande utilidad; pero la » del Callao es de absoluta necesidad. Este puerto será la base de todas » las operaciones, y perdido habría un trastorno espantoso. La salvación » del Perú sería bien difícil, y Colombia vendría á ser el teatro de la « guerra que trata de alejar» (Memorias de O'Leary, t. XIX, pág. 477).

Libertador de acuerdo con los partidarios de la intervención colombiana, y realizadas las calculadas previsiones, restablecer el equilibrio militar y hacer que fuese él llamado como un salvador. Los sucesos así preparados, le sirvieron aún más allá de sus previsiones.

Tal era la situación militar y la perspectiva general al tiempo de la ocupación de Lima por Canterac. La situación política era más complicada aún.

VIII

La ocupación de Lima por los realistas fué un error, y no podía ser sino muy precaria. No les proporcionaba ninguna ventaja militar, desde que no tuviesen el dominio de las fortalezas del Callao ó de la marina. Además, facilitaba el desarrollo del plan de campaña por puertos intermedios. Era por otra parte un hecho previsto, fácil de neutralizar, que precipitó la crisis política, y al centralizar el poder militar en una sola mano, dió nuevo temple á las armas independientes. El gobierno se refugió en los muros del Callao, y el ejército de Lima se situó al amparo de sus fuegos. Sucre fué nombrado general en jefe. El congreso, compuesto heterogéneo de patriotas, godos y colombianos, se dispersó en parte, pasándose algunos de sus miembros al enemigo. La minoría parlamentaria, hostil á Riva Agüero, asumió la representación soberana, y llamó á Bolívar, con la investidura de generalísimo, confiriéndole amplias facultades para la salvación del país (19 de junio). Declaróse cesante en consecuencia la autoridad del presidente de la república en el teatro de la guerra para facilitar la acción militar, y Riva Agüero fué relegado á Trujillo como un fantasma de poder. Bolívar aceptó el nombramiento, declaran-

do que «hacía mucho su corazón lo llamaba al Perú». A la espera del Libertador, Sucre fué investido en su representación con las facultades políticas y militares que le eran atribuídas (20 de junio). Los anhelos secretos de Bolívar estaban cumplidos: era dueño del Perú.

Santa Cruz, mientras tanto, había iniciado sus operaciones por puertos intermedios. Apercibido el virrey del error cometido, mandó retrogradar el ejército que había ocupado á Lima, y se puso personalmente en campaña para contrarrestar la invasión. En consecuencia, Canterac evacuó la capital y se retiró á la sierra sin ser hostilizado (16 de julio). Sucre por su parte, se puso inmediatamente en campaña, en dirección al sud, con un ejército de las tres armas, compuesto de tres mil colombianos y chilenos con un escuadrón peruano (20 de julio). En Lima quedó un ejército compuesto de tropas peruanas, argentinas y colombianas, que debía ocupar Jauja y Huamanga, y dominar la línea del Apurimac. El plan de Sucre era, combinar los movimientos de los tres ejércitos de operaciones, tomando por base á Arequipa, y avanzar en seguida hasta el Cuzco para obrar con una masa de doce mil hombres, ó de ocho por lo menos; pero cuando arribó á las costas del sud, ya Santa Cruz se había internado. Entonces resolvió desembarcar en Quilca y avanzar hasta Arequipa, buscando la incorporación del ejército expedicionario, para salvarlo, pues consideraba que en la situación en que se había colocado, estaba expuesto á perderse.

El mismo día que Sucre se ponía en marcha sobre Arequipa, el ejército del sud libraba en el alto Desaguadero sobre el lago Titicaca, una batalla de dudoso resultado, que debía decidir del éxito de la expedición. Santa Cruz había variado el plan de campaña acordado. En vez de maniobrar con su ejército reunido con arreglo á sus instrucciones, lo dividió en dos cuerpos, y les trazó itinerarios divergentes, que tenían por objetivo el Alto Perú. Con el primer cuerpo,

desembarcó cerca de Ilo y avanzó hasta Moquegua. El segundo cuerpo, al mando de Gamarra, desembarcó en Arica y ocupó Tacna. En esta actitud permaneció en inacción hasta mediados de julio, á la espera de la división auxiliar chilena, que habría elevado su fuerza á siete mil hombres; pero no apareciendo ésta, decidióse á abrir la campaña con los 5.000 hombres con que contaba (13 de julio). Santa Cruz, con la mitad de su ejército, trasmontó la cordillera, atravesó el Desaguadero por el puente del Inca sin encontrar resistencia, y se posesionó de La Paz (8 de agosto). Gamarra con la otra mitad, marchó por el camino de Tacora, y atravesando más abajo el Desaguadero, ocupó casi simultáneamente la ciudad de Oruro á 250 kilómetros de La Paz.

El general Olañeta, que después de su expedición á Tarapacá se retiraba con 1.500 hombres hacia Potosí, quedó sorprendido por la aparición de la columna de Gamarra, cuya marcha ignoraba, y reconociéndose débil, se replegó hacia el sud. En Oruro se incorporó á Gamarra con 600 hombres el famoso guerrillero Lanza. Allí pudo saber también, que la división argentina al mando de Urdininea, preparada antes por San Martín, se había hecho sentir por la frontera de Salta (39). El jefe independiente, inerte é incapaz como siempre, al frente de más de 3.000 hombres, dejó escapar esta oportunidad de destruir á Olañeta, y permaneció en inacción en Oruro.

El plan de Santa Cruz, — según él mismo, — era interponerse entre las tropas realistas al norte del Desaguadero y el ejército de Olañeta, batir a éste y hacer frente en

---

(39) Ofi. de Urdininea de 13 de julio de 1823 al ministro de guerra del Perú, en que avisa hallarse en el valle de Cachi con su división. «Catálogo manuscrito» de Paz Soldán, núm. 535, apud, «Hist. del Perú Indep.» (2.° período).

seguida al enemigo que dejaba á su espalda (40). No hizo sino robar la vuelta. Sabedor de que el virrey reunía en Puno sus divisiones diseminadas, abandonó su estéril conquista, y retrogradó con el objeto de cubrir la línea del Desaguadero amenazada; estableciéndose en su margen izquierda sobre el puente del Inca. Las primeras divisiones españolas que se concentraron en Puno, fueron las de Valdés y Carratalá, que reunidas alcanzaban á poco más de 2.000 hombres. Valdés tomó el mando en jefe, y avanzó sobre el puente; pero hallándolo defendido con artillería, desistió del intento de forzarlo, y retrogradó al norte del inmediato pueblo de Zepita. Santa Cruz, pasó el puente y tomó la ofensiva. Encontró á Valdés establecido en una fuerte posición, á cuyo pie se extiende un llano, limitado al oeste por la montaña y al este por el gran lago de Titicaca. El general republicano, por un amago de flanco sobre las alturas y una aparente fuga de su centro, consiguió hacer descender á Valdés al llano, donde únicamente podía obrar su caballería. Dos escuadrones peruanos, pusieron en derrota toda la caballería española. Siguióse un encuentro de la infantería, de una y otra parte sin resultado decisivo. La noche que sobrevino puso término al combate. Los dos generales se atribuyeron los honores del triunfo. Valdés emprendió su retirada. Santa Cruz quedó dueño del campo de batalla; pero asustado de su semi-victoria, se replegó de nuevo al Desaguadero. Esta jornada fué la primera y última de la expedición. La campaña, — como lo había previsto Bolívar, y lo temía Sucre, — estaba perdida, desde que los dos ejércitos del sud no obrasen unidos ó en combinación.

El virrey, reunido á Valdés en Zepita, atravesó el Des-

---

(40) Carta de Santa Cruz á Riva Agüero, de 28 de julio de 1823, en Torata («Hist. del Perú Indep.», (2.° período), pág. 113).

aguadero al frente de 4.500 hombres. Santa Cruz amedrentado, no pensó sino en buscar la incorporación con Gamarra. Reunidos ambos cuerpos de ejército al sud de Oruro, alcanzaban á cerca de 7.000 hombres (8 de setiembre). En esta situación ventajosa, en vez de hacer frente, intentó interponerse entre el virrey y Olañeta, que desde Potosí se había movido con un ejército de 2.500 hombres. La Serna, por una simple marcha lateral al este de Oruro por las alturas, con sólo 4.000 hombres, operó sin dificultad su junción con Olañeta (14 de setiembre). Santa Cruz se consideró perdido, y sin probar la suerte de las armas, en que las probabilidades estaban de su lado, se puso en precipitada retirada, que muy luego se convirtió en desastrosa fuga, y al fin en dispersión casi total, con abandono de armas y bagajes. Así repasó el Desaguadero, derrotado sin combatir, ni ver la cara del enemigo. Confió la defensa del puente á una compañía de infantería con dos piezas de artillería, que á la aparición de la vanguardia española, capituló, poseídos sus oficiales del pavor que la timidez del general había infundido á sus tropas. De los 5.000 hombres de la expedición desembarcada en Ilo y Arica, apenas mil regresaron á la costa (41). Al tiempo que esto sucedía, llegaba la división auxiliar de Chile, compuesta de tres batallones y un regimiento de coraceros de caballería, que al tener noticia del desastre, regresó á su país sin tomar parte en la guerra.

Sucre, en su empeño de buscar su reunión con Santa Cruz, para salvarlo ó emprender junto con él operaciones decisivas con fuerzas superiores, había procedido en su peligrosa campaña con tanta prudencia como habilidad, reve-

---

(41) No es necesario citar autoridades para comprobar estos hechos. Todos los historiadores así americanos como españoles, y los documentos oficiales de una y otra parte, están contestes en condenar al general Santa Cruz, y hasta sus mismas defensas lo acusan.

lando las cualidades de un eximio capitán, tan metódico como San Martín en sus empresas, y tan inspirado como Bolívar en el campo de la acción, pero con más ciencia militar que éste. Al llegar á Arequipa, tuvo noticias de la batalla de Zepita. Estaba en marcha en dirección á Puno, con el objeto de buscar su incorporación con Santa Cruz, suponiendo racionalmente que éste mantendría el terreno, cuando tuvo noticia de su completa destrucción. Los realistas convergían sobre Arequipa con todas sus fuerzas de reserva desocupadas. En tan crítica situación, emprendió su retirada, pero de modo de proteger la de los restos del destrozado ejército expedicionario del sud. Reembarcóse en Quilca, y dió por terminada la campaña, que sería la última del sud.

IX

El plan póstumo de campaña de San Martín por puertos intermedios, quedó desde entonces abandonado y desacreditado, ó por las faltas cometidas por sus ejecutores, ó porque tal vez no era ése el camino de la victoria final, como el hecho pareció demostrarlo después. Pero por una de esas combinaciones caprichosas del acaso, en que intervienen más las impresiones individuales que el encadenamiento lógico de los hechos, al mismo tiempo que el último plan de campaña del gran capitán sud-americano, ejecutado por manos ajenas, era enterrado por dos derrotas sucesivas, el libro de su destino, para siempre sellado, pareció reabrirse ante sus ojos en la página interrumpida.

Poco después de separarse del Perú, los votos de Guayaquil, expresados por dos de sus hijos más espectables, lo llamaban á volver á la vida pública. «Sólo la mano de » San Martín puede perfeccionar la grande obra de la liber-

» tad del Perú, — le decían, — y los guayaquileños lo » miramos también como el áncora de nuestra esperanza. » No es posible que el Fundador y Protector de la libertad, » deje de conmoverse, ni es honor del Libertador de Chile » y del Perú que mire con indiferencia un pueblo que tiene » fijos sus ojos en él. Ya es tiempo, que cubierto de la » gloria que le ha dado su filantropía, vuelva en alas de » nuestros deseos á llenar los destinos de estos pueblos. » Las resoluciones y planes del héroe que lleva siempre en » su alma la libertad de los pueblos, deben sernos muy » respetables; la convocación del cuerpo representativo del » Perú y su voluntaria separación del manejo de los nego- » cios, eleva su persona al más alto punto de gloria; pero » también es verdad, que no puede desdeñarse de escuchar » el clamor de los buenos patriotas que ansían por su pre- » sencia, y que la posteridad no hallaría tal vez disculpa, » si su excesiva generosidad atrajese á estos pueblos des- » gracias que no están lejos de sobrevenirles. Los destinos » de estos pueblos necesitan un genio que los impulse» (42). El mismo Riva Agüero, que había conspirado contra el ex-Protector, y que muy luego se puso en pugna con el congreso, le escribía: «San Martín es necesario á la Amé- » rica, y sus verdaderos amigos no podrían más sobrellevar, » sin continuas lágrimas, la pérdida de un héroe á quien » se debe la independencia, y en quien tienen fijos los ojos » las naciones civilizadas. Sea cuanto antes el día en que » tenga el placer de darle un abrazo» (43). Después de los desastres de Torata y Moquegua, todos los ojos se vol- vieron hacia él. Uno de sus amigos, al trasmitirle en

---

(42) Carta de Francisco de Ugarte y de Francisco Roca (guayaquileños), de 14 de noviembre y 31 de diciembre de 1822. M. SS. (Arch. San Martín, vol. LVII).

(43) Carta de Riva Agüero á San Martín, de enero 2 de 1823, M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVII).

multitud de cartas los votos de los peruanos, le decía: «Es » general el clamor de Lima por su regreso, y creen que » si no lo hace, se pierde todo el Perú. Yo estoy tan atur- » dido por todo, que se me daría muy poco el que me tira- » sen un balazo» (44). El gobierno de Chile, que había sucedido a O'Higgins, solicitaba oficialmente su cooperación, impulsándolo á abrir nueva campaña: «El Libertador » del Perú y de Chile se ha impuesto tan sagrados deberes » con respecto al Perú, que el juicio severo de los hombres » presentes y de la posteridad, olvidaría sus inmensos ser- » vicios para no perdonarle si rehusara algún sacrificio » dirigido á terminar su obra» (45).

La destrucción de la segunda expedición á puertos intermedios y la resistencia de una parte de la opinión contra la intervención colombiana, volvió á hacer revivir la idea de llamar al ex-Protector, como la última esperanza del Perú en las críticas circunstancias que atravesaba. Una junta de jefes de mar y tierra, presidida por el general Portocarrero y el almirante de la escuadra Guisse, con autorización de Riva Agüero, levantó un acta declarando: «Los » votos del pueblo, como los del ejército; como los del pre- » sidente de la república, como los del último ciudadano; » los de los jefes, como los del último defensor de la causa, » en fin, los votos del Perú entero, llaman al Protector » San Martín, para que vuele en auxilio del país, cuya » existencia peligra». Esta resolución fué comunicada á San Martín, en un oficio firmado por los jefes promotores del movimiento: «Hay ciertos hombres elegidos por el des-

(44) Carta de don Nicolás Rodríguez, de 2 de marzo de 1823, adjuntando una urgente de Guido con inclusión de varias otras en el mismo sentido. M.S. (Arch. San Martín), vol. LVII).

(45) Ofi. de la Junta de gobierno de Chile á San Martín, de 4 de marzo de 1823, firmado por Agustín de Eizaguirre, José Miguel Infante y Fernando Errazúriz, M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII).

» tino, cuyos nombres pertenecen á la historia, y cuya exis-
» tencia consagrada á la felicidad de los pueblos es recla-
» mada por ellos, principalmente cuando caen en la des-
» gracia. Entonces los hombres viles que, en tiempo de
» prosperidad han insultado al genio y al valor, desapa-
» recen de la escena, y todos los corazones llaman al héroe
» que solo puede salvar al Estado. El Perú que debe á San
» Martín sus esperanzas de independencia; que acaba de
» sufrir una dispersión en el ejército que había nacido de
» su seno, hoy reclama el regreso del fundador de su liber-
» tad, que ha cimentado, y á quien está reservado el acabar
» de consolidarla. El pueblo volverá con entusiasmo al
» héroe que ha roto sus cadenas. El ejército se reunirá con
» energía bajo los estandartes del vencedor de San Lorenzo,
» Chacabuco y Maipu, quien tendrá la gloria de haber ase-
» gurado la independencia de un Estado que siempre le será
» reconocido, y de haber terminado una obra que tan glorio-
» samente ha principiado, volviendo á fijar la fortuna, bajo
» nuestras banderas y la prudencia en nuestros consejos»
(46). Riva Agüero, en pugna con el congreso y con la intervención boliviana, llegó hasta ofrecerle por medio de un comisionado especial, entregarle el mando supremo del Perú (47). Guido le escribía al mismo tiempo: «Los pa-

---

(46) Acta levantada en Arica el 28 de setiembre de 1827, y oficio de la misma fecha firmado por los jefes que presidieron la junta: *Mariano Portocarrero — Martín Jorge Guisse — Salvador Soyer — Luis José Orbegoso — C. García Postigo — Pablo Longer*, secretario de la junta de jefes (Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», (2.° período), páginas 132-133).

(47) El comisionado de Riva Agüero, fué el general José Manuel Iturregui, acreditado como ministro diplomático cerca del gobierno de Chile. «La segunda parte de mi misión (dice Iturregui en carta escrita en 1860),
» tenía por objeto el regreso del general San Martín al Perú. El presidente
» Riva Agüero y el Senado me entregaron comunicaciones para dicho
» general y me dieron poderes para que negociase su vuelta al Perú,
» recomendándome con la más grande eficacia que emplease todos los
» medios posibles para obtener este resultado. Procedí sin demora á

» triotas que no especulan con el país y que sinceramente
» desean verlo libre, vuelven los ojos á usted. Una semana
» há circuló una representación en la que se recogían firmas
» pidiendo su regreso como único mediador y término de
» todos los partidos. Su nombre renace en el seno de estas
» desgracias» (48).

El ex-Protector sentía repulsión hacia la personalidad de Riva Agüero y no fiaba en su lealtad: no quería prestarse á ser instrumento de ambiciones bastardas ni caudillo de conjuraciones pretorianas: no podía provocar un conflicto estéril, pero no podía desoir estos llamamientos hechos en nombre del interés de la América. Sintió reanimarse en su alma el fuego sagrado de la acción continua que creía apagado, y entrevió por un momento la posibilidad de retornar al Perú.

Próximo á emprender viaje á Buenos Aires, en busca de su hija, que había quedado huérfana de madre, contestó á Riva Agüero desde Mendoza: «El Perú se pierde
» irremisiblemente y tal vez la causa general de América.
» Un solo arbitrio hay para salvarlo. Sin perder un mo-
» mento, cedan de las quejas ó resentimientos que puedan
» tener; reconózcase la autoridad del congreso malo ó bue-
» no, ó como sea, pues los pueblos lo han jurado. Únanse
» como es necesario, y con este paso desaparecen los espa-
» ñoles del Perú. Después, matémosnos unos contra otros,
» si este es el desgraciado destino que espera á los patrio-
» tas. Muramos, pero no como viles esclavos, que es lo que
» irremediablemente va á suceder. He dicho mi opinión.
» Si ella es aceptable estoy pronto a sacrificar mi vida

» atravesar los Andes con dirección á Mendoza; pero cuando ingresé á
» esta ciudad, hacía algún tiempo que el general había marchado á Buenos
» Aires» (Véase Vicuña Mackenna: «El Gral. San Martín», pág. 71, nota).

(48) Carta de Guido á San Martín, de 17 de agosto de 1823, M.S. (Arch. San Martín, vol. LVIII).

» privada. Venga sin pérdida de un solo momento la con» testación de haberse reconocido la autoridad del con» greso. La espero para decidir de mi destino» (49).

Riva Agüero, en vez de seguir los consejos de San Martín, disolvió el congreso, — como se verá después, — y lo invitó nuevamente á trasladarse al Perú: «Si dentro de tres » días no ha llegado el Libertador de Colombia, me pondré » en camino para ponerme á la cabeza del ejército. En» traré en Lima el día que se me antoje. Ha llegado el » caso de que se cumpla su oferta de venir á prestar sus » servicios». El general indignado, se olvidó de su dignidad, y le contestó en términos tan duros como insultantes: «Me invita usted á que me ponga en marcha, asegurándo» me que el horizonte público es el más halagüeño. Sin » duda olvidó que escribía á un general que lleva el título » de Fundador de la libertad del Perú, que usted ha hecho » desgraciado. Si ofrecí mis servicios con la precisa con» dición de estar bajo las órdenes de otro general, era en » consecuencia de cumplir con el Perú la promesa que le » hice á mi despedida, de ayudarle con mis esfuerzos si » se hallaba en peligro, como lo creí después de la desgra» cia de Moquegua. ¡Pero cómo ha podido persuadirse » que los ofrecimientos del general San Martín, fueran » dirigidos á emplear su sable en la guerra civil! ¡Y me » invita á ello al mismo tiempo que proscribe al congreso » y lo declara traidor! ¡Eh! ¡basta! Un pícaro no es capaz » de llamar por más tiempo la atención de un hombre » honrado» (50).

---

(49) Carta de San Martín á Riva Agüero, inserta en el foll. tit. «Contestación que hace el coronel S. Soyer al foll. pub. por el vice-almirante Guisse». Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.» (2.° período), página 177, que trae un extracto de dicha carta.

(50) Carta de Riva Agüero á San Martín de 22 de agosto de 1823, y contestación de San Martín de 22 de octubre del mismo en Mendoza. —

El destino de San Martín estaba irrevocablemente decidido. Bolívar era el árbitro del Perú. El libertador del norte, terminaría la tarea del libertador del sud, y coronaría la obra de los dos.

X

Riva Agüero, relegado á Trujillo como un mueble inútil, y despojado de los atributos del poder real por el voto del congreso, cuya mayoría le era hostil, no se conformó con su situación. Disolvió el congreso y nombró por sí un senado de su amaño compuesto de diez de los diputados, cesantes por su orden (19 de julio de 1823). Fué entonces cuando llamó por segunda vez á San Martín para apuntalar su vacilante autoridad. La opinión se pronunció contra el presidente usurpador. Un grupo de trece diputados se reunió en Lima, llamó á los suplentes, y aunque en minoría, reasumió la potestad legislativa y constituyente (6 de julio); invistió á Torre-Tagle, delegado de Sucre, con la autoridad ejecutiva, y declaró á Riva Agüero reo de alta traición y fuera de la ley (8 de agosto). Riva Agüero á su vez calificó á los congresales de traidores y declaró nulos todos sus actos. Para sostener su actitud, ordenó á

San Martín envió copia de esta correspondencia á Guido, quien en carta de 6 de diciembre de 1823 le dice con este motivo: «Las cartas de usted » de 22 y 23 de octubre me han proporcionado un buen rato, especial- » mente la última en que me acompaña la contestación á Riva Agüero. » Su contenido es un golpe mortal para los que soñando con la sombra » de usted, tenían la debilidad de persuadirse y de persuadir á otros, » que trabajaba con aquél para venir á tomar cartas en los negocios de » este país. Y ¿con quién? Con el mismo que fomentaba la anarquía del » Perú y lo iba precipitando á su ruina. — Con mejor cálculo que el mío » había usted creído que Riva Agüero no renunciaría á sus pretensiones». M. S. (Arch. de San Martín, vol. LVIII).

Santa Cruz que acudiera con todas sus fuerzas al norte, abandonando las operaciones del sud en cualquier estado en que se encontraran; pero ya el ejército del sud no existía. Sin retroceder ante ningún medio ni ante la guardia civil para la conservación de su mando personal, formó en torno suyo un ejército, y procuró abrir negociaciones con los españoles, sobre la base de un armisticio, comprometiéndose á hacer salir del país las tropas auxiliares. Los auxiliares, y sobre todo los colombianos, que hasta entonces habían reconocido la autoridad constitucional del presidente, se pronunciaron abiertamente contra él y le intimaron su cesación en el mando, para «no ocasionar con su obstinación males á la América».

En medio de esta situación agitada y confusa, apareció Bolívar en el Perú. Los castillos del Callao anunciaron su presencia en el puerto con una triple salva. Las banderas aliadas de las cuatro repúblicas independientes en que entonces estaba dividida la América del Sud, se izaron en todos los edificios, con leyendas en su honor. Al poner el pie en tierra, fué recibido en triunfo con grandes aclamaciones. Las tropas del Perú y las auxiliares de las Provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia, le hicieron los honores (1.° de setiembre). Jamás ningún americano había recibido una ovación más entusiasta ni más merecida (51). Era la gloria y era la esperanza de la América personificada.

Bolívar al dirigirse al Perú, después de un año de espera en sus fronteras, negando, ofreciendo, retirando ó prestando á medias sus auxilios, sabía que iba á ser investido

---

(51) Como nunca falta un inglés en todo acontecimiento notable, para dar testimonio de circunstancias que escapan á la observación de los nativos, tomamos algunos de los detalles de esta entrada triunfal, de un viajero inglés que se hallaba entonces en Lima: — Proctor: «Narrative of a journey across the cordillere of the Andes, and of a residence in Lima and other parts of Perú, in the years 1823 and 1824», pág. 245.

con la suma del poder, que era lo que buscaba, y desgraciadamente lo que el país necesitaba en la revuelta y peligrosa situación que atravesaba. El congreso le consultó por mera forma el proyecto de ley que lo investía con la omnipotencia política y militar. El libertador contestó como de costumbre, como en Caracas, como en Angostura, como en Nueva Granada, como en Cúcuta, cuando renunciaba de antemano el poder que exigía implícitamente sin condiciones, y que él sólo podía ejercer. «Mi repugnancia á » emplearme en la administración supera con mucho toda » exageración, y así he renunciado para siempre el poder » civil que no tiene una íntima conexión con las opera- » ciones militares; mejor diré, he conservado sólo aquella » parte del gobierno que contribuye como el cañón á la » destrucción de nuestros enemigos. En este concepto, vuel- » vo á ofrecer al congreso del Perú mi activa cooperación » á la salvación de su patria; pero esta oferta no puede » extenderse á más que al empleo de mi espada». Era ésta una farsa, que comprometía la gran espectabilidad del personaje, repetida con tanta frecuencia y tan inoportunamente, con mengua de la dignidad de los pueblos ante quienes hablaba. Los diputados peruanos, sin darse por entendidos de estas protestas de aparente desinterés, y sabiendo á qué atenerse sobre su sinceridad, dictaron la ley en que «bajo la denominación de Libertador, se depositaba » en él la suprema autoridad militar con facultades ordi- » narias y extraordinarias, igualmente que la autoridad »política dictatorial como conexa con las necesidades de » la guerra, con la latitud de poder exigida por la salva- » ción del país». Y para que su omnímoda autoridad no tuviese embarazo alguno, se sometía á ella la autoridad del presidente de la república del Perú, que lo era el comodín Torre-Tagle (52). Votóle además un sueldo de *cin-*

(52) Ley del congreso del Perú de 10 de agosto de 1823. — En la

cuenta mil pesos anuales; que él rehusó con el noble desinterés que lo caracterizaba.

En un banquete dado en el palacio de gobierno en honor del nuevo dictador, todos los brindis fueron dirigidos á él, olvidando estudiadamente al fundador de la independencia y de la libertad del Perú. Bolívar, ó para dar una lección que lo engrandecía moralmente, ú obedeciendo á un sentimiento generoso de justicia, al contestar á todos los brindis, dijo, levantando en alto su copa: «Por el buen » genio de la América que trajo al General San Martín » con su ejército libertador, desde las márgenes del Río » de la Plata hasta las playas del Perú: por el General » O'Higgins que generosamente lo envió desde Chile». El sentimiento espontáneo estalló en dobles aplausos, confundiéndose por un momento la gloria de los dos libertadores: el uno en el ostracismo voluntario: el otro en la aurora de su grandeza continental. Su segundo brindis fué: «Por el campo en que reuna las banderas del Plata, Perú, » Chile y Colombia, y sea testigo de la victoria de los » americanos, ó los sepulte á todos». Y al terminar el banquete, como complemento á su primer brindis y para declinar toda solidaridad con las opiniones monárquicas manifestadas por San Martín, dijo: «Por que los pueblos » de América no consientan jamás elevar un trono en su » territorio, y que así como el de Napoleón fué sumergido » en la inmensidad del Océano, y el de Itúrbide derrocado » en Méjico, caigan los usurpadores de los derechos ame» ricanos, sin que uno solo quede triunfante en toda la » dilatada extensión del nuevo mundo». — La última parte de su sentencia, se cumpliría en cabeza propia. — En la noche, al presentarse en el teatro, toda la concurrencia se

---

«Col. de leyes y decretos», publicada en Lima en 1826, se puso «autoridad política *directorial*», en vez de *dictatorial*, que es la verdadera palabra.

puso de pie, y lo saludó con muestras de respeto y simpatía. — El palco que ocupaba junto con el presidente de la república, estaba adornado con las banderas del Perú y de Colombia unidas. — Un viajero europeo que asistió al espectáculo, deseoso de conocer al héroe que llenaba un mundo con su fama, ha conservado las impresiones de este momento psicológico, reflejadas en la fisonomía del Libertador: «Es muy delgado; pero toda su persona revela » grande actividad. Sus facciones son bien formadas, pero » su rostro está surcado por la fatiga y la ansiedad. El » fuego de sus ojos negros es muy notable. Después de » observarle, puedo decir que jamás un aspecto exterior » podía dar más exacta idea de un hombre. Ensimisma- » miento, determinación, actividad, intriga, y un espíritu » perseverante, son rasgos claramente marcados en su apos- » tura y expresados en cada uno de los movimientos de » su cuerpo» (53).

Bolívar, especialmente autorizado por el congreso para resolver las cuestiones con Riva Agüero, ensayó los medios conciliatorios. Todos sus esfuerzos se estrellaron contra la ciega obstinación del mal aconsejado gobernante. Después de largas y estériles negociaciones, en que uno proponía la cesación de todos los poderes en que reposaba la dictadura y otro sostenía su mantenimiento, Bolívar pronunció su ultimátum, por la boca de sus negociadores, en términos intemperantes, nunca oídos en el lenguaje de la diplomacia, ni aun entre enemigos: «El Libertador ha con- » cedido á Riva Agüero un perdón á que no es acreedor, » en vista de su obcecada ceguedad en seguir las banderas » de la traición, del crimen y de la maldad; sin embargo, » repite de nuevo su generoso perdón, y no da más plazo » para aceptarlo que el tiempo que gasten las tropas liber-

---

(53) Proctor: «Narrative», etc.; cit., pág. 240.

» tadoras en llegar á los campamentos de la facción. — El » Perú llorará siempre la perfidia de los cómplices de Riva » Agüero, que han entrado en infames relaciones con los » tiranos españoles, para perseguir á los libertadores y » entregar su patria á las cadenas. Si no fuese por la necia » ceguedad de los traidores, el Libertador estaría con el » Ejército Unido en Huamanga. Pero cualesquiera que sean » los resultados de la presente guerra, el Libertador pro- » testa ante toda la América, que son sus compañeros de » perfidia los responsables ante la sagrada causa de la » humanidad y de las leyes, de la sangre, de la muerte y » de la esclavitud del Perú» (54). La guerra civil estaba próxima á estallar. La caída de Riva Agüero la previno felizmente. Una revolución pretoriana, como la que lo había levantado, lo derribó del poder. Así desapareció para siempre de la escena histórica, este hombre, que en un tiempo prestó algunos servicios á su patria durante su esclavitud, fué el iniciador de la anarquía en los primeros días de su independencia, su esperanza por un momento como representante del sentimiento nacional, y por último un fantasma de poder, que llegó hasta los límites de la traición á su causa arrastrado por el viento de la vanidad, sin más objetivo que la satisfacción de una insensata y estéril ambición personal.

Bolívar quedó dueño absoluto del Perú. Pensó que toda la América era suya.

---

(54) Nota de los comisionados de Bolívar en Pativilca á los de Riva Agüero, de 12 de noviembre de 1823. (Véase Paz Soldán, «Hist. del Perú Indep.» (2.° período), pág. 196).

CAPÍTULO XLIX

POLÍTICA SUD-AMERICANA. — SUBLEVACIÓN DEL CALLAO. JUNÍN Y AYACUCHO

AÑOS 1823-1824

El ensueño de un grande hombre. — Primera idea de confederación americana. — Bolívar y Rivadavia. — La nueva hegemonía argentina. — Tratado entre Colombia y Buenos Aires. — Convención de Buenos Aires con los comisionados españoles en 1823. — Situación de la guerra en el Perú. — Sublevación de la guarnición del Callao. — Disolución del ejército de los Andes. — Traición de Torre Tagle. — Bolívar dictador. — El sorteo de Matucana. — Fortaleza de Bolívar. — Se replega á Trujillo. — Forma un ejército en Pativilca. — Organización y composición del ejército independiente. — Olañeta se subleva en el Alto Perú contra el virrey. — Bolívar abre campaña sobre la sierra. — Su proclama en Pasco. — Movimientos de Canterac contra la invasión de Bolívar. — Marchas estratégicas de los dos ejércitos. — Batalla de Junín. — Desastrosa retirada de Canterac. — Los independientes avanzan hasta la línea del Apurimac. — Bolívar se retira del ejército y delega el mando en Sucre. — Primer síntoma de resistencia contra la dictadura de Bolívar. — Situación general. — Iniciativa del congreso de Panamá. — Los realistas toman la ofensiva. — Disconformidad sobre operaciones de guerra entre Bolívar y Sucre. — Errores y hábiles maniobras de Sucre. — Marchas estratégicas de los ejércitos beligerantes. — Descalabro de Corpahuaico. — Batalla de Ayacucho. — Fin de la guerra de la independencia sud-americana.

I

Un ensueño suele ser el hilo fijo en la trama de la vida de un hombre. El de Bolívar fué la unificación de la América meridional. De este ensueño sacó sus fuerzas morales para crear una gran potencia militar, y llevar sus armas triunfantes por todo el continente como Alejandro

al través del Asia. Su primera intención fué la creación del imperio colombiano. La segunda visión, fué el establecimiento de una confederación sud-americana, sobre la base de una liga política y militar, regida por una asamblea internacional de plenipotenciarios, á la manera de la liga aquea en la Grecia. La última sería la monocracia, bajo la protección de las bayonetas de la hegemonía colombiana, cuando el sueño se convirtiese en delirio.

En 1815, errante de isla en isla en el mar de las Antillas, Bolívar personificaba, como el héroe de la Odisea en los tiempos antiguos, la política, la guerra y la astucia del moderno mundo sud-americano. Por entonces, sólo soñaba con Colombia. «La formación de una sola nación de » todo el Mundo Nuevo, con un solo vínculo que ligase las » partes entre sí», lo atraía como una «idea grandiosa» de que apartaba los ojos, por considerarla imposible, y declaraba que en el continente había espacio para diez y siete naciones (véase cap. XL, § II). En 1817, al dirigir la palabra al pueblo argentino, diciendo de él, que «era » la gloria del hemisferio de Colón y el baluarte de la » independencia americana», le anunciaba, que «extingui- » guidos los últimos tiranos, lo convidaría á formar una » sociedad, con la *Unidad* por divisa, en toda la América » meridional» (véase cap. XLII, § II). En 1822, triunfante en Boyacá y Carabobo, y consolidada militarmente la gran república colombiana, organizaba diplomáticamente la confederación sud-americana y bosquejaba las bases aéreas de su futuro gobierno internacional. En los tratados ajustados con el Perú y con Chile, al convenir en una liga ofensiva y defensiva en paz y guerra para garantir la recíproca independencia y un pacto de unión perpetua, se estipuló «la reunión de una asamblea general de los Estados » americanos compuesta de plenipotenciarios, con el encar- » go de cimentar de un modo sólido y estable las relaciones » íntimas entre todos y cada uno de ellos, que les sirva de

» consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto » en los peligros comunes, de fiel intérprete en sus trata» dos públicos cuando ocurran dificultades, y de juez árbi» tro y conciliador en sus disputas y diferencias» (1). El istmo de Panamá, parte integrante de Colombia, era el punto designado para la reunión de esta nueva dieta republicana.

En este terreno diplomático se encontraron por la primera vez, — y no sería la última, — la gran figura guerrera y política del libertador de Colombia, y el genio civil de don Bernardino Rivadavia, la más alta personificación del liberalismo sud-americano en la época de la emancipación, según el consenso universal (2). El uno era el árbitro de cuatro grandes pueblos. El otro era el ministro constitucional de una provincia. Bolívar aspiraba á la corona de laurel del César americano. Rivadavia quería alcanzar por una victoria incruenta (un Ayacucho diplomático, como se ha dicho) la corona del libertador pacífico. Él era entonces el alma y el cerebro de las Provincias del Río de la Plata, dispersas como astillas después de un naufragio. La tempestad en que las dejó envueltas San Martín en 1820,

---

(1) Tratado de Colombia con el Perú y Chile, de 6 de julio y 28 de noviembre de 1822.

(2) Gervinus en su «Histoire du XIXe siècle», t. IX, pág. 274, y t. I, pág. 227-228, dice: «Hemos visto elevarse y distinguirse entre los criollos, » un Rivadavia, y aun entre las razas mixtas, un Páez. Estos hombres han » mostrado por sus actos y por su acción oficial, que poseían las cuali» dades que en todas las zonas obtienen necesariamente la estimación, » y que siguen paralelamente los caminos trazados por Wáshington y no » los de Bolívar. Rivadavia, el verdadero fundador de un nuevo orden » de cosas en los países americanos habitados por los pueblos de la raza » latina, durante siete años, fué uno de esos hombres que concentran toda » su actividad creadora en el bien del Estado; que nada pueden en el » comienzo de las perturbaciones, pero que son todopoderosos al fin del » movimiento. La superioridad de sus conocimientos teóricos en la política » le ha valido ser apellidado el Pitt americano».

se había apaciguado. La República Argentina, con sus fuerzas casi agotadas por sus grandes sacrificios en pro de la independencia americana y postrada por la guerra civil, estaba desarmada en la lucha continental; pero sus últimos soldados peleaban por ella en lejanas tierras, llevando sus armas hasta el Ecuador. Sus partes integrantes, no obstante su aislamiento, conservaban su cohesión, y tendían á reunirse en cuerpo de nación para fundar el orden interno. Faltaba un centro de atracción á esta constelación de catorce estrellas errantes, y Buenos Aires se lo dió. Rivadavia constituyó la provincia de Buenos Aires como Estado autonómico, y esta fué la célula orgánica de la futura vida nacional, el molde típico en que se vaciaron las instituciones, animadas al soplo vital las partes rudimentales del conjunto, respondiendo al instinto de conservación á la vez que al progreso gradual en el orden político.

Por la primera vez se vió funcionar entonces en el pequeño teatro de una provincia el sistema republicano representativo, armado con todas sus grandes piezas, con cuerpo electoral, poderes coordinados emanación del voto público, tribuna parlamentaria, gobierno limitado y responsable, presupuesto votado anualmente, rendición de cuentas, sin facultades extraordinarias, sin secretos de Estado y sin camarillas. Esta era la nueva hegemonía que la República Argentina iniciaba, con los elementos de una de sus provincias. El impulso de la propaganda no se detendría en los límites nacionales: con el vuelo de sus robustas alas, esas instituciones — que eran una novedad en el mundo con excepción de los Estados Unidos y parcialmente en Inglaterra, — después de crear un nuevo vínculo en la familia dispersa, y reanimar su organismo rudimental, empezarían á enseñar á los pueblos y gobiernos sud-americanos lo que era el orden republicano representativo, demostrando con su ejemplo cómo se cierran las revoluciones bajo los mismos principios que las inauguraran. Este

era el complemento pacífico de la revolución americana, que tuvo por objeto fundar gobiernos justos y pueblos libres. Estas instituciones darían la vuelta de la América meridional; irían más lejos que las armas redentoras de las Provincias Unidas del Río de la Plata; triunfarían moralmente de las dictaduras, de las oligarquías, de los planes de organización artificial fundados en la fuerza y el personalismo, y en definitiva harían prevalecer los principios constitutivos de la hegemonía argentina, con el programa de organización con que San Martín pasó los Andes y fundó las repúblicas de Chile y el Perú, respetando los particularismos nacionales de los nuevos Estados, sin violentar sus tendencias espontáneas (3).

Esta actitud pacífica del Estado de Buenos Aires, no excluía la fortaleza para encarar de hito en hito los problemas internacionales, sin retroceder ante la guerra en salvaguardia de los derechos argentinos y del predominio de los principios democráticos en la América del Sud. La República Argentina estaba amenazada de una guerra inminente, que estalló dos años después, y se preparaba á afrontarla. El imperio del Brasil, recientemente fundado, mantenía por este tiempo (mayo de 1823) la ocupación militar de la Banda Oriental, parte integrante de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El gobierno de Buenos Aires, inspirado por Rivadavia, afrontaba la cuestión con todas sus consecuencias. «La emancipación del Brasil, » decía á su legislatura, ha completado la independencia » de nuestro continente; pero las ideas que parecen dominar en el gabinete de Río de Janeiro con respecto á la » provincia de Montevideo, ponen obstáculos á la buena » y cordial amistad que debiera existir entre naciones que, » siendo vecinas, están empeñadas igualmente en la causa » de su independencia. Un enviado está pronto á partir

(3) Véase nuestra «Oración en el Centenario de Rivadavia».

» á la corte del Brasil, con el objeto de restablecer las » relaciones entre ambos gobiernos, y salvar la integridad » del territorio de estas provincias. De todos modos, la » libertad de la provincia de Montevideo, tanto de la vio» lencia extranjera como de la tiranía doméstica, será siem» pre un objeto de atención preferente» (4).

II

Este era el estado político interno y externo de la República Argentina, cuando el plenipotenciario de Colombia llegó á Buenos Aires para proponer el ajuste de un tratado de unión, liga y confederación perpetua, idéntico al celebrado ya con el Perú y Chile, sobre la base de un congreso supremo de plenipotenciarios. El negociador era el mismo don Joaquín Mosquera, á quien hemos visto figurar en el Pacífico (21 de enero de 1823). Rivadavia estaba encargado accidentalmente del gobierno, y tomó sobre sí dirigir la negociación. Desde luego rechazó in límine la idea de un congreso en cierto modo soberano, árbitro en las cuestiones internacionales, como una imitación inútil y peligrosa del consejo anfictiónico de la antigua Grecia. Esta idea quedó para siempre muerta, y no volvió á reaparecer en lo sucesivo (5). Redújose el tratado á un pacto de amistad y alianza defensiva en sostén de su independencia de la nación española y de cualquiera otra domi-

(4) «Mensaje del Gobierno á la Sala de Representantes», de 5 de mayo de 1823, firmado: *Bernardino Rivadavia* y *Manuel J. García*.

(5) Véase Núñez-Varaigne, «Esquisses de Buenos Aires», etc., pág. 420.

nación extranjera, el que sería reglado por convenios especiales (6).

Interpelado el ministro en la legislatura respecto de la supresión de algunos artículos que figuraban en los tratados análogos celebrados con el Perú y Chile, contestó con reserva diplomática, pero esparciendo bastante luz sobre la cuestión: «Un documento, en que por la primera vez » los Estados de la América intervienen, dando la primera » base de sus derechos, debe ser un documento de juicio » con que penetran y calculan el porvenir. El proyecto » de tratado de Colombia no llenaba las condiciones ape- » tecibles, por cuanto sólo fundaba la existencia de hecho » de los gobiernos y no su legitimidad, sin acordarse de » la libre representación de cada país. Los tratados de » alianza, al aire, no reglados por un tratado especial, han » sido siempre inutilizados de hecho por los *casus fœderis.* » Es preciso detenerse en el régimen representativo, en los » intereses generales y recíprocos de Estado á Estado, y » no en alianzas de familia» (7).

Esta actitud teórica y espectante del gobierno de Buenos Aires, respondía al plan imaginado por Rivadavia, de hacer triunfar la revolución sud-americana por un acuerdo pacífico con la madre patria, uniformando la política internacional de los Estados independientes de la América española en este sentido. En cuanto á la política respecto de la España, ella estaba netamente definida por antecedentes diplomáticos, que determinaban sus rumbos. Cuando por

---

(6) «Colección de tratados celebrados por la República Argentina con las naciones extranjeras», t. I, pág. 66 y sig. — Este tratado fué celebrado el 8 de marzo de 1823, y ratificado en Buenos Aires, con arreglo á la ley de su legislatura, el 10 de junio del mismo año. El gobierno de Colombia lo ratificó el 10 de junio de 1824, y el congreso argentino el 7 de junio de 1825.

(7) Sesión de 9 de junio de 1823, en el núm. 4 del «Diario de sesiones de la Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires».

la primera vez, en 1820, el rey Fernando VII envió una comisión regia al Río de la Plata con el objeto de «poner término á las diferencias existentes entre individuos de la misma familia», el gobierno de Buenos Aires contestó, que no podía oir proposiciones sino sobre la base preliminar del reconocimiento de la independencia (8). Esta negociación no tuvo ulterioridad; pero quedó establecido el precedente.

Casi simultáneamente con el enviado de Colombia, llegaron á Buenos Aires dos nuevos comisionados del rey de España para abrir negociaciones pacíficas con los gobiernos sud-americanos, y fueron reconocidos en el carácter de tales (30 de enero de 1822). Las Cortes españolas, reinstaladas en Cádiz en 1820, en que predominaba el espíritu liberal de la metrópoli, convencidas de que no podrían ser sometidas por la fuerza sus antiguas colonias, encararon bajo este punto de vista la cuestión hispano-americana, y resolvieron enviar comisionados á los diversos Estados independizados para tentar el terreno (13 de febrero y 18 de junio de 1822). Los nombrados para el Río de la Plata, fueron: don Luis La Robla, hijo de Montevideo, y don Luis Antonio Pereira, conocedor de la América del Sud, que había hecho la guerra en ella bajo las banderas realistas en Chile y el Perú, y presentado en 1821 una memoria á las Cortes abogando por la independencia absoluta de las colonias hispano-americanas (9). Los comisionados no traían una credencial en debida forma, sino un simple nombramiento del rey, expedido de mala gana

(8) Véase: 1.° Nota de la comisión regia de 4 de noviembre de 1820; 2.° Contestación de la Junta de Representantes de Buenos Aires de 6 de noviembre del mismo año; 3.° Réplica de la comisión regia de 9 de diciembre de ídem; 4.° Respuesta de la Junta de Representantes de Buenos Aires de 11 de enero de 1821.

(9) Memoria presentada á las Cortes en 1821, sobre la conveniencia de la absoluta independencia de las antiguas colonias españolas de su metrópoli, por el ciudadano Antonio Luis Pereira.

bajo la presión del ministerio liberal, por el cual se les autorizaba á oir proposiciones y celebrar tratados provisionales de comercio.

La misión española, á más de su encargo ostensible, tenía por objeto dividir las repúblicas que combatían contra la España, y como Buenos Aires era considerada como el centro del pensamiento revolucionario, los comisionados traían instrucciones reservadas para reconocer la independencia argentina, según ellos lo insinuaron, á fin de separarla de la lucha que sostenían el Perú y Colombia (10). Rivadavia, al saberlo, quiso definir netamente la situación, y presentó á la legislatura un proyecto de ley que fué sancionado por aclamación. «El gobierno no celebrará tratados » de neutralidad, — se declaró por esta ley, — de paz ni » de comercio con la España, sino precedida la cesación » de la guerra en todos los nuevos Estados del continente » americano, y el reconocimento de su independencia» (11). Bajo estos auspicios se iniciaron las negociaciones entre los comisionados españoles y el gobierno de Buenos Aires.

La forma que se dió al arreglo entre las Provincias Unidas por una parte y el rey de España por la otra, fué la de una convención preliminar de paz, sobre la base expresamente establecida por la ley argentina, de la previa cesación de la guerra y reconocimiento simultáneo de la independencia de los nuevos Estados americanos, y así se consignó en su preámbulo. Estipulóse una suspensión condicional de hostilidades por el tiempo de dieciocho meses, contados dos meses después de las ratificaciones, durante el cual la Provincia de Buenos Aires negociaría la aquiescencia de los demás gobiernos americanos. Mientras tanto,

---

(10) Carta del Dr. Dalmacio Vélez Sarsfield al coronel B. Mitre, de 20 de setiembre de 1857, publicada en «los Debates» de 1857.

(11) Ley de 19 de junio de 1820, núm. 1673 del «Registro oficial de la República Argentina».

las relaciones de comercio quedarían restablecidas entre la monarquía española y los Estados americanos, con la sola excepción del contrabando de guerra, y en consecuencia, los pabellones de unos y otros Estados serían recíprocamente respetados y admitidos en sus puertos (12). Estos preliminares, como lo observa un historiador español, «de» bían producir el reconocimiento sucesivo de la indepen» dencia americana, desde que se reconocía la independen» cia en la parte comercial, al estipular una perfecta armo» nía en esta clase de relaciones, y la admisión en los puertos de España de las banderas insurgentes » (13). Pero era una ilusión de Rivadavia, la esperanza de que la cuestión hispano-americana pudiese resolverse de otro modo que por las armas.

La convención preliminar tuvo por complemento una ley, tendente á identificar la causa del liberalismo español con la de la independencia sud-americana. Como la Francia hubiese votado veinte millones de pesos para auxiliar la restauración del rey absoluto en España, de conformidad con las decisiones de la Santa-Alianza, de que se había separado la Inglaterra, el gobierno de Buenos Aires fué autorizado á negociar igual suma entre todos los Estados americanos, «para el sostén de la independencia de Es» paña bajo el sistema representativo». En consecuencia, fué nombrado don Félix Álzaga como plenipotenciario, para negociar con los gobiernos de Chile, Perú y Colombia la aquiescencia á la convención, y exhibir las leyes de su referencia. Designóse al mismo tiempo como comisionado cerca de las autoridades realistas del Perú, al general Las Heras, con el objeto de arreglar lo concerniente al armis-

(12) «Convención preliminar de paz entre los gobiernos de S. M. C. y el gobierno de las Provincias Unidas», de 4 de julio de 1823. (Véase «Reg. ofi. de la Rep. Arg.», núm. 1682).

(13) Torrente: «Hist. de la Revol. H. Amer.», t. III, pág. 408.

ticio, y como jefe de la línea militar divisoria de ocupación con aquellas, al general Arenales.

Esta ruidosa negociación, que no pasó del papel, fué en su época tan deprimida como ensalzada, así en Europa como en América, y produjo efectos tan extraños como contradictorios. Algunos historiadores la han interpretado después de una manera siniestra, así por parte de los independientes como de los ultra-realistas, mientras otros piensan que deben consignarse en letras de oro las leyes complementarias que le dan su significación. La verdad es que, descartando del plan lo que tenía de ilusorio, la provincia de Buenos Aires hacía en su situación cuanto era posible, y lo hacía bien y correctamente. Amenazada de una guerra inminente contra un vecino poderoso en nombre de la república contra la monarquía, guerra en que no contaba ni contaría con aliados, cuando sus últimos veteranos combatían por la emancipación del continente, al lado de los soldados del Perú, Colombia y Chile, cumplía para con la América, haciendo solidaria su causa con la suya, al comprometerse espontáneamente, cuando se le brindaban ventajas parciales, á no tratar sino de común acuerdo con los demás pueblos, sobre la base de la cesación previa de la guerra y el reconocimiento de su independencia por España; y al ponerse sola frente á frente de la Santa-Alianza de los reyes absolutos, cumplía sus deberes para con el mundo libre, con honor para el Nuevo Mundo. Bien que fuera una ilusión de Rivadavia esperar que la cuestión hispano-americana pudiera resolverse de otro modo que por las armas, — si es que no entró también por parte el cálculo, para propiciarse la opinión de la Inglaterra, como sucedió, — la negociación en sí es una grande concepción ideal que honra al hombre de Estado y á los propósitos elevados que la inspiraron.

En Europa, la convención con sus leyes complementarias produjo el efecto de propiciarse la buena voluntad de

la Inglaterra. En América, presentada por el plenipotenciario de Buenos Aires al gobierno de Chile, fué rechazada de acuerdo con el ministro colombiano cerca de él. Álzaga, pasó en seguida al Perú, y la comunicó á los presidentes Torre-Tagle y Riva Agüero. El primero la hizo servir á un plan de traición que tenía premeditado abriendo con este motivo correspondencia en tal sentido con los realistas. El segundo se autorizó de ella para proponer á los realistas un armisticio, sobre la base de la expulsión de las tropas colombianas. Lo más singular es, que Bolívar, por cuya influencia había sido rechazada en Chile, y la calificó después de acto imprevisor de política mezquina, la acogió con favor, como un medio de salvarse de la situación embarazosa en que se encontraba. El congreso peruano, que procedía bajo la influencia de la intervención colombiana, resolvió no se tomara ninguna determinación sin previo acuerdo con Bolívar. El Libertador, consultado, contestó por el órgano de su secretario, que podía tener lugar sobre esa base un armisticio de seis meses, que pusiera á cubierto á los independientes de ser invadidos por el ejército español, cuya preponderancia numérica sobre el de Colombia era un hecho. «Al efecto, agregaba, el Libertador desea » que la convención de Buenos Aires sea ratificada antes » por los españoles, porque sería un medio de obtener un » partido favorable, y opina que se dirija un parlamentario » al Cuzco, que tenga por base el armisticio. Luego que » lleguen los auxilios de Colombia se disiparán los temo- » res que al presente nos arredran. El presidente debe es- » cribir al virrey La Serna, que ha llegado á su noticia » que éste deseaba terminar la guerra de América por una » negociación pacífica. Que el mundo liberal está escan- » dalizado de una contienda fratricida. Que el gobierno » peninsular, las Cortes y el rey, han reconocido la inde- » pendencia de toda la América. Que Buenos Aires ha » concluído ya sus tratados, Méjico lo mismo y Colombia

» ha entablado ya su negociación en Bogotá con los agen-
» tes españoles sobre un armisticio y preliminares de paz.
» Sólo el Perú no goza de paz por no haberse entendido
» aún las partes contendientes. Que con motivo de la nego-
» ciación del Sr. Álzaga por el gobierno de Buenos Aires,
» y de haber propuesto la convención celebrada con los
» comisionados españoles, invita al general La Serna á que
» pronuncie explícitamente sus disposiciones, su avenimien-
» to ó su repulsa á estos tratados» (14). Jamás se hizo un elogio más cumplido de la oportunidad y alcance del plan de Rivadavia en sus relaciones con la política general y los intereses americanos, por el mismo que más amargamente lo ha criticado.

III

La situación que en los comienzos del año de 1824 atravesaban los independientes en el Perú, era precaria. Apenas conjurado el peligro de la guerra intestina, la traición minaba sus elementos y los enemigos estaban militarmente preponderantes. El ejército realista constaba de 18.000 hombres disciplinados, poseídos del legítimo orgullo que les daban sus recientes triunfos, — 4.000 hombres ocupaban con Olañeta el Alto Perú; 3.000 formaban el ejército del sud acantonado en Puno y Arequipa; 8.000 el del norte, situado en la sierra del centro y norte: 1.000 en el Cuzco y como 3.000 diseminados en diversas guarniciones. El ejército independiente de las cuatro naciones aliadas, apenas pasaba de 9.000 hombres: de los cuales, 3.000 perua-

(14) Carta del secretario de Bolívar, Espina, al coronel Heres, de enero 11 de 1824. Véase Paz Soldán («Hist. del Perú Indep.» (2.° período), páginas 183 y 223).

nos, 4.000 colombianos (15), 1.100 chilenos y 1.300 argentinos (16). Bolívar urgía por nuevos refuerzos de Colombia y reconcentraba su ejército en Pativilca á 187 kilómetros al norte de Lima, con ánimo de abrir campaña sobre la sierra del centro, buscando la victoria por el camino trazado por Arenales.

En medio de esta incierta situación tuvo lugar un acontecimiento desastroso que hubo de decidir, — al menos por el momento, — de la suerte del Perú. Los independientes perdieron las fortalezas del Callao, ganados por el genio estratégico de San Martín, en momentos en que la España hacía esfuerzos por reconquistar su perdido dominio en el mar Pacífico. Casi simultáneamente, el presidente titular del Perú, Torre-Tagle, se pasaba á los españoles, arrastrando tras sí una parte de las fuerzas nacionales, y los españoles ocupaban á Lima.

Guarnecía los castillos del Callao un batallón de Colom-

---

(15) Esta es la cifra que da el secretario de Bolívar en nota de fecha 22 de diciembre de 1823 al vice-presidente de Colombia; dice: «Es extre» madamente embarazosa la posición en que se halla el Libertador, no » contando más que con cuatro mil colombianos» («Docs. para la Hist. del Libertador», t. IX, núm. 2314).

(16) Tomamos este último dato de un estado de fuerza, fecha 31 de octubre de 1823, remitido por el general de la división de los Andes, Enrique Martínez, al Gobierno de Buenos Aires, que original existe en el archivo general, y cuya copia autorizada se encuentra en el Archivo San Martín, vol. II, M. S. Su detalle es el siguiente: — Regimiento del Río de la Plata, tropa 622; Batallón núm. once, 351; Regimiento Granaderos á Caballo, 353, además de 95 jefes y oficiales que hacen un total de 1,321 hombres. — En una carta del mismo general Martínez al general Sucre, de 11 de mayo de 1823, publicada en el núm. 69 de la «Revista de Buenos Aires», se da el siguiente conjunto de las fuerzas argentino-chilenas: — Chilenos, 1,148; argentinos, 1,090. — En la nota 13 del cap. XLVIII, dimos el cómputo de la fuerza argentina existente en el Perú el 30 de junio de 1822, al marchar á la expedición de puertos intermedios, cuyo total era entonces de 1,911 hombres. — El historiador peruano Paz Soldán, dando al Perú tan sólo 3,000 hombres y 3,800 a Colombia, no computa las fuerzas auxiliares de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sin embargo de mencionarlas más adelante. (Véase «Historia del Perú Indep.» (2.° período), págs. 225 y 229-230).

bia. Queriendo reconcentrar en el norte todas las fuerzas colombianas que constituían el nervio del ejército aliado, dándole por base la frontera de Quito de donde esperaba mayores auxilios, dispuso que fuesen cubiertos por los batallones argentinos que á la sazón guarnecían á Lima. La división de los Andes se había puesto bajo la protección del gobierno de la provincia de Buenos Aires, como representante de la Nación Argentina. «Nos hallamos en circuns- » tancias dolorosas, —decían sus jefes, — al ejecutar este » acto. Desde la disolución de las Provincias Unidas, no » tenemos un gobierno central que nos ampare y regle la » conducta militar y política que debemos observar en la » guerra que hacemos en el Perú á los enemigos de la » libertad de la América, y que recomiende alguna vez á » la posteridad los marcados y señalados servicios de nues- » tro ejército» (17). Su situación era en verdad triste, como lo dice el acta. Lejos de la patria, después de diez años de campañas en tierras extranjeras; los soldados argentinos, desnudos, impagos y sufriendo hasta hambre (18); odiados por los peruanos, como lo eran los chilenos

---

(17) Acta de los jefes y oficiales de la división de los Andes de 20 de marzo de 1823 en Pueblo Libre, pub. en el núm. 55 del t. II de «El Argos de Buenos Aires», de 9 de julio de 1823, juntamente con el proyecto de ley del gobierno tomándola bajo su protección, y que fué sancionado por la legislatura.

(18) «Los jefes primeros de los cuerpos me dirigieron una representa- » ción, suficiente á convertir la compasión de una oficialidad, cuyo sufri- » miento y valor tenía que ceder á las instigaciones de la miseria, porque » el hambre no daba treguas, y la desmoralización tomaba cuerpo». (*Exposición documentada que el general Enrique Martínez presenta de las causas de la insurrección de las tropas de los Andes en las fortalezas del Callao*). Debe decirse empero en honor de la justicia, que Bolívar procuró mejorar su condición en este sentido, pero el gobierno del Perú no lo atendió debidamente. El general E. Martínez en la «Exposición», transcribe el texto de una comunicación oficial de 1.° de diciembre de 1823, en que dice: «Cuando el Libertador señaló las raciones que debían suministrarse

y colombianos, y lo son siempre los soldados libertadores que pasan sobre un país; huérfanos del gran general que los había conducido á la victoria, relegados á retaguardia con humillación después de haber ocupado la cabeza de la columna revolucionaria, y sin un gobierno que los amparase, la división de los Andes en 1824 era un cuerpo sin alma. Además, sus bajas en este largo lapso de tiempo, habían sido reemplazadas con negros libertos del Perú, lo que le había hecho perder su antiguo espíritu.

En cumplimiento de lo dispuesto por Bolívar, el regimiento Río de la Plata, el batallón núm. 11 de los Andes y una brigada de artillería de Chile pasó á ocupar el Callao. El general Alvarado fué nombrado gobernador de los castillos. El jefe colombiano negó la entrada á la división como á tropa sospechosa, y tuvo que acampar durante seis días al raso al pie de las murallas, hasta que una orden terminante de Bolívar la hizo penetrar al recinto fortificado para deshonor de ella y de su patria (11 de enero de 1824). Formaban parte de la guarnición, además de la artillería de Chile, una compañía colombiana y el cuadro de un batallón peruano.

En la noche del 4 al 5 de febrero, se sublevó silenciosamente la guarnición del Callao, cuyo mayor número lo formaban las tropas argentinas, como queda dicho. La causa más inmediata del motín (además de las ya apuntadas), fué la falta de pago de más de cinco meses, á lo que se agrega, que en el día anterior habían sido abonados los sueldos de los jefes y oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Operada la sublevación, aparecieron á la cabeza de ella los sargentos Dámaso Moyano y N. Oliva, pertenecientes ambos al regimiento Río de la Plata, que formaba

---

» al ejército, fué en concepto á que además de éstas recibía un real diario » de socorro; y careciendo en la actualidad de este auxilio, aquella » pensión no le es suficiente para su manutención».

su núcleo. Uno de ellos era natural de Mendoza y el otro de Buenos Aires; habían hecho todas las campañas del ejército de los Andes, distinguiéndose por su valor más que por su inteligencia. El primer paso de los sublevados fué apoderarse de la persona del gobernador Alvarado, y de todos los jefes y oficiales de la guarnición, que fueron puestos presos. Los amotinados no tenían plan: no acertaban á dictar una medida, ni á dar dirección al movimiento. Una parte de la tropa arrastrada por la sorpresa, y otra arrepentida tal vez, volvía instintivamente sus ojos hacia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada á obedecer. El motín no tenía un objetivo declarado que pudiese mantener unidos 1.500 soldados mandados por dos sargentos sin cabeza. Al principio se contentaban con recibir cien mil pesos á cuenta de sus haberes y regresar á su país. Más tarde pidieron plazo para resolver. El gobierno perdió tiempo en satisfacer estas demandas, y cuando accedió á ellas, ya era tarde. La soldadesca, emancipada del freno de la disciplina, se entregaba á los mayores excesos, no bastando ya á contenerla la autoridad de los nuevos caudillos. Moyano, que como más audaz asumió el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veía desorganizarse los elementos que había desencadenado y tenía delante de sí la perspectiva del cadalso. Oliva, menos arrojado, pero más sagaz, tuvo en aquel momento la inspiración funesta que decidió de la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las casamatas del Callao, el coronel José María Casariego, hombre de carácter firme y de gran presencia de espíritu. Habíale conocido en Chile el sargento Oliva, y persuadió á Moyano, que debían dirigirse á él para que los aconsejase en aquel difícil trance. Moyano acogió la idea, y ambos se dirigieron en silencio á los profundos calabozos donde descansaba Casariego, ajeno á la revolución que se operaba en su destino. Comprendió desde luego todo el partido que

podía sacarse en favor de la causa del rey de aquel suceso y de aquellos hombres ignorantes; pero se guardó de manifestarles todo su pensamiento. Limitóse á aconsejarles que trasladasen todos los prisioneros españoles de quienes nada tenían que temer, al cuartel de la puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, y encerraran en las casamatas á los oficiales patriotas, aislando así la tropa para prevenir una reacción. Casariego fué desde este momento el verdadero jefe del movimiento.

La indisciplina y el desorden subían de punto. Mientras tanto, el astuto Casariego, que se había insinuado con Moyano y Oliva respecto de la necesidad de dar al movimiento un carácter reaccionario, y los encontró vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintóles con negros colores lo que tenían que temer de los patriotas, después del paso que habían dado, presentándoles del modo más halagüeño las recompensas que debían esperar del rey, si levantaban en los castillos la bandera de España. Persuadidos los dos caudillos, que no tenían otro camino de salvación y encendida de súbito en sus almas la ambición de la grandeza, insinuaron artificiosamente á la tropa que éste era el único medio de regresar á Buenos Aires y á Chile. Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad. Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel en nombre del rey. Oliva fué nombrado teniente coronel. Casariego quedó asociado al mando político y militar. Dióse nueva forma á los cuerpos y los oficiales españoles se pusieron á su cabeza (19). Se

---

(19) Moyano y Oliva llegaron á ocupar altos puestos en el ejército español, muriendo rodeados de honores. Casariego fué mal recompensado de sus servicios. Por mucho tiempo vivió de limosna en los conventos de Lima, y murió en la oscuridad y la miseria, sin que el rey de España se acordase del hombre á quien debió la recuperación de los castillos del Callao.

hizo una promoción general de oficiales entre los cabos y sargentos y se ofició al general Canterac poniendo á su disposición las fortalezas y la guarnición del Callao. La bandera española fué enarbolada en el torreón «Independencia» con una salva general de los castillos (7 de febrero). Un negro, soldado del regimiento Río de la Plata, nacido en Buenos Aires, llamado Antonio Ruiz (por sobrenombre *Falucho*), que se resistió á hacerle los honores, fué fusilado al pie de la bandera española. Murió gritando: *¡Viva Buenos Aires!* grito que repetirían todas las víctimas de esta catástrofe (20).

---

(20) Véase por vía de simple referencia, en nuestros «Episodios de la revolución argentina» (publicados sueltos en los diarios), los que llevan por título «Falucho» y «Sorteo de Matucana». Algunos han puesto en duda la muerte de Falucho en esta ocasión, y otros han llegado hasta negar su existencia, aunque no públicamente, por no tener pruebas en qué apoyarse. La existencia y la muerte del negro Falucho, está comprobada: 1.° Por el testimonio verbal del general E. Martínez, que mandaba la división de los Andes, quien nos dió en Montevideo en 1839, juntamente con una copia manuscrita de su «Exposición » cit. 2.° Por el testimonio de los coroneles Pedro José Díaz (á cuyo cuerpo pertenecía Falucho) y Pedro Luna, en Buenos Aires en 1856, ambos oficiales de la división de los Andes al tiempo de la sublevación del Callao. 3.° Por el testimonio escrito del coronel Juan Espinosa (natural de la Rep. del Uruguay), que pertenecía á la división de los Andes, y tomó además informes directos del coronel Casariego, que se hallaba en Lima, cuando aquél publicó su libro titulado «La herencia española», en que se registra un episodio histórico sobre la sublevación, donde dice: «Es preciso hacer » justicia á la tropa, que triste y violenta, se vió, sin haberlo jamás pen- » sado, al abrigo de un pabellón contra el que había combatido catorce » años. El centinela que estaba en el baluarte de Casas-matas, y cuyo » nombre sentimos no recordar, pero que se distinguía en el ejército » con el nombre de *Falucho,* cuando se le mandó presentar armas al » pabellón español, exclamó: «que no podía hacer honores á un pabellón » contra el que había peleado siempre», y tomando su fusil contra el » cañón, lo rompió contra el asta de bandera, entregándose al más acerbo » dolor. Tan heroica acción de fidelidad, fué premiada en el acto con el » último suplicio, y el valiente *Falucho* murió por sus principios, dando » ejemplo de patriotismo», ofi. cit., pág. 244. — Pero no sólo hubo un *Falucho* en el ejército de los Andes, hubo dos, y los dos negros, lo que indicaría que era éste un sobrenombre genérico que se daba á los héroes desconocidos de esta valiente raza, que formó el núcleo de la infantería

El regimiento de Granaderos á caballo de los Andes, que se hallaba en Lurín, en el valle de Cañete, contaminado por el ejemplo, se sublevó también y marchó á incorporarse al Callao, sin darse cuenta de la trascendencia del movimiento (14 de febrero). Al ver flotar el pabellón español en las murallas, los soldados volvieron sobre sus pasos, y pusieron en libertad á sus jefes depuestos. Los más comprometidos, persistieron en su propósito, y volvieron las armas contra sus antiguos compañeros. Quedó empero un núcleo de ciento veinte Granaderos fieles, que en representación de la República Argentina asistirían á las últimas batallas de la independencia sud-americana. Así quedó disuelto por el motín y la traición, el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

IV

Canterac, inmediatamente de recibir la noticia de la sublevación del Callao, desprendió de la sierra una fuerte división de las tres armas, al mando de Monet, la que unida á la división de Rodil que ocupaba el valle de Ica sobre la costa, debía apoyarla y ocupar á Lima. La capital fué evacuada por los independientes. El presidente del Perú, Torre-Tagle,

---

en las guerras de la independencia. En carta del general Míller á San Martín, de 20 de agosto de 1830 en Lima, le dice: «Es muy recomendable » la memoria y gran amor que le conservan sus antiguos soldados. Entre » ellos se han distinguido el morenito *Falucho*, que era de la compañía » de cazadores del 8.° y tomó una bandera en Maipu». San Martín contestó a Míller con fecha 10 de julio de 1831, desde París: «Le aseguro que » he tenido una verdadera satisfacción con la noticia que me da de la » existencia del célebre y nunca bien ponderado *Falucho*». M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXX).

que complotado con su ministro de guerra, había entablado correspondencia secreta con los españoles para reaccionar contra la intervención colombiana, sirviéndole de pretexto la negociación del armisticio proyectado en Buenos Aires, se pasó á los realistas con algunas fuerzas peruanas que le obedecían, y dió un manifiesto contra Bolívar.

Los españoles eran dueños de toda la sierra, y de todo el centro y sud del Perú, é iban á tener el dominio del mar. Una parte de la escuadra independiente se hallaba surta en el Callao. Guisse, recibió orden de recuperarla á todo trance. El almirante peruano, con la fragata *Protector* y cuatro botes armados en guerra, penetró al puerto bajo los fuegos de los castillos y fuerzas sutiles de la bahía. Abordó la fragata *Guayas* (antes *Venganza*), y no pudiendo sacarla, la incendió. Lo mismo hizo con la *Santa Rosa*, y con los demás buques mercantes (25 de febrero). Salvóse tan sólo el bergantín de guerra *Balcarce*. Los españoles esperaban dos fragatas de guerra, que encontrarían un puerto de refugio, bajo el amparo de fortificaciones inexpugnables para los independientes.

Bolívar ordenó la evacuación de Lima, dictando órdenes terribles, que encontraron resistencias pasivas en los peruanos. «Imagínese, — escribía al encargado de cumplirlas — » perdido el país. Se han roto ya los vínculos de la sociedad. » No hay autoridad, no hay nada que atender sino privar á » los enemigos de una inmensidad de recursos de que van » á apoderarse». En el mismo día en que Bolívar fulminaba esta orden, el congreso supremo lo investía con la dictadura absoluta, declarando cesante al presidente de la república, por «ser incompatible el régimen constitucional con la sa» lud pública, y se disolvía hasta tanto el Libertador esti» mase convocarlo para un caso extraordinario» (10 de febrero de 1824). Abandonada la capital, Monet la ocupó sin resistencia, y se hizo cargo de los prisioneros del Callao. No entraba en el plan de los españoles ocupar permanente-

mente la ciudad. Rodil tomó el mando del Callao, y Monet se replegó á la sierra.

Los oficiales patriotas prisioneros, en número de 160, fueron dirigidos á pie al valle de Jauja, custodiados en dos partidas, por la división de Monet, de regreso á Jauja, por el camino de San Mateo (8 de marzo). En la primera jornada pernoctaron á 36 kilómetros de Lima. Dos de ellos, el mayor Juan Ramón Estomba y el capitán Pedro José Luna, se tendieron fatigados en el suelo, uno al lado del otro, y antes de entregarse al sueño se concertaron para fugar en la primera ocasión propicia, comunicando su proyecto al mayor Pedro José Díaz y á los oficiales Juan Antonio Prudán y Domingo Millán. Al tercer día de marcha (21 marzo) llegaron á una estrecha ladera. Marchaban los presos en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudán. Al descender al fondo de la quebrada y pasar uno de sus puentecillos, Estomba y Luna se deslizaron á lo largo de una acequia como por un camino cubierto. Millán y Prudán cerraron el claro, renunciando á la salvación para burlar la vigilancia de la custodia. Esta abnegación debía costarles la vida.

Informado Monet de la evasión, así que llegó al pueblo de San Juan de Matucana (19 de marzo) á 47 kilómetros de Lima, ordenó que dos de los prisioneros fuesen ejecutados á la suerte en reemplazo de los dos fugados. Presentóse al grupo el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, y haciéndolos formar en ala, les intimó la sentencia. El doctor José López Aldana, auditor del ejército independiente, protestó contra la bárbara ley, violatoria del derecho de gentes, que constituía á la víctima en guardián de la víctima bajo pena de la vida. — «Bastante se ha observado el derecho de gentes con ustedes, pues tienen aún la cabeza sobre los hombros», fué la contestación del jefe español. El coronel José Videla Castillo (argentino) que por su elevada graduación formaba á la cabeza, dijo con tranquila entereza: — «Es inútil la suerte. Aquí estamos

» dos coroneles: elíjase cual de los dos ha de ser fusilado, » ó los dos juntos si se quiere, y hemos concluído». — ¡Nó! ¡Nó! La suerte! gritaron los prisioneros á una voz. — El general Pascual Vivero, anciano de setenta años, el mismo que había perdido la plaza de Guayaquil y simpatizado después con la causa sud-americana, por tener dos hijos sirviendo en las filas independientes, estaba exceptuado del sorteo. Espontáneamente se puso á la cabeza de la fila. — Señor don Pascual, con usted no reza la orden, le dijo García Camba. — ¡Sí, reza! replicó el anciano con noble laconismo. — En seguida se procedió al sorteo á muerte. Las cédulas, escritas por García Camba, sobre una caja de guerra que la tenía un tambor de órdenes, fueron dobladas por su mano, y arrojadas en el morrión cónico de un soldado del regimiento de Cantabria que daba la escolta del suplicio, y acto continuo se pasó nominalmente la lista fúnebre.

La primera cédula, que tomó Videla Castillo, era blanca. Las cuatro que siguieron fueron también blancas. Al llegar su turno al sexto, en el orden de la fila, que lo era un mayor Tenorio, exclamó: — Yo no tomo cédula. El señor (agregó señalando al capitán Ramón Lista) sabe quienes protegieron la fuga. — Yo no sé nada, interrumpió Lista. ¡Venga la suerte! — ¡Usted me lo ha dicho! — ¡Es usted un infame! — En aquel momento salió un jóven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos, prorrumpió con voz vibrante: — ¡Yo soy uno! — ¡Yo soy el otro! exclamó inmediatamente un oficial, que imitó la acción de su compañero. — ¡Venga la suerte! gritaron todos, con excepción de Tenorio. — ¡Es inútil! contestaron los dos oficiales que se ofrecían como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas. — Uno de ellos llamábase Manuel Prudán: era hijo de Buenos Aires, había hecho las primeras campañas del Alto Perú, y prisionero en Vilcapujio, permaneció en las casama-

tas del Callao durante siete años. Contaba 24 de edad (21). El otro, Domingo Millán, de edad provecta, que era natural de Tucumán, y prisionero en Ayohuma, había sido compañero de infortunio de Prudán. Los prisioneros pidieron que se continuase el sorteo: — ¡Es inútil! interrumpió Millán; en prueba de que soy yo quien debe morir, aquí está una carta de Estomba. — En mi maleta se encontrará la casaca de Luna, agregó Prudán. — No hay qué afligirse, dijeron á sus compañeros; verán morir dos valientes. — No hay para qué seguir la suerte, dijo entonces con frialdad García Camba; habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados. — Prefiero la muerte, prorrumpió Millán, á ser presidiario de los españoles (22).

---

(21) Con fecha 18 de diciembre de 1817, adjunta el virrey Pezuela en carta particular, contestando á San Martín sobre canje de prisioneros, una relación de los del Alto Perú que están en su poder, en que se lee esta anotación: «Cadete Manuel Prudán, 17 años, patria Buenos Aires». Prudán fué canjeado en 1820. — La fe de bautismo existe en la parroquia de San Nicolás de Bari.

(22) Los sorteados en Matucana, fueron 78 jefes y oficiales, pero no nos ha sido posible recoger sino los nombres de 66, conservados por la tradición oral, por el testimonio escrito del coronel Espinosa en su libro «Herencia española», antes cit., y especialmente en el «Álbum de Ayacucho» (pág. 191), donde se registra la lista de los jefes y oficiales argentinos, chilenos, peruanos y colombianos, prisioneros en el Callao, á consecuencia de la sublevación. La lista de los sorteados en Matucana, cuyos nombres se han salvado, es la siguiente: Auditor de guerra Fernando López Aldana; *jefes*: coroneles José Videla Castillo (argentino), y Carlos María Ortega (colombiano), Eduardo Carrasco, Nicolás Medina, Escolástico Magán, Juan Argüero, Llicio, Eugenio Giroust. — *Oficiales*: Pedro José Díaz, Santiago Gómez, Manuel Pando, Domingo Cavero, Eduardo Balarezo, Mariano Campana, Ramón Lista, José Félix Ortiz, Heredia, Manuel Castro, Manuel Prudán, Domingo Millán, José Antonio Pérez, Jiménez, José Callejas, Domingo Reaño, Miguel Noriega, Manuel Ríos, José Quiroga, Javier (ó Gabriel) Grados, José M. Chehueca, José Gayangos, Francisco Lucero, Cipriano Miro (de Montevideo), Norberto Funes, Melitón Álvarez, Valentín Calderón, Tomás Muñiz, José Ignacio González, José R. González, Lorenzo R. González, José Ramos, Manuel C. Dulanto, y José T. Dulanto (hermanos), José Antonio Pérez, Taramona, Juan Barrón y Pedro Barrón (hermanos), José Castro, José Tapia, Manuel Tineo, Eugenio Fernández, Manuel Gómez, Tomás Cabanillas, Ariste, Carlos Godoy, Manuel

Puestos en capilla las dos víctimas inmolatorias, los confesó el cura de Matucana. Millán pidió como una última gracia, que le dejaran vestir su uniforme. Se lo puso, sacó del forro de la casaca las medallas de Tucumán y Salta que colgó del pecho, y dijo: — «He combatido por la independencia desde joven: me he hallado en ocho batallas; he estado prisionero siete años y hubiera estado setenta antes que transigir con la tiranía española. Mis compañeros de armas, vengarán este asesinato. — Los ejecutores quisieron vendarles los ojos; pero ambos se resistieron. Millán, que era calvo, con una orla de cabellos negros que le circundaba el cráneo, lo que le daba un aspecto imponente, al tiempo de apuntarle, dijo: — ¡Compañeros! ¡La venganza les encargo! — Y desabrochándose la casaca, gritó con voz firme — ¡Al pecho! ¡al pecho! ¡Viva la Patria! — Prudán, murió con la resignación de un mártir, gritando también: *¡viva Buenos Aires!* (23). Los verdugos hicieron en seguida desfilar á los prisioneros por delante de los dos cadáveres! (24).

Pérez, José Luján, Tadeo Oliva, Manuel López. — A que debe agregarse el general español Pascual Vivero, que voluntariamente quiso tomar parte en el sorteo. — El orden de formación de los que sacaron suerte era el siguiente: — Vivero, que se colocó á la cabeza, López Aldana, Videla Castillo, Ortega, Magán, Reaño, Manuel López, y Pedro José Díaz, que precedía á Tenorio. Este último dato me ha sido suministrado por los coroneles (después) Pedro José Díaz y Ramón Lista, que seguía á Tenorio, y también llegó á tomar suerte.

(23) El coronel Ramón Estomba, uno de los fugados, que fué causa del sorteo, compuso una canción fúnebre, la que con música de *La Pola* se cantó por muchos años en los campamentos militares. En ella se mencionan estas particularidades, especialmente en la siguiente estrofa:

Al suplicio conducen á entrambos,
Y con ánimo grande Millán,
Desabrocha el honroso uniforme
Y les dice: «Aquí, al pecho ¡tirad!»

(24) Para relatar la sublevación del Callao, así como el episodio del sorteo de Matucana, hemos tenido presente: 1.° Los testimonios orales del

V

Al tiempo de desarrollarse estos acontecimientos desastrosos, Bolívar se hallaba en su cuartel general de Pativilca. Devorado por la fiebre que trabajaba su cuerpo y su espíritu, fué acometido de una grave enfermedad que hizo temer por su existencia. Durante seis días, permaneció sin conocimiento. En los templos se hacían rogativas por la vida del Libertador. Apenas convaleciente, le llegaron las primeras noticias de la sublevación del Callao, y sucesivamente la de la ocupación de Lima y la traición de Torre-Tagle. En tal ocasión, su amigo el ministro Joaquín Mosquera, fué á visitarle. Le encontró en el huerto de la casa que habitaba, sentado en una pobre silla de baqueta recostada contra una pared, atada la cabeza con un pañuelo blanco. Estaba meditabundo. Su faz era cadavérica, su boca cavernosa, su voz

---

general Enrique Martínez, y los coroneles Pedro José Díaz, Ramón Lista y Pedro Luna, los cuatro testigos presenciales de los sucesos; 2.° Exposición del general Enrique Martínez, cit., y una carta M. S. del coronel Luna, sobre su evasión con Estomba, con la canción fúnebre de Estomba autógrafa: — 3.° «Mem. hist. biog.» del general Alvarado. M. S. cit. — 4.° «La herencia española», por el coronel Juan Espinosa, que servía en el ejército de los Andes, y recogió el testimonio del principal actor de la sedición del Callao por parte de los españoles, el coronel Casariego, que consigna en su libro. — «Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú», por Camba, jefe de estado mayor de la división Monet que ocupó el Callao y Lima, y fué el ejecutor del sorteo de Matucana. — Correspondencia diplomática de don Félix Álzaga, ministro argentino á la sazón en el Perú, que intervino en las tentativas de negociación con los sublevados. M. S. (Archivo del ministerio de relaciones exteriores de la República Argentina).

hueca y débil. Vestido con ropa ligera de dril, sus miembros enflaquecidos acusaban las aristas secas del esqueleto. — ¿Qué piensa usted hacer ahora? le preguntó Mosquera. — «¡Triunfar!» repuso el Libertador. — Su alma heroica se templaba en los contrastes.

En la impotencia de hacer frente á los realistas, se replegó con todas sus fuerzas á Trujillo, tomando por base de operaciones las provincias de Guayaquil, Jaén y Cuenca. Hallábase en la misma situación que San Martín al tiempo de ocupar con 4.000 hombres la línea de Huaura, con la diferencia que contaba con cerca de 7.000 hombres, y tenía á su espalda la poderosa reserva de Colombia triunfante. Tocaba ahora á Colombia completar la obra de San Martín en el sud, con el auxilio de los elementos del Perú, después de haber terminado gloriosamente la suya en el norte. Las Provincias Unidas estaban fuera de combate. Chile, cuyo auxilio solicitó Bolívar, no podía ó no quería tomar parte en la lucha. Los últimos restos de los ejércitos libertadores de estas dos repúblicas, incorporados á las divisiones perua-no-colombianas, formaban parte del ejército que era la última esperanza de la América independiente. El Libertador no cesaba de exigir auxilios del gobierno de Colombia. «Si » los intereses que van á decidirse en el Perú, le decía, » tuvieran sólo relación con este pueblo, el ejército que » tenemos podría aventurarse contra el enemigo; pero » versándose la de toda la América, nada debe librarse á » las probabilidades, y menos aun á la casualidad ó la for- » tuna». El vice-presidente Santander, al responder á este llamado, exageró la nota, recabando del congreso de Colombia autorización para hacer una leva de 50.000 hombres, además de las tropas existentes (11 de mayo de 1824). Sucesivamente fueron llegando los refuerzos pedidos á Colombia, hasta el número de 3.000 hombres. Con estos elementos, formó Bolívar un ejército de cerca de diez mil hombres, en Pativilca (provincia de Huaras), al pie de la

cordillera del norte, sin que el enemigo lo sospechara. Lo dividió en cuatro grandes divisiones: dos colombianas, á órdenes de los generales José María Córdoba y Jacinto Lara, y una peruana al mando de La Mar; las tres de infantería. La caballería, compuesta de los llaneros colombianos, mandada por el coronel Lucas Carvajal; los jinetes peruanos por Míller, asistido por los comandantes Manuel Isidoro Suárez y José Olavarría (ambos argentinos); los restos de los Granaderos á caballo de los Andes, compuestos de gauchos del Río de la Plata y algunos huasos de Chile, á órdenes del coronel Alejo Brueix (francés, hermano del muerto en el Bío-Bío), formaban la cuarta división, bajo el mando superior del general Mariano Necochea (argentino). Sucre era el jefe de estado mayor, y la cabeza organizadora. Las cuatro repúblicas de la América meridional, existentes, entonces, estaban representadas (con excepción de Méjico), en un solo ejército continental.

Un acontecimiento extraordinario vino por este tiempo á equilibrar las fuerzas beligerantes, y permitir á Bolívar emprender operaciones decisivas. El general Olañeta, se sublevó en el Alto Perú con un ejército de 4.000 hombres, y sin separar su causa de la de los realistas, se sustrajo á la obediencia del virrey, como lo había anunciado á Alvarado en 1823 en su conferencia de Iquique (véase cap. LVIII,§ IV). Por su calidad de americano y por sus opiniones absolutistas, Olañeta era enemigo declarado de los generales españoles que profesaban ideas liberales y habían levantado á La Serna en Asnapuquio. En 1824, le llegó por la vía de Buenos Aires la noticia de que Fernando VII, sostenido por la intervención francesa, había abolido la constitución de 1820 y restablecido el antiguo régimen. Sin esperar órdenes, procedió por sí á hacer la proclamación del rey absoluto. El virrey desaprobó su conducta. Él contestó despidiendo á los generales españoles La Hera y Maroto que ocupaban altos puestos en el Alto Perú, reconcentró su ejército y se

preparó á la resistencia armada. El general Jerónimo Valdés, con cuatro batallones, cuatro escuadrones y dos piezas de artillería, fué encargado de someterlo á la obediencia. Después de algunos alardes militares y negociaciones confusas, no obstante que ambas partes conviniesen en reconocer el absolutismo español, se rompieron las hostilidades. Los realistas tuvieron también su guerra civil. Libráronse varios combates sangrientos, en que Valdés tuvo la ventaja, y habría acabado al fin por destruir a Olañeta, cuando recibió orden terminante del virrey de abandonar el Alto Perú y reconcentrarse al Cuzco. Los independientes habían triunfado en Junín.

Bolívar, aprovechando la coyuntura de la sublevación de Olañeta y el alejamiento de la división de Valdés, que le quitaba de encima como 7.000 enemigos, abrió su nueva campaña, sin plan determinado, pero con la resolución de buscar al enemigo, posesionarse del valle de Jauja, siguiendo las huellas de Arenales, que había trazado dos veces el camino de la victoria. Su invasión á la sierra fué precedida por un movimiento general de las guerrillas peruanas, desde Yauly hasta Pasco, que estrecharon el círculo de los realistas en la montaña. Cubierto por esta cortina de partidarios, Sucre, con la previsión de San Martín, reconoció los caminos de la cordillera, cuyo croquis levantó él mismo como ingeniero; estableció depósitos de víveres, leña y forrajes á lo largo del trayecto que el ejército debía recorrer, y marcó punto por punto el itinerario, midiendo las distancias. Bolívar trasmontó los Andes por la parte más fragosa y elevada, con dirección á Pasco, á fin de ocultar su movimiento y sorprender al enemigo. Mientras tanto, Canterac permanecía en inacción en el valle de Jauja, con 8.000 infantes, 1.300 caballos y 8 piezas de artillería, ignorante del avance de los independientes.

El 2 de agosto (1824) el Libertador pasó revista á 9.000

hombres sobre las armas (25), formados en el llano Rancas á 36 kilómetros de Pasco y lo proclamó con su genial elocuencia: «Vais á completar la obra más grande que el cielo » ha encargado á los hombres: la de salvar un mundo entero » de la esclavitud. El Perú y la América toda aguardan de » nosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa os » contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo » Mundo es la esperanza del universo». O'Higgins, el héroe de Chile, proscripto de su patria, y Monteagudo, levantado de hecho su destierro, acompañaban á Bolívar en esta gran revista americana. Al día siguiente, 700 montoneros peruanos se reunieron á la caballería, después de haber explorado el país al oriente de la cordillera. El día 4, Míller, destacado con una vanguardia de caballería al oeste de Jauja, daba parte que Canterac avanzaba sobre Pasco con su ejército en masa. El Libertador aceleró su movimiento.

VI

Al sud de Pasco y en las nacientes del río Grande, comienza el gran lago de Reyes, situado entre la cordillera occidental y la oriental, que llena toda la depresión del terreno, hasta la entrada del valle de Jauja. El camino que desde Tarma conduce á Pasco, orillando su margen oriental, es el más llano: el del occidente, que va desde Pasco á

---

(25) O'Leary: «Memorias», t. II, pág. 266, le asigna la siguiente fuerza: «El Libertador pasó revista al Ejército unido el 2 de agosto. Ascendía éste » á 7,700 hombres de todas armas, sin incluir las guerrillas (1,500 hom- » bres), y fué cuanto pudo presentar en línea, después de sus infatigables » esfuerzos».

Junín, es el más escabroso. En su extremidad meridional se encuentra el llano de Junín, accidentado por colinas, en medio de riachuelos y pantanos formados por los desagües del lago. Canterac, que se había reconcentrado en Jauja, informado tardía y vagamente del movimiento de los independientes, tomó con su caballería el camino oriental del lago, con el objeto de practicar un reconocimiento (1.° de agosto). En Carhuamayo, á 26 kilómetros de Pasco, supo con sorpresa que Bolívar se había movido por la margen opuesta en dirección á Jauja. Los ejércitos efectuaban alternativamente una marcha paralela, en sentido contrario, lago por medio, tan ignorante el uno como el otro de sus movimientos. El general español, con su retaguardia amenazada, temeroso de perder su base de operaciones y su línea de comunicaciones, emprendió inmediatamente su retirada por el camino que había llevado para reunirse con su infantería (5 de agosto). En 24 horas anduvo 88 kilómetros, y el 6 á las 2 de la tarde se hallaba en la extremidad austral del lago, en la pampa de Junín, y á su frente por la parte del oeste, aparecía al mismo tiempo el ejército independiente, con su infantería establecida en las alturas y su caballería que descendía al llano en aire de carga.

Bolívar había marchado por las faldas orientales de la cordillera occidental, con el lago á su pie sobre su izquierda, á fin de salir á la derecha del río Grande de Jauja, apoyándose siempre en posiciones inexpugnables, lo que indicaba una prudencia que no le era habitual. Al avistar frente á Junín al ejército realista, hizo avanzar su caballería al mando de Necochea, fuerte de 900 hombres, permaneciendo con su infantería en el terreno fragoso como 8 kilómetros á retaguardia. La componían seis escuadrones de Granaderos montados y Húsares de Colombia, un escuadrón de Granaderos á caballo de Buenos Aires, y dos del Perú. La

caballería española, alcanzaba á 1.300 hombres, y se consideraba invencible (26).

La caballería republicana, formada en columna sucesiva por mitades, se comprometió en un terreno desventajoso, por un desfiladero entre un cerro y un pantano, cortado por un riachuelo ramal del lago, que obstruía sus despliegues antes de salir á la pampa. Sólo tuvo tiempo de presentar en batalla dos escuadrones de granaderos montados de Colombia. Eran las cinco de la tarde. A Canterac le pareció propicia la oportunidad. Fiado en el número y calidad de su arma favorita, que creía saber manejar, no quiso hacer uso de la artillería ligera ni de las compañías de cazadores que tenía á la mano, se puso personalmente al frente de su caballería, desplegó su línea, reforzando las alas con sus escuadrones doblados, y ordenó la carga con aires violentos á una distancia desproporcionada, sin darse exacta cuenta del terreno, error reconocido por sus mismos compañeros de armas, y á que se atribuye en parte su merecido contraste (27). Su

---

(26) Camba, historiador español y testigo competente, confiesa esta superioridad numérica: «El ejército de Bolívar, si bien algo superior en nú» mero, era inferior en caballería, y generalmente en calidad. Su fuerza » constaba de 1,300 caballos». («Mem. para la hist. de las armas españolas en el Perú», t. II, pág. 193 y 195). Canterac también lo confiesa en su parte de Junín, según se verá más adelante.

(27) Véase Camba: «Memorias» cit., t. II, pág. 198. La descripción de Camba es la más técnica y correcta. Hace justicia á sus contrarios y critica racionalmente las faltas cometidas por los españoles, confesando francamente la «vergonzosa derrota» como lo hace Canterac en su parte. — Los partes de los secretarios de Bolívar, Pérez y Heres, insertos en la «Col. de doc. para la hist. del Libertador», núm. 3,292, son tan deficientes como confusos. El «Boletín» núm. 2 del Ejército libertador, firmado por Santa Cruz, confiesa la derrota de los Granaderos de Colombia que sufrieron el primer choque, haciendo justicia al escuadrón de caballería del Perú mandado por Suárez, que decidió la acción, por cuya hazaña se le da en él el dictado de «Húsares de Junín». — Después de esto no existe ningún documento fundamental sobre la batalla de Junín, á excepción de las «Memorias» de Míller, actor principal en ella, que se complementa

ánimo era flanquear con su derecha la izquierda de la columna republicana en marcha; pero antes de alcanzar su objetivo, se encontró embarazado por el pantano, y se detuvo en confusión. Su izquierda y parte de su centro, se desordenaron un tanto por el largo trayecto recorrido á gran galope, y chocaron con los dos escuadrones colombianos, que con sus largas lanzas recibieron con firmeza la impetuosa carga; pero fueron éstos arrollados y perseguidos por la espalda, envolviendo en su fuga la cabeza de la columna independiente, que en ese momento salía del desfiladero.

Canterac, á más del error técnico ya indicado, cometió otro más grave aún, y fué comprometer de golpe toda su fuerza, sin prevenir una reserva que acudiese á las partes débiles ó completase el triunfo. De aquí resultó, que lanzados los escuadrones en desorden á la persecución, se comprometieron á su vez en el desfiladero, acuchillando á los fugitivos. Necochea, traspasado de siete heridas de lanza, fué pisoteado por los caballos de vencidos y vencedores, y quedó prisionero de los españoles (28). El acaso, dió la

---

por una carta inédita de que se hará mención más adelante. — No merece tomarse en cuenta la «Campaña del Perú por el Ejército unido Libertador de Colombia, Perú, Buenos Aires y Chile», por Manuel Antonio López, ayudante de estado mayor del ejército, que habla como testigo presencial, que no hace mención alguna especial de los cuerpos, y sólo recuerda que los soldados eran colombianos. Trae un croquis de la batalla, en que figura una llanura sin accidentes; dibuja la columna patriota presentando el flanco izquierdo al enemigo y desplegando en línea sobre el mismo flanco, y á la caballería española formada en dos líneas, suponiendo que la segunda línea servía de reserva, detalles inexactos rectificados por el mismo terreno y por los documentos oficiales, así realistas como independientes, pues es sabido que la columna independiente se hallaba comprometida en un desfiladero y su despliegue fué al frente, así como que los españoles no tenían reserva, y esta fué una de las causas de su derrota.

(28) En un principio se consideraron mortales las heridas de Necochea y en el famoso «Canto á Junín» de Olmedo, es contado equivocadamente entre los muertos, en los siguientes versos:

victoria á los independientes. La reserva estaba emboscada á la orilla del pantano. El comandante Manuel Isidoro Suárez, que con el primer escuadrón Húsares del Perú, se hallaba situado en uno de sus recodos, dejó pasar por su flanco el tropel de perseguidos y perseguidores, y despejado el terreno, cargó por retaguardia á los vencedores que á su vez se pusieron en precipitada fuga (29). Los escuadrones patriotas reaccionan con Míller á su cabeza, vuelven caras y quedan dueños del campo. Canterac, que consideraba seguro su triunfo, no quería dar fe á sus propios ojos al presenciar su derrota: «Sin poder imaginarme cual fué la cau- » sa, volvió grupas nuestra caballería y se dió á una fuga » vergonzosa. Parecía imposible en lo humano, que una » caballería como la nuestra, tan bien armada, montada é » instruída, con tanta vergüenza huyese de un enemigo » sumamente inferior bajo todos respectos, que ya estaba » casi batido, echando un borrón á su reputación antigua y » puesto en peligro al Perú todo» (30). Todo fué obra de 45 minutos. Fué un combate al arma blanca: no se disparó un solo tiro. Quedaron 250 realistas muertos á sable y lanza. La pérdida de los republicanos no pasó de 150 entre

---

En tanto el Argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado,
Y no ya cual caudillo, cual soldado
Ahuyenta á sus contrarios; y aunque herido
Sale con la victoria y con la vida.
Blasón ilustre de tu ilustre patria
No morirás; tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
Á la gloria darán sonoro canto
Y á tu ingrato destino acerbo llanto.

(29) Estos detalles, que son de notoriedad histórica, han sido referidos por el coronel Olavarría, actor en la batalla, en presencia del coronel Suárez, que fué el héroe de ella.

(30) Parte de Canterac al virrey, de agosto 8 de 1824.

muertos y heridos, entre ellos Necochea, gloriosamente rescatado. Los derrotados fueron perseguidos, hasta guarecerse bajo los fuegos de su infantería, que se puso inmediatamente en retirada (31). El nervio del ejército realista, quedó para siempre quebrado en este memorable combate, precursor del triunfo definitivo.

Bolívar, que con su estado mayor presenciaba el combate desde lo alto de una colina, al ver doblados los escuadrones de Colombia y en fuga los que formaban la columna sucesiva, lo dió todo por perdido, y se replegó rápidamente á su infantería, donde le alcanzó más tarde el parte de la victoria dado por Míller (32). Esto no ha impedido que la musa americana le haya consagrado el más inspirado de sus can-

---

(31) Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.», (2.° período), pág. 255, quien publica una interesante carta inédita de Míller sobre la batalla de Junín, que sirve de base á su texto.

(32) Carta inédita de Míller, pub. por Paz Soldán, cit. en la nota anterior, en que dice: «El Libertador, los generales Santa Cruz y Gamarra » con su estado mayor, sin pasar el desfiladero, se formaron á retaguar» dia, en una especie de llano pantanoso, al pie de una colina, y presen» ciando la fuga de nuestras tropas en la primera carga, se retiraron rá» pidamente á una legua á retaguardia, donde la infantería estaba for» mada. Ellos creyeron por mucho tiempo que todo estaba perdido, hasta » que un aviso que yo les mandé escrito con lápiz en el mismo campo » de batalla, fué la primera noticia que tuvo el general Bolívar de nuestra » victoria; así es que poco después me dió un fuerte abrazo». López, ayudante del estado mayor colombiano, en su «Campaña del Perú», etc., cit., pág. 37-38, y en sus «Recuerdos históricos», cit., pág. 118, aunque exagera la participación directa de Bolívar en la acción, confirma el hecho, que por otra parte es notorio y no tiene nada de vergonzoso como rasgo de prudencia, — poco habitual en él, — de un general en jefe. «El Liber» tador, — dice López, — se halló en la pampa en el primer encuentro » y más fuerte del peligro; pero la distancia á que se alejaba la caballe» ría, le obligaron á situarse en una altura. Al principio se manifestó » agitado al aspecto de una lucha tan desigual. Permaneció más de media » hora observando con impaciencia el encarnizado combate, y las som» bras de la noche lo dejaron aparentemente indeciso. El coronel Carva» jal á las seis y media de la tarde lo sacó de la ansiedad con que espe» raba la noticia de la pérdida ó triunfo de nuestra caballería, porque » la noche se había avanzado y la oscuridad no permitía distinguir á lo » lejos el resultado de esta jornada».

tos, glorificándolo como un héroe de Homero, en un combate decidido por el acaso y el valor de los soldados, en que no tomó parte ni su inteligencia ni su persona, aun cuando el honor del triunfo le corresponda como general en jefe que dió la orden de pelear, y sea merecedor á sus encomios por otras batallas peleadas y ganadas por su genio militar (33). Sobre el campo de batalla, saludó á los vencedores, y dió al primer escuadrón mandado por el argentino Suárez, el glorioso nombre de «Húsares de Junín», con que ha pasado á la historia, como antes había dado á los Granaderos de los Andes, mandados por el argentino Lavalle, el de «Granaderos de Río Bamba».

---

(33) Olmedo: «La Victoria de Junín, Canto á Bolívar», cit. Es popular la estrofa de este canto, que la América sabe de memoria, en que Bolívar es presentado de una manera, cuya hipérbole forma contraste con su papel real en la acción, en los siguientes versos:

¿Quién es aquél que el paso lente mueve
Sobre el collado que á Junín domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer designa?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y á los más bravos á morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar su presa
Que entre el rebaño mal seguro pace?
¿Quién el que ya desciende
Pronto y apercibido á la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda: el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de la gloria:
Su voz un trueno: su mirada un rayo.

VII

Canterac, desmoralizado por un contraste que consideraba «imposible en lo humano», emprendió una retirada que más se parecía á una fuga, sin más propósito que ponerse fuera del alcance de las armas libertadoras, para prevenir una derrota (34). Evacuó el valle de Jauja, y emprendió su marcha con tanta precipitación, que á los dos días se hallaba á 160 kilómetros del campo de batalla, destruyendo así por el cansancio su infantería, que era lo único que le quedaba. Abandonó sucesivamente los distritos de Tarma, Cajatambo, Huaylas, Huanuco, Huamanga, Huancavelica, Cangallo, Huanta, Pampas y Andahuilas, sin detenerse en las posiciones ventajosas á lo largo de su trayecto, ni cuidarse de los repuestos y convoyes que dejaba á su retaguardia; pidiendo con insistencia cinco ó seis mil hombres para «no sucumbir y perder el Perú sin remedio», según sus propias palabras, y no paró hasta considerarse en salvo al oriente del Apurimac, á 750 kilómetros de su punto de partida. En esta retirada, perdió como 2.000 hombres según unos, y 3.000 según otros, entre rezagados y desertores, más de lo que le habría costado una gran batalla. Se perdió algo más: el crédito del general en jefe español, la moral del ejército realista y hasta la esperanza de su victoria. El virrey lo reforzó con 1.500 hombres del Cuzco, con lo que

---

(34) El mismo lo confiesa en su parte de Junín: «La fuga de nuestra » caballería y la superioridad numérica de la infantería enemiga me pre- »cisaron á mi vez á alejarme con la rapidez posible del enemigo, para no » exponer mis fuerzas á un contraste, pero no sé hasta donde tendré que » continuar mi retirada y con qué medios lo haré, si el enemigo trata de » hostigarme, siguiéndome con empeño».

se estableció sólidamente en la línea inexpugnable del Apurimac. Fué entonces cuando La Serna ordenó que la división de Valdés ocupada en la guerra con Olañeta al sud, se concentrase al Cuzco. Sin embargo, nadie perseguía á Canterac, sino su propia sombra.

El ejército independiente descansó tres días en el campo de batalla, y sólo destacó alguna caballería con infantes montados para picar la retaguardia del enemigo. Empleó diez días en posesionarse de Jauja. Permaneció cerca de un mes en Huamanga. A mediados de setiembre atravesó el río Pampas, poderoso tributario del Apurimac, que corre en esta región de occidente á oriente, cuyo puente de maromas halló cortado. Establecióse en seguida en Andahuailas, y avanzó hasta Challhuanca al sud del Pachachaca (otro afluente del Apurimac), amagando el Cuzco sobre la línea del Apurimac á la altura de sus nacientes, con el flanco derecho cubierto por la cordillera de Huanzo, que forma el nudo andino en que las dos cordilleras se reunen, y que lo separaba de Arequipa. En este punto, Bolívar dió por terminada su campaña por el momento. No se consideraba con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva. Además, la estación de las lluvias iba á empezar, y no parecía probable que los realistas emprendiesen operaciones. Sabedor por otra parte que el empréstito mandado negociar por San Martín en Lóndres se había realizado, y que debía recibirse inmediatamente un millón de pesos, delegó el mando del ejército en Sucre, con instrucciones de acantonarse en Andahuailas, entre Pampas y el Pachachaca (ambos tributarios del Apurimac), prometiéndole enviarle inmediatos refuerzos desde la costa; y él se retiró á Lima por el camino de Jauja (fines de octubre). Aquí termina la carrera del Libertador como general, en la guerra de la independencia sud-americana.

En Huamanga, recibió Bolívar una ley del congreso de Colombia (de 28 julio de 1824), derogatoria de la que le

había conferido facultades extraordinarias como presidente de la república en campaña, con el dominio absoluto en lo militar y fuera de la constitución en los países que libertase ó fueran el teatro de la guerra (en 9 de octubre de 1821). Por ella se disponía, que tales facultades correspondían al encargado del poder ejecutivo, quien podía delegarlas, como ya lo había hecho, en los departamentos meridionales de Colombia (Patía, Pasto y Quito). En consecuencia, él no podía ya mandar directamente esos departamentos desde país extranjero, y debía solicitar del gobierno los auxilios que necesitase en ellos, y sólo en el caso de restituirse al territorio de la república, podía tener el mando de algunos de sus ejércitos. Era esta la primera señal de la resistencia del parlamentarismo liberal de Colombia contra las tendencias dictatoriales de Bolívar. Ya los congresos de Angostura y de Cúcuta, habían rechazado en nombre de los principios, las teorías constitucionales del Libertador sobre gobierno oligárquico con presidencias vitalicias y senado hereditario, deplorable adaptación de las instituciones africanas de Haití y de la aristocracia inglesa, que eran un bastardeo de la república democrática. El sentimiento liberal se había encarnado en el congreso de Bogotá, y constituía un poderoso partido político, á cuyo frente estaba el vice-presidente Santander, que además representaba el particularismo de Nueva Granada, centro del gobierno general. Esto da la filación de la ley.

Bolívar sintió el golpe; pero lo recibió con dignidad. Aunque consideró como un ataque directo á su influencia, la prohibición de mandar en persona el ejército colombiano en el Perú, comprendió que era la consecuencia de la posición anómala que se había él mismo hecho al encargarse del gobierno de un país extraño, no sometido á la ley de su patria. Nombró á Sucre general en jefe del ejército, en obediencia á la ley, previniéndole que en lo sucesivo no tendría más intervención en las operaciones militares que la que le

correspondía como jefe de la república peruana. Sucre, que aunque superior como general á Bolívar (y él lo sabía) no tenía ambición, y estaba identificado á su destino y á su gloria, le aconsejó prescindir de la ley, promovió una representación de los jefes al congreso para que fuese revocada, y aceptó al fin el cargo, pero declarando, que no abriría relaciones directas con el gobierno de Colombia y sólo obedecería las órdenes del Libertador. Los dos cumplieron con su compromiso: Bolívar, dejando completa libertad de acción á Sucre, y éste, ajustándose á las instrucciones del Libertador, en cuanto no comprometiesen el éxito de sus operaciones.

A su llegada á la costa, Bolívar estableció su cuartel general en Pativilca. La situación había cambiado, empeorándose. La llegada del navío *Asia* de 72 cañones y el bergantín *Aquiles* de 20, había dado la preponderancia marítima á los españoles. Reunidos estos buques á los que antes poseían bajo la protección de los puertos fortificados de Chiloe y del Callao, habían formado una escuadra de un navío, una corbeta y tres bergantines que montaban 154 cañones. La escuadra peruano-colombiana al mando de Guisse, la provocó al combate, y aunque el honor de la bandera se mantuvo, su inferioridad quedó evidenciada, y tuvo que refugiarse en Guayaquil. Una división de los independientes, destacada sobre Lima en observación del Callao, había experimentado un serio y vergonzoso revés. Chile, no concurría ni con sus fuerzas marítimas ni de tierra á la guerra del Perú. Mientras tanto, Bolívar preparaba en Pativilca elementos para el caso posible de un contraste que temía, aunque sin desesperar del triunfo final, y pedía con exigencia un auxilio de seis mil hombres á Colombia para reforzar á Sucre, á quien consideraba comprometido, como en efecto lo estaba.

Bolívar en Pativilca, como Napoleón en medio del incendio de Moscow dictando decretos sobre teatros, se ocupaba

de la exhibición teatral de sus planes de engrandecimiento, para el día del triunfo final, que ya veía cercano. Volvió á ocuparse de su antiguo proyecto de congreso americano. Dirigió una circular á los gobiernos de América, invitándolos á enviar sus representantes al istmo de Panamá, en que encarecía la necesidad de la reunión de la gran dieta (7 de diciembre de 1824). «Es tiempo, decía, de que los » intereses y las relaciones que unen entre sí las repúblicas » americanas, antes colonias españolas, tengan una base » fundamental que eternice, si es posible, la duración de » estos gobiernos. Las repúblicas americanas de hecho están » ya confederadas. Parece que si el mundo hubiese de elegir » su capital, el istmo de Panamá sería señalado para este » augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el África y » la Europa. El día que nuestros plenipotenciarios hagan » el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de » cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro » derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron » su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. » En él encontrarán el plan de las primeras alianzas que » trazaran la marcha de nuestras relaciones con el universo. » ¿Qué será entonces del istmo de Corinto con el de Panamá?» (35).

En medio de estas contrariedades y grandiosos sueños, le sorprendió la noticia de que los españoles habían abierto su campaña desde el Cuzco, y maniobraban en el sentido de cortar su retirada á Sucre. Al principio pensaron, tanto Sucre como Bolívar, que este movimiento tenía por objeto abrir operaciones sobre la costa, contando con la base del

---

(35) Esta circular se dirigió á los gobiernos de Méjico, Colombia, Guatemala, Buenos Aires, Chile, Brasil, y posteriormente á los Estados Unidos del norte.

sud del Perú y el apoyo del Callao. Después se hizo el silencio. Las comunicaciones entre Lima y el ejército independiente estaban interrumpidas. Bolívar á oscuras, recomendaba á Sucre «no dividir su ejército y conservarlo á todo trance» (noviembre 24). Últimamente, y con la conciencia de que Sucre sobre el terreno haría las cosas mejor que él, lo autorizó á no esquivar una batalla en caso necesario (36) y en todo caso mantenerse en la sierra. Ocho días después, la suerte de la América estaba decidida: Sucre triunfaba en Ayacucho.

VIII

Sólo en un punto estaban disconformes Bolívar y Sucre. El Libertador, así en las instrucciones que dejó como en su correspondencia oficial y confidencial, prevenía acantonar el ejército en Andahuailas, sobre el Pampas, y mantenerlo reunido. El general en jefe, por el contrario, pensaba que esta posición era peligrosa ó nada prometía, y diseminó sus divisiones en la comarca, con ánimo de ganar terreno. Bolívar tenía la razón, como el hecho lo demostró, pero Sucre tenía también la suya, y el éxito se la dió en definitiva. Según Míller, á los pocos días de la partida del Libertador, Sucre reunió una junta de guerra, y las opiniones se dividieron. Unos pensaban, que la situación del ejército podría ser muy crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, y que en tal situación no debía trepidarse en tomar la ofensiva antes que la división de Valdés se concentrase en el Cuzco y diese la preponderancia á los realistas. Otros,

---

(36) Toda esta parte se funda en la correspondencia entre Bolívar y Sucre, así confidencial como oficial, publicada por O'Leary en sus «Memorias».

aunque convenían en lo peligroso de la posición, — que era una consecuencia del largo avance de Bolívar sin ánimo de tomar la ofensiva, — trepidaban ante la responsabilidad de obrar contra las precisas instrucciones del Libertador. Sucre tomó sobre sí avanzar, y se adelantó en dirección al Cuzco con una división ligera hasta Mamará al sud del río Oropesa. Desde este punto desprendió á Míller con los Granaderos de los Andes con el objeto de practicar un reconocimiento del país.

Así que Bolívar tomó conocimiento de este plan aventurado y sin alcance, lo reprobó con amistosa severidad: « Desde luego digo rotundamente, que no creo conveniente » la operación. De las cosas más seguras, la más segura es » dudar. Si la ha ejecutado habrá obrado en sentido opues» to á lo que tantas veces le he dicho: la *unión hace la* » *fuerza*. No divida nunca el ejército y procure conservarlo » á todo trance. Rodee todo lo que quiera con tal de con» servar el buen estado del ejército, que es objeto primario » de todas nuestras operaciones, porque mientras lo conser» vemos, seremos invencibles. Dividiendo el ejército se ex» ponía á un riesgo conocido y exponía los grandes intere» ses de la América por un bien comparativamente peque» ño. Se exponía á ser inferior á sus enemigos y perder una » batalla por ocupar algunas leguas más del país. La liber» tad del Perú no ha de venir por la ocupación material del » terreno, sino que ella está en el mismo campo en que ob» tengamos una victoria contra los enemigos» (37). Sucre le contestaba: «Queda sin efecto el movimiento que se iba » á ejecutar. Yo creía que podíamos hacer algo útil; pero » puesto que usted lo considera peligroso, renunciaré á mi » deseo y haré lo que me manda. No me atreveré á decir,

(37) Carta del Secretario á Sucre de 25 de noviembre de 1824, y de Bolívar á Sucre de 26 del mismo mes y año.

» que debemos continuar las operaciones. Dando tiempo » al enemigo, puede organizarse. La cuestión más impor» tante es si debemos ó no pasar el Apurimac. A usted toca » resolverlo. Yo someteré mis deseos á su opinión y sus » órdenes. Aunque mi deseo es adelantar, me conformaré » en acantonarnos en Andahuailas» (38). Apenas despachada esta carta, Sucre recibió parte de Míller de que el enemigo se hallaba á 37 kilómetros de Mamará, y avanzaba en masa.

Sucre tenía su ejército diseminado en una extensión de 130 kilómetros, y antes de reunirlo, los realistas podían cortarle la retaguardia. Felizmente ya era tarde para enmendar el error, de que el general republicano supo sacar partido maniobrando con la habilidad y precisión de un Turenne. «Está bien castigada mi culpa, decía Sucre al » replegarse, cuando he acantonado las divisiones separa» damente, distrayéndome de los consejos de un viejo mili» tar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha es» crito sobre esto» (7 de noviembre). Tres días después, escribía al Libertador: «Sentiré que me tomen la espalda; » pero esto no me da cuidado, porque tengo tan absoluta » confianza de este ejército, que me importa poco que los » enemigos se pongan en cualquiera parte; en cualquiera » parte debemos derrotarlo» (39). En retirada, recibió la autorización de Bolívar para librar la batalla. Al día siguiente contestaba con el parte de la victoria.

Sucre estaba mal informado respecto de la verdadera fuerza de los realistas: no les daba sino 8.000 hombres desmoralizados, y de ellos 3.000 reclutas. Mientras tanto, el virrey, concentradas las divisiones de Canterac y Valdés,

---

(38) Cartas de Sucre á Bolívar de 24 y 26 de octubre y de 1.° de noviembre de 1824.

(39) Cartas de Sucre á Bolívar de 7 y 10 de noviembre de 1824.

atravesaba el Apurimac y abría resueltamente su campaña al frente de 10.000 hombres, bien organizados (24 de octubre). El ejército español, que constaba de 14 batallones y dos brigadas de caballería con 10 piezas de artillería, se repartió en cuatro divisiones: tres de infantería, á órdenes de los generales Canterac, Valdés y Monet, y una de caballería bajo el inmediato mando del virrey. Valdés tomó la vanguardia, con su división compuesta de cuatro batallones. El ejército republicano no pasaba de 7.000 hombres, con dos piezas de artillería.

El virrey La Serna inició sus operaciones contorneando las posiciones de los independientes, apoyada su izquierda sobre la cordillera de Huanzo, y se situó sobre el flanco de Sucre, avanzando en masa. Al principio, el general republicano no atinaba á explicarse este movimiento; pero bien pronto se dió cuenta de su objeto, cuando vió que el enemigo rebasaba su derecha y maniobraba para establecerse á su retaguardia, á fin de cortarle su línea de comunicaciones y dejarlo sin base de operaciones. Los enemigos describían un semicírculo, dentro de cuyos radios tenía él que moverse. Esto le daba algunas ventajas de que supo aprovecharse hábilmente con gran resolución y serenidad. Podía efectuar su reconcentración, por líneas rectas, dos veces más cortas que las curvas del enemigo, con economía de las fuerzas físicas de su tropa; prevenir el movimiento envolvente, anticipándose tal vez á él, y en todo caso, trazar su itinerario para marchar en posición y elegir su campo para provocar ó aceptar una batalla en condiciones relativamente ventajosas. Para esto tendría que recoger su derecha, concentrarse sobre el promedio de la línea de Pachachaca, replegarse á Andahuailas y establecerse en la línea del Pampas, á fin de abrir sus comunicaciones, ó recuperar su base de operaciones continuando su retirada en dirección á Huamanga. Esto fué lo que hizo; pero al llegar al Pampas, encontró al enemigo, que á marchas forzadas se había

anticipado á ocupar su margen izquierda, cortándole la retirada hacia el norte (24 de noviembre). Por primera vez se avistaron los beligerantes. Lo fragoso del país permitía á los dos ejércitos maniobrar sobre ambas márgenes del río con seguridad, y durante tres días ejecutaron alternadas y simultáneas contramarchas, sin que ni uno ni otro se atreviera á atacar en las fuertes posiciones elegidas. Sucre atravesó definitivamente el Pampas en dirección á las fronterizas alturas de Matará: pero al llegar á su pie, las halló coronadas por el ejército español (2 de diciembre). Entonces se inclinó sobre su derecha (este), con el propósito de continuar su retirada, faldeando la cordillera oriental. Para efectuar esta operación, tenía que atravesar la inmediata quebrada de Corpahuaico, distante como seis kilómetros, que da acceso al valle de Acrocos en dirección á Huamanga. Esta era la zona peligrosa.

Los españoles, al observar el movimiento lateral de Sucre, se corrieron sobre su izquierda para cerrarle el camino; pero cuando llegaron á la boca meridional de la quebrada, ya las divisiones de vanguardia y centro del ejército unido habían franqueado el mal paso. La retaguardia, compuesta de tres batallones colombianos al mando del general Lara, fué atacada en ese momento por la división Valdés, á tiempo de ponerse el sol (3 de diciembre). Uno de los batallones fué en su mayor parte sacrificado, sosteniendo la retirada: los otros ganaron las alturas en dispersión, con abandono de parte del parque y una pieza de artillería que custodiaban; pero hicieron pie firme allí. Sucre se apresuró á tomar posiciones al norte de la profunda quebrada de Corpahuaico, y las sostuvo con los fuegos de su infantería hasta entrada la noche. Los beligerantes camparon en las cimas de los dos lados de la quebrada, barranco de por medio. Sucre confesó en este descalabro parcial una pérdida de 300 hombres, una pieza de artillería y parte de sus municiones. Los españoles no dudaron desde este mo-

mento de su victoria, pero Sucre no perdió la esperanza.

Desde Corpahuaico se inició una doble marcha, táctica y estratégica, de que la historia militar del mundo no presenta ejemplo, y que sólo puede explicarse por la naturaleza montañosa del terreno. Los dos ejércitos beligerantes marcharon á la vista uno de otro: los realistas por las alturas de uno de los ramales de la cordillera occidental; los independientes por las faldas de la cordillera oriental; interceptados ambos por un abismo. Al desembocar al valle de Acrocos, Sucre presentó batalla; pero no fué aceptada (4 de diciembre). En este punto, los realistas se inclinaron sobre su izquierda (oeste), haciendo un rodeo para ocupar con anticipación el camino de Jauja. El virrey quería empeñar la batalla en condiciones de que no se escapase un solo hombre. Siguió en dirección á Huamanguilla (al sud de Huanta), contorneando el flanco izquierdo de los independientes, hasta cortarles por segunda vez la retirada. Mandó cortar todos los puentes y cerrar todos los desfiladeros á su retaguardia, y empezó á maniobrar en el sentido de trabar la pelea en palenque cerrado. Las poblaciones entre Jauja y Huamanga se sublevaron en favor de los realistas. Una columna salida de Jauja para reforzar á Sucre, fué rechazada, y todos los convoyes de los independientes en este trayecto fueron interceptados, y los enfermos de sus hospitales degollados. La posición de Sucre era crítica: estaba entre la victoria ó la muerte. En la retirada, había perdido más de 600 hombres, y el efectivo de su ejército no alcanzaba á 6.000 plazas. Los españoles-peruanos, contaban con más de 9.000 hombres. Situado el ejército unido entre Huamanga y Huamanguilla, con la cordillera oriental y occidental sobre sus flancos, en un valle abierto, aunque accidentado por colinas y barrancos profundos, podía ser atacado por su frente ó por su izquierda. Este lugar, se llamaba Ayacucho, y debía ser el último campo de batalla de independientes y realistas en la América del Sud.

IX

Los independientes en la posición que ocupaban, tenían á su frente la serranía de Huanta, detrás de la cual maniobraba el virrey, y sobre su derecha las alturas de Condorkanqui, único punto accesible de la cordillera oriental, cuyo dominio tenían los realistas (6 de diciembre). En la tarde del 8 coronó el ejército español las alturas de Condorkanqui. Por allí venía el ataque. Sucre dió el frente á Condorkanqui. Dos horas después de ponerse el sol se empeñaron las primeras guerrillas al pie de la cuesta. El ejército unido estaba formado en el llano, casi á tiro de cañón del enemigo.

El ejército unido se componía de 4.500 colombianos, que constituían su base y su nervio, 1.200 peruanos, cuyos cuerpos mandados en parte por jefes argentinos, y 80 argentinos, último resto del ejército de los Andes. La derecha, mandada por Córdoba, general de veinticinco años, se componía de cuatro batallones colombianos. El centro, á cargo de Míller, lo formaban los escuadrones peruanos de Húsares de Junín, los regimientos de Granaderos y Húsares de Colombia, y el escuadrón de Granaderos á Caballo de Buenos Aires. A la izquierda, á órdenes de La Mar, estaban, la Legión peruana y los batallones núm. 1, 2 y 3 del Perú. La división de reserva, mandada por el general Lara, constaba de tres batallones colombianos. Una pieza de á 4, era toda la artillería del ejército unido. El ejército realista estaba compuesto de españoles y peruanos. Valdés, con 4 batallones, 2 escuadrones y 4 piezas de artillería ocupaba la derecha. Seguía la segunda división al mando del general Villalobos, fuerte de cinco batallones. La división Mo-

net, con cinco batallones cubría la izquierda. Diez escuadrones con 7 piezas de artillería, escalonados en dos líneas á retaguardia, cerraban el flanco izquierdo.

Al amanecer del día jueves, 9 de diciembre de 1824, el sol se levantó radiante tras la gigantesca cumbre de los Andes orientales. Sucre recorrió á caballo la línea del ejército, proclamando á los soldados en alta voz: «De los esfuerzos de este día, depende la suerte de la América del Sud!» En esos momentos las columnas de ataque españolas descendían las cuestas de Condorkanqui, y agregó con acento inspirado: «Otro día de gloria va á coronar vuestra constancia». Los fuegos de las guerrillas y algunos cañonazos disparados de parte á parte dieron la primera señal del combate. Eran las 9 de la mañana. A las 10 de la mañana, los españoles situaban cinco piezas de artillería, protegidas por un batallón, al pie de la altura, y avanzaban de frente en masa con su izquierda y centro, ocultando el movimiento de su derecha, destinada á flanquear la izquierda republicana. El virrey marchaba á pie á la cabeza del centro.

El campo de batalla en que se iban á medir los dos ejércitos, es una llanura que desde el pie del Condorkanqui se extiende hacia el valle ó pampa de Ayacucho. Su configuración es la de un cuadrado, y su extensión, como 600 kilómetros de sud á norte y 350 de este á oeste. En su fondo occidental, se eleva una loma de suave pendiente, que se desarrolla en toda su longitud. En este punto estaba formado el ejército unido. Los flancos están cubiertos por ásperas quebradas, siendo la del sud (derecha independiente) absolutamente impracticable. La mayor parte del frente en la prolongación de norte á sud, lo atraviesa un barranco, que los españoles tenían que salvar, pero que puede ser despuntado por la extremidad sud. En este punto fué donde los españoles establecieron su primera batería.

La división Valdés inició la batalla por su derecha, desalojando las compañías de cazadores de los independientes

avanzadas sobre el barranco del frente. Al sonar los primeros tiros, una parte del centro realista, comprometió á paso de carrera el ataque, con dos batallones seguidos por la línea de tiradores, con el propósito de flanquear la derecha opuesta. La división colombiana que defendía este punto, permanecía inmóvil á pie firme. Sucre reforzó su izquierda con un batallón y ordenó que Córdoba cargase rápidamente, protegido por la caballería de Míller. El joven general, levantó en alto su sombrero, y dió la famosa voz de mando que ha dado relieve á su heroica figura: «¡Adelante! ¡Paso de vencedores! ¡Armas á discreción!» Y cargó con ímpetu irresistible formado en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro. La infantería enemiga que se había avanzado, fué atacada á bayoneta, y por algunos minutos la victoria estuvo indecisa. Los españoles pretendieron decidir el combate lanzando ocho escuadrones á fondo, pero fueron arrollados por los regimientos de caballería de Colombia al mando del general Laurencio Silva. El campo quedó por los independientes. La artillería realista de este flanco, quedó inutilizada, antes de poder romper sus fuegos. La derecha del centro de los realistas (general Monet), que se hallaba intacta, acudió á restablecer el combate; pero antes de pasar toda ella el barranco, fué atacada de firme por la división de reserva al mando de Lara, apoyada por la caballería colombiana, y retrocedió en desorden. Tres nuevos escuadrones salieron al encuentro. Los ginetes colombianos á pie firme, con sus enormes lanzas enristradas les infundieron pavor, y fueron exterminados. El virrey se lanzó valerosamente en medio de sus tropas desbaratadas, con ánimo de renovar la pelea; pero derribado de su caballo con seis heridas, fué hecho prisionero con más de mil de sus soldados.

Mientras tanto, Valdés con tres batallones y cuatro piezas de montaña, había penetrado por la izquierda republicana y abierto fuegos sobre el flanco de la división peruana al

mando de La Mar, que ya empezaba á cejar, cuando acudió el batallón colombiano destinado á reforzarla, y sucesivamente los Húsares peruanos de Junín mandados por Suárez, sostenidos por los Granaderos de Buenos Aires á órdenes de Brueix, con Míller á su cabeza, que decidieron el último combate. La batalla estaba ganada en toda la línea. Era la una del día. Valdés desesperado, al ver su tropa en fuga, se sentó sobre una piedra para esperar la muerte; pero sus oficiales le obligaron á replegarse á la cumbre de la montaña, donde se reunieron todos los generales vencidos con sus últimos dispersos, huérfanos de su virrey y general en jefe. Canterac asumió el mando y capituló con el vencedor, que le concedió generosamente condiciones honrosas. La guerra de la independencia de la América meridional estaba terminada, y su emancipación por siempre asegurada. Según la expresión del poeta, mil años trascurrieron en la hora de Ayacucho (40).

Ayacucho fué llamado en América la batalla de los generales, como la de los soberanos en Europa. Catorce generales españoles, con todos sus jefes y oficiales, rindieron en ese día sus espadas ante la soberanía de un nuevo mundo republicano. Del ejército realista, quedaron en el campo 1.400 muertos y 700 heridos. La pérdida de los republicanos fué de 300 muertos y 600 heridos. La cuarta parte de los combatientes fué muerta ó herida! (41).

---

(40) Véase «Docs. para la Hist. de Bolívar», núm. 2620. En una traducción de los versos por J. A. Latman, se encuentra este concepto:

> Somos ya nación grande; ya pasamos
> Mil años en una hora de Ayacucho.

(41) Para describir la batalla de Ayacucho hemos tenido presentes cuantos documentos y relaciones se han escrito sobre ella; pero guiándonos principalmente por los partes oficiales de Sucre (controlados por el enemigo) y la narración imparcial y clara por parte de los españoles del

En esta batalla final, estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no la mandase en persona; como estuvo presente el espíritu de San Martín, representado por los últimos soldados de su ejército. Sin la concepción del plan de campaña continental de San Martín; sin la creación del ejército de los Andes, su paso de las cordilleras meridionales, sus victorias de Chacabuco y Maipu; sin el dominio marítimo del Pacífico según sus previsiones, su expedición al Perú y su intervención en la guerra de Quito, que terminó en Pichincha, no habría habido Ayacucho. Así también, sin la condensación de la revolución del norte de la América meridional por el genio de Bolívar y su paso de los Andes ecuatoriales; sin Boyacá y Carabobo; sin la organización militar de Colombia, no habría habido tampoco Junín y Ayacucho. Los dos libertadores triunfaban; pero Bolívar coronaba la obra. La noble y simpática figura de Sucre, el vencedor de Pichincha y Ayacucho, se destacaba en segundo término como vínculo de unión entre los dos vencedores de Chacabuco y Maipu, de Boyacá y Carabobo.

---

general Camba en sus «Memorias de las armas del Perú», confrontándolas con la versión de Míller, actor en la batalla, así como con los «Recuerdos históricos» del general M. A. López, testigo presencial que complementa todos estos testimonios, que son los únicos que pueden considerarse fundamentales y auténticos.

CAPÍTULO L

APOGEO, DECADENCIA Y CAÍDA DE BOLÍVAR

AÑOS 1824-1830

Consecuencias de Ayacucho. — Ocupación del Alto Perú. — La América del Sud emancipada. — Apogeo de Bolívar. — Síntomas de decadencia. — Carácter dual de la revolución sud-americana. — El delirio de Bolívar. — Sus tres primeros actos en el apogeo. — Prorrogación de la dictadura de Bolívar en el Perú. — Muerte de Monteagudo. — Plan de confederación. — Congreso de Panamá. — Creación de la república de Bolivia. — Planes aventureros de Bolívar. — Legación argentina cerca del Libertador. — La política argentina y la boliviana frente á frente. — Nueva hegemonía argentina. — Constitución de Bolívar para el Alto Perú. — Las presidencias vitalicias de Bolívar — Plan de confederación de los Andes. — La monocracia. — Anarquía de Colombia. — Disolución de la confederación boliviana. — Política reaccionaria del Libertador. — Disolución de Colombia. — Caída y ostracismo de Bolívar.

I

La capitulación de Ayacucho puso término á la guerra de la independencia de la América del Sud. Todas las fuerzas realistas del Bajo Perú se sometieron á ella; con excepción del Callao, donde Rodil continuó tenazmente la resistencia con 2.200 hombres un año más; pero que se rindió al fin (1825). Las ciudades del Cuzco, Arequipa y Puno, abrieron sus puertas al vencedor, que atravesó el Desaguadero, y fué recibido en triunfo en la Paz, Oruro, Potosí y Chuquisaca. El ejército realista del Alto Perú se disolvió por una sublevación, muriendo en ella el general Francisco Antonio Olañeta. El general Sucre ocupó militarmente el país, y

convocó una asamblea que deliberase sobre su suerte política. La escuadra española se alejó por siempre de las costas del Perú, y se disolvió desastrosamente en el mar Pacífico. La isla de Chiloe, último punto donde las armas españolas harían su última resistencia, mandadas por Quintanilla, sería también rendida como el Callao. El poeta del siglo, transportado por la imaginación á la cumbre del Chimborazo, extendía la vista por los ámbitos del nuevo mundo, y no descubría un esclavo.

Bolívar había alcanzado el apogeo de la gloria humana. Era uno de los hombres más grandes que hubiese producido el nuevo mundo, después de su descubrimiento. Ambos mundos lo admiraban. La América del Sud lo aclamaba su libertador. Los exagerados honores oficiales que se le tributaron, eran nubes de incienso impuro que no alcanzaban á oscurecer las grandes líneas de su figura heroica, y que un leve soplo de buen sentido habría disipado. Representaba el término positivo en el binomio de los dos libertadores sud-americanos, elevado á la más alta potencia en el orden de la acción coeficiente como nuevo factor. Estaba en su mano resolver el problema político por el problema mismo, dando la más alta medida del gobierno con relación á su medio y al individuo, igualándose tal vez á Wáshington. No estaba empero en su naturaleza producir este resultado, que era la aspiración de la conciencia colectiva y que una ambición sana le habría sugerido. Le faltaba la fuerza moral para mantenerse con serenidad en las alturas, y ese resorte de la abnegación que hace la grandeza moral de los genios benéficos en la plenitud del poderío. Como sucedió al libertador del sud, el momento de su apogeo marcó el de la decadencia política y moral del libertador del norte; pero con caracteres de caducidad más pronunciados, indicantes de una inevitable catástrofe, por efecto de la ley de dinámica histórica que regula el movimiento apropiado á las necesidades generales.

Uno de los fenómenos más notables de la revolución sud-americana, que la historia señala con rasgos prominentes, es el desnivel de las inteligencias superiores y de los instintos comunes, y el desequilibrio entre la potencia gubernamental y las fuerzas populares. La emancipación, como hecho material, estaba en el orden natural de las cosas, pero lo que propiamente se llama revolución, es decir, el desarrollo del organismo elemental, brotó de la esencia de las cosas mismas, surgió de las almas como hecho armónico y se hizo conciencia ingénita; fué no sólo un instinto y una gravitación mecánica, sino también una pasión y una idea colectiva, que se convirtió en fuerza eficiente é imprimió su sello típico al resultado general. La organización y dirección de esta fuerza, fué la obra de los caudillos y los políticos, después que el hecho se produjo, espontáneamente favorecido por las circunstancias. Sólo en un punto coincidieron las impulsiones y las voluntades: — la independencia. En lo demás, la dirección y las fuerzas estuvieron casi siempre en desnivel y desequilibrio, y á veces en antagonismo. Los libertadores y los directores, están más arriba del nivel común en el orden de la acción, pero en los movimientos complicados en que intervienen las fuerzas ocultas de las conciencias colectivas, están más abajo de la razón pública, así en las altas como en las bajas estratas sociales. Representantes los caudillos de la fuerza organizada, y los políticos de la potencia gubernamental, removieron más hechos que ideas, y tuvieron más objetivos inmediatos que ideales. Hicieron funcionar los resortes mecánicos de la máquina militar y política, sin vivificar los órganos de la nueva sociabilidad embrionaria. No supieron manejar la masa viva, ni contar sus pulsaciones normales. De aquí ese desnivel alternativo y ese equilibrio casi constante, entre las fuerzas militares y las fuerzas populares; entre los planes artificiales de los directores y las tendencias espontáneas de la colectividad.

La revolución sud-americana entraña dos revoluciones: una interna y otra externa: una que obra contra el enemigo común, y otra que reacciona dentro de sus propios elementos orgánicos. La América del Sud era genialmente democrática, tenía que ser una república y no podía ser otra cosa. Era anárquica por su naturaleza, pero de su misma anarquía tenía que resurgir la nueva vida. Los primeros proyectos de monarquización con reyes extranjeros, que como remedio á esa anarquía se fraguaron en el Río de la Plata, repugnaban á los pueblos, y dieron por resultado la disgregación argentina. El plan de monarquizar al Perú, despojó á San Martín de su fuerza moral. El establecimiento del imperio mejicano con un soberano indígena, fué la contraprueba del error del primer plan. La dictadura prolongada de O'Higgins, después de asegurada la independencia de Chile, dió con su héroe en tierra. Las teorías del gobierno oligárquico de Bolívar con presidencias vitalicias y senadores hereditarios, que llevaban en germen la monocracia sud-americana, fueron rechazados por los congresos impregnados del espíritu republicano de la masa, y determinaron su caída, porque estaban en pugna con las necesidades de la época. Esto revela, que así como las fuerzas impulsivas de la revolución seguían una dirección constante en la línea de sus destinos, tenía también un alma, una conciencia ingénita, que al determinar el afocamiento de las masas batalladoras del continente, debía determinar igualmente el de las voluntades al asumir su forma definitiva. Los libertadores con todo su poder y su gloria, no podían desviar el curso natural de la revolución fuera de su esfera determinada de acción, sin embargo de ser tan eficiente, que sin San Martín en el sud y sin Bolívar en el norte, ni se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación continental de los ejércitos, que dió el triunfo final. El día que dejaron de acompañar el movimiento general, quedaron rezagados. Por esto se suprimió á sí mismo San Martín en

la mitad de su carrera, cayó O'Higgins, fué fusilado Itúrbide y Bolívar fué suprimido. Eran obstáculos á la marcha expansiva de la revolución, que la necesidad del desarrollo y el instinto de la conservación aconsejaba ú obligaba á remover. Por esto, el apogeo de Bolívar, marca no sólo su decadencia, sino también el divorcio entre la dictadura estacionaria ó reaccionaria y la democracia progresiva, y determina fatalmente una trágica caída.

II

Tres actos iniciales y característicos señalaron el apogeo y la decadencia de Bolívar: la prosecución de un sueño tras un fantasma con apariencias de realidad; la repetición de una renuncia sin seriedad, indigna de su gran espectabilidad; la transformación del libertador, convertido en conquistador y conspirador reaccionario contra la independencia de las naciones por él redimidas.

Después de Ayacucho, asegurada la independencia sudamericana, su misión de libertador había terminado, y su deber, su honor y hasta su interés bien entendido, le aconsejaban retirarse del Perú, dejando á los pueblos redimidos dueños de sus destinos. Monteagudo fué el único que le aconsejó bien en este sentido. Pocos días después, Monteagudo era asesinado una noche en una calle solitaria de Lima (28 de enero de 1825). Su muerte es un misterio, que unos han atribuído á venganza política y otros á venganza particular. Bolívar, que se avocó el papel de juez inquisitorial de instrucción, ha guardado el secreto.

Entre los papeles de Monteagudo se encontró un ensayo sobre la necesidad de una federación general de los Estados hispano-americanos, calcado sobre el plan del congreso de

Panamá. El antiguo demagogo, sostenedor más tarde de la idea monárquica con San Martín, se había convertido á los principios republicanos bajo los auspicios dictatoriales de Bolívar. «Este proyecto, decía, no puede ejecutarse por » la voluntad presunta y simultánea de los que deben tomar » parte en él. Es preciso que el impulso salga de una sola » mano». Este escrito póstumo, que acusa decadencia en la forma y en el fondo, reducido á reminiscencias diplomáticas y vagos perfiles de política internacional, se concretaba en una sola conclusión: «Un congreso, que sea el » depositario de toda la fuerza y voluntad de los confede» rados, y que pueda emplear ambas sin demora, donde » quiera que la independencia esté amenazada». Para justificar este nuevo poder, se evocaba el fantasma de la Santa Alianza de los reyes, á que se oponía la alianza de las repúblicas del nuevo mundo. A la vez que se apuntaban sospechas sobre las miras del nuevo imperio brasilero y sobre la mala voluntad de Chile y la República Argentina, se propiciaba el concurso de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, que por otra parte alejaba por el carácter de liga guerrera contra la España y contra los reyes que daba á la confederación, con un «contingente de tropas y un subsidio que debían prestar los confederados» (1).

Sobre esta base aérea insistió Bolívar en su antiguo plan ó sueño, y convocó el congreso americano de Panamá, en la esperanza de ser su regulador supremo. Los Estados Unidos lo aceptaron con la condición de observar la neutralidad; la Inglaterra, como testigo; el Brasil por mera forma, y la República Argentina y Chile con reservas fundamentales. Sólo concurrieron los diputados del Perú, Méjico,

---

(1) «Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los Estados hispano-americanos y plan de su organización. Obra póstuma del coronel D. Bernardo Monteagudo». Imp. en Lima en 1825 y reimpreso en Santiago de Chile en el mismo año.

Colombia y Guatemala. Cuando esta sombra de congreso escapó á su influencia, el mismo Bolívar lo comparaba «al loco griego que pretendía desde una roca dirigir los buques que navegaban alrededor» (2).

Su segundo acto fué la cuarta renuncia de la presidencia de la república, fundada en que «su permanencia en Colom» bía no era necesaria, por haber él llegado al colmo de » la gloria»; y protestaba de «su horror al mando supremo » bajo cualquier aspecto ó nombre que se le diese» (3). El congreso colombiano se limitó á no aceptarla por unanimidad, pero guardando un digno silencio (4) Tan lejos estaba de su mente la idea de desprenderse del mando en su patria, que casi al mismo tiempo de formular su renuncia enviaba dos comisionados cerca del vice-presidente Santander con una comunicación, en que le manifestaba su propósito de «pasar al territorio argentino con el objeto de afian» zar la independencia en Sud-América, auxiliando á los » patriotas». Santander combatió este descabellado propósito, que á nada respondía, recordándole que el permiso acordado por el congreso para dirigir la guerra fuera del territorio de Colombia tenía por «condición, únicamente la » seguridad de la república peruana» (5).

Su tercer acto de solemnidad teatral, fué la abdicación aparente de la dictadura del Perú y su aceptación inmediata por las razones contrarias en que fundaba su renuncia. Reunido el congreso constituyente peruano, declaró Bolívar por escrito, que le restituía el «terrible poder depositado en

---

(2) Carta de Bolívar á Páez, de 8 de agosto de 1826, en Lima.

(3) Véase el documento en «Memorias» de O'Leary, t. II, pág. 325.

(4) Acta del congreso colombiano de 8 de febrero de 1825 («Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 2496).

(5) Ofi. del vice-presidente Santander á Bolívar, de 6 de mayo de 1825, contestando el del segundo de 18 de febrero del mismo año («Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 2573).

sus manos, poniendo fin al despotismo con su resignación». De viva voz dijo: «Hoy es el día del Perú, porque hoy no » tiene un dictador. Nada me queda que hacer en esta repú- » blica. Mi permanencia en ella es un absurdo: es el opro- » bio del Perú. Yo soy un extranjero; he venido á auxiliar » como guerrero y no á mandar como político. Si aceptase » el mando del Perú, vendría á ser una nación parásita » ligada hacia Colombia. Yo no puedo admitir un poder » que repugna mi conciencia. Tampoco los legisladores pue- » den conceder una autoridad que el pueblo les ha concedido » para representar su soberanía. Las generaciones futuras » del Perú os cargarían de execración. Vosotros no tenéis » facultad para librar un derecho de que no estáis investidos. » Un forastero, es un intruso en esta naciente república» (6). Una hora después, el congreso, haciendo caso omiso de las vanas protestas del Libertador, renovaba los poderes dictatoriales con mayor amplitud de facultades discrecionales, y decretaba su próxima disolución como incompatible con su autoridad absoluta; lo autorizaba á suspender los artículos de la constitución que se opusiesen á su omnímodo ejercicio, y lo constituía en árbitro de la oportunidad de la convocatoria del congreso ordinario (7). En seguida le votaba un millón de pesos en premio de sus servicios, que él rehusaba con desinterés; pero que aceptó al fin para obras de beneficencia, que nunca se realizaron (8). Aceptó, empero, lisa y llanamente la dictadura que le entregaba el

---

(6) Sesión del congreso constituyente del Perú, de 10 de febrero de 1825. («Docs. para la Hist. del Libertador», núm. 2498).

(7) Decreto del congreso constituyente del Perú de 10 de febrero de 1825, en «Col. de leyes y decretos», cit., t. II, pág. 195.

(8) El millón de pesos, aceptado condicionalmente por Bolívar, y no aplicado á los objetos á que él lo destinó, fué cobrado más tarde por sus herederos, y pagado por el Perú (Véase Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.» (2.° período).

manejo discrecional de todos sus tesoros. Puso tan sólo una condición á la aceptación del mando absoluto, que parecería una burla, y fué que no se pronunciase la «odiosa palabra dictadura» (9). Escrúpulo de orejas! El servilismo del congreso peruano llegó al grado de repugnar al mismo Bolívar (10). Los historiadores colombianos más adictos al Libertador, al explicar esta abyección por la gratitud, insinúan que «sólo el senado de Tiberio se mostró jamás tan degenerado» (11); y los historiadores peruanos «quisieran poder borrar esta página vergonzosa de sus anales» (12). Sería de desear que se borrase también de la vida política del libertador sud-americano.

Después de estas renuncias de aparato, de estas contradicciones entre las palabras solemnes y los actos por él mismo condenados y ensalzados, y de estas trivialidades, hay que reconocer, que el delirio de las grandezas, síntoma de la demencia del poder absoluto ó de la depresión moral, estaba cercano. Por el momento se limitaba á aceptar contra su conciencia, según decía, lo que el congreso le daba sin derecho. No tardaría en imponer á ese mismo congreso, con las bayonetas colombianas al pecho, su poder á perpetuidad, que declaraba absurdo y criminal, y merecedor de la execración de las generaciones venideras, haciendo del Perú un parásito de Colombia! El poder, y el poder personal sin control durante la vida, era como la túnica de la fábula adherida á su ser, y de que sólo se desprendería con los últimos pedazos de su carne.

---

(9) Aceptación de la dictadura del Perú por Bolívar, de 12 de febrero de 1825, en «Col. de leyes y decretos del Perú», cit., t. II, pág. 252.

(10) Carta de Bolívar á Santander de 18 de febrero de 1825, en que le dice: «Yo quise herir el orgullo nacional, para que mi voz fuese oída, »y el Perú no fuese mandado por un colombiano; pero todo ha sido »en vano» (Cartas del Libertador en «Memorias» de O'Leary, t. XXX, pág. 39).

(11) O'Leary: «Memorias», t. II, pág. 335.

(12) Paz Soldán: «Hist. del Perú Indep.» (2.° período), pág. 304.

III

La asamblea general de las provincias del Alto Perú convocada por Sucre, fué más allá que el congreso peruano. Lo declaró «hijo primogénito del Nuevo Mundo; el Salvador de los Pueblos»; se puso bajo la protección de su espada y de los auspicios de su sabiduría (19 de julio de 1825). Declarada su independencia con el consentimiento del Bajo Perú y sin oposición de las Provincias del Río de la Plata á que había pertenecido en la época colonial, dió á la nueva nación el nombre de «República de Bolívar» bajo la forma representativa, y decretó que el Libertador tendría el supremo poder ejecutivo de ella en todo tiempo, por todo el tiempo que residiese en su territorio (11 y 31 de agosto). En su ausencia, el mando de hecho recaía en Sucre (3 de octubre). En seguida, disolvióse, y convocó una asamblea constituyente, pidiendo á Bolívar le diese un proyecto de constitución (6 de octubre) y una guarnición de 2.000 colombianos para su custodia (4 de octubre). ¡Para exceder al senado de Tiberio, sólo le faltó nombrar segundo libertador á su caballo!

Sus atracciones lo llamaban hacia el sud. Ya se ha visto, que al mismo tiempo que aparentaba renunciar la presidencia de Colombia, meditaba trasladarse á territorio argentino, con el objeto, según decía, de consolidar la independencia de la América, teniendo en vista la guerra entre las Provincias Unidas y el imperio del Brasil. Poco después (julio de 1825), ofrecía á Chile sus auxilios para expulsar á los españoles de la isla de Chiloe. Aceptado el ofrecimiento sólo en cuanto á subsidios, contestó evasivamente, pues lo que él quería era poner el pie en aquel territorio á la cabeza de sus soldados para dominarlo. A la vez que con las tropas de Colombia sujetaba á los pueblos que estaban bajo su

dictadura y hacía presión sobre los que estaban sustraídos á su influencia militar y política, se había hecho autorizar por el congreso para trasladar el ejército peruano de mar y tierra á Colombia, con el pretexto de una invasión francesa, lo que le hizo atribuir por sus mismos compatriotas el designio de oprimir á su patria con soldados extranjeros, como lo hacía en el Perú y Bolivia (13). En vez de propender á fundar gobiernos regulares sobre la base de la independencia de los pueblos y la verdad de las instituciones republicanas, para promover su prosperidad interna, todo su plan político iba reduciéndose á un imperio pretoriano y un presidente vitalicio ó sea un monarca ocioso sin corona, con ejércitos permanentes por todo sostén. La concepción no podía ser más grosera, y estaba no sólo más abajo de la razón pública, sino también de su propio nivel moral. Era un doble oprobio, para los pueblos y para él, que los dos expiarían.

Deseoso de recorrer toda la extensión del territorio libertado por sus armas y tocar las soñadas fronteras argentinas, á la vez que ansioso de vanagloria, se trasladó al Alto Perú. Delegó el mando del Perú en un consejo de gobierno, con sus facultades dictatoriales sujetas á su beneplácito. Su viaje desde Lima hasta Potosí, fué un paseo triunfal. Las ciudades salían á su encuentro para ofrecerle sus llaves forjadas en oro, y presentarle cada una de ellas caballos de batalla enjaezados con estribos, bocados y guarniciones de oro puro. Al pasar por Arequipa, se encontró allí con el general Alvarado, quien le ofreció un banquete rústico de una ternera asada con cuero á estilo de las pampas argentinas y de los llanos de Colombia, invitación que aceptó, con la condición de que el asado fuera sin sal, pues así se usaba en su país. En la mesa, al advertir que

(13) Ley del congreso constituyente del Perú, de 10 de marzo de 1825.

los vinos eran de Burdeos, preguntó si no había *Champaña.* El general Alvarado le mostró una fila de botellas con el letrero embriagador formadas á su espalda. — «De ese quiero, repuso, porque este día es muy placentero para mí». — Y se lanzó á brindar, repitiendo sus libaciones contra su habitual sobriedad. — La escena de los banquetes de Quito y Guayaquil se repitió, pero con caracteres más tempestuosos. — En uno de los brindis, al hacer alusión á la unificación de Sud-América, dijo que «en breve pisaría el territorio argentino». El coronel Dehesa que se hallaba presente, y estaba también acalorado por el vino, le dijo que «sus compatriotas no aceptaban dictadores en su te- » rritorio». Bolívar de un salto, trepó delirante á la mesa del banquete, y rompiendo con furia vasos y platos bajo el taco de su bota, prorrumpió paseándose por ella: «¡Así » pisotearé la República Argentina!» (14). Este estallido de iras concentradas, se explica por la tenaz oposición que hacía por entonces la prensa de Buenos Aires á sus planes absorbentes y anti-democráticos (15).

---

(14) Biografía del general «Rudecindo Alvarado» en «Galería biográfica argentina», por A. J. C. (*Carranza*) y M. A. P. — Este episodio es relatado con presencia de unos recuerdos del mismo general Alvarado, escritos poco antes de su muerte, que tienen la solemnidad del testamento de un hombre honesto y verídico. Al confiarlos á su compañero de armas el general Espejo, le decía: «Estos recuerdos son para usted » solamente, y le suplico no les dé publicidad sino cuando la tierra me » cubra... Espero que mis sufrimientos no se prolongarán mucho».

(15) En la conferencia diplomática con carácter confidencial que tuvo pocos días después en Potosí con los enviados argentinos, se quejó amargamente de los ataques de la prensa de Buenos Aires, especialmente de «El Argos», que calificó de periódico oficial y subvencionado por el gobierno argentino, según se verá más adelante. M. S. (Docs. M. S. S. de Arch. de Rel. Ext. de la República Argentina).

IV

En Potosí se encontró Bolívar con dos enviados argentinos, encargados de una misión diplomática cerca de su persona como gobernante, que venían á felicitarlo á la vez en nombre del congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por sus grandes triunfos en pro de la independencia de la América. Los enviados eran: el general Carlos María de Alvear y el doctor José Miguel Díaz Vélez. Las escenas de la entrevista de Guayaquil, volvieron á repetirse en punto menor. Oficialmente les significó por intermedio de su secretario, que los recibiría para agradecer sus felicitaciones, aunque no pudiese tratar con ellos, por hallarse su ministro de relaciones en Lima, que era el asiento del gobierno (8 de octubre de 1825). Pero sucedía, que al mismo tiempo que adoptaba esta actitud empacada, le llegaba la noticia de que los brasileros habían ocupado las provincias de Mojos y Chiquitos pertenecientes á Bolivia, lo que lo constituía en aliado de hecho de la República Argentina en una guerra inminente con el Brasil. Los horizontes de Bolívar se dilataron más. Él había dicho al general Alvarado en Arequipa: «Tengo veintidós mil hombres, » que no sé en qué emplearlos, y cuando la República » Argentina está amenazada por el Brasil, que es un poder » irresistible para ella, se me brinda la oportunidad de ser » el regulador de la América del Sud. Le ofrezco á usted » un cuerpo de seis mil hombres para que ocupe á Salta». El general argentino rehusó el ofrecimiento con paliativos propios de su carácter. Pocos días después le dijo: «El » enviado que viene de Buenos Aires es el general Alvear;

» él aceptará con uñas y dientes la propuesta que usted » ha desechado» (16).

La primera conferencia confidencial del Libertador con los enviados argentinos en Potosí (18 de octubre), que ha permanecido hasta hoy desconocida, es característica, y revela lo que pasaba en aquel momento en el alma de Bolívar. Los enviados le hicieron conocer el objeto diplomático de su misión, que era ponerse de acuerdo con él para hacer frente al imperio del Brasil, que habiendo ocupado la Banda Oriental perteneciente á las Provincias Unidas, amenazaba la existencia de las repúblicas sud-americanas, y que por lo tanto era de interés común estrechar las relaciones de las cuatro repúblicas existentes de Colombia, Perú, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata, á fin de hacer reconocer al emperador del Brasil sus deberes internacionales y reducirlo á sus límites. El Libertador, manifestándose conforme con las vistas generales de la política argentina, objetó que su posición era singular, pues si bien era presidente de Colombia y encargado del mando supremo del Perú, se había desprendido de dirigir las relaciones exteriores. Los plenipotenciarios argentinos, con el objeto de sondar sus disposiciones, le pidieron quisiera darles un consejo respecto del modo como debieran proceder en tales circunstancias. Bolívar, dejándose arrebatar por su vanidad, que anteponía á todo su personalidad, les indicó que podían dirigirse oficialmente á los gobiernos de Chile y del Perú, y limitarse por el momento á felicitarlo á él como á un general vencedor. Se le demostró perentoriamente, que su proposición era inadmisible, pues un gobierno independiente y soberano como el de las Provincias Unidas, no podía enviar ministros plenipotenciarios para felicitar á un

(16) Recuerdos póstumos de Alvarado en «Galería biográfica argentina», cit. en nota anterior.

simple general, cualquiera que fuera la eminencia de sus servicios, y que por lo tanto, no podían hacerlo sino previamente reconocidos como tales por el Libertador en su carácter de jefe supremo de Colombia y el Perú. El Libertador, tratando de enmendar su ligereza, declaró que su objeción no envolvía la negativa de reconocer á los enviados en su carácter, y dando un sesgo á la conferencia, se quejó amargamente de los ataques que le dirigía la prensa de Buenos Aires, especialmente *El Argos*, haciendo moralmente responsable de ellos al gobierno argentino. El Libertador no pudo mantenerse en este terreno, después de las francas y amistosas explicaciones que le dieron los plenipotenciarios.

Abordaba de nuevo la cuestión del Brasil, el Libertador buscó una evasiva, que respondía á su plan de unificación continental. «En este asunto, dijo, encuentro dificultades » aun para ser tratado en Lima, y la principal es que las » repúblicas del Perú y Colombia, ligadas por el pacto de » confederación, del congreso de Panamá, han renunciado » á entrar en ningún convenio ó tratado con otra nación». — El general Alvear, tomando la palabra, observó que no tenía conocimiento de tal compromiso, ni podía concebirse que las naciones independientes de la América, hubieran renunciado á la facultad soberana de entrar en tratados con las demás naciones, delegándola en el congreso del Istmo, y que por lo que respectaba á su gobierno, consideraban tal proyecto absolutamente impracticable, por no estar comprendida semejante condición en la autorización pedida al efecto al congreso argentino. — Aquí volvía á encontrarse en el terreno diplomático la hegemonía argentina con la colombiana. — El Libertador, reconociendo la fuerza de la objeción, declaró: que con respecto al Perú y Colombia, el compromiso estaba subsistente; agregando con tal motivo: que él había sido de opinión de no invitar á los Estados Unidos al congreso panameño, lo que se había verificado por iniciativa exclusiva del vice-presidente Santander, á

quien manifestara que dada tal participación, era más conveniente eludir la reunión de los plenipotenciarios americanos en el Istmo, lo que felizmente estaba salvado por cuanto dichos Estados no concurrirían.

Los plenipotenciarios argentinos, volviendo á la cuestión con el Brasil, insistieron en su proposición de una liga ofensiva de las cuatro repúblicas sud-americanas, para poner á raya al imperio, ya fuese para prevenir la guerra, ya llevarle la guerra á su territorio, si no había otro medio de hacerlo entrar en razón, y que tal empresa era digna del Libertador de Colombia y del Perú, á quien le estaba reservada su dirección. — Bolívar, vivamente impresionado, se mostró dispuesto á entrar en el plan; pero descubrió sus temores de que la Inglaterra pudiese oponerse á él, por lo cual se necesitaba una razón ostensiblemente poderosa, que justificase la intervención del Perú y de Colombia en la cuestión. — Los enviados, haciendo entonces uso de un artículo secreto de sus instrucciones, le sugirieron el medio de limitar el común concurso, sin necesidad de recurrir á las armas, enviando al efecto el Libertador un plenipotenciario á Río de Janeiro, el que, unido con otro de las Provincias Unidas, y de acuerdo ambos, exigiesen la restitución de la Banda Oriental en nombre de las repúblicas sud-americanas, y pidiese á la vez una reparación por el insulto hecho al Perú y Colombia al ocupar los territorios de Mojos y Chiquitos que se hallaban bajo la protección de sus armas. — El Libertador, inclinado por un momento á aceptar este término medio, volvió á insistir en la participación que correspondía al congreso del Istmo, y que mientras tanto, enviaría un edecán suyo al gobierno imperial, que á la vez de significarle su desagrado, y «largar una que otra bravata militar», que lo alarmase, averiguara el modo de sentir de la Inglaterra al respecto. — Los enviados le declararon, que á pesar del respeto que les merecían sus opiniones, no podían menos de manifestarle, que tal

concurso moral era bien poco, pues el Brasil no se alarmaría por amenazas indirectas, y mantendría mientras tanto la ocupación de la Banda Oriental, á cuyo efecto hacía grandes preparativos militares en su frontera.

En este estado de la conferencia, el Libertador, no obstante la reserva que se había impuesto, dió rienda suelta á su imaginación y descubrió sus propósitos secretos. — « Voy á proponerles una idea neutra, dijo. He hecho reco» nocer el Pilcomayo y procurado adquirir todos los cono» cimientos posibles para proporcionarme la mejor ruta al » Paraguay, con el proyecto de irme á esa provincia, echar » por tierra á su tirano y libertar á mi amigo Bompland» (17). Alvear le preguntó qué pretexto daría para una inva-

---

(17) Esta idea, que Bolívar presenta como *neutra,* la había manifestado ya desde Arequipa, por intermedio de su encargado de negocios en Buenos Aires, el deán Funes. En la cuarta conferencia diplomática que celebró días después en Chuquisaca con los enviados argentinos, les dijo: « He tomado siempre el más vivo interés en este asunto (la guerra pro» bable entre el Brasil y la República Argentina). En la Paz, había re» suelto hacer volver una parte del ejército de Colombia, pero informado » de que, en los objetos de la Legación de las Provincias Unidas entraría » el pedir mi cooperación para la guerra, suspendí aquella resolución. » Estándome prohibido por un decreto de Colombia traspasar los límites » del Perú, pedí permiso al congreso colombiano, para que, en el caso » que la necesidad de las Provincias Unidas lo exigiere, pudiese soco» rrerlas. Pero debo decirlo con franqueza, el lenguaje que oigo á los » Sres. Ministros, está en contradicción con el que el Sr. Ministro de » Relaciones Exteriores ha usado en Buenos Aires. Los Sres. Ministros no » han dejado nada por hacer para interesarme á mí y á los gobiernos que » represento en una liga ofensiva contra el Brasil, al paso que, cuando » el Sr. Funes, por orden mía impartida desde Arequipa, había exigido » del gobierno argentino que me dejara entrar en el Paraguay, como un » medio conducente para aparentar tomar parte en la guerra del Brasil, » había recibido la contestación, de que el gobierno tenía esperanzas muy » fundadas de que el Paraguay se incorporaría de su propia voluntad » á las Provincias Unidas. Después que el Sr. Funes vió el ningún resul» tado que tuvo en el Paraguay, la gestión hecha por el Sr. Encargado » de Negocios de S. M. B., habló de nuevo al Sr. Ministro, y le hizo » presente del modo más eficaz, para que el Ejército Libertador pudiese

sión contra el Paraguay. — «Antes haré una protesta de » que voy á libertar ese país para volverlo á las Provincias » del Río de la Plata, y su gobierno podría incitarme para » que fuese á aquel país á sacarlo de las garras de un » alzado». — A esto replicaron los enviados, que según los principios de liberalidad adoptados por las Provincias Unidas, creían difícil que su gobierno se prestase á hacer tal invitación. — «Me bastaría solamente, dijo entonces, » que los argentinos no gritasen mucho creyendo que quiero » usurparles parte de su territorio; y yo protesto que se » incorporará á las Provincias Unidas del Río de la Plata. » En el Paraguay podría aumentar mi ejército, y bajo » cualquier pretexto, que nunca falta, socorrer al gobierno » de las Provincias Unidas si estuviese empeñado en la » guerra con los brasileros» (18).

» de algún modo tomar parte en la guerra del Brasil. La cuestión se » presenta bajo el punto de vista de *sólo ir contra el dictador Francia,* » *pero aparentando tomar alguna parte en asuntos generales,* al permitirme » la entrada en el Paraguay. Desde aquel punto al territorio del Brasil, » no hay más que un paso» (4.ª Conferencia del Libertador con los enviados argentinos en Chuquisaca el 6 de diciembre de 1825. M. S. del Arch. de Rel. Ext. de la República Argentina).

(18) «Extracto de la primera conferencia privada tenida el día 8 de octubre de 1825 entre S. E. el señor Libertador, etc., y los señores Ministros plenipotenciarios de las Provincias Unidas, etc., en Potosí» M. S. (Archivo de Rel. Exteriores de la República Argentina). En una carta firmada por Bolívar á Santander, de 10 y 11 de octubre de 1825, en Potosí, se da otra versión de esta conferencia, pero el mismo Bolívar la desautoriza por una adición de su puño y letra, en que dice: «Al ter» minar esta carta tendré que confesar á V. que ella no está dictada » por mí, y por eso los asuntos van todos embrollados y no tienen nin» guna claridad. Imagínese V. que era necesario redactar dos conferen» cias de cinco horas en muy pocos momentos; yo las he referido á » Santana para que se las escriba á V. Por la misma causa ha salido » muy defectuosa la redacción de las dos conferencias hecha por el » secretario. Le escribiré á V. en otra ocasión con mejor orden toda la » sustancia de las conferencias». La versión de la carta, así desautorizada, es la siguiente: «Los señores Alvear y Vélez se han avanzado » á proponerme, como uno de los principales objetos de su misión, que

En la segunda conferencia (9 de octubre) volvió á insistir sobre la misma proposición, pidiendo á los enviados la trasmitiesen á su gobierno y recabaran de él la competente autorización para entrar á un territorio que reconocía ser una pertenencia argentina. «El objeto que me propongo, » agregó, tiene mucho de romancesco, y hará ruido en Eu» ropa. Es una empresa digna de los tiempos heroicos». Los enviados, que habían recapacitado sobre el auxilio de un aliado tan peligroso, prestado en condiciones tan equívocas, presentaron algunas objeciones fundamentales. Aun en el caso que el gobierno quisiese acceder á ella, dijeron, era necesario una ley del congreso, y sería dudoso que pudiera autorizar una expedición semejante, por haberse adoptado una línea de conducta que se fundaba, en no obligar á entrar por la fuerza ningún territorio en la asociación nacional. — A la vez le observaron con cierta malicia, que al trasmitir la proposición á su gobierno, éste se vería en perplejidad, pues por una parte el Libertador aseguraba que no tenía facultades para entender en negocios diplomáticos, y al mismo tiempo pedía autorización para invadir una provincia que ninguna ofensa había hecho á Colombia ni al Perú. — A lo que satisfizo Bolívar, que el negocio del Brasil podía tener complicadas ulterioridades y era menester proceder con formalidad, mientras que con el Paraguay no era así, pues destruído su gobierno, todo estaba acabado (19).

» destine una expedición para libertar al Paraguay». — Como se ve, es todo lo contrario de la verdad. — De que la proposición partió de Bolívar y fué desechada por el gobierno argentino, existen pruebas fehacientes en el Archivo de Relaciones Exteriores de la República Argentina, y además de la contenida en la nota anterior, se exhibirán otras que son igualmente concluyentes. — Además, como antecedente, véase la contestación del dictador Francia de 23 de agosto de 1825, á una comunicación de Bolívar, invitándolo á abandonar su sistema de aislamiento. («Docs. para la Hist. del Libertador», t. 77, núm. 2635).

(19) Ofi. núm. 15 de los enviados argentinos Alvear y Díaz Vélez al

La contestación del gobierno argentino, fué en consonancia á las objeciones hechas de antemano por sus enviados: « El gobierno (argentino), no puede absolutamente alterar » los principios que sirven de base á su política con respecto » á los demás gobiernos existentes» (20). Las dos políticas estaban frente á frente: la boliviana y la argentina.

V

Trasladado Bolívar á Chuquisaca, las negociaciones sobre alianza parcial ó general en que intervino también Sucre, no dieron ningún resultado. Los enviados argentinos, volvieron á inculcar sobre la necesidad de que el Libertador, poniendo en ejercicio las disposiciones que había manifestado, diera algunos pasos en el sentido de hacer concebir temores á la corte del Brasil, á fin de contribuir á mantenerla en la actitud que parecía haber tomado. El Libertador contestó: «He hecho recostar todo mi ejército sobre las fron» teras del Brasil, y ahora voy á reforzarlo con un regimiento » de caballería, y yo mismo pienso presentarme allí en » persona. Esto no podrá menos de causar una grande alar» ma en el Janeiro, é indudablemente contribuiría al logro » de vuestros deseos». Agregó que estaba dispuesto á enviar un ministro á Río de Janeiro, el que pasaría por Buenos Aires, á fin de ponerse de acuerdo con el gobierno argen-

---

ministro de Rel. Exteriores de las Provincias Unidas del Río de la Plata, de 21 de octubre de 1825 en Potosí, y extracto oficial de la segunda conferencia privada en Potosí, el 9 de octubre de 1825. M. S. S. (Arch. de Rel. Ext. de la República Argentina).

(20) Ofi. del ministro de Relaciones Exteriores de las Provincias Unidas del Río de la Plata, don Manuel J. García, en contestación al de los enviados argentinos cit. en la nota anterior, de fha. 19 de noviembre de 1825. M. S. (Arch. de Rel. Ext. de la República Argentina).

tino. Los enviados argentinos dieron las gracias al Libertador por las buenas disposiciones que manifestaba en favor de las Provincias Unidas; pero todo esto no pasó de sueños y palabras (21).

Las vidriosas relaciones entre el gobierno argentino y el boliviano se alteraron profundamente por este tiempo, con motivo de la ocupación de Tarija por tropas colombianas, que variaba los límites entre ambos países. Las negociaciones sobre alianza ofensiva y defensiva contra el Brasil, ó de mero acuerdo diplomático, quedaron de hecho interrumpidas, y todo anunciaba más bien una ruptura entre las dos repúblicas. En tal estado, Bolívar entró en conferencias privadas con el general Alvear, y éste, como lo había previsto Bolívar, entró de lleno en sus miras. Nada menos soñaba el Libertador que subordinar á su influencia las Provincias Unidas del Río de la Plata como regulador; llevar adelante en unión con ellas la guerra contra el Brasil; derribar el único trono levantado en América, y remontar de regreso la corriente del Amazonas en su marcha triunfal al través del continente subyugado por su genio. Hallábase allí por acaso el coronel Manuel Dorrego, cuya aparición hemos señalado, que como uno de los caudillos del partido federal, en oposición al unitario que dominaba en Buenos Aires, entró también de lleno en los planes de una intervención boliviana, á fin de variar la situación argentina, conmovida ya por la sublevación parcial de algunas de sus provincias. Los tres quedaron de perfecto acuerdo (22).

---

(21) Conferencia del Libertador Bolívar y Sucre con los enviados argentinos en Chuquisaca, el 5 de diciembre de 1825. M. S. (Arch. de Rel. Ext. de la República Argentina).

(22) Estos planes y estos acuerdos fueron comunicados por el mismo Alvear á su amigo don Santiago Vázquez, que desempeñaba entonces el puesto de oficial mayor del ministerio de gobierno, y fué quien persuadió á Alvear, para que se entendiese con Rivadavia y aceptara el mando

Por este tiempo fué nombrado Rivadavia presidente de las Provincias Unidas. Él consideró que Bolívar, lleno de gloria, de ambición y de soberbia, con su ejército triunfante acampado en la frontera norte de la República Argentina, era un peligro. Los planes de intervención en la vida interna de los vecinos, encontraban eco simpático en el partido anárquico, cuyos jefes iban á pedirle sus inspiraciones en Chuquisaca, mientras su nombre sonaba en los disturbios de Tarija y en los alborotos de las provincias, y principalmente en Córdoba. La prensa oposicionista á Rivadavia, propiciaba su intervención armada, repitiendo, como Bolívar, que la República Argentina era impotente para triunfar por sí sola del emperador del Brasil, y aun para organizarse, sin la «asistencia del genio de la América», como por antonomasia le llamaba. Fué entonces, cuando Rivadavia dijo: «Ha llegado el momento de oponer los principios á la espada», y levantó la bandera pacífica de la nueva hegemonía argentina. — Bolívar y Rivadavia volvieron á hallarse frente á frente como en 1823. (Véase cap. XLIX, § I). — El gobierno argentino, fuerte en sus principios, reaccionó contra el plan absorbente del congreso de Panamá, compuesto de las repúblicas sometidas á la influencia

---

del ejército del Brasil, con el cual triunfó en Ituzaingó. El señor Vázquez me lo comunicó en Montevideo en 1846, en presencia del señor Andrés Lamas, y otras personas que pueden dar fe. — Mi amigo don Domingo de Oro, que era secretario entonces de la legación argentina en Chuquisaca, me lo ha confirmado como testigo autorizado. — O'Leary en sus «Memorias», hace vagamente mención de estos acuerdos, que por su naturaleza eran secretos y verbales. Dice: «En Buenos Aires, la par- » cialidad política, contraria á las ideas del gobierno respecto de Bolívar, » acusó al general Alvear de haberse portado como ciego instrumento de » partido para insinuarse en su confianza, descubrir sus secretos y hacerle » luego traición. Se ha dicho también, que estando reunido el congreso en » sesión secreta, el diputado Dorrego retó á Alvear, que estaba presente, » á que revelase lo que en el Libertador hubiese observado contrario á los » principios liberales que profesaba». («Narración», t. II, pág. 439-440).

de Bolívar, y el proyecto quedó desautorizado. La prensa liberal del Río de la Plata, empezó á analizar simultáneamente las tendencias de aquella monocracia confusa, que era la negación del sistema representativo republicano, y estos escritos repercutieron en toda la América, encontrando eco hasta en la opinión de Bolivia, el Perú y Colombia. Chile, donde los principios argentinos habían cundido, bajo una administración modelada por la de Rivadavia, fué la primera república que se unió á la resistencia de las Provincias Unidas.

Bolívar, perseverando siempre en sus planes absorbentes ya madurados, meditó abrir una campaña en sentido opuesto al que habían traído sus armas libertadoras de norte á sud, llevando sus principios reaccionarios de sud á norte hasta conquistar á su propia patria, y restablecer en el hecho el sistema colonial contra el cual había heroicamente combatido. Para realizarlo, regresó al Perú, y delegó sus facultades dictatoriales en su teniente Sucre, como procónsul del imperio boliviano. Era ya el jefe supremo de tres repúblicas que abrazaban la tercera parte de la América del Sud, y de dos de ellas dictador absoluto con el título vago de Libertador. Esto no satisfacía aún su ambición: aspiraba á la monocracia vitalicia, sobre la base de la hegemonía militar de Colombia.

VI

Desde Lima envió Bolívar su proyecto de constitución para la república de Bolivia (25 de mayo de 1826). Es ésta la más original de sus obras, y puede considerarse, si no como el Evangelio, como el Korán del imaginario sistema político boliviano.

Todas las obras de Bolívar, así en el orden político como

militar, son tan características, que ha sido necesario inventar palabras apropiadas para simbolizarlas. Su sistema de guerra, si tal puede llamarse, es una mezcla sin nombre de las nativas propensiones guerreras de los indígenas y de la disciplina europea, en que con poca táctica y menos estrategia, el instinto preside á los combates y la inspiración á los movimientos, alcanzando al fin la victoria por la audacia de las concepciones, el ímpetu de los ataques y la constancia incontrastable en los reveses. Esta escuela sin nombre puede llamarse la escuela militar de Bolívar, que tiene, por lo arriesgado, algo de la de Carlos XII. Su predominio se simboliza con un nombre nuevo que lo inviste con la dictadura permanente: se llama *Libertador.* Su plan político, no es ni democrático, ni aristocrático, ni autocrático, y para caracterizarlo, un historiador universal ha tenido que inventar la palabra *monocracia,* que es la única que le cuadra (23). Para bautizar la nueva república del Alto Perú al ofrecerle su constitución, él inventó un nombre derivado, y la llamó *Bolivia.* «Sólo Dios tenía potestad para llamar » á esa tierra *Bolivia.* ¿Qué quiere decir Bolivia? Un amor » desenfrenado de libertad. No hallando vuestra embriaguez » una demostración adecuada á la voluntad de sus senti- » mientos, arrancó vuestro nombre, y dió el mío á todas » vuestras generaciones» (24). Esta definición en que la lascivia se confunde con la pasión sublime por la libertad humana, asociada al acto de la generación sucesiva, hace pensar en su «amor desenfrenado» del poder, á que le cuadraría también una palabra análoga para caracterizarlo.

La constitución de Bolivia, ideada por Bolívar, es una

---

(23) Véase Gervinus: en «Hist. du XIX siècle», el cap. «La monocracia de Bolívar», t. X, pág. 150 y siguientes.

(24) Discurso preliminar al «Proyecto de constitución de la república de Bolivia», escrito por Bolívar, pág. 15. (Ed. original de Bogotá, 1826).

combinación ingeniosa por su mecanismo, una concepción de ideólogo por su propio comentario, un amalgama confuso de reminiscencias antiguas, prácticas modernas, teorías aristocráticas y formas democráticas, que tiene algo de la república griega y del cesarismo romano; un poco del monarquismo inglés y de la primera constitución consular de Napoleón, que procura alejarse y acercarse á todas ellas. En su fondo es una masa informe, en que talla la estatua de su poderío monocrático. Menos abnegado que los legisladores de Atenas y de Esparta, en vez de emprender viaje lejano después de imponer sus leyes, ó pedir que sus miembros fueran despedazados y sus leyes se cumplieran hasta que ellos se reunieran, el legislador americano, amoldaba los miembros de los pueblos á su estatura, y los esclavizaba á su persona durante su vida, fundando un verdadero imperio inorgánico. El modelo que presenta, es la constitución de Haití, que califica como la primera república democrática del mundo; pero vése que ha tenido presente el proyecto de Sieyes, borroneado por Bonaparte, y que su ideal es el primer cónsul de la Francia, cuya exaltación presenció en su juventud y despertó en él un gran entusiasmo.

El punto céntrico de atracción, la base de su sistema constitucional, es la presidencia vitalicia, con facultad de elegir su sucesor hereditario, como el Bajo-imperio romano pintado por Tácito. «El presidente de la república, — dice » en su comentario, — viene á ser como el sol, que firme » en su centro da vida al universo. Esta suprema autori» dad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerar» quías, se necesita más que en otros un punto fijo alrede» dor del cual giren los magistrados y los ciudadanos: los » hombres y las cosas. *Dadme un punto fijo*, decía un anti» guo, *y moveré el mundo*». Para Bolívar este punto es el presidente vitalicio: «Un presidente con derecho de elegir » su sucesor, es la expresión más sublime en el orden repu-

» blicano» (25). Y justificando la herencia como principio fundamental, agrega: «Siendo la herencia la que per» petúa el régimen monárquico, y lo hace casi general en » el mundo ¿cuánto más útil no es el método para la suce» sión del vice-presidente? El presidente nombra al vice» presidente para que administre el Estado y le suceda » en el mando. Que fueran los príncipes hereditarios ele» gidos por el mérito y no por la suerte, y que en lugar » de quedarse en la inacción se pusieran á la cabeza de » la administración? La monarquía que gobierna la tierra, » ha obtenido sus títulos de aprobación de la *herencia* que » la hace estable, y de la unidad que la hace fuerte. Estas » grandes ventajas se reunen en el *presidente vitalicio* y » *vice-presidente hereditario*» (26). A pesar de declarar en seguida imposible la fundación de nuevas monarquías en América, lo que propone es una monarquía electiva en su origen fundada sobre el principio hereditario.

La noción más nueva de este proyecto, es la división de los poderes. El cuerpo electoral en su plan ideológico es una especie de asamblea popular permanente periódicamente renovable por el voto pasivo, y constituye la base del edificio, como depositaria del ejercicio de la soberanía delegada en épocas fijas y con representación política en nombre de ella, combinación que daba á las localidades la autonomía de los Estados federados, según su carácter. Del cuerpo electoral nacía la representación nacional, que por la primera vez elegiría el presidente vitalicio, el cual á su vez crearía por la herencia la sucesión de los presidentes perpetuos. Aleccionado con el rechazo del senado hereditario en el congreso de Cúcuta, no insistió en la idea; dividió el poder legislativo en tres cámaras crean-

---

(25) «Proyecto de Const. para la República de Bolivia», cit. pág. 6 y 7.
(26) «Proyecto de Constitución de Bolivia», cit., pág. 9 y 10.

do una de censura como en la república romana, con las funciones del areópago de Atenas, ó sea un tercero en discordia, especie de entidad moral entre los poderes coordinados del Estado (27).

Con arreglo á esta constitución, sancionada con ligeras modificaciones y adiciones por el congreso de Bolivia, bajo la presión moral de Sucre y la material de las bayonetas colombianas, fué elegido el vencedor de Ayacucho casi por unanimidad presidente vitalicio de Bolivia, con la supremacia de Bolívar, que ejercería el poder supremo toda vez que hiciese acto de presencia en su territorio (28). La ambición de Bolívar no podía encerrarse en el estrecho recinto de Bolivia. Su plan era más vasto. Bolivia no era sino la unidad de su sistema constitucional, con su monocracia por coronamiento. Era necesario para realizarlo, imponer la misma constitución al Perú y hacerla aceptar de Colombia, confederando las tres repúblicas atadas por el vínculo de su persona, con el nombre de Libertador.

No habían aún transcurrido cuarenta días después de la sánción de la constitución de Bolivia y ya era ley fundamental del Perú. Al tiempo de reunirse el congreso ordi-

---

(27) Véase «Proyecto de Constitución de Bolívar» *passim.*

(28) La presión moral de Sucre para hacer aceptar la constitución de Bolívar, así como la supremacía subsistente de Bolívar, base de su plan de federación americana, es un hecho que consta de la correspondencia confidencial del primero, publicada en las «Memorias» de O'Leary. En una de sus cartas, dice Sucre á Bolívar, con fecha 20 de setiembre de 1826: «Anteayer se decidió la cuestión del presidente vitalicio. Así, pues, » está ganada la base principal del proyecto de usted. Como la ley de » 11 de agosto (1825) da á usted siempre el gobierno de Bolivia, lo cual » está confirmado por la ley de 13 de julio último (1826), es un gran paso » al proyecto de la gran federación, el que también da á usted su voto en » los colegios electorales del Perú, pues teniéndolos en Colombia, poco » queda que hacer».

nario, apareció un partido nacional, opuesto á la continuación de la dictadura y á la ocupación de las tropas colombianas. El gobierno delegado del dictador, objetó las elecciones de los diputados, y cincuenta y dos de ellos, por servilismo ó bajo la presión de amenazas y promesas, pidieron su propia disolución, á lo que concurrió en parte el descubrimiento de una conspiración contra el Libertador, que llevó al suplicio algunas víctimas y otras al destierro. Reunidos en estas circunstancias los colegios electorales, Bolívar amenazó abandonar á los peruanos á su destino. Todos los artificios oficiales y del personalismo se pusieron en juego, para hacerle desistir de su resolución, aun cuando la constitución boliviana fuese impopular á la gran mayoría y la dictadura universalmente odiada (agosto de 1826). Peticiones civiles y militares, diputaciones y manifestaciones de apariencia popular, se sucedieron, suplicando al Libertador no los desamparara. La abyección llegó á tal grado de vileza, que un dignatario del Estado se echó al suelo ante el ídolo, y le pidió que le pusiera un pie en el pescuezo, para poder decir que había sostenido al hombre más grande del siglo (29). No bastando todo esto para vencer la aparente resistencia del Libertador, acudió la reserva: las limeñas. Una diputación de damas le rodeó, le acarició, y al fin, de aquel grupo de

---

(29) Míller, «Memorias», t. II, pág. 313. — Gervinus, al reproducir este hecho presenciado por Míller, dice: «El débil héroe aceptó este » homenaje con complacencia», y agrega, á propósito del paralelo entre Wáshington y Bolívar: «La antigüedad que con temor infantil temía los » celos de los dioses, habría condenado como un crimen impío la presunción » con que el héroe colombiano aceptaba sonriendo que un peruano colocase » el pie del Libertador sobre su propio cuello, mientras que el congreso » boliviano con elogios blasfematorios, le atribuía la grandeza del Salvador » del mundo y del Hijo de Dios. El mundo cristiano encontrará difícilmente » en la vida de un hombre activamente mezclado al movimiento humano, » ejemplo de una humildad y de un recogimiento religioso tan profundos » como en Wáshington». (Hist. du XIX siècle, t. X, pág. 207-208).

gracias salió una voz armoniosa que fué cubierta de aplausos: «¡El Libertador se queda!» — Él dijo: «Cuando la » beldad habla, ¡qué pecho puede resistirse! Yo he sido sol- » dado de la beldad, porque he combatido por la libertad, » que es bella y hechicera, y lleva la dicha al seno de la » hermosura, donde se abrigan las flores de la vida». Toda esta farsa, estas presiones y ejecuciones sangrientas y esta retórica, no era sino una exhibición teatral, para imponer brutalmente su presidencia vitalicia y realizar su sueño monocrático. Jamás un grande hombre descendió tanto, envileciendo á un pueblo. ¡Qué contraste con la sinceridad y el desprendimiento de San Martín en el mismo teatro!

El colegio electoral de Lima, rodeado de bayonetas colombianas, se reunió en la universidad de San Marcos (6 de agosto de 1826). Por unanimidad resolvió: que se derogase la constitución republicana de 1823 y se aceptara la boliviana á libro cerrado, como «un código divino que convertiría la sociedad política en paraíso de libertad». Los colegios electorales de las provincias se uniformaron con este voto; la nueva constitución fué jurada y Bolívar fué aclamado de este modo presidente perpetuo del Perú (30). Al anticiparse á aceptar el voto falsificado de los electores de Lima, les dijo: «Mi constitución es la obra » de los siglos. Congratulo á los representantes de esta » provincia que la hayan aceptado. Han conformado su » opinión con la mía acerca de los intereses políticos, de » la duración, ventura y tranquilidad de los pueblos». Como de costumbre, renunció de antemano la presidencia vitalicia que se le ofrecía, para admitirla inmediatamente después sin condiciones. Pero esto no bastaba aún á su ambición insaciable.

---

(30) Véase los documentos correlativos en «Docs. hists. del Perú», col. Odriozola, t. VII.

VII

Uniformado el sistema constitucional de Bolivia y el Perú, ocupóse Bolívar en llevar adelante sobre esta doble base su plan de confederación americana, de la que él sería múltiple presidente perpetuo y regulador supremo, con el título de libertador ó protector. Sería entonces más que un monarca, y tendría la ubicuidad de un Dios desde el mar de las Antillas y el Orinoco hasta el Pacífico y las montañas de plata de Potosí. Para realizar este sueño, sólo le faltaba hacer aceptar su constitución por Colombia. En este sentido escribió á Páez, que era el árbitro de Venezuela: «Se me ha escrito que muchos pensadores desean » un príncipe, con una constitución federal; pero ¿dónde » está el príncipe, y qué división política produciría su » anuncio? Todo es ideal y absurdo. Se dice que de me- » nos utilidad es mi pobre delirio legislativo que contenga » todos los males. Lo conozco; pero algo he de decir para » no quedarme mudo en medio de este conflicto. Yo desea- » ría que con algunas ligeras modificaciones se acomodara » el código boliviano á Estados pequeños enclavados en una » vasta confederación. — Desde luego, lo que más conviene » es mantener el poder público con vigor para emplear la » fuerza en calmar las pasiones, reprimir los abusos, ya » con la imprenta, ya con los púlpitos, y ya con las bayo- » netas. La teoría de los principios es buena en las épocas » de calma» (31).

La gran confederación se llamaría *De los Andes*, y se

---

(31) Carta de Bolívar á Páez de 8 de agosto de 1826 (dos días después de ser nombrado presidente vitalicio del Perú).

formaría, manteniendo la integridad de Bolivia, dividiendo al Perú en dos Estados y á Colombia en cuatro, cada uno de ellos con su presidente vitalicio, satélites del gran presidente, que según la imagen de su creador, «vendría á ser «como el sol firme en su centro, que da vida al universo» (32). Sucre propiciaba decididamente el plan; Santander lo aceptaba, y los principales caudillos de Colombia, que eran los régulos de sus departamentos, lo apoyarían con sus espadas (33). Simultáneamente, los partidarios personales de Bolívar hacían *pronunciamientos* populares en varios departamentos, empezando por Quito y Guayaquil que se hallaban bajo su inmediata influencia, y declaraban en sus actas, que «se rogase al Libertador se dignara » recibirlos bajo su protección, y reasumir bajo la investi» dura de Dictador, á más de las facultades extraordina» rias, toda la soberanía nacional que reside en el pueblo; » para que fijara definitivamente el sistema de la Repú» blica» (34).

Puestos de acuerdo sobre el plan monocrático los dos presidentes vitalicios de Bolivia y del Perú, celebróse entre ambos países un tratado, con el objeto de formar una liga que se denominaría «Federación boliviana» cuyo jefe supremo sería á perpetuidad el mismo Bolívar. Por este pacto, quedaban las dos naciones consolidadas en una sola, y ligadas por un congreso federal de nueve diputados por cada parte. El tratado era en sí una verdadera constitución, que determinaba de antemano las facultades del con-

---

(32) Véase Baralt y Díaz: «Resumen de la Hist. de Venezuela», t. II, pág. 160 y 283.

(33) Véase Baralt y Díaz: «Resumen de la Hist. de Venezuela», t. II, pág. 160 y 283 y correspondencia de Sucre en «Memorias» de O'Leary.

(34) Actas de pronunciamiento de Guayaquil y de Quito, de 28 de agosto y 6 de setiembre de 1826. (Col. de doc. para la «Vida pública del Libertador», t. VII, pág. 80 y sig.).

greso y del jefe supremo, reduciendo el mecanismo del gobierno general á su más simple expresión: un soberano en el hecho, con una dieta de electores por consejeros. Este era el bosquejo de la gran confederación. Para completarla en toda su extensión territorial, se disponía por uno de sus artículos, que «los gobiernos del Perú y Bolivia » nombrarían plenipotenciarios cerca del de Colombia para » negociar su adhesión al pacto de federación, con altera» ciones ó modificaciones que no variasen la esencia del » tratado» (35).

Bolívar debía tener una idea muy exagerada de la imbecilidad de los pueblos, cuando pretendía engañarlos con apariencias que no lo alucinaban á él mismo. El sabía y todos lo sabían, que su imperio sólo duraría lo que durase su vida, cuyos días estaban ya muy contados. Tan es así, que en el pacto entre Bolivia y el Perú se agregó un artículo: «Muerto el Libertador, los cuerpos legislativos de las » respectivas repúblicas federadas, quedarán en libertad de » continuar la federación ó disolverla» (36). Él mismo auguraba el fin trágico y estéril de su gobierno personal, cuando exclamaba: (37) «¡Mis funerales serán sangrientos como los de Alejandro!» Tenía la conciencia, — y esto lo hace más responsable ante la historia, — de que era un imperio asiático el que pretendía fundar, sin más títulos que la gloria del conquistador, ni más sostén que el pretorianismo.

Es Bolívar uno de aquellos grandes hombres de múltiples fases, llenas de luces resplandecientes y de sombras que las contrastan, á quien tiene que ser perdonado mucho

---

(35) «Tratado de federación celebrado entre las repúblicas del Perú y Bolivia», en Chuquisaca, el 15 de noviembre de 1826, aprobado por el congreso de Bolivia el 27 del mismo. (Col. de doc. para la «Vida pública del Libertador», t. VIII, pág. 261-269).

(36) Tratado entre el Perú y Bolivia, cit. en la nota anterior.

(37) Véase Posada Gutiérrez: «Memorias histórico-políticas».

malo por lo mucho bueno que hizo. Aun en medio de su ambición delirante, sus planes tienen grandiosidad, y no puede desconocerse su heroismo y su elevación moral como representante de una causa de emancipación y libertad. No quería ser un tirano; pero fundaba el más estéril de los despotismos, sin comprender que los pueblos no pueden ser semi-libres ni semi-esclavos. Así, en todo lo que se relaciona con la posesión del mando, sus vistas son cortas, sus apetitos son groseros, y hasta las acciones que revisten ostensiblemente el carácter de la abnegación, llevan el sello del personalismo, por no decir del egoísmo. Benjamín Constant, refutando al abate de Pradt, que sostenía la necesidad de la dictadura de Bolívar en nombre del orden, ha hecho la crítica de esta faz sombría de su carácter: «Él » lo dice; pero ¿perderíase por ventura la América meri- » dional si el poder de Bolívar no fuese ilimitado? ¿Hay » ejemplo de que el despotismo haya dado á una nación, » cualquiera que haya sido su situación moral, la educación » necesaria para el goce de su libertad? Los dictadores no » son culpables solamente de los males que hacen durante » su vida; ellos son responsables de los males que prepa- » ran, y estallan después de su muerte. Envileciendo la » generación que tienen bajo su imperio, la disponen á » sobrellevar toda clase de yugo. No, la dictadura no es » nunca un bien, no es jamás permitida. Ninguno se sobre- » pone bastante á su país, y á su siglo, para tener el de- » recho de desheredar á sus conciudadanos, encorvarlos » bajo su pretendida superioridad, de que él es el único » juez, y que todo ambicioso puede invocar á su turno, » aun siendo el más estúpido, cuando tiene la fuerza en » la mano» (38).

La constitución boliviana, era el falseamiento de la demo-

(38) Cartas de Benjamín Constant al abate de Pradt, de enero de 1829, publicadas en el *Courrier Français*.

cracia con tendencias monárquicas. El plan de la monocracia era una reacción contra la revolución misma, y contra la independencia territorial de las nuevas repúblicas, que violaba hasta las leyes físicas de la geografía. La insurrección americana, había tenido por principal causa el absurdo de un mundo gobernado automáticamente desde otro mundo, bajo un régimen autoritario y personal, que violentaba los particularismos y no satisfacía las necesidades políticas ni sociales del propio gobierno. La unificación de la América bajo una monocracia personal, era la vuelta á otro sistema colonial, con otras formas, pero con inconvenientes más graves aun. Colombia sería la metrópoli y Bolívar el soberano de quien dependerían las partes. Para esto, no merecía la pena de haber hecho la revolución. El dominio del rey de España, fundado en la tradición y la costumbre, era más tranquilo y paternal. Mejor se gobernaba Bolivia y el Perú desde Madrid, que desde Bogotá, y al menos la estabilidad de la monarquía daba más garantías que la vida pasajera de un hombre, que no veía más allá de ella sino anarquía y sangre.

Bolívar había anatematizado varias veces la monarquía en América, no en nombre de la república precisamente como el gobierno más perfecto, sino fundándose en la razón de hecho de no poder fundarla sólidamente, y había rechazado con ruidosa ostentación la corona que alguna vez se le ofreció. Después de Ayacucho, un francés le escribió desde Londres, aconsejándole se proclamase rey constitucional; proposición que recibió con desprecio y trasmitió al vice-presidente Santander para que la denunciase al congreso de Colombia (39). Más tarde, Páez le propuso hacerse coronar como Napoleón (10 de diciembre de 1826). El contestó: «Yo no soy Napoleón ni quiero serlo: tampoco

(39) «Col. de Docs. para la vida púb. del Libertador», t. IV, pág. 144.

» quiero imitar á César, menos á Itúrbide. Tales ejemplos » me parecen indignos de mi gloria. El título de Liberta- » dor es superior á todos los que ha recibido el orgullo » humano. Por tanto, me es imposible degradarlo». Y le ofrecía en cambio la constitución boliviana, es decir, la cosa sin el nombre; la realidad de la monarquía, sin sus vanos atributos (40). Cuando así hablaba, había sido ya nombrado á perpetuidad jefe supremo de Bolivia y acababa de ser proclamado presidente vitalicio del Perú, siéndolo de Colombia con facultades extraordinarias. Con este poder real y absoluto durante su vida, bien podía despreciar las cuatro tablas cubiertas de terciopelo del trono de Itúrbide, cuando tenía, ó creía tener en sus manos, lo que valía más que un cetro de rey; el bastón de dictador perpetuo del nuevo mundo. César, con una corona de laurel, que aceptó para ocultar una calvicie como la suya, no necesitó hacerse emperador para serlo. Crómwell no se atrevió ó no quiso declararse rey, y al investirse con el título de Lord Protector, hizo llevar delante de sí una biblia y su espada; Bolívar, como César y como Crómwell, era más que un rey, y con su corona cívica, llevaba delante de sí por atributos de su monocracia, su espada de libertador y su código boliviano, que era la biblia de su ambición personificada. Por eso ha dicho un historiador universal, admirador de su genio bajo otros aspectos, juzgándolo severamente en este momento histórico, en presencia del gran modelo de los gobernantes de un pueblo libre: «Wáshington ha dado á la historia una medida elevada » para juzgar los caracteres públicos, medida que se ha- » bía casi perdido en los siglos ocupados por el reino » del sable y la violencia. Las brillantes hazañas de un

(40) Carta de Bolívar á Páez de 8 de agosto de 1826 (dos días después de ser nombrado presidente de Bolivia y del Perú).

» Napoleón, han podido desplazar por algún tiempo esta » medida, pero no alterarla permanentemente. La apari- » ción de Bolívar en la escena del mundo, no ha podido » desplazarla en el más breve espacio del tiempo» (41).

VIII

En medio de la embriaguez de estos vastos planes de engrandecimiento personal, de un mando sensual sin ideales y de los deleites enervantes de la Capua sud-americana, donde Bolívar llevaba hacía dos años la existencia voluptuosa de un monarca oriental, como Salomón, pero sin su proverbial sabiduría, le llegaron tristes noticias de la patria lejana, que parecía haber olvidado. Colombia se disolvía. Al mismo tiempo que sus partidarios de Guayaquil y Quito proclamaban su dictadura incondicional en las costas del Pacífico, Venezuela con Páez á su cabeza se sublevaba contra el gobierno general, proclamando la autonomía federal. El vice-presidente Santander, en pugna con ambos movimientos, los condenaba, levantando en alto la constitución de Colombia. La prensa liberal de Nueva Granada se pronunciaba enérgicamente contra su plan monocrático. Bolívar se trasladó por mar á Guayaquil (setiembre de 1826) precedido por los pronunciamientos que lo aclamaban árbitro absoluto, y reasumió inconstitucionalmente las facultades extraordinarias de presidente de la república en ejercicio, como dictador militar de hecho (setiembre), hasta el grado de casar sentencias judiciales y sentenciar procesos que no habían terminado, mandando ejecutar los reos por su orden (42). El pueblo y las auto-

(41) Gervinus: «Hist. du XIX siècle», t. X, pág. 240.
(42) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. III, pág. 550.

ridades de Bogotá salieron á su encuentro, y le manifestaron «que podía contar con su obediencia bajo el imperio » de la constitución y las leyes que habían jurado respetar » y sostener». Esta insinuación lo turbó, y sin oir el fin de la arenga, repuso airado «que esperaba una felicitación » y no consejos sobre obediencia á las leyes, ni de viola» ción de ellas causada por su misma iniquidad». Este acto de intemperancia, que parecía el síntoma de una política anticonstitucional, le enagenó las voluntades, de los liberales granadinos principalmente (43). El Libertador asumió el mando con facultades extraordinarias, y se trasladó á Venezuela con el carácter de tal, delegando en el vicepresidente Santander su representación en la capital (noviembre). Venezuela se sosegó con su presencia (1.° de enero de 1827). La rebelión venezolana fué ensalzada, su caudillo declarado «salvador de la patria» y sus autores premiados con menoscabo del gobierno general. Bolívar y Páez se entendieron: quedó acordada entre ambos la reforma de la constitución de Cúcuta, que el Libertador había jurado mantener por el espacio de diez años en 1821. Desde este momento quedó sin punto de apoyo en la opinión del país. La prensa liberal de Bogotá, dirigida por Santander, empezó á atacar agriamente su política reaccionaria. Irritado por estos ataques, ó para afirmar su autoridad con un golpe teatral, repitió una nueva é irrevocable renuncia que como todas las anteriores se disiparía en ruido vano de palabras: «Yo gimo entre las agonías de » mis compatriotas y los fallos que me esperan de la pos» teridad. Yo mismo no me siento inocente de ambición, » y por tanto me quiero arrancar de las garras de esta » furia para librar á mis conciudadanos de inquietudes, » y para asegurarme después de mi muerte una memoria

(43) Posada Gutiérrez: «Mem. hist. polít.», pág. 30. El autor, partidario y admirador de Bolívar, habla como testigo presencial.

» que merezca de la libertad. Con tales sentimientos, re- » nuncio una y mil millones de veces la presidencia de la » república. El congreso y el pueblo deben ver esta re- » nuncia como irrevocable. Nada sería capaz de obligarme » á continuar en el servicio público. El congreso y el pue- » blo son justos: no querrán condenarme á la ignominia » de la deserción» (6 de febrero). Santander hizo también la suya, presentándose como el sostenedor de la constitución. La votación del congreso fué un desastre para el prestigio de Bolívar. Un senador levantó su voz diciendo: «La constitución boliviana es el peor ultraje que ha » podido hacerse á la razón humana en este siglo de luces » y de libertad; es el conjunto de todas las tiranías, es un » despotismo legal, es el oprobio y degradación de los » pueblos. Ella es el *monstrum horrendum* de que habla » Virgilio ¡No! Antes federación que esclavitud, primero » destierro que ser vasallo de nadie. Concluyo diciendo » que debe admitirse la renuncia del presidente Bolívar, » y este es mi voto» (44). Veinticuatro votaron por la aceptación, y cincuenta y seis en contra. La renuncia de Santander le infligió otra mortificación: su renuncia sólo tuvo cuatro votos por la aceptación y setenta en contra (45). Empero, continuó siendo presidente, y no desertó. Desde entonces sus renuncias quedaron desmonetizadas.

Al mismo tiempo que los cimientos constitucionales de Colombia se conmovían, el imperio boliviano se desplomaba. El Perú y Bolivia recobraban su autonomía, rompían la constitución impuesta y deponían sus presidentes vitalicios, amparados por las mismas tropas colombianas dejadas por el Libertador para su custodia.

La división colombiana en el Perú, fué la primera que

---

(44) Voto fundado del senador Miguel Uribe en el congreso de Colombia, el 6 de junio de 1826.

(45) Sesión del congreso colombiano de 6 de junio de 1826.

dió el ejemplo, deponiendo á sus jefes, y declarando los oficiales que promovieron el levantamiento: «que sosten- » drían á todo trance la constitución jurada de su patria», y protestaban enérgicamente «contra los pronunciamientos » criminales de Guayaquil, Quito, Cuenca, Cartagena y » Venezuela, que pretendían hollar el código de la nación» (26 de enero de 1827). Las campanas se echaron á vuelo en la capital de Colombia al recibirse la noticia, y el estruendo de los cohetes pobló los aires. Santander aprobó la conducta de los sublevados, y públicamente la ensalzó á los gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! Todos los colombianos sin distinción de colores políticos, y hasta las tropas de la capital con sus músicas á la cabeza, participaron del júbilo del vice-presidente (46). Estaban fatigados de la gloria y del poder personal de Bolívar, que quería imponerse, sin comprender que había hecho su tiempo ó errado su camino. Desde este momento se pronunció la ruptura entre Bolívar y Santander.

Este es el momento de acabar de perfilar la figura de Santander, para fijar sus contornos. General de la escuela mixta de Nariño y de Mariño, sin la inspiración de Bolívar, era más bien un hombre civil. Su carrera militar señalada por la preparación de la reconquista de Nueva Granada, fué manchada por la cruel ejecución de los prisioneros rendidos en Boyacá, que ensangrentó sus laureles. Vice-presidente de la república, y encargado del mando en ausencia del Libertador presidente, su administración fué desordenada y hundió al país en la bancarrota, aunque no se manchó con peculados. En política su papel fué duplo. A la vez que hacía profesión de fe de principios libe-

(46) Posada Gutiérrez, que como queda dicho, fué un entusiasta admirador de Bolívar hasta sus últimos días, dice en sus «Memorias histórico-políticas», pág. 47: «En aquella imprudente algazara fraternizamos comple- » tamente los santanderistas, federalistas ó separatistas, con los centralistas, » constitucionales puros».

rales, adhirió al plan de confederación de los Andes, contra el cual se pronunció después, como sostenedor de la constitución. Más neo-granadino que colombiano, aspiraba á suceder á Bolívar en el mando de su tierra, previendo la disolución de Colombia, y sostenido por un partido, que como se ha visto en el acto de la aceptación de las renuncias, era más poderoso en el parlamento que el del mismo Bolívar. Producida la ruptura, se lanzó en el camino de la oposición con estos propósitos, y perseverando en él le veremos terminar su carrera envuelto en oscuras conjuraciones contra el Libertador. Mientras tanto, su separación dejaba á Bolívar sin fuerzas políticas ni morales que lo apoyasen, y sin hombres de consejo que moderasen su ambición. En este momento le faltó su último punto de apoyo en el exterior.

El ejemplo del Perú cundió en Bolivia. Las tropas colombianas, desmoralizadas por la misión pretoriana que les estaba encomendada, y odiadas por el país, llegaron á ser un peligro en vez de un sostén, á punto de pedir el mismo Sucre su retiro. Un escuadrón acantonado en Cochabamba, se sublevó en masa y se refugió en territorio argentino. La guarnición de Chuquisaca se amotinó, y el vencedor de Ayacucho al procurar contenerla con su presencia, recibió de sus propios soldados un balazo que le rompió un brazo. Otra división se sublevó en La Paz. Sucre que había participado de las prevenciones de Bolívar contra los argentinos, no veía en tal situación más remedio para mantener al menos por un año la armazón constitucional de Bolivia, — en cuya duración no creía, — que una alianza o confederación con la República Argentina y Chile, que la preservase de las asechanzas del Perú (47). Sucre con su ascendiente moral, consiguió

(47) «He mandado al doctor Funes copia de todas las comunicaciones.

mantener por algún tiempo un aparente orden político y militar; pero invadido el territorio boliviano por el ejército peruano al mando de Gamarra, resignó en la asamblea constituyente el mando vitalicio que le pesaba, y evacuó el país con sus tropas, declarando que Bolivia quedaba dueña de su soberanía (1.° de octubre de 1827). El Perú y Bolivia quedaron desde entonces repúblicas independientes y soberanas, según el plan de la hegemonía argentina, en contraposición al plan absorbente de la hegemonía colombiana sostenida por ejércitos de ocupación.

IX

A la vez que el imperio boliviano se desmoronaba, Colombia entraba en el período de la descomposición. Máquina de guerra montada por el genio de Bolívar, para libertar á Venezuela con Nueva Granada, á Nueva Granada con Venezuela, á Quito con ambas, y asegurar el triunfo definitivo de la independencia sud-americana con los tres pueblos, era un absurdo como nación. Sus intereses eran opuestos, sus antagonismos invencibles, y la organización militar que le dió su fundador contribuyó más á inocularle los gérmenes de la disolución. Venezuela y Nueva Granada, por una tendencia natural y por una ley geográfica, aspiraban á ser naciones independientes, y no

---

» con Arenales, para que él agite allí el celebrar tratados de amistad y » alianza entre las dos repúblicas, y si es necesario, indique mis disposicio- » nes á una federación de esta república con la Argentina y Chile. Me » parece necesario verificar esta confederación, porque si no Bolivia queda » expuesta á los planes hostiles del Perú, que se muestra con pretensiones » de subyugarla, y á sus asechanzas diplomáticas con Buenos Aires. En el » año que yo esté aquí, no temo, porque contando con la fidelidad de las » tropas me burlo de los que pretendan invadirnos». (Carta de Sucre á Bolívar de 3 de julio de 1827, en «Memorias» de O'Leary).

tenían un patriotismo colectivo que las identificase. Quito era como una colonia de Nueva Granada, que por sus antecedentes históricos aspiraba á la autonomía. Tal vez Bolívar pudiera haber consolidado su obra, si en vez de cambiar su papel de libertador por el de conquistador y entregarse á delirios ambiciosos en países extraños, mientras su patria se disolvía, se hubiera consagrado á regularizar su administración, promover su prosperidad interna, desarmar el militarismo, perfeccionar sus instituciones republicanas y satisfacer las legítimas aspiraciones del patriotismo ilustrado y conservador, con el prestigio de su poder y de su gloria, retirándose en tiempo para dejar una nación organizada, al menos bajo la forma federal que conciliaba todo. Habría sido en su medida moralmente tan grande como Wáshington, y legado á su posteridad una nación organizada y un alto ejemplo de virtud cívica que realzaría su gloria, inmortal de todos modos. Pero no estaba este esfuerzo en su naturaleza desequilibrada. Con ambiciones insaciables, fomentadas por la adulación y el orgullo, sin principios sólidos de moralidad política, con ideas convencionales cristalizadas que pretendía imponer á la razón pública en progreso, confundió su interés particular con el interés público, y como se lo decía á Benjamín Constant, llegó á creer que su dictadura ilimitada era una necesidad, que la América del sud se perdía si no era patrimonio suyo. Así, cuando los pueblos se emanciparon de su monocracia, cuando Colombia se sublevó, cuando le faltó hasta el punto de apoyo de las bayonetas en que había fundado su imperio, llegó hasta desesperar de los destinos del nuevo mundo republicano que contribuyera á hacer surgir sobre el haz de la tierra, y fiar el porvenir del último fragmento de su patria despedazada á la protección de un rey extraño, renegando del credo inscripto en sus banderas victoriosas de libertador!

La gran catástrofe estaba cercana, y el Libertador la

aceleró al hacer decretar la reforma de la constitución, y convocar la gran convención que sólo podría reunirse después de transcurridos diez años (en 1831). Santander se prestó á propiciar este acto con sofismas, y lo promulgó, deseoso de reconciliarse con el Libertador (7 de agosto de 1827). La convención se reunió en Ocaña, y ha pasado á la historia con este nombre tristemente famoso en los anales del despotismo boliviano (9 de abril de 1828). El partido santanderista resultó en mayoría. Después de vanas tentativas para convenir los dos partidos en un proyecto de reforma constitucional, sin que nadie se atreviese á pronunciar la palabra de presidencia vitalicia, la convención se disolvió por la deserción de los partidarios de Bolívar en minoría, instigados indirectamente por él (10 de junio). La república se declaró acéfala de hecho. En tal situación, reunióse en Bogotá una junta popular convocada por el intendente de la ciudad (13 de junio). El general Córdoba, el de la proclama de «paso de vencedores» en Ayacucho, con un latiguillo en la mano, cruzado de piernas en una silla, dictó la siguiente resolución: «No » obedecer á la convención de Ocaña; revocar los poderes » de sus diputados, y que el Libertador presidente se encar» gase del mando supremo de la república con plenitud » de facultades en todos los ramos» (48). Bolívar respondió á este llamado anárquico, declarando, que «se apresu» raba á satisfacer los votos de la capital, que había tomado » á su cargo salvar á la patria de la anarquía». Desde entonces, según las palabras de un imparcial historiador europeo, «el Libertador se quitó la máscara de liberalismo » con que se había cubierto por tanto tiempo el rostro, y » mostró en toda su desnudez la fealdad de una ambición » vulgar y repugnante» (49).

---

(48) Posada Gutiérrez: «Mem. histórico-políticas», pág. 195-197
(49) Gervinus: «Histoire du XIX^{e} siècle», t. X, pág. 196.

Autorizado por los pronunciamientos que respondían al de Bogotá, asumió la dictadura, y suprimió al vice-presidente que á última hora quiso reconciliarse otra vez con él. La jurisdicción militar prevaleció sobre la civil; los principales opositores fueron deportados como perturbadores del orden público; se prohibió en las universidades hasta la lectura de los escritos de legislación de Jeremías Bentham, que había sido su numen, y se reemplazaron con tratados de teología, suprimiendo la enseñanza del derecho público, del derecho constitucional y administrativo. Por último, quedó restringida la libertad de la prensa (50). Prometió, empero, reunir un nuevo congreso constituyente en el plazo de un año, y respetar mientras tanto las garantías constitucionales. No era un tirano; pero era un déspota sin rumbo.

Exaltado el espíritu de la juventud liberal, extraviada por las reminiscencias de la antigüedad, vieron en el Libertador un César, y evocaron el puñal de Bruto. Santander, que participaba de lejos de los trabajos de los conjurados, nombrado por Bolívar para desempeñar una misión diplomática, se oponía al asesinato; pero el asesinato quedó resuelto. Bolívar dormía en brazos de una querida traída de Lima, á la que el pueblo llamaba «la libertadora», cuando los conjurados golpearon su puerta á altas horas de la noche, después de sorprender la guardia de su palacio (25 de setiembre). Pudo evadirse á tiempo, y la conjuración falló. Los principales conjurados fueron juzgados militarmente y suspendidos en la horca, entre ellos el almirante Padilla, el héroe de Maracaibo, que había tomado una participación indirecta en el movimiento. Era mulato como Piar. Santander fué condenado á muerte, y Bolívar conmutó su sentencia en destierro. Así terminó su

(50) Baralt y Díaz: «Resumen de la hist. de Venezuela», t. II, pág. 217-218.

carrera este espectable personaje, de incontestable mérito, pero de carácter equívoco. Desde este día, Bolívar quedó civil y políticamente muerto y fué una sombra de sí mismo (51).

Las tropas colombianas sublevadas en el Perú, introdujeron la guerra civil en Guayaquil. La provincia de Pasto volvió á insurreccionarse. El Libertador declaró la guerra al Perú, para someterlo de nuevo, y fué ésta la primera guerra entre las repúblicas sud-americanas, provocada por el mismo que les dió la independencia. Los peruanos invadieron Guayaquil. Sucre, al frente de las sólidas tropas colombianas, venció al ejército peruano que le hizo frente en Guayaquil. Bolívar trató con los pastusos en condiciones humillantes, y después de abrir en persona hostilidades sobre Guayaquil donde perdió sin pelear 3.000 hombres en sus pantanos, firmó al fin la paz con el Perú.

X

Durante la guerra con el Perú y más aún después de terminada, Bolívar consideró perdida la América, desde que no estuviesen todas las repúblicas sometidas á su dominación reguladora. Desde su cuartel general, de Quito, dirigióse oficialmente á su consejo de ministros en Bogotá: «El espantoso cuadro que ofrecen los nuevos Estados » americanos hace prever un porvenir muy funesto, si una

---

(51) «Desde mucho antes su salud declinaba rápidamente: Ya no podía » andar dos horas á caballo sin cansarse. Su energía había caído en lan- » guidez, y desde la noche fatal del 25 de setiembre estaba muerto moral- » mente». (Posada Gutiérrez: «Mem. hist. pol.», pág. 140).

» nación poderosa no media entre ellos. No queda otro » recurso (en el concepto del Libertador) que el que se » hable privadamente á los ministros de Estados Unidos » y de Inglaterra, manifestándoles las pocas esperanzas que » hay de consolidar los nuevos gobiernos americanos, si un » Estado poderoso no interviene en sus diferencias ó toma » la América bajo su protección» (52). Los ministros le objetaron, que Colombia no tenía personería de los demás Estados americanos para someterlos á la protección de una potencia extranjera y disminuir así los derechos de su soberanía (53). El Libertador insistió en su idea recargando las sombras del cuadro: «Desde que las diferentes » secciones americanas han ensayado infructuosamente to» das las formas de gobierno simples ó mixtas, compren» didas entre la democracia pura y el completo absolutis» mo; después que los pueblos ineptos para gobernarse á » sí mismos, son frecuentemente la presa del primer am» bicioso; desde que la desmoralización ha penetrado en » el corazón de los ejércitos; y cuando la antigua metrópoli » hace preparativos para una nueva y fuerte expedición, » es inevitable deplorar anticipadamente la suerte del » Nuevo Mundo. La América necesita de un regulador, y » con tal que su mediación, protección ó influencia ema» nen de una nación poderosa del antiguo continente, y » ejerza un poder bastante que en caso de ser desatendida, » emplee la fuerza y haga oir la voz del deber, lo demás » es cuestión de nombre. El Libertador no se adhiere á » la palabra; busca la cosa. Busquemos una tabla de que

---

(52) Ofi. del secretario de Bolívar, José D. Espina, al consejo de ministros de Colombia, de 4 de abril de 1829, en Quito.

(53) Contestación del consejo de ministros de Colombia á Bolívar, de mayo de 1829, según Restrepo, «que era uno de los ministros: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 210.

» asirnos, ó resignémonos á naufragar en el diluvio de » males que invaden á la desgraciada América» (54).

Antes de emprender su última campaña del sud, el Libertador había manifestado confidencialmente á varios de sus amigos, «que Colombia y toda la América española » no tenía otro remedio para libertarse de la anarquía que » la devoraba, que establecer monarquías constitucionales, » y que si Colombia se decidiera por este sistema de go- » bierno y llamase á reinar á un príncipe extranjero, él » sería el primero que se sometería á su autoridad y lo » apoyaría con su influjo» (55). Fué más explícito aun con el encargado de negocios de la Gran Bretaña, coronel P. Campbell, al que se había dirigido sobre el proyecto de monarquía que se meditaba en Bogotá. Según él, «dadas » las muy graves dificultades que había para organizar la » república, acaso el único medio sería el establecimiento » de la monarquía, llamando á un príncipe extranjero que » profesara la religión católica; pero que para esto era » necesario poder contar con los auxilios de una gran po- » tencia como la Francia ó la Inglaterra, que defendiese » á Colombia de los ataques de las demás repúblicas ame- » ricanas». El Libertador autorizó á Campbell á hacer el uso que quisiera de la carta (56).

Con estos antecedentes y afirmado por la declaración hecha á Campbell, el consejo de ministros empezó á trabajar en el sentido de propiciar la idea por medio de la prensa y exploró la opinión de los jefes del ejército, del clero y de los altos dignatarios del Estado, de quienes mereció

---

(54) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 207.

(55) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 207.

(56) Carta de Bolívar al encargado de negocios de la Gran Bretaña en Colombia, P. Campbell (recibida por éste á mediados de setiembre de 1829). (Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 228).

general aprobación. Páez, que antes había aconsejado al Libertador que se coronase como Napoleón, exigió antes de prestarle su adquiescencia, que Bolívar se pronunciase categóricamente sobre el particular (57). Mientras tanto, los ministros del Libertador, en vez de negociar sobre la base de un protectorado europeo para toda la América, idea que consideraban, y con razón, no sería ni discutida por ningún diplomático serio, se consideraron autorizados para abrir una negociación confidencial con el enviado de la Francia, el conde de Bresson, acreditado cerca de la república, que había manifestado en su discurso de recepción, que «los votos de su gobierno eran por el restablecimiento » de instituciones libres y fuertes, que dieran á la Europa » garantías de que el orden público se conservaría, haciendo » un grande elogio de las virtudes cívicas y de los talentos » militares y políticos del Libertador» (58). El plan no podía ser más peregrino. Llevaba el carácter de condicional, sin compromiso formal ulterior hasta que se perfeccionase, cuidando prevenir, que el consejo no contaba con el asentimiento del Libertador, ni era posible que lo diese en los términos en que se había concebido el proyecto, ni consentiría jamás en coronarse rey; pero que podía contarse con la seguridad de que se sometería á la decisión del congreso y aun la apoyaría. En la hipótesis de transformar de este modo la república en una monarquía, Bolívar continuaría mandando la república durante su vida con el título de Libertador, y sólo después de su muerte entraría á reinar el príncipe de alguna de las dinastías de Europa que se eligiese; pero siendo probable que los Estados Unidos del Norte y las demás repúblicas de la América se alarmaran y pretendiesen turbar el derecho perfecto de Colombia para

(57) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 206.
(58) Posada Gutiérrez: «Mem. hist. pol.», pág. 191.

cambiar su forma de gobierno, la intervención eficaz de la Gran Bretaña y de Francia era una condición indispensable. Los representantes de Inglaterra y Francia, Campbell y Bresson, convinieron en todo con los ministros del Libertador (15 de setiembre de 1829). Se expidieron en consecuencia los respectivos despachos é instrucciones á los gobiernos respectivos y á los agentes diplomáticos de Colombia en Europa (59).

Bolívar, que desde el mes de mayo (1829) estaba instruído por sus ministros de los trabajos que se hacían en favor del plan monárquico, y había sido directamente interpelado, dejó pasar más de tres meses sin contestar. Al fin lo hizo desechando la idea de una monarquía, no por mala en sí, sino por imposible, y reveló por la primera vez lo que llamaba su secreto (3 de setiembre). Este secreto consistía en la disolución de Colombia, separando á Nueva Granada de Venezuela, por no existir conexión entre ambos países, conservándose la primera íntegra con la anexión de Quito, regido el todo por «el mejor gobierno, que era un presidente » vitalicio y un senador hereditario como el que en 1819 » había propuesto en Guayuana». Protestaba, como de costumbre, que él quería separarse del mando, para ser un mero mediador común entre ambos Estados (60).

Apenas trascendió el plan de monarquía, sublevóse la opinión republicana de Venezuela y Nueva Granada. Atribuyeron al Libertador el intento de coronarse rey, y sus enemigos y aun los sostenedores de su dictadura se pronunciaron públicamente contra él. Córdoba, el héroe de Ayacucho, que con látigo en mano había presidido al pronunciamiento de Bogotá contra la convención de Ocaña, se levantó en Antioquía (14 de setiembre). Fué vencido, y cobarde-

(59) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 225-227.
(60) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 229-230.

mente asesinado á sablazos después de rendido, cubierto de heridas recibidas en el combate. Estas fueron las novedades con que se encontró Bolívar en Popayán, de regreso de la campaña contra Guayaquil, después de ajustar la paz con el Perú. Estaba física y moralmente enfermo; padecía de insomnios, y su carácter se resentía de este estado espasmódico. Su naturaleza estaba gastada, y nadie le daba tres años de vida, que él alargaba hasta seis á lo sumo, con la conciencia de que su carrera estaba terminada, y tristemente. Había perdido la confianza en sí mismo, y sabía que no podía contar ya con el amor de sus conciudadanos. Fué entonces, cuando después de transcurridos seis meses de la iniciativa del proyecto de monarquía, lo condenó abiertamente y reprobó en términos ásperos la conducta de sus ministros y amigos (22 de noviembre). El historiador clásico de Colombia, Restrepo, que era uno de los ministros, admirador de Bolívar hasta después de muerto, ha descrito la escena que tuvo lugar con este motivo en el consejo de gobierno, con un rasgo á lo Tácito, raro en su estilo seco y descolorido, que ha impreso sobre su frente un tizne, cual sus más encarnizados enemigos no lo han estampado jamás. «Al terminarse la lectura de la nota del Libertador, fué » uniforme el sentimiento de los miembros del consejo de » ministros — la indignación. Creyéronse sacrificados á » la popularidad de Bolívar, y que sin consideración á sus » largos y fieles servicios al gobierno de Colombia y á la » independencia de su patria, se les había dejado deslizarse » por un camino peligroso».

Los ministros renunciaron en masa; pero él no aceptó la renuncia, y les dió una satisfacción amistosa, considerándose moralmente solidario, y delegó en ellos la dictadura, delegación que no fué admitida (61). Así terminó el sueño monocrático de Bolívar.

---

(61) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 244-245.

XI

Al finalizar el año de 1829, Venezuela consumó su revolución con Páez á la cabeza, y se declaró república independiente, desconociendo la autoridad del Libertador, cuya política estigmatizó amargamente, y decretó su ostracismo (62). Colombia quedó disuelta. Este fué el golpe de muerte. Bolívar, reducido á la Nueva Granada donde era un extranjero y un huésped incómodo, convocó el congreso constituyente prometido, que se reunió bajo estos tristes auspicios (20 de enero de 1830).

En el mensaje que el Libertador dirigió al congreso, repitió su acostumbrada renuncia: «Libradme del baldón que » me espera si continúo ocupando un destino, que nunca po» drá alejar de sí el vituperio de la ambición. Un nuevo » magistrado es ya indispensable para la República. El » pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo. Los » Estados americanos me consideran con cierta inquietud, » que puede atraer sobre Colombia males semejantes á los » de la guerra del Perú. Disponed de la presidencia de la » república que abdico en vuestras manos. Desde hoy, no » soy más que un ciudadano armado para defender la patria » y obedecer al gobierno». Y terminó diciendo: «Me rubo» rizo al decirlo: la independencia es el único bien que » hemos adquirido á costa de todos los demás» (63). Aun á este precio, la independencia era ganancia, porque era el

---

(62) Montenegro: «Geografía», cit., t. IV, pág. 448-451.

(63) Mensaje del Libertador al congreso constituyente (conocido en la historia colombiana con el dictado de «admirable»), de 20 de enero de 1830. «Doc. para la Hist. del Libertador», t. XIV, pág. 119 y sig., número 4438.

bien de los bienes, y el establecimiento de la república democrática, tan embrionaria como fuese, valía todos los sacrificios hechos en su honor. Y aun perdida la última esperanza, tal confesión sólo podía hacerse por un hombre inmaculado en los comunes errores, para señalar el camino de la salvación.

Bolívar, fatigado y desesperanzado, depositó el ejercicio del mando en su consejo de ministros, cerró su secretaría, y se retiró á la pintoresca quinta de Fucha, presente de la munificencia pública, á inmediaciones de Bogotá. Desde ese día no volvió á reasumir el mando. Despidióse anticipadamente de sus compatriotas con palabras de profunda melancolía: «Colombianos: hoy he dejado de mandaros. » Veinte años os he servido en calidad de soldado y magis- » trado. He sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que » haya podido defenderme la pureza de mis principios. » Nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de » un reino, que mis enemigos han forjado artificiosamente » para perderme en vuestra opinión. Escuchad mi última » voz al terminar mi carrera política; os ruego que perma- » nezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la patria » y vuestros propios verdugos» (20 de enero de 1830).

En el seno del congreso, se formaron dos partidos: uno por la reelección de Bolívar y otro por su separación absoluta de la vida pública. La opinión estaba decididamente contra él, y sólo lo sostenía el pretorianismo y los intereses personales de sus partidarios. García del Río, el consejero de San Martín en sus proyectos de monarquía, y el propagador en la prensa de Bogotá de la misma idea durante las negociaciones de protectorado con Inglaterra, era uno de los jefes del partido de la reelección (64), y escribía por

---

(64) Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 308. — Posada Gutiérrez: «Mem. hist. pol.», pág. 301.

este tiempo á San Martín: «Estoy tan comprometido por la » causa del Libertador y la del orden, que si ésta no triunfa, » soy hombre perdido. Dios sabe cómo terminará la revo- » lución de Venezuela: de su desenlace, y del de la vida » pública de Bolívar, pende mi existencia. En todo este año » puedo subir al patíbulo ó al ministerio, ser desterrado ó » proscripto, ó tener delante de mí un porvenir próspero. » No hay medio para mí. En las revoluciones yo creo que » es necesario tener banderas fijas: me he alistado en las de » Colombia, Bolívar y el orden, y con ellas saldré avante, o » encallaré. El congreso constituyente, del cual soy miembro » por Cartagena, terminará sus trabajos en todo abril: será » republicana, y aunque no muy buena, lo mejor en las cir- » cunstancias actuales. Promulgada que sea, y si Bolívar » continúa al frente de los negocios, es probable que la nue- » va administración será buena y vigorosa. En este caso se » tratará de someter á Venezuela; el resultado de esta tenta- » tiva, lo decidirá todo para Colombia, para Bolívar y »para mí» (65).

Bolívar se dejó llevar por la corriente, que lo arrastraba en el sentido de sus moribundas ambiciones, y no obstante la solemnidad de su anterior renuncia y de su anticipado adiós á los colombianos, pensó reasumir el mando y trabajar decididamente por su reelección. Un motín estalló en la capital á favor de esta idea á los gritos de ¡Viva la religión y el Libertador como presidente dictador! que inmediatamente se apaciguó sofocado por la opinión. Los diputados reeleccionistas, fueron amenazados de muerte por los republicanos liberales (66). Sus mejores amigos se declararon abiertamente en su contra, temiendo por su suerte y aún por su seguridad personal. «Él en un estado de inani-

---

(65) Carta de García del Río á San Martín, de 14 de marzo de 1830, en Bogotá. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXVIII).

(66) Posada Gutiérrez: «Mem. hist. polít.», pág. 301.

» ción física y moral — según uno de sus confidentes en » esta época, — fluctuaba de un extremo á otro, sin fijarse » en ningún punto. La afrenta de presentarse ante el mundo » como proscripto, lo entristecía» (67). El gobierno delegado había invitado al congreso á disolverse, por considerar inútiles sus tareas constituyentes en el estado de desorganización del país (abril 15 de 1830). El congreso no se adhirió á esta invitación, que alarmó á Bolívar. Consultó entonces á sus amigos, y todos, unánimemente, fueron de opinión que debía retirarse por siempre de la vida pública. El presidente del consejo, en quien él había delegado el mando, se pronunció en este sentido en su presencia, encabezando una comisión de notables. El Libertador se inmutó y le insinuó que consideraba su opinión sospechosa, como aspirante á sucederle en la presidencia. «¿Cómo quedo yo, » exclamó, siendo el ludibrio de mis enemigos, y apare- » ciendo ante el mundo como un proscripto? ¿Por qué el » congreso no me admitió mi renuncia desde los primeros » días de su instalación, y así habría dejado yo el puesto » con lucimiento?» Uno de los presentes le interrumpió, haciéndole sentir que era un extranjero en Nueva Granada, proscripto hasta por su propia patria: «General, en la » *Nueva Granada* donde quiera que fijéis vuestra residencia, » seréis el oráculo acatado por todos, seréis nuestro Wásh- » ington». El doble ostracismo de Colombia quedó pronunciado (68). Bolívar se sometió á su destino.

Dictada la nueva constitución, calcada sobre la de Cúcuta, que fué rechazada por Venezuela, el Libertador presentó al congreso su última renuncia, esta vez, en términos nobles y sencillos, que revelaban una convicción impuesta por una triste necesidad: «La patria exige de mí el sacrificio de

---

(67) Posada Gutiérrez: «Mem. hist. polít.», pág. 300.

(68) Posada Gutiérrez: «Mem. hist. polít.», pág. 302-303. — Restrepo: «Hist. de Colombia», t. IV, pág. 307 y sig.

» separarme para siempre del país que me dió vida, para » que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento » á la felicidad de mis conciudadanos» (abril 27). Esta vez la renuncia quedó aceptada. Fué nombrado presidente don Joaquín Mosquera, jefe del partido liberal que le era opuesto. Su retrato fué despedazado por los liberales. El congreso, empero, le tributó los merecidos homenajes, declarándolo «el primero y mejor ciudadano de Colombia», y le acordó durante su vida una pensión de treinta mil pesos anuales (9 de mayo de 1830). — Apenas contaba con medios de subsistencia y no tenía lo suficiente para vivir fuera de su país. Su gran patrimonio se había disipado en el curso de la revolución, sin que él lucrase con los tesoros de que pudo disponer á discreción.

El Libertador del norte Simón Bolívar, que afirmó la emancipación de la América meridional, entró como el libertador del sud, José de San Martín, que había preparado su triunfo, en la región de las sombras del ostracismo, crepúsculo y aurora de la inmortalidad de los dos.

CAPÍTULO LI

EPÍLOGO [1]

LOS DOS LIBERTADORES. — LOS DOS OSTRACISMOS. — RESULTADOS FINALES. — JUICIO PÓSTUMO.

I

La posteridad ha pronunciado su juicio definitivo sobre los dos libertadores de la América meridional, cuya vida pública, envuelta en el movimiento revolucionario de su tiempo, hemos relatado: — San Martín y Bolívar.

Los dos fueron grandes en su medida, los más grandes

(1) Habíamos pensado dar mayor desarrollo á la parte del ostracismo de San Martín, sobre el cual tenemos documentos interesantes y nuevos; pero el espacio nos falta. Impresa esta obra á medida que se escribía, tenemos que limitarnos á rasgos generales que sinteticen esta época complementaria. La historia de la vida pública de San Martín y de la emancipación sud-americana, que es lo que constituye el argumento del libro, queda completa y gana en unidad lo que pudiera perder en otro sentido. El ostracismo interesa más á la biografía íntima que á la historia general; más á la curiosidad que á la investigación de las causas y efectos de la revolución sud-americana; su desarrollo minucioso fuera de los rasgos prominentes para caracterizar al héroe en sus últimos días, saldría del plan bajo el cual ha sido concebida y ejecutada esta obra.

hombres que después de Wáshington la América haya producido, dignos de figurar en el panteón universal como colaboradores del progreso humano. Los dos cumplieron su misión redentora en el orden de los hechos, dando el uno la primera señal de la guerra continental, cuyo plan concibió, y terminándola gloriosamente el otro. Sin San Martín en el sud del continente, y sin Bolívar en el norte, no se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación de las fuerzas revolucionarias, que dió el triunfo final, ni cómo el uno sin el otro hubiese podido llenar su tarea libertadora. Los dos erraron, empero, como políticos, y quedaron más abajo de la razón pública y aún de los instintos de las masas que removían, y no pudieron ó no supieron dirigir en sus desarrollos orgánicos la revolución que acaudillaron militarmente. El tiempo que disipa las falsas glorias y acrecienta las verdaderas, ha borrado las sombras que oscurecieron parcialmente en vida estas personalidades típicas, símbolos de una época, que señalan la aparición de un nuevo mundo republicano, que es el fenómeno político más considerable que haya presenciado el siglo XIX. Sus contornos se destacan netamente en el horizonte de la historia, y han merecido ambos la apoteosis de su posteridad, después de alcanzar su centenario, sometidos á la prueba del tiempo en presencia de su obra.

En el gran drama de la revolución hispano-americana, que tiene por teatro un vasto territorio igual á la cuarta parte del globo, que se extiende desde el Cabo de Hornos hasta el golfo de Méjico y sobre ambos océanos, los dos primeros actores, las dos grandes figuras continentales, son las de sus dos libertadores, que partiendo de extremos opuestos, convergen á un punto céntrico movidos por las fuerzas que organizan y dirigen. Su vida y su obra tiene la unidad de la epopeya de la emancipación de un mundo nuevo, con su genialidad, su acción heroica, su carácter trágico, sus desfallecimientos y sus delirios, y coinciden hasta en su melancó-

lica catástrofe. Roto el destino del uno antes de terminar su obra, y roto el del otro en medio de su apogeo, la revolución sigue su marcha lógica, como en las carreras antiguas, caído el conductor en la arena, el carro triunfador llegaba á la meta, abandonados los corceles á su noble instinto.

Los dos libertadores representaron alternativamente la hegemonía de dos grandes grupos de pueblos que trabajaban en pro de su independencia; pero con diversas tendencias y opuestos objetivos internacionales, aunque con un mismo propósito inmediato.

Tocó á la República Argentina y á Chile, acaudilladas por San Martín, sostener y hacer triunfar la bandera de la insurrección en el sud del continente, y llevar sus armas libertadoras de mar á mar y desde la región templada hasta la línea del Ecuador, juntamente con el Perú. Allí se operó la conjunción de las fuerzas batalladoras de la América del Sud, y allí se abrazaron y se repelieron los dos libertadores. La hegemonía del sud sólo pudo consolidar condicionalmente su propia independencia, dejando incompleta su obra en el Alto y Bajo Perú, aunque contribuyó eficazmente á completar la del norte y hacer posible su dilatación.

Tocó á Colombia, acaudillada por Bolívar, la tarea de hacer triunfar la insurrección en el norte de la América meridional, libertando á Venezuela y Nueva Granada, y á Quito en unión con las armas peruano-argentino-chilenas; afirmar la independencia del Perú y Bolivia, y garantir indirectamente por siempre la de las demás repúblicas de la América del Sud que se habían libertado por sus propios esfuerzos, y mantenido alzada la bandera de la insurrección cuando estaba abatida en todo el resto de la América, incluso Colombia.

La lógica de la historia se cumplió en los dos libertadores, como caudillos de las dos hegemonías que representaban en acción y en conflicto. San Martín cedió el puesto á Bolívar, entregándole los destinos de la revolución sud-americana,

que podía hacer triunfar en las batallas mejor que él. Con su abdicación, dió un alto ejemplo de virtud cívica, pero sobre todo de prudencia y buen sentido, por cuanto era un acto impuesto por el destino á que tuvo la fortaleza de conformarse. Bolívar coronó la obra, y los dos triunfaron en definitiva. San Martín miró sin envidia, que Bolívar, con quien compartía la gloria de libertar la mitad de medio mundo, alcanzase y mereciese la corona del triunfo final, reconociéndose modestamente inferior á él en esfuerzos y hazañas, aunque fuera moral y militarmente más grande, y aun cuando en el orden de los principios elementales corresponda el triunfo póstumo á la hegemonía que representó. La fatalidad los iguala: los dos mueren en el ostracismo.

II

El destino de los emancipadores de acción y pensamiento de la América meridional, es trágico. Los precursores de la revolución en la Paz y Quito, murieron en los cadalsos. Miranda, el gran precursor de la emancipación sud-americana, murió solo y desnudo en un calabozo, entregado á sus enemigos por los suyos. Moreno, el numen de la revolución argentina, que propagó la doctrina de la democracia, murió expatriado en la soledad de los mares. Hidalgo, el caudillo popular de la revolución de Méjico, murió en un patíbulo. Belgrano, el precursor de la independencia argentina, que salvó su revolución en las batallas de Salta y Tucumán, murió en la oscuridad y la miseria, en medio de la guerra civil. O'Higgins, el héroe de Chile, acabó sus días en la proscripción, precedido por Carrera, su rival y su colaborador, á quien la fatalidad arrastró al cadalso en tierra extraña. Itúrbide, el verdadero libertador de Méjico, murió fusilado víctima de su ambición. Carlos Montufar, el jefe de la

revolución de Quito, como su compañero Villacencio, promotor de la de Cartagena, fueron ahorcados. Los primeros presidentes de Nueva Granada, que imprimieron carácter á su revolución, Jorge Tadeo Lozano y Camilo Torres, murieron sacrificados por la restauración del terrorismo colonial. Piar, el que dió la base militar de operaciones á la insurrección colombiana, murió ajusticiado por Bolívar á quien enseñara el camino de la victoria final. Rivadavia, el genio civil de la América del Sud, que dió la fórmula de sus instituciones representativas, murió en el destierro. Sucre, el vencedor de Ayacucho, fué asesinado alevosamente por los suyos en un camino desierto. Bolívar y San Martín murieron en el ostracismo. El de San Martín fué acto deliberado de su voluntad, aunque impuesto por su destino. El de Bolívar, aunque pronunciado por él mismo al agotarse sus fuerzas vitales, empezó con su apogeo y terminó con su catástrofe.

Los ostracismos de los dos libertadores participan del carácter de sus acciones en la vida contemporánea, y en la prolongación de su influencia póstuma. El del uno es estoico. El del otro es atormentado.

San Martín, después de ver cerrado por siempre el libro de su destino, que creyó entreabierto por un momento al ser llamado al Perú después de su abdicación, pasó desde Mendoza á Buenos Aires, donde fué recibido por el menosprecio y la indiferencia pública. No tenía patria, esposa ni hogar, y el capitán ilustre de tres repúblicas no tenía donde pasar revista en el ejército argentino. Tomó en sus brazos á su hija huérfana de madre y se dirigió silenciosamente al destierro (fines de 1823). Allí se encontró frente á frente á la miseria. Los fondos con que contaba en Europa para subsistir, confiados á la fidelidad de un amigo, habían sido jugados por éste en la bolsa de Londres. De este modo, sus manos quedaron puras del oro que se había aliado al bronce heroico del libertador.

Cinco años después, sintió la necesidad de respirar el aire de la patria, y regresó á ella con la intención de acabar oscuramente sus días en la tierra natal. La guerra entre el Brasil y la República Argentina, había terminado gloriosamente para ésta. Al llegar á la rada de Buenos Aires, el 12 de febrero de 1829, aniversario de sus gloriosos triunfos de San Lorenzo y Chacabuco, encontró en las puertas de la patria un letrero escrito por manos argentinas, que decía: — «AMBIGÜEDADES: El general San Martín ha vuelto á su » país á los cinco años de ausencia; pero después de haber » sabido que se han hecho las paces con el emperador del » Brasil» (2). Como se ha dicho, la respuesta de San Martín había sido dada dos mil años antes por la boca de Scipión, insultado por sus compatriotas en el aniversario de una de sus grandes batallas: «En un día como éste salvé á » Roma. Vamos al templo á dar gracias á los dioses tute» lares del Capitolio, para que siempre tenga generales que » se me parezcan». Ni dió esta respuesta, ni mandó grabar sobre su sepulcro: «Ingrata patria, no tendrás mis huesos». Volvió al eterno destierro, y dió modesta y generosamente su respuesta desde la tumba: «Deseo que mi corazón descanse en Buenos Aires».

III

Bolívar, despojado del mando supremo, se retiró á inmediaciones de Cartagena, sin conformarse con el poder perdido ni decidirse á abandonar las playas de la patria (3).

---

(2) Véase los periódicos de Buenos Aires: «El Tiempo», número 229 y 230 de 11 y 12 de febrero de 1829, y «El Pampero», núm. 21 del 12 de febrero del mismo año.

(3) «Rechazado por sus enemigos y por una gran parte de Colombia,

Allí supo la muerte de Sucre, que le había escrito dos años antes, que si no se retiraban en tiempo, perderían la cabeza. Estaba moribundo, pero no perdía la esperanza de ser el hombre providencial de Colombia, ya que no había podido serlo de toda la América según sus designios. Había augurado la anarquía, y ella se produjo casi inmediatamente. Él la vió estallar con complacencia, y la alentó indirectamente con su actitud y sus palabras (4). Lo agrió más, una comunicación del presidente Mosquera, su antiguo amigo, notificándole que Venezuela ponía por condición á la paz con Nueva Granada, su alejamiento perpetuo. Entonces exclamó: «¡No, no me iré deshonrado!»

Los partidarios personales del Libertador, propalaban que solo él podía encadenar las furias de la fuerza armada, y que por esta razón principalmente consideraban necesaria la perpetuación de su influencia. Los hechos parecían darle la razón. Parte de Venezuela y de la Nueva Granada levantó las armas en favor de su dictadura. Quito y Guayaquil siguieron el ejemplo de Venezuela, desligándose de Colombia y formaron un Estado independiente, bajo la denominación de República del Ecuador (mayo 1830). El gobierno de Mosquera fué derribado en Bogotá. La guerra civil se encendió. Los amigos triunfantes en la capital, encabezados por Urdaneta, le llamaron á ponerse de nuevo al frente de la república para restablecer la unidad colombiana. Envaneci-

---

» dejó con repugnancia el mando supremo; y no saliendo de su territorio » como había ofrecido y le convenía, añadió nuevo pábulo á las calumnias » de sus enemigos». (Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 416).

(4) Son sus amigos y confidentes más leales los que lo dicen. Posada Gutiérrez, que estaba por la continuación de su mando, da al respecto pormenores auténticos, como testigo presencial, en su «Memoria hist. polít.», Restrepo en su «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 351, dice: «En cuanto á sí mismo el orgullo personal se lisonjeó con la reacción que » principiaba á su favor y contra sus enemigos, que tan cruelmente habían » despedazado su reputación».

do y agriado, tuvo la debilidad de aceptar. «No debo excu-
» sarme de contribuir, contestó á los revolucionarios, en
» cuanto dependa de mis facultades el restablecimiento del
» orden, á la reconciliación de los hermanos enemigos, y á
» recuperar la integridad nacional. Para lograr tan vastos
» fines, ofrezco á la patria todos los sacrificios de que soy
» capaz. Desde luego me pondré en marcha para la capital
» á reiterar mis protestas solemnes de obedecer las leyes
» del país y las autoridadas legalmente constituídas» (5).

La muerte lo salvó del oprobio de dar pábulo á la guerra intestina de Nueva Granada, y á la guerra de carácter internacional con Venezuela y el Ecuador. Su ambición moribunda connaturalizada con su ser (6), lo llevaba fatalmente, ó á subir de nuevo al poder levantado por las bandas pretorianas que él había hecho prevalecer sobre las instituciones, enajenándose la confianza y la estimación públicas, ó á ser vencido otra vez por las fuerzas morales de la opinión y la acción irresistible de los pueblos por él violentados (7). Agravada su enfermedad, se retiró á Santa Marta, buscando las brisas vivificantes de la mar. Trasladado á la quinta de

---

(5) Ofi. de Bolívar al general Urdaneta, encargado del poder ejecutivo revolucionario, de 18 de setiembre de 1830, en Cartagena. — (Véase Montenegro: «Geografía», etc., t. IV, pág. 526 y sig.).

(6) «Bolívar jamás quiso la monarquía, á pesar de que amaba el poder vitalicio y el mando sin estar sujeto á las leyes». (Restrepo: «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 416).

(7) Restrepo en su «Hist. de la Revol. de Colombia», t. IV, pág. 241, dice: «Las autoridades civiles (bajo la administración de Bolívar, de que
» el mismo historiador Restrepo era ministro) eran nulas y estaban en-
» vilecidas á la vista de los pueblos, que deploraban la tiranía y los excesos
» de los libertadores. Hízose entonces muy popular el dicho de que: *no*
» *habría libertad mientras hubiese libertadores.* Éstos, infatuados por un
» necio orgullo, creían que ellos solos habían dado independencia á la
» república; en nada estimaban los sacrificios de los pueblos y parece
» estaban persuadidos que Colombia debía ser patrimonio suyo. Atribuíanlo
» en su mayor parte á Bolívar. Perdió, pues, el Libertador el aura popular».

San Pedro de Alejandría, á 10 kilómetros de la ciudad, empezó allí su agonía. Sus últimas palabras fueron consignadas por escrito, en una alocución al pueblo de Colombia, dictada por él, que fué leída al tiempo de recibir la eucaristía. — «Mis votos son por la felicidad de mi patria. Si » mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se » consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro». El Libertador que escuchaba la lectura, sentado en una butaca, agregó con voz ronca: «Sí, al sepulcro... es lo que me » han proporcionado mis conciudadanos... pero los per- » dono! Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que » permanezcan unidos». Fueron las últimas palabras acordes que de él se recuerdan (8). En seguida empezó el delirio precursor de la muerte. Expiró el 17 de diciembre de 1831 á la una de la tarde, á la edad de cuarenta y siete años, cuatro meses y veinte y tres días. Murió con la espada victoriosa de Colombia rota en sus manos, y Santa Marta presenció más tarde su apoteosis póstuma.

IV

Un año después de expirar Bolívar en Santa Marta, fué atacado San Martín por el cólera, que por aquel tiempo asoló la Europa (octubre de 1832). Vivía en el campo con su

---

(8) Generalmente se dan como postreras palabras pronunciadas por Bolívar, las que corresponden al final de su última alocución á los colombianos, antes transcriptas. Las que pronunció realmente, fueron las que se consignan en el texto, tomadas de la relación de su muerte, escrita por el médico francés que lo asistió en Santa Marta durante su enfermedad, que fué el Dr. Reverend, y que se registra en «Docs. para la hist. de la vida del Libertador», t. XIV, núm. 4558. — La alocución á que se hace referencia se encuentra en la misma obra, bajo el núm. 4553.

hija, y sólo contaba con los pobres recursos que le había proporcionado la venta de la casa donada por el congreso argentino por la victoria de Maipu. Su destino, según sus propias palabras, era ir á morir en un hospital. Un antiguo compañero de armas suyo en la guerra de la península, un español, el opulento banquero Aguado, vino en su auxilio y le salvó la vida, sacándolo de la miseria. Le hizo adquirir la pequeña residencia de campo de Grand Bourg, á orillas del Sena, á inmediaciones del olmo que, según tradición, plantaron los soldados de Enrique IV que sitiaban á París. Allí, en una sencilla habitación rodeada de árboles y flores, en que abundaban las plantas americanas, que él mismo cultivaba, vivió largos años triste y concentrado, pero sereno, llevando el peso de su ostracismo voluntario, quejoso á veces de la ingratitud de los hombres y deplorando la triste suerte de los pueblos por cuya independencia tanto había trabajado, aunque sin desesperar de sus destinos. Sólo una vez se reanimó su antiguo entusiasmo, y fué cuando, por un estrecho criterio que estaba en su naturaleza y en sus antecedentes históricos, creyó ver amenazada la independencia y el honor de su patria por las cuestiones de la Francia y la Inglaterra con el tirano Rosas (1845-1849), manifestando con la autoridad de su nombre y de su experiencia militar, que la América era inconquistable por la Europa. Sus instintos de criollo despertaban. Consecuente con este modo de ver, legó al tirano de su patria: «el sable que me » ha acompañado en toda la guerra de la independencia de » la América del Sud, — son las palabras de su testamento, » — como prueba de la satisfacción que como argentino he » tenido al ver la firmeza con que el General Rosas ha sos» tenido el honor de la República contra las injustas preten» siones de los extranjeros que trataban de humillarla». En presencia de la muerte como en el curso de su carrera heroica, él no veía ni quería comprender otra cosa que la independencia, que fué la pasión de su vida, á la que sacri-

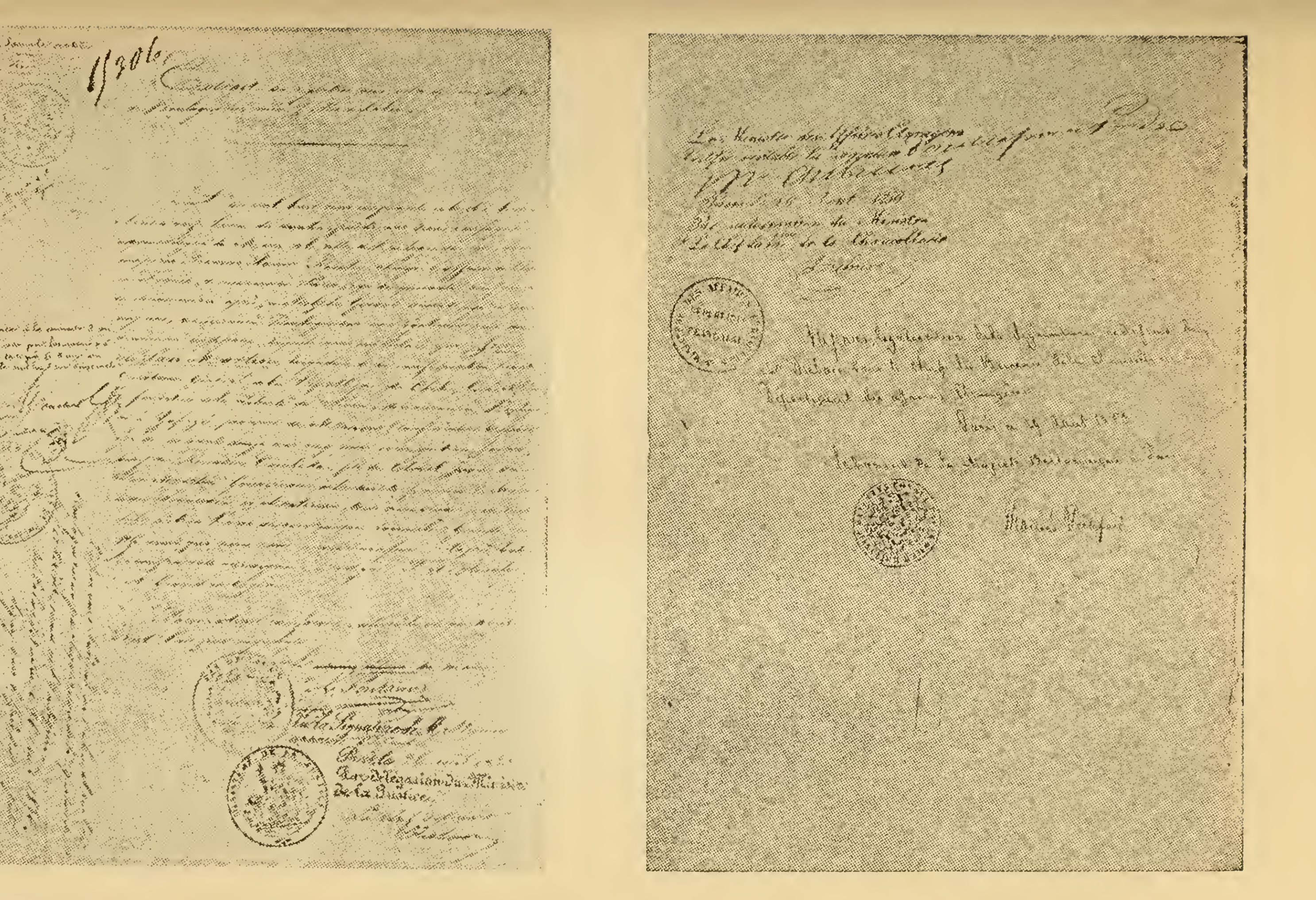
ficaba todo, no obstante condenar los actos crueles del tirano á quien honraba más allá de sus días (9). No es posible salir inmaculado en la lucha de la vida, y es desgracia de los grandes hombres sobrevivir á su época, cuando no tienen una misión que llenar en la tierra, y cuando sin la noción de la vida contemporánea, su alma no se agita al soplo de las pasiones que le rodean.

Al fin llegó el término de su trabajada existencia. La muerte empezó por los ojos. La catarata, esa mortaja de la visión, empezó á tejer su tela fúnebre. Cuando el famoso oculista Sichel le prohibió la lectura, — otra de sus pasiones, — su alma se sumergió en la oscuridad de una profunda tristeza. La muerte asestó el último golpe al centro del organismo. La aneurisma que llevó siempre latente en su seno, amortiguó las palpitaciones de su gran corazón. Trasladóse á Boulogne-sur-Mer, en busca, como Bolívar, de las brisas vivificantes de la mar, y allí tuvo la conciencia de su próximo fin. El 13 de agosto, hallándose de pie en la playa del canal de la Mancha, con la vista apagada perdida en el nebuloso horizonte, sintió el primer síntoma mortal. Llevó la mano al corazón, y dijo con una pálida sonrisa, á su hija que le acompañaba como una Antígona: *C'est l'orage qui mène au port!* (10). El 17 de agosto de 1850, empezó su

---

(9) En el «Diario de viaje» del doctor Florencio Varela, el representante de pensamiento más señalado de los enemigos de la tiranía de Rosas, se encuentra una página interesante relativa á la visita que hizo á San Martín en Grand Bourg el domingo 7 de abril de 1844. Después de relatar su conversación con él sobre asuntos históricos, dice: «Durante la comida, el General me habló mucho de Buenos Aires. Á los postres el joven Balcarce le dijo: — Padre, si usted quiere, beberemos por la satisfacción de tener entre nosotros al Sr. Varela y por el próspero regreso á su familia. — Como el general, á cuya derecha me hallaba, me dijera algún cumplimiento al tiempo de beber, yo le dije: que me moriría más contento después de haber conocido al hombre á quien más triunfos debe nuestra patria. El general, después de beber, dijo, materialmente llorando: — ¡Bárbaros! ¡No saciarse en quince años de perseguir á los hombres de bien!»

(10) Es la tempestad que lleva al puerto.



ACTA DE DEFUNCIÓN LEVANTADA EN BOULOGNE-SUR-MER AL PRODUCIRSE EL FALLECIMIENTO DE SAN MARTÍN

Archivo de la ex Notaría Huillier.

agonía. «Esta es la fatiga de la muerte», exclamó, y expiró en brazos de la hija de su amor, á las tres de la tarde, á la edad de setenta y dos años y seis meses, para renacer á la vida de la inmortalidad. Chile y la República Argentina le levantaron estatuas. El Perú le debe todavía la que le decretó. La nación argentina unida y constituída según sus votos, repatrió sus restos mortales, celebró su apoteosis, y le erigió su monumento fúnebre en la catedral de su metrópoli como al más grande de sus trascendentales hombres de acción consciente.

V

Hemos dicho, que en el orden definitivo de las cosas, el triunfo final de los principios elementales de la revolución sud-americana, corresponde á San Martín, aunque la gloria de Bolívar sea mayor; porque si el uno es más colosal y llena mejor su misión activa de libertador, el otro es moral, militar y políticamente más grande y equilibrado, por su carácter, por su ciencia y conciencia, y por los resultados ulteriores que responden á su iniciativa.

En la vida pública de San Martín y Bolívar se combinan y se distribuyen desigualmente los dos elementos de que se compone la historia: uno activo y presente, que forma la masa de los hechos; otro pasivo y trascendental que constituye la vida futura. De estos dos elementos, surge uno nuevo, que se combina con ambos, y es la impresión en las almas contemporáneas y la influencia en la posteridad, que viven como idea abstracta ó como efectos de causa anterior, cuyas vibraciones armónicas se prolongan en el tiempo. Bolívar representó una de estas fases, y San Martín la otra. La obra política de Bolívar en el orden nacional é interna-

cional, ha muerto con él, y sólo queda su heroica epopeya libertadora al través del continente por él independizado. La obra de San Martín le ha sobrevivido, y la América del Sud se ha organizado según las previsiones de su genio concreto, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada.

La revolución sud-americana, como queda indicado, está representada durante la lucha de la independencia, por dos hegemonías político-militares: la argentina primero, que asume el carácter de chileno-argentino-peruana después, acaudillada por San Martín; y la hegemonía guerrera de Colombia, acaudillada por Bolívar.

La República Argentina, al dar la señal de la guerra ofensiva en 1817 y reconquistar á Chile, impuso á su general por regla de conducta, infundir á los pueblos libertados por sus armas que «ninguna idea de opresión ó conquista, » ni intento de conservar la posesión del país auxiliado, la » llevaba fuera de su territorio, y que la consolidación de » la independencia y la gloria de las Provincias Unidas del » Sud, eran los únicos móviles á que debía atribuirse el » impulso de la campaña» (véase cap. XIII, § VII). Libertado Chile por las armas argentinas, celebróse una alianza sobre la base de su recíproca independencia, á fin de garantir la de las demás secciones americanas, y llevar adelante su plan de propaganda armada con arreglo á un nuevo derecho internacional, que sólo admitía por excepción las intervenciones contra el enemigo común en nombre de la solidaridad de destinos, repudiando las conquistas y las anexiones como hechos perturbadores del equilibrio futuro; y como consecuencia de estos principios fundamentales, la formación del mapa político de la América meridional, con sus fronteras definidas por la tradición histórica, sin violar los particularismos nacionales. Su fin era la emancipación con todas sus consecuencias lógicas y necesarias de hecho y de derecho, libertando pueblos para entregarles sus propios

destinos, y determinar así la regla según la cual las nuevas nacionalidades debían constituirse en el futuro en obediencia á su espontaneidad. Este programa, cumplido en todas sus partes, da la clave para explicar el movimiento alternado y progresivo de la revolución sud-americana en su desarrollo gradual y en sus resultados ulteriores y finales. Según él, se organizan las Provincias Unidas del Río de la Plata dentro de sus propios elementos coherentes; reasume Chile su soberanía y se declara la independencia del Perú, bajo los auspicios de la hegemonía argentino-chilena. El mapa político del sud de la América meridional queda trazado. Esta es la obra que representa San Martín como libertador, y esta obra es el equilibrio internacional sud-americano, que la Europa no ha encontrado todavía (11).

La hegemonía colombiana, más guerrera que política obedece á otro principio y á otros propósitos. Bajo la mano poderosa de Bolívar, se condensa la revolución del norte de la América meridional; los particularismos violentados se confunden, las fronteras se borran, y Venezuela, Nueva Granada y Quito forman un gigantesco cuerpo de nación,

---

(11) El único escritor que conozcamos, que haya encarado esta evolución orgánica bajo un punto de vista análogo, es el doctor Bernardo de Irigoyen, — autor de uno de los mejores ensayos sobre San Martín, — quien dijo en un discurso pronunciado en la colación de grados de la facultad de derecho y ciencias sociales, en la Universidad de Buenos Aires el 24 de mayo de 1886: «Las colonias españolas carecían de ante-
» cedentes espontáneos y de elementos de una política propia, y lo que
» puede llamarse la fuerza de la tierra natal, consistía en el sentimiento
» de la independencia. Convertidos en Estados soberanos, reconocieron la
» integridad del territorio que ocupaban en la fecha de la historia de su
» emancipación, y condenaron las anexiones y las conquistas como trastor-
» nadoras del equilibrio y la paz continental. Estas declaraciones, que fue-
» ron el vínculo indisoluble de la solidaridad americana, deriváronse de
» intereses idénticos, y quedaron incorporadas á las relaciones diplomáticas
» de las repúblicas independientes. El olvido de esas reglas de justicia ha
» producido en Europa transformaciones continuas y guerras desastrosas;
» legando incertidumbres á la actualidad, rivalidades y enigmas al porvenir».

poderoso como máquina de guerra, pero débil por su falta de cohesión geográfica y social. Este es el tipo de la política colombiano-boliviana; libertadora, conquistadora y absorbente. Bolívar liberta al Perú; pero lo convierte en nación parásita de Colombia: liberta al Alto Perú, y lo convierte en feudo de su personalidad. Pretende unificar artificiosamente los nuevos Estados autonómicos, fundando un imperio monocrático con presidencias vitalicias, en oposición á las leyes naturales y en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la hegemonía argentina, y al reaccionar contra las mismas tendencias de la revolución, quiere hacerla retrogradar al régimen colonial en lo administrativo é imponer en el orden del derecho público instituciones que repugnan á la índole democrática de los pueblos.

Las políticas de estas dos hegemonías, constituyen el último nudo internacional de la revolución sud-americana. En el choque de estas dos políticas continentales, prevalece por sí mismo el principio superior á que obedecen los acontecimientos por gravitación natural. Militarmente operan su conjunción en el Ecuador, y sus armas se combinan para dar los golpes finales al enemigo común, en Quito y el Perú. En el Perú se opera su divorcio. En Bolivia se encuentran frente á frente. La República Argentina, cede de sus derechos históricos y reconoce la independencia del Alto Perú, fiel á sus principios proclamados. Declara al mismo tiempo al Libertador, que pretende llevar sus armas hasta el Paraguay para someterlo, que el principio tradicional de su política respecto de las diversas secciones americanas, se fundaba en la regla de no hacer entrar ningún territorio por la fuerza en la asociación nacional, ni intervenir en su orden interno.

En este contacto y este choque, la política boliviana se gasta y es vencida. El Perú se emancipa de su tutela y Bolivia se subleva contra su dominación reasumiendo la integridad de su soberanía. Colombia se disuelve en manos de



EL DORMITORIO DE SAN MARTÍN

Habitación donde el Libertador pasó los últimos días de su vida, en su residencia de la ciudad de Boulogne-Sur-Mer (Francia). *Reconstrucción exacta que se encuentra en el Museo Histórico Nacional.*

su creador. Venezuela, Nueva Granada y Quito se convierten en repúblicas independientes, obedeciendo á la ley orgánica de su naturaleza. Toda la América queda definitivamente organizada en el orden interno y en el orden internacional, según el plan geográfico y político de la hegemonía argentino-chileno-peruana, representada por San Martín. La gloria de Bolívar es imperecedera y su acción como libertador más decisiva en su tiempo; pero su obra política muere con él, y no le sobreviven ni sus designios, ni sus tendencias, ni sus ideales, porque estaban en pugna con las leyes naturales y perturbaban el dinamismo vital de las nuevas sociabilidades sud-americanas. — La obra de San Martín, le sobrevive en sus efectos inmediatos y en sus resultados ulteriores, y con ella la acción eficiente á que responde como libertador del sud del continente.

VI

Los hombres de acción ó de pensamiento, que como San Martín realizan grandes cosas, son almas apasionadas que elevan sus pasiones á la potencia del genio y las convierten en fuerzas para obrar sobre los acontecimientos, dirigirlos ó servirlos. Ellos marcan las pulsaciones intensas de una época, de las que se deduce una ley positiva, reveladora de las leyes morales en actividad, y de percusión de las ideas circulantes en la corriente humana. Manifestaciones de una vida múltiple y de una potencia individual, condensadores ó generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como una acción eficiente ó se lanzan en las corrientes permanentes, y de este modo su influencia se prolonga en los venideros como hecho durable ó como pensamiento trascendental.

Así como cada pueblo tiene un rasgo principal, del que

todos los demás se derivan, y como las partes componentes del pensamiento se deducen de una cualidad original, así también en los hombres que condensan las pasiones activas de su época, todos sus rasgos y cualidades se derivan y deducen de un sentimiento fundamental, motor de todas sus acciones. En San Martín, el rasgo primordial, el sentimiento generador de que se derivan y deducen las cualidades que constituyen su ser moral, es el genio del desinterés, de que es la más alta expresión en la revolución sud-americana, ya sea que medite en su limitada esfera intelectual, luche, destruya, edifique según sus alcances; mande, obedezca, abdique y se condene al eterno silencio y al eterno ostracismo.

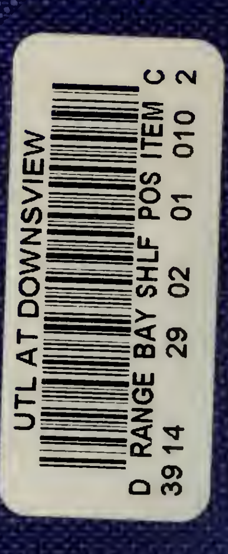
Según este criterio y esta síntesis, puede formularse su juicio póstumo, sin exagerar su severa figura histórica, reducida á sus proporciones naturales, ni dar á su genio concreto, de concepciones limitadas, un carácter místico, al reconocer que pocas veces la intervención de un hombre fué más decisiva que la suya en los destinos de un pueblo, explicando á la vez la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios guiadores en medio de la lucha, por la inflexible lógica del hombre de acción en presencia del pasado y del presente, bajo la luz en que le vieron los contemporáneos y lo contemplarán los venideros. Como lo hemos dicho ya, la grandeza de los que alcanzan la inmortalidad, no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, haciéndola vibrar de generación en generación en nombre de una pasión, de una idea, de un resultado ó de un sentimiento trascendental. La de San Martín pertenece á este número. Es una acción y un resultado que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por cualidades inherentes al hombre que las simboliza; más por la fuerza de las cosas que por la potencia del genio individual.

San Martín concibió grandes planes políticos y militares, que al principio parecieron una locura, y luego se convirtieron en conciencia que él convirtió en hecho. Tuvo la primera intuición del camino de la victoria continental, no para satisfacer designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana con el menor esfuerzo posible. Organizó ejércitos poderosos, que pesaron con sus bayonetas en las balanzas del destino, no á la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal, sino bajo las austeras leyes de la disciplina, inoculándoles una pasión que los dotó de un alma. Tuvo el instinto de la moderación y del desinterés, y antepuso siempre el bien público al interés personal. Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que vivieran y se perpetuaran por sí, según su genialidad libre. Mandó, no por ambición, y solamente mientras consideró que el poder era un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto. Fué conquistador y libertador, sin fatigar á los pueblos por él redimidos de la esclavitud, con su ambición ó su orgullo. Abdicó conscientemente el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, si no de su poder, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su tarea había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho para la América. Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje á sus principios morales y en holocausto á su causa. Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y fué pensando en los demás. Pasó sus últimos años en la soledad con estoica resignación, y murió sin quejas cobardes en los labios, sin odios amargos en el corazón, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria. Salvador de la independencia de su patria en momentos en que la República Argentina vacilaba sobre sus cimientos, fundó dos repúblicas más, y cooperó directamente á la emancipación de la América del Sud. Es el primer capitán del nuevo mundo, y el único que haya suministrado

lecciones y ejemplos á la estrategia moderna, en un teatro nuevo de guerra, con combinaciones originales inspiradas sobre el terreno, al través de un vasto continente, marcando su itinerario militar con triunfos matemáticos y con la creación de nuevas naciones que le han sobrevivido.

El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen á la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se trasmite á su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional á la América, cohesión á sus partes componentes, y equilibrio á sus Estados independientes. Con todas sus deficiencias intelectuales y sus errores políticos, con su genio limitado y meramente concreto; con su escuela militar más metódica que inspirada, y á pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sud-americana. Fiel á la máxima que regló su vida: «FUÉ LO QUE DEBÍA SER» y antes que ser lo que no debía, prefirió: «NO SER NADA». Por eso vivirá en la inmortalidad.

ÍNDICE DEL TOMO QUINTO


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 29 02 01 010 2